BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDALUCIA.

PARÍS EN AMÉRICA

POR

EDUARDO LABOULAYE.

TRADUCCION

DE L. M. G.

SEVILLA.

E. PERIÉ Y COMPAÑÍA, EDITORES.

calle de Jimios número 26.

1869.

AINT
XIX
718

PARIS EN AMÉRICA.

SEVILLA.--Imp. de la BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDALUCIA, calle Pedro Miguel, 34.

A9 cmt.
R. 71. 832
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCIA.

PARÍS EN AMÉRICA

POR

EDUARDO LABOULAYE.

TRADUCCION

DE L. M. G.

SEVILLA.

E. PERIÉ Y COMPAÑIA, EDITORES.
calle de Jimios número 26.
1869.

AL LECTOR.

Lector amigo, ofrézcote este librito escrito para tu solaz y el mio. No lo dedico ni á la diosa fortuna ni á la gloria, porque aquella es una doncella que solo acaricia á los jóvenes, y esta es una cantinera que parte el pan solo con los soldados. Soy viejo, no he dado muerte á nadie, y por lo tanto solo aspiro á investigar la verdad en la forma de mi gusto y á decirla á mi manera. No tengo la gravedad del buey, ni la del asno, ni la de.... (pon aquí el nombre que mas te agrade) dispénsame, pues; harto nos hacen llorar los primeros pasos que damos en el mundo, para que no se lleve á mal que nos riamos un poco antes de que caiga definitivamente el telon. Cuando se han perdido las ilusiones de los veinte años, ya no se toma por lo sério la comedia ni los cómicos.

Si te agrada este librito, me alegraré; si te escandaliza, tanto mejor; si lo arrojas, harás mal;

si lo comprendes podrás apostártelas con Maquiavelo. Conviértelo en tu lectura favorita y no te pesará: *Non est hic piscis omnium.* Las paradojas de la víspera son axiomas al dia siguiente. Al buen entendedor....

Puede ser que algun dia veas á la luz de mi farol la fealdad de los ídolos á quienes rindes culto en la actualidad; acaso tambien apercibas mas allá de la sombra disfumada, la libertad con su inmortal sonrisa; la libertad, hija del Evangelio, hermana de la justicia y de la piedad, y madre de la abundancia, de la paz y de la igualdad. Llegado ese dia no dejes apagar el fuego sagrado que te confio; avívalo, é ilumina á esa juventud que nos rodea y nos empuja preguntándonos incesantemente por el camino del porvenir. Sea ella mas loca que sus padres, pero que lo sea en otro sentido, tal es mi mas ardiente deseo.

Esto dicho, pido á Dios que te ampare y te libre de gente necia é ignorante. Con los perversos componte como puedas, este es negocio esclusivamente tuyo; la vida es un contínuo combate, nacistes soldado, defiéndete pues; ó mejor dicho, toma de los americanos la antigua divisa de Francia: *¡Adelante siempre y adelante en todo!*

Adios amigo mio.

René Lefebvre.

New-Liberty (Virginia) 4 de Julio de 1862.

CAPITULO I.

—

UN ESPIRITISTA AMERICANO.

«Mr. Jonathan Dream, espiritista y *medium* trascendental, de Salem, (Massachusetts) os invita á asistir á un espectáculo *físico y mediánimico*, que dará el dia 1.° del próximo abril, en su casa, calle de la Luna núm. 22.

«Somnambulismo, éxtasis, vision, prevision, profecías, segunda vista, vista á larga distancia, adivinacion, penetracion, intraccion del pensamiento, evocaciones; conferencias, poesía, escritura extranatural; pensamientos de ultra-tumba, arcano de la vida futura revelados, etc. etc.

Las puertas se cerrarán á las ocho en punto.

—¡Por Dios, esclamé al leer esta carta—que no me pesará conocer á un *medium* americano, á un cofrade en *pneumatología positiva y esperimental*, porque tambien yo soy espiritista! Por mas que uno solo sea un simple ciudadano de París, no ha dejado de evocar, como cualquiera de los nacidos, las sombras de César, Napoleon, Voltaire, madama de Pompadour, Ninon, Robespieres, etc. etc., y á trueque de lastimar mi modestia diré, puesto que hay que decirlo todo, que aquellos ilustres personages no me han eclipsado con su génio, nada de eso, contestáron cual si

yo mismo les hubiera dictado la respuesta. Veamos si el Sr. Jonathan con sus pretensiones de allende los mares tiene mas inteligencia, mas talento que vuestro atento servidor Daniel Lefebvre, D. M. P. discípulo de espiritismo de Mr. Hornung de Berlin, de Mr. de Reichenbach y del baron de Guldenstubbe. Contra un espiritista dos espiritistas.

En el fondo de un hermoso y deslumbrante aposento cerrado herméticamente, pero inundado de luz (cosa no comun en las reuniones espiritistas) encontré á Mr. Jonathan Dream sentado delante de una mesa redonda. Manteníase en actitud melancólica, y reflejábase en su rostro la inspiracion sibilítica. Frente á él y profundamente abstraidos, veíase una media docena de adeptos, personas nerviosas, mugeres no *comprendidas*, militares retirados, ó viudas de altos funcionarios, público obligado de este género de espectáculos. Cada uno escribió sobre un papel el nombre del muerto que quería interrogar; yo hice lo que todos.

Pusiéronse todos los nombres en un sombrero, se sacó uno, y la casualidad designó el de José de Maistre. Jonathan meditó un instante, luego se puso la mano formando embudo en el oido como para no perder una sílaba de la voz que le hablaba muy bajo, y despues escribió rápidamente estas palabras.

«No existe ningun conocimiento que sea estéril: todo conocimiento se parece á aquel de que nos habla la Biblia: Adan conoció á Eva, y Eva se hizo fecunda.

«—Sin creencia no hay crédito.

—¡Hola, hola! dije para mi coleto, hé aquí unas paradojas que no carecen de chiste, tienen todo el desenfado de su padre, solo que si no me enga-

ño, las he leido en alguna parte; paréceme que en Baader. No sería estraño, probablemente allá arriba no hay derecho de propiedad literaria, y es muy posible que por via de distraccion las almas se entretengan en la otra vida en plagiarse y robarse las ideas.

Hipócrates apareció despues, y tuvo la amabilidad de hablar en francés. Hé aquí lo que su intérprete escribió:

«El hombre que piensa mas, es aquel que menos digiere; pero como todas las cosas se equilibran, aquel que menos piensa es el que mejor digiere.»

—¡Ay de mí! esclamó una jóven cuyo rostro flaco desaparecía bajo las enormes ondulaciones de su cabello grís, esa es una respuesta de médico, respuesta seca y brutal hecha por los hombres y para los hombres. Nó, no es ese el pensamiento que taladra el corazon, es.... Y suspiró hondamente.

Nostradamus salió á la escena; preguntósele su parecer acerca del porvenir de Polonia, Francia é Italia. Hé aquí la respuesta del sublime adivino, gran génio incomprensible que deja siempre á los demas el cuidado de comprender lo que dice:

En Francia, Italia y Polonia
Sobra génio, falta vergüenza.
En Polonia, Francia é Italia
Viene el juicio en pos de la demencia.
En Italia, Polonia y Francia
Poca dicha, mucha esperanza.

Tuvimos que darnos por satisfechos con aquel oráculo harto profundo é intrincado para ser comprendido por nosotros. Despues del brujo provenzal, tocó el turno á Kosciusko. El Washington polaco estaba de muy mal humor aquella noche.

así es que solo se pudo obtener de él una máxima latina: *In servitude dolor, in libertate labor.* Tres veces fué interrogado y otras tantas nos dió aquella fastidiosa respuesta, arrojándonosla al rostro como una acusacion que acabó por no hacernos mella.

En la última papeleta se pedía que fuesen interrogados D. Quijote, Tom Jones, Robinson, ó Werther, lo cual arrancó una estrepitosa carcajada al cenáculo, que, á decir verdad, no tenía muchas ganas de reir. Confieso con rubor que yo fuí el autor de aquella impertinencia. Hace tanto tiempo que los muertos y los vivos me fastidian, que quise aprovechar la ocasion de saber lo que pasa en la cabeza de los entes imaginarios.

Jonathan Dream arrojó sin despecho la malaventurada papeleta, levantó la sesion y nos acompañó hasta la puerta prodigándonos cortesías. Detúvome en el momento de franquearla y me rogó que me quedara.

Solos ya, me dijo, sonriendo de una manera singular.

—Sois vos, querido cofrade, quien me ha dirigido una pregunta que esos profanos juzgan impertinente; acaso sois de su mismo parecer. ¡Ciegos que no han sondeado nunca los arcanos de la verdad eterna! ¿Creeis que D. Quijote y Sancho, Robinson y Domingo, Werther y Carlota, Tom Jones y Sofía no han existido nunca? ¡Cómo! ¿cuando el hombre no puede crear un átomo de materia, suponeis que pueda crear por entero esas almas que no morirán nunca? ¿Creeis en todos los Artajerjes y no creeis en D. Quijote? Pues qué ¿no es tan evidente para vos la vida de Robinson como la de Drake y la de Magalianes?

—Cómo! esclamé ¿el ingenioso D. Quijote de la Mancha ha vivido? ¡Qué felicidad! ¿luego po-

dré echar una manita de conversacion con el sábio gobernador de la ínsula Barataria?

—Indudablemente. Comprended pues, lo que es un poeta. Es un vidente, un profeta que se eleva hasta el mundo invisible. Allí, entre los millones de séres que han pasado sobre la tierra, y cuyo recuerdo se ha perdido entre los hombres, elige aquellos á quien quiere volver á la vida. Los evoca, les habla, los escucha y escribe lo que ellos le dictan. Lo que la imbécil humanidad toma por una pura invencion no es sinó la confesion de un muerto desconocido; pero vos espiritista, ó que aspirais á serlo ¿cómo no reconoceis una voz extranatural? ¿Es posible que os dejeis engañar como el vulgo? ¿Tan atrasado estais en las vias de la *medianimidad?*

Y esto diciendo, Jonathan Dream erguía la cabeza, movía los brazos abriendo y cerrando las manos, y se dirigía hacia mí como para inundarme de su flúido.

—Estimado cólega, le dige, bien veo que sois un hombre de talento aunque espiritista, y no dudo, por ende, que pudiérais escribirme un discursito á lo D. Quijote, ó improvisar algunos refranes dignos de Sancho Panza. Pero estamos solos, ambos somos augures y tenemos el derecho de mirarnos y de reirnos el uno en las barbas del otro. Quédese esto aquí; os deseo el mejor éxito. En Francia es cosa fácil; el pueblo que se cree el mas inteligente es el que mejor se deja conducir como un rebaño de carneros. Preguntá-selo, sinó á las mugeres de París.

—Alto ahí! esclamó el mágico con acento vehemente, ¿será cosa que me haya engañado? ¿Soy un intruso en la ciencia? ¿Me tomais por un charlatan, por un embaucador, ó por un saltimbanqui? Sabed que Jonathan Dream nunca dijo una

palabra que no fuera verdad. Hola! con que dudais de mi poder, señorito! ¿Qué prueba quereis? ¿Quereis que trastorne todas vuestras ideas, cosa que me sería muy fácil? ¿Quereis que os duerma, que os haga pasar por las regiones del frio, del calor, del viento, de la lluvia? ¿Quereis....

—Nada de magnetismo, le interrumpí, sé que existe en él un fenómeno natural que desconocemos hasta el dia, y del cual abusais á vuestro sabor. Si me quereis convencer, renunciad á dormirme. Ved que no estamos en la academia.

—Pues bien, dijo, fijando en los mios sus ojos centelleantes, ¿qué diríais si os trasportase á América?

—Bah! quisiera verlo para creerlo.

—Os puedo trasportar, sí, esclamó con acento imponente, y no solamente á vos sino tambien á vuestra mujer, á vuestros hijos, á vuestros vecinos, y con ellos la casa y la calle en que habitais, y si lo exigís hasta el mismo París todo entero.... Sí, continuó con voz sorda y agitacion febril, si quiero, mañana mismo París amanecerá en el Massachusetts, y solo quedará en ambas orillas del Sena una llanura despoblada.

—Querido señor, le dije, hubiérais debido vender vuestro secreto al prefecto del Sena, con lo cual hubiéramos ahorrado muchos millones. En ausencia de los parisiense, se habría construido un París nuevecito con calles rectas y monótonas como las de Nueva-York; un París sin historia, sin monumentos y sin recuerdos; no hay uno entre nuestros arquitectos y entre nuestros administradores á quien el gozo no hubiera reventado hasta por las sinchas del caballo.

—¿Os chanceais? luego teneis miedo.... Os lo repito; mañana, si tal es mi agrado, París todo entero con Versalles se encontrará en el Massa-

chusetts. ¿Aceptais el reto?

—Sí, señor, lo acepto, respondí sonriendo. Y, sin embargo, el aplomo de aquel hombre endemoniado me turbaba. Estoy acostumbrado á las gasconadas; leo veinte periódicos al dia; he escuchado en la tribuna pública ministros, diputados, ministeriales y diputados de oposicion; y con todo, el acento de aquel iluminado me causaba una desagradable impresion.

—Tomad esta caja, prosiguió Dream, con voz y gesto imperioso; abridla, ahí teneis dos píldoras: una para vos y la otra para mí. Escoged, y nada me pregunteis.

Habíame comprometido demasiado para retroceder sin peligro para mi honra. Tomé y tragué uno de los glóbulos; Jonathan tragose el otro, me saludó y me dijo con voz sepulcral.

—Hasta mañana, que nos veamos del otro lado del occéano.

Salí, y ya en la calle me encontré en una situacion que no puedo esplicar. Crucé, rápido como una flecha y sin apercibirme de ello, la distancia que me seperaba de los Campos Elíseos. Sentíame mas vivo, mas lijero, mas elástico que pueda estarlo nunca una criatura humana; parecíame que de un salto podía ponerme á caballo sobre los cuernos de la luna que se desprendia del horizonte. Todos mis sentidos habían adquirido una facilidad increible de percepcion. Desde la plaza de la Concordia veía los coches que daban vuelta al arco de la Estrella, y oia el ti-tac de la péndola del relój de las Tullerías. La vida circulaba en mis venas con un calor y una velocidad desconocida, y preguntábame á mí mismo, si alguna mano invisible no me trasportaba en aquel momento al otro lado del Atlántico. A fin de tranquilizarme miré la luna que subía lentamente en

el cielo; y satisfecho de no haber cambiado de meridiano, entré en mi casa avergonzado de mi credulidad, me acosté, y me quedé dormido riéndome de Mr. Dream y de sus locas amenazas.

CAPITULO II.

¿ES UN SUEÑO?

Durante la noche tuve un sueño.—Mas ¿fué realmente un sueño? Jonathan sentado á mi cabecera me miraba con aire fisgon.

—Qué tal, señor incrédulo, me dijo, ¿cómo le ha ido durante la travesía? ¿Os habeis cansado mucho en el viage?

—Qué viaje ni qué berengena, respondí; si no me he movido de la cama.

—No; pues os encontrais en América, deteneos.... no os arrojeis como un loco de la cama y escuchad las instrucciones que tengo que daros, no sea que la sorpresa os quite la vida. Desde luego, he derribado vuestra casa. En un país libre no se vive como en un cuartel, confundidas todas las familias y careciendo de reposo y dignidad. De cada uno de aquellos camarotes de litera que llamais piso, he hecho una vivienda á la americana, la he distribuido y amueblado á mi manera, y la he anexionado un jardincito. Dos horas he tardado en arreglar de este modo las cuarenta mil casas de París, mucho trabajo y sudor me ha costado, mas no lo siento; estais en vuestra casa, solo con vuestra familia, esta es la primera entre todas las libertades. De hoy en adelante no ten-

dreis que sufrir las impertinencias de vuestros vecinos, ni vos los molestareis con las vuestras. Aquí han concluido los olores de cocina, de cuadra, el lloriqueo de los niños de la vecindad, los gritos de los criados, el ladrido de los perros y el mahullido de los gatos, de los pianos y de los violines. Ya no sois un número en el presidio ó en el hospital, ni un arenque prensado; sois un hombre, teneis una familia y un hogar.

—¡Mi casa derribada!—esclamé con desconsuelo, ¡estoy arruinado....! ¿Qué habeis hecho de mis inquilinos?

—Tranquilizaos, no os falta ninguno; ahí los teneis todos alojados en casas cómodas: son actualmente arrendatarios que os pagarán la renta durante medio siglo, sin que cada tres años os veais obligados á engañaros unos y otros y á luchar á quién es mas astuto. A la derecha encontrareis á Mr. Leverd, el tendero, que hoy se llama Mr. Green; Mr. Petit, el banquero que vivia en el cuarto principal, se ha trasformado en Mr. Little sin haber perdido nada de su obesidad ni de sus millones. Mr. Reynard, el abogado que vivía en el segundo piso, se llama Mr. *sollicitor* Fox, sin haber dejado en París ninguna de sus argucias. A la izquierda encontrareis al vecino del cuarto piso, el bizarro coronel San Juan, trasformado en *the gallant colonel Saint-John*, con todos sus reumatismos; por último, ahí teneis á Mr. Rose, el farmacéutico cuya importancia y prosopopeya nada han desmerecido al convertirse en Mr. Rose el boticario. En cuanto á vos, querido señor Lefevre, os encontrais metamorfoseado, por derecho de emigracion, en el doctor Smith, individuo de la mas numerosa familia que haya salido del abolengo anglo-sajon. Haceos rico matando ó curando vuestros clientes del nuevo mundo, y confiad que

lo que menos os ha de faltar son los primos.

Quise llamar en mi auxilio; pero la mirada de mi terrible interlocutor me tenía como clavado en el lecho.

—¡Ah! se me olvidaba, dijo sonriendo, os sorprenderá no poco el oir á vuestra mujer, á vuestros hijos y á vuestros vecinos hablar el inglés con acento nasal. No lo estrañeis, han dejado la memoria en el viejo mundo y hoy ya solo son verdaderos yankees de pura sangre. Este es uno de esos admirables efectos del clima, que fueron observados por el príncipe de los espiritistas, el grande Hipócrates. Los perros dejan de ladrar á medida que se acercan al polo; el trigo bajo el Ecuador se convierte en grama estéril; un yankee en París se cree nacido de sangre azul, y un francés en los Estados-Unidos deja de temer la práctica de la libertad. Dejaos, señor incrédulo de vuestras preocupaciones, vuestra memoria y vuestros recuerdos de París. Quiero que formeis juicio de mi poder con pleno conocimiento de causa; y habeis de saber por esperiencia si Jonathan Dream es ó no verdadero espiritista. Ahí os quedais encerrado en una piel de americano, y de ella no saldreis sino cuando sea de mi agrado.

—*But y cannot speak English* (1) esclamé; y me detuve asustado, al oir que silvaba como un pájaro.

—No lo haceis del todo mal, interrumpió el implacable burlon, antes de dos dias confundireis *Shall* y *Will*, *These* y *Those*, con la gracia y la facilidad de un escocés. Adios, añadió, poniéndose en pié: adios, me esperan á las doce de la noche en las habitaciones de la sultana favorita en el harem de Constantinopla; á las dos debo encontrarme

(1) Yo no sé hablar inglés.

en Lóndres, y veré salir el sol en Pekin. Debo daros el último consejo: recordad que el hombre prudente y sábio no debe espantarse de nada. Si veis moverse en vuestro derredor algunas figuras estrañas, guardaos de decir que son demonios, porque os encerrarían con nuestros *lunáticos*, lo cual os imposibilitaría para hacer observaciones.

Levantéme de un salto, quise protestar, pero Jonathan Dream me lanzó al rostro tres puñados de fluido que me dejaron mudo é inmóvil. El traidor me saludó con risa sardónica, y luego, tomando un rayo de la luna que serpenteaba por el suelo de mi aposento, hízose con él un cinturon, salió por la ventana y se desvaneció en el aire. El terror, el magnetismo ó el sueño me dejaron anonadado.

Y venni men con' com' 'io morirse,
E caddi, come corpo morto cade.

Me desmayé como si muriera, y caí como cae un cuerpo muerto. (Dante Inf., v. 141).

CAPITULO III.

ZAMBO.

Cuando desperté era de dia. Mi hijo cantaba el miserere de *El Trovador;* mi hija, discípula de Thalberg, ejecutaba con un brio incomparable unas variaciones de Sturm sobre un tema de Donner. A lo lejos mi esposa reprendía á la criada, quien le respondía á gritos. Nada había cambiado en mi morada; las angustias de la noche solo fueron un ensueño. Libre de aquellos quiméricos ter-

rores podía, siguiendo mi costumbre, soñar con los ojos abiertos esperando el desayuno.

A las siete, entró mi criado en la habitacion llevándome un periódico. Abrió el balcon, separó las persianas, y el brillo de la luz del sol y la frescura del aire produjéronme el mejor efecto, volví el rostro hácia el dia; ¡horror! mis cabellos se erizaron y no tuve ni fuerzas para gritar.

Delante de mí, bailando y sonriendo, mostrose un negro, con dientes como teclas de piano, y dos enormes lábios rojos que le ocultaban la barba y la nariz. Vestía completamente de blanco, cual si temiera no parecer bastante negro, y acércase á mí aquel animal, moviendo la crespa cabeza y los ojos.

—Ha dormio bien el señó—decia;—Zambo está contento.

Para no ver aquella pesadilla, cerré los ojos; mi corazon latía con fuerza.

Cuando los abrí, estaba solo.

Bajarme de la cama, correr al balcon y tocarme todo el cuerpo fué asunto de un instante. En frente ví una multitud de casas pequeñas arregladas como castillos de naipes, tres imprentas, seis periódicos, anuncios por todas partes, el agua desperdiciada por las corrientes, en la calle las personas muy afanosas y en silencio, corriendo con las manos metidas en los bolsillos, sin duda para ocultar el rewolvers; no se oia ruido ni gritos, ni veíanse ociosos, ni fumadores, ni cafés, y tan lejos como alcanzaba mi vista no había un gendarme ni un agente de policía. Está visto, esclamé, estoy en América, desconocido, solo, en un pais sin gobierno, sin leyes, ni ejército, ni policía, en medio de un pueblo salvaje, violento y avaricioso. Estoy perdido.

Mas anonadado, mas desconsolado que Robin-

son despues de su naufragio, me dejé caer sobre una butaca que inmediatamente se puso á bailar bajo mi cuerpo. Levantéme azorado, miréme al espejo y no me reconocí. Ante mí había un hombre flaco, con frente calva, sombreada de algunos cabellos rojos y semblante descolorido rodeado de una larga barba. Estaba pálido, mis dientes castañeteaban y sentía frio hasta en la médula de los huesos.

—Seamos hombre—dije;—tengo familia y un nombre francés que debo honrar: es preciso sobreponerme á mis sentidos. La adversidad hace los héroes.

Quería llamar, pero no había cordon de campanilla; ví un boton de cobre y lo empujé por si servía de llamador, y apareció Zambo como uno de esos diablos que saltan de una caja y sacan la lengua saludando.

—Fuego-esclamé,-traedme fuego, quiero una hoguera en la chimenea.

—¿El señó no tiene fósforos?—dijo Zambo mostrándome una caja sobre la chimenea.—¿El señó no pue agacharse?—añadió con acento irónico.—Y despues levantó la mampara de la chimenea, hizo girar una llave, y aplicando un fósforo, produjo mil lenguas de fuego.

—¡Dios santo!—dijo al salir;—¿pa eso incomodan al pobe neguito cuando toma el sol?

—¡Pueblo salvaje!—murmuré acercándome al fuego y reanimándome con su dulce calor;—pueblo salvaje, que no tienes ni palas, ni tenazas, ni fuego, ni carbon, ni humo; pueblo bárbaro, que ni aun conoces la distraccion de atizar la lumbre; obra es de una raza antipoética la de dar vuelta á una llave para encender ó apagar el fuego, de una raza que nada deja á lo imprevisto y que teme perder un minuto porque el tiempo es

oro para ella!

Ya reanimado pensé en vestirme. Había delante de mí una mesa de caoba cubierta de cabezas de cisne en cobre y otros adornos del peor gusto, y sobre ella veíanse muchos objetos de esa porcelana inglesa tan agradable á la vista por la riqueza del color y del dibujo. Habia además profusion de cepillos, esponjas, jabones, vinagrillos, pomadas, etc., pero ni una gota de agua. Empujé el boton y Zambo entró haciendo gestos.

—Agua caliente y fría para lavarme.

—Es demasiao—esclamó Zambo.—¿El señó no pue abrir los grifos que están en ese rincon? Esto es cosa de despedirse. Yo no puedo continuá sirviendo á un señó que no vé.—Y salió dándome con la puerta en las narices.

—Agua caliente á cualquier hora y en todas partes es muy cómodo, dije para mí, pero es invencion de un pueblo que no piensa mas que en su *confort*. A Dios gracias, nosotros no hemos llegado á este estremo, y se pasarán lo menos dos siglos antes que Francia descienda á este refinamiento de costumbres, á esta afeminada limpieza.

—Si tomara un baño—pensé—me repondría y podría afrontar con mas serenidad la vista de mi muger y de mis hijos. Acaso habrán cambiado ellos lo mismo que yo.

Llamé, y apareció Zambo con el rostro demudado.

—Amigo mio, ¿hay alguna casa de baños en esta ciudad?

—¡Una casa de baños señó! ¿y pa qué?

—¡Imbécil!—dije encogiéndome de hombros;—para bañarme.

—¿El señó quié tomá un baño?—dijo Zambo, mirándome con sorpresa.—¿Y pa ezo el señó me hace veni del jardin?

—Es claro.

—Esto es demasiao—esclamó el negro, arrancándose un puñado de cabellos.—Hay una sala de baño al lao de ca alcoba, y el zeñó hace subí á Zambo pa decirle: "Amigo mio, ¡se pue uno bañá?., Nadie se burla así de un americano.

Y empujando una puertecilla oculta en la pared, me hizo entrar en un elegante gabinete, donde había una pila de mármol blanco.

—¡Vamos, Zambo—decía el negro con tono furioso y cómico,—abre el grifo de agua fria y el de agua caliente; llena el baño, pon la ropa á calentá en la caja; haz de nodriza, Zambo. El señó no saber servirse de sus manos!

Dejé á Zambo que desahogase su furia; pero maldije en voz baja las casas americanas, moradas insociables, verdaderas prisiones donde se encuentra á la mano todo lo que en París tenemos el placer de ir á buscar á la calle, encontrándolo muy caro, es cierto, pero en cambio muy lejos.

CAPITULO IV.

AT HOME.

Salí del baño sin haber recobrado la calma y bajé pensativo la escalerilla que conducía al piso entresuelo. ¿Qué se había hecho de mi casa? ¿Cómo encontraría á mi familia? Entré en el comedor y no había nadie. Pasé al salon de conversacion, lo mismo. Detúveme á ver estas dos habitaciones para acostumbrarme á la vista de mi nueva casa.

En el comedor había por único adorno un pesado aparador de caoba cubierto de tazas de china y de teteras de metal inglés mas brillante que plata. Frente á este mueble se veían tres medianos grabados: el de en medio representaba á Penn tratando con los índios bajo el olmo de Shakamaxon; el de la derecha era un retrato en pié de Washington con su caballo y su negro, el de la izquierda la imágen del soberano *pro tempore*, del honrado y anciano Abé, ó en otros términos, del respetable Abraham Lincoln, antiguo leñador, hoy presidente de los Estados-Unidos.

—Hé aquí—esclamé—el génio protector del nuevo hogar de un francés educado en el culto de la fuerza y del éxito.

Un cuákero pacífico, un general que, pudiendo ser emperador del Nuevo Mundo, se contenta con ser el primer magistrado de un pueblo libre; un leñador convertido en abogado á fuerza de trabajo y un presidente de su país por casualidad; tales son los héroes de América. En esta tierra semi-salvaje la moral de los ciudadanos es tambien la de los grandes hombres. ¿Qué puede esperarse de una nacion que abriga tales preocupaciones? No será ella quien dé al mundo un nuevo César.

En la sala de conversacion había un piano de palo santo, una mesa llena de papeles y una biblioteca atestada de libros.

Dejé estos y me dirijí al jardin. Era un pedazo de tierra cerrado entre cuatro paredes. Por todas partes se veían en él lilas, rosales y bonitas flores. En el estremo había un invernáculo y un kiosko chino, como abrigo para tomar el té, fumar un cigarro y mirar las estrellas. En el jardin estaba Zambo tendido con la cara vuelta al sol y cubierta de moscas; roncaba descansando

de las crueles molestias que yo le había ocasionado. El tunante se aprovechaba de estar á mi servicio para no hacer nada y dormir á pierna suelta.

Empezaba á llamarme la atencion paseo tan solitario, é iba á despertar á Zambo, cuando oí voces que salían del sótano de la casa. Bajé algunos escalones y ví en una gran cocina dos mugeres tan ocupadas, que no oyeron el ruido de mis pisadas. La una, que me volvía la espalda, pero que la reconocí por su voz, era mi querida Jenny, la madre de mis hijos; la otra era una colosal criatura de cinco piés y ocho pulgadas de estatura, y que tenía mas bien aire de granadero escocés que de hija de Eva. Llamábase Marta, y era la cocinera; nacida en Pensylvania, *lunkerista* de religion, especie de cuákera; escelente persona, que siempre estaba gruñendo, y cuyo solo defecto consistía en llamar pagano ó publicano á todo el que usaba botones en el trage: para aquella alma exaltada, el símbolo del cristianismo no era la cruz, sino un broche.

A juzgar por la seriedad de ambas mugeres y por la vivacidad de su conversacion, ejecutaban en aquel momento una obra maestra culinaria. Jenny (mi esposa) envolvía en una servilleta una masa informe y la ponía con cuidado en una marmita llena de agua. A su vez Marta metía la preciosa vasija en una hornilla que ocupaba todo un lado de la cocina. La tal hornilla era de construccion monumental, con pisos como una casa, y no sé cuantos cajones ó armarios, por donde escapaba el vapor. Horno, lavadero, asador, estufa, agua caliente, aire caliente y cuanto pudiera desearse contenía aquella hornilla mónstruo, sobre la cual se leía:

G. Chilson's cooking range, Boston.

Cuando todo estuvo en su lugar, mi muger se volvió y lanzó un grito de júbilo al verme.

—Buenos dias, amor mio—me dijo.—Estoy haciendo un *pudding* como el que tanto te gustó el otro dia. Acabo de arreglarlo yo misma, y espero que quedarás satisfecho de mí, y me recompensarás el trabajo, ó mas bien el placer con que te sirvo.

Al decir esto se aproximó á mí y me presentó la frente. ¡Cosa estraña! Era mi muger, y sin embargo, no era ella. El mismo semblante, los mismos modales que en el Antiguo Mundo, esceptuando la nariz un tanto enrojecida; pero al mismo tiempo observábale no sé qué limpidez en la mirada, de dulzura en la palabra, de afectuosidad en el gesto, que me llenó de admiracion por la novedad.

Me ví amado, acariciado, y me sentí conmovido; así que, sin inquietarme por la presencia de Marta ni acordarme de mis veinte años de matrimonio, abracé tiernamente á la señora Lefebvre, es decir, mistriss Smith.

—Marta—dijo mi muger quitándose el delantal de cocina que llevaba puesto;—vaya usted á casa del señor Green. El último café que trajo usted de allá no era bueno; era del Brasil, y á mi marido le gusta mas el de la isla Mauricio: escoja usted un grano pequeño y redondo, y yo misma lo tostaré. He visto en el mercado las primeras fresas; compre usted las necesarias para rellenar una de esas buenas tortas que tan bien hace usted. Diga usted á Hofman, el florista, que en todas partes hay claveles, escepto en nuestro jardin, y que mi marido espera las tres variedades nuevas que me ha prometido. No olvide usted el lirio que he escogido para Susana y los geránios que tengo pedidos para Enrique. Com-

pre usted en la librería el último discurso del revendo doctor Bellow sobre el estado de la nacion; mi marido que lée tan bien, nos le leerá esta noche, con gran placer mio y de mis hijos.

Aquella nueva música en la que mi nombre y el de mis hijos sonaban á compás me encantaba. En París eran muy distintas las notas que escuchaba. Mi muger reunía todas las virtudes, pero su estremada modestia me proporcionaba algunas desazones. *Hacer lo que todo el mundo*, era la divisa de la señora Lefebvre, y Dios solo sabe cuánto me costaba el no distinguirnos. Para habitar como todo el mundo, habitábamos en un piso, en una casa de príncipe, es cierto, pero cuyo portero, que se burlaba de mí, tenía dos criados. Para estar servidos como todo el mundo, teníamos por lacayo un pilluelo, borracho y embustero, escelente galopin, con pantalon de pana y chaleco encarnado, que me costaba muy caro, me servía de mala gana y no me permitía vestirme, ni comer, ni beber á mi gusto. Para ir como todo el mundo, necesitaban mi muger y mi hija trajes de un precio escandaloso, miriñaques que llenaban cada uno un coche, dejándome por único sitio el asiento del cochero. En fin, para figurar donde vá todo el mundo, necesitaba correr en busca de invitaciones y sonreir á personas que en el fondo de mi corazon despreciaba. El buen tono exigía que rindiese culto á la fortuna y que me arruinase por parecer rico.

Gracias á mi muger y á sus sábios consejos, creo que desempeñábamos convenientemente un papel difícil. Las personas que todos los dias nos veían en el bosque de Bolonia á la misma hora y en todo tiempo, debían hacernos justicia. Me atrevo á decir que nos sosteniamos en nuestro rango, y que llevábamos con honor la vida mas

ocupada que se puede imaginar. Hacíamos muchas visitas y no faltábamos á ninguna reunion. Todo esto era muy bueno; pero, preciso es confesarlo, en un país salvaje mi natural grosería se sobreponía á las demas cualidades y era verdaderamente feliz no oyendo hablar de *todo el mundo*. Agradábame que mi muger no viese nada mas allá de su marido, de sus hijos y de su casa. Sentíame rey en mi morada, y tan contento estaba de mis súbditos y de su obediencia, que subiendo la escalera besé por segunda vez á mi muger, que se ruborizó prodigiosamente. *For shame, mister Smith* (déjame, Smith)—balbuceó en un tono que me hizo creer habíamos rejuvenecido mas de veinte años.

CAPITULO V.

SIN DOTE.

En tanto que Zambo se entregaba á la fatiga de no hacer nada, y mi muger y Marta disponían la mesa y servían el desayuno, yo me puse á leer el *París Telegraphe*, inmenso periódico y muy barato que tenía por divisa esta estúpida frase: *The world is goberned too much*: el mundo está demasiado gobernado. Disgustóme el lengueje grosero de aquel periódico. A Dios gracias se nos dá mejor educacion en Francia, y un gobierno protector no nos dejaría entregarnos á la fea costumbre de llamar al pan pan, y al vino vino. ¿Quién creerá, por ejemplo, que el *París Telegraphe* se atrevió á manchar con el calificativo

de ladron, y aun de asesino, á un honrado millonario, que por un error, escusable sin duda, había provisto al ejército del Norte de sesenta mil pares de zapatos, cuyas suelas, siendo de carton, resistían mal á la humedad de los campamentos? Vaya usted á negociar en un país donde tan poco se respeta la especulacion en grande.

Todo el periódico estaba escrito en este tono destemplado. Tal ó cual ley era abominable, porque menoscababa la libre accion de los ciudadanos. Este ó el otro magistrado era un Jeffries y un Laubardemont, porque hacía caer en una celada inocente al pilluelo que se fiaba de la justicia. Tal ó cual alcalde era un Verres ó un necio porque otorgaba á algunos accionistas, que abrigaban por supuesto las mejores intenciones, un monopolio ventajoso para todo el mundo como lo son todos los monopolios.

—Infeliz libelista—esclamé;—si tuvieras el honor de vivir en el pueblo mas amable é ilustre de la tierra, sabrias desde que naciste, que criticar la ley, al juez ó al empleado, es crímen de lesa magestad social.

El primer dogma de un pueblo civilizado es la infalibilidad de la autoridad. Maldito sea el que inventó el periódico, y sobre todo el periódico libre y barato. La prensa es como el gas, luz que al mismo tiempo quema los ojos y envenena.

—¿Cuándo almorzamos?—pregunté á mi mujer, á fin de desechar tristes ideas.—¿Dónde están los niños? ¿Por qué no bajan?

—Han salido, amigo mio, y no tardarán en volver. Enrique pronuncia esta noche su primer discurso en la *Academia de los jóvenes lectores*. Antes de hablar en público, ha querido ensayar la sonoridad del salon.

—¿Y es seguro que esta noche perorará nues-

tro Ciceron de diez y seis abriles?

—Mira sus apuntes—respondió Jenny, alargándome un papel lleno de palabras subrayadas, de interjecciones, de pausas y de interrogaciones.

—El título, escrito con gruesos caractéres, parecíame mas respetable que claro.

De la moralizacion de las mugeres, como encargadas de la educacion del género humano.

—¡Ahórcate Querubin!—esclamé;—el mundo concluirá á fuerza de virtud. A los diez y seis años si pensábamos en algo, no era ciertamente como mi señor hijo, en la moral....

—Amigo mio—me dijo Jenny....

Esta voz me detuvo tan á punto, que me mordí el lábio en medio de una palabra y me avergoncé á pesar mio.

—Amigo mio—continuó mi mujer, creo que se prepara un cambio en la situacion de Enrique. Todos los dias me repite que hace ya largo tiempo es una carga para nosotros y que esto debe aburrir al gobernador.

—¿Qué quiere decir el gobernador?

—Ya lo sabes; es el nombre amistoso que nuestros hijos dan á su padre; en dos palabras, Enrique quiere tomar estado.

—Paciencia, señora, nos sobra tiempo, y ese cuidado será mio.

—Nuestro hijo cuenta ya diez y seis años. Todos sus amigos tienen alguna posicion y es preciso que él tambien haga su carrera. Habla con él: tiene en tí plena confianza y nadie mejor que tú puede dirigirle.

—¡Oh, hijo mio!—dije para mí, paseando por la habitacion;—el cuidado de establecerte me concierne y hace mucho tiempo que todo lo tengo preparado. No en vano escogí para padrino tuyo á mi amigo Regelman, entonces subdirector y hoy

director en el ministerio de Hacienda, seccion de aduanas. Sin que tú lo sepas eres ya candidato á un puesto de aspirante supernumerario en el ministerio de Hacienda. Dentro de dos años serás bachiller; dentro de tres, si logras salir bien en tres ó cuatro concursos y si tienes protectores, *tu Marcellus eris*. Paréceme que te veo á los treinta y cinco años empleado con dos mil cuatrocientos francos de sueldo, condecorado como tu padrino, y como él, político y complaciente con tus jefes: severo, tieso y magestuoso con tus subordinados, y elevándote de grado en grado hasta la direccion del personal. A los cincuenta años, si no se engaña la orgullosa ilusion de tu padre, serás el terror y la esperanza de diez mil uniformes verdes.

—Aquí está Enrique—dijo mi muger que se había asomado al balcon.—Viene hablando con el señor Green, á quien de seguro pide un buen consejo ú otra cosa mejor.

—¿Qué dices? ¿Green, el tendero? ¿Acaso mi hijo se trata con esas gentes?

—¿Por qué nó?—respondió mi mujer sorprendida.—El señor Green es un hombre honrado, un buen cristiano, generalmente respetado. Tiene trescientos mil duros y hace buen uso de una fortuna, que debe á su trabajo.

—Muy bien—esclamé—dichoso país aquel en que los tenderos son millonarios y dan consultas como abogados cuando no ocupan puestos de ministros. Que mi hijo acuda, pues, á su escelencia el señor de las Ciruelas y de la Melaza; pero llama á Susana.

—Susana está dando leccion de higiene y de anatomía.

—¡De anatomía, gran Dios! ¡Mi hija á los diez y nueve años estudia anatomía y acaso tambien ópera!

—¿Qué quieres, amigo mio?—dijo mi esposa. —Susana tendrá algun dia hijos, ¿quieres que los eduque y los cuide sin tener conocimiento de su constitucion? ¿No has dicho tú cien veces delante de ella que el estudio del cuerpo humano es parte indispensable de una buena educacion?

—¿Y cuál es el médico á cuya prudencia se confía el cuidado de enseñar anatomía á las muchachas?

—Es la señora Hope, una de nuestras celebridades médicas.

—¡Mujeres médicos! ¿Dónde estás, Moliere? En este país se vive al revés que en los demás. Aquí no son los hombres los que cuidan de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; aquí son acaso mujeres las que partean á las señoras de buena sociedad. Esto es absurdo, esto es inconveniente, señora.

—Pues yo creia lo contrario, pero tú sabes mas que yo. Dime, si nuestra hija padece alguna de esas indisposiciones, que el pudor impide á una mujer confesar, ¿preferirás que mande venir á un médico?

—No me comprendes. Quise decir, que hay costumbres antiguas, respetables como todos los antiguos errores. Es decir, no; otro dia te esplicaré esto. ¿Quién acompaña á Susana á su clase de anatomía?

—Nadie.

—¡Cómo nadie! ¿A los diez y nueve años y bella como un ángel, corre mi hija sola por esas calles?

—¿Y por qué no ha de hacer lo mismo que sus amigas? ¿Qué peligro le amenaza? ¿Imaginas que en América hay un hombre bastante loco para faltar al respeto debido á la inocencia? Los brazos de todos los padres, maridos, hermanos ó hi-

jos, se alzarían para herir al miserable que intentase tal cosa. En este noble país jamás se vió semejante indignidad. Esas miserias y esos vicios son del antiguo continente. Además,—creo á Susana bien guardada. Alfredo, el hijo menor del señor Rose, ha vuelto de las Indias, ayer le he visto que paseaba con su padre y sus ocho hermanos, y no hay quien me quite de la cabeza que Susana y él están comprometidos hace largo tiempo.

—¡Comprometidos! ¡Mi hija enamorada del noveno hijo de un boticario! ¡Y es su madre quien con tanta frescura me lo anuncia!

—¿Y por qué no se ha de casar con quien ama?

—¿No fué eso lo que yo hice, amigo mio? ¿Te pesa acaso?

—Pero ¿cuál es su estado? ¿cuál la fortuna de ese jóven?

—Tranquilízate, amigo mio. Alfredo es un buen chico, y no se casará con Susana sino cuando pueda ofrecerla una posicion. Susana esperará diez años si es preciso.

—¿Y el dote? ¿has pensado en eso? ¿Sabes acaso lo que desea ese jóven con quien está comprometida nuestra hija? ¿Sabes lo que podemos dar á esta, y la parte de nuestro pequeño haber que será preciso sacrificar?

—No te comprendo, Daniel. Pues qué, ¿vendemos nuestra hija? ¿acaso es preciso pagarle á un jóven, á un enamorado, para que se decida á tomar por compañera á una mujer que es tan buena como bella? ¿Dónde has aprendido tan estrañas ideas que oigo por primera vez?

—¡Sin dote—esclamé—en un país donde desde la mañana hasta la noche el hombre está de rodillas delante de un peso duro!

—En América, amigo mio, el que se casa es

porque ama. Cada cual lleva en dote su corazon, y espero que en una nacion libre, jóven y generosa como la nuestra, jamás se conocerá mas dote que el amor.

—¡Sin dote!—pensé yo—¡sin dote! Harpagon no se equivocaba, esto cambia las cosas. El matrimonio no es un negocio; rica ó pobre, la novia está segura de ser amada. El padre que entrega á su hija temblando no teme al menos darla á algun innoble especulador. ¡Sin dote! Los pueblos bárbaros tienen á veces, sin saberlo, delicadezas que honrarian nuestra civilizacion.

—Aquí está Susana—dijo mi mujer que había vuelto al balcon.—Alfredo viene con ella, ya lo sospechaba.

Corrí á la puerta. Mi hija, mi querida Susana, estaba mas bella que nunca. Sus largos cabellos rubios le caian formando tirabuzones sobre los hombros; su sonrisa, su aire confiado, su gracioso andar, le daban nuevo encanto. Reuníase en ella la inocencia del niño y la gracia de la muger.

Arrojóse á mi cuello, yo la estreché contra mi corazon, llevándola en mis brazos hasta el comedor.

Advertí que Susana no había entrado sola en la casa: junto á ella encontrábase el mónstruo que venía á robarme mi alegría y mi felicidad. Susana le tomó por la mano y me lo presentó con la mayor sencillez.

—El señor Alfredo Rose, querido papá, ¿no le conoces?

Mucho que lo conocía: el miserable era encantador. Suspiré y dí un apreton de manos á aquel futuro yerno que quería hacerme el honor de escogerme por suegro, sin tomarse el trabajo de consultarme. ¡Sin dote! Esto bastaba para que él se creyese con derecho á casarse con la muger

que amaba. Hablad de conveniencias á estas gentes brutales que van derecho á su negocio.

CAPITULO VI.

DONDE SE HACE CONOCIMIENTO CON EL SEÑOR ALFREDO ROSE Y EL VECINO GREEN.

Mientras permanecimos Alfredo y yo mirándonos silenciosamente, las dos mugeres se pusieron á hablar en voz baja pero con mucha vivacidad; la madre sonreia, la hija le dirigía miradas suplicantes.

—Amigo mio—dijo Jenny, cogiendo de la mano á los dos jóvenes,—hé aquí dos chicos que con la ayuda de Dios aspiran á fundar una familia cristiana y te piden tu bendicion.

—¡Mi bendicion! Yo he visto al Papa Pio IX bendecir á Roma y al mundo con esa dulce magestad que hace caer de rodillas á los mas incrédulos; he visto piadosos obispos bendecir la inocencia y el fervor de una primera comunion. Aquello era sublime y hermoso. Pero yo, pecador, no me creo con el derecho de bendecir ni aun á á mis hijos. Abracé á Susana, abracé á Alfredo, estreché sus manos entre las mias y lloré.

Eran tan dichosos, que no vieron mis lágrimas, y se escaparon de mis brazos para correr hácia Jenny, que los recibió con estas palabras, pronunciadas en alta y solemne voz:

—Que el Dios de Abraham y de Sara, que el Dios de Isáac y de Rebeca, de Jacob y de Raquel, os bendiga, hijos mios, y os dé una vida cristiana.

—*Amen*—contestó una voz de sorchantre; era Marta que se aproximaba con la mirada y el gesto de un profeta.

—Hombre—continuó,—tú tomas esta muger ante Dios; muger, tú tomas este hombre ante Dios; en la buena como en la mala fortuna, en la salud como en la enfermedad, en la vida y en la muerte, no lo olvideis, porque el Eterno lo recordará siempre.

—No lo olvidaré jamás—dijo Alfredo levantando la mano;—tomo al Señor por testigo.

Me sentí conmovido hasta el fondo del alma por la solemnidad de aquel compromiso. Parecíame que mi hogar se había hecho sagrado como el de Abraham, y que Dios invisible y presente había descendido para bendecir la union de mis hijos.

La entrada de Zambo disipó estas graves ideas. Ofreció á la desposada un enorme ramillete. Acompañó su regalo con tantas muecas y tan burlescos cumplimientos, que me hizo reir á pesar mio.

—¿Cuándo es la boda, niño?—preguntó.—¿Mañana? ¿Pasao mañana? ¿Dentro de ocho dias? Zambo quié canta; Zambo quié danzá.

—Susana—pregunté mirando á mi hija,—¿está señalado el dia?

—Nó, padre mio, esperamos tus órdenes.

—Y no aguardamos mas que eso—dijo Alfredo: he tomado y amueblado una casa cerca de aquí en la esquina de la décimacuarta avenida. Todo lo tengo dispuesto para recibir á la que me hace el honor de partir conmigo fortuna y nombre.

—Hijo mio—dije á Alfredo,—Susana te ha escogido y nosotros aprobamos su eleccion, mas perdona la natural curiosidad é inquietud de un padre. ¿Desde cuándo amas á mi hija? Y puesto

que hablas de fortuna, ¿cuáles serán los medios de subsistencia de la nueva familia cuya dicha tan de cerca nos toca?

—Decid á usted desde cuándo amo á Susana, me sería difícil—respondió el jóven.—Paréceme que al nacer ya la amaba. La amaba cuando íbamos juntos á la escuela, ella una niña y yo casi un jóven. Despues hemos jugado, hablado y rezado muchas veces juntos. Hemos hablado tantas veces con el corazon en la mano, y tantas veces he podido ver la belleza de su alma, que llegó un dia en que comprendí que Susana era la muger que Dios me había destinado. Al llegar Susana á la edad de diez y seis años, la he pedido que me acepte por esposo y nos hemos comprometido; hé aquí la historia de nuestros amores.

—Muy bien—hijo mio;—creo que sereis dichosos como mereceis, y que tendreis muchos hijos. Pero hablemos de dinero.

—Yo no tenía fortuna-dijo Alfredo-y eso aplazaba nuestros proyectos. Contaba veintiun años, y resolví andar en poco tiempo mi camino; confiaba en el éxito.

—Tienes poderosos protectores? La promesa de algun buen destino del gobierno? Tu padre había hecho favores al primo de la prima de algun senador?

—Tenía mi cabeza y mis manos—respondió Alfredo—y la divisa de todo verdadero *yankee*: *¡Adelante! No te detenga nada*; *no esperes nada mas que de tí*. Esto vale mas que un protector. En un país que se engrandece tan de prisa como el nuestro, todo hombre que no es un nécio y que tiene fuerza de voluntad acaba siempre por encontrar un buen filon. Empleado como químico en casa de un rico comerciente de índigo, oía frecuentemente á mi principal que-

jarse de que los buques espedidos á la India no llevaban nunca mas que medio flete. Encontrar nuevo artículo era la idea fija de nuestros armadores: yo descubrí uno en el que nadie pensaba, y que era de seguro éxito, el hielo. Nunca se remitirá tanto como la India puede consumir; lo difícil era conservarlo en el camino, lo cual constituía un verdadero problema. Gracias á mi padre, fuí educado en un laboratorio. Para aislar las barras de hielo, necesitaba un cuerpo que fuese mal conductor del calórico, y ensayé el servirme de serrin de madera, que entre nosotros no tiene ningun valor. La invencion estaba hecha, solo faltaba capital.

Encontrar dinero para poner en ejecucion una buena idea, es cosa fácil en América; pensé en el señor Green, que hace buenos negocios en arróz, en café, en especias y en índigos; tuvo confianza en mí y arriesgó una espedicion. Partí para Calcutta con mi cargamento; llegué, vendí mi hielo ganando el flete de ida y vuelta y regresé despues de haber hecho en la India contratas ventajosas para veinte años: A mi llegada tenía ganados ocho mil duros por mi parte y héme aquí al frente de la casa Green-Rose y compañía. Diez ó doce mil duros es lo que puedo ofrecer á Susana mientras adquiero mejor posicion.

—¡Sesenta mil francos al año!—esclamé.—¡Escelentes resultados los del comercio cuando hay suerte!

Miré á mi yerno mas cerca y le encontré cierto destello de génio. En la frente y en la parte baja de la cara tenia algo de Napoleon.

Entró Zambo anunciando al señor Rose que venía á tomar parte en la satisfaccion general. Por apreciable que fuera el buen hombre, un boticario no era el suegro que yo ambicionaba para

mi hija. Yo había soñado con un subprefecto lo menos; pero ¿qué había de hacer en un país primitivo que no ha conquistado todavía la centralizacion que el mundo nos envidia?

Con el señor Rose entró el señor Green, seguido de Enrique. Reconocí desde luego al boticario en ese aire facultativo, que no se pierde jamás; pero el tendero, en trage negro y corbata blanca, era para mí un ser desconocido. Green, el vendedor de aceite y de café, hablaba con la autoridad y sangre fria de un millonario.

—Vecino—me dijo con amable naturalidad,—me considero como uno de la familia tratándose de este jóven, yerno vuestro y mi asociado; pero deseo algo mas. Enrique es un muchacho inteligente á quien he encontrado una posicion. Alfredo adquirirá ahora costumbres mas sedentarias y es natural; no se casa un hombre para correr el mundo. Necesitamos, pues, un hombre de confianza en Calcutta, y he pensado en Enrique á pesar de su juventud. Es decir, que tres años de estancia en las Indias harán de él un hombre, y nosotros le aseguramos una parte que si trabaja le producirá de cuatro á cinco mil duros al año. ¿Qué os parece mi proyecto?

—¡Hijo mio!—pensé—yo había soñado para tí otro porvenir. Quizá este sea mejor; acaso no tengas el instinto político y el tacto necesarios para llegar á ser un gefe de oficina. La suerte está echada; ¡no serás mas que un millonario!

Dí gracias á Green que continuó diciéndon.e por lo bajo:

—Ya conoce usted á Margarita, mi duodécima hija, jóven bellísima que tiene diez años; pues bien: tengo la idea de convertirla en la señora Smith dentro de seis ó siete años. En este tiempo impulsaremos la fortuna del chico. Contad conmigo.

¡Ya era demasiado! ¡Yo el doctor Lefebvre, yo un sábio y un ciudadano en mi país, convertirme en aliado, en deudo de un tendero! Ciertamente amo la igualdad; soy francés y tengo por evangelio los principios de 1789. Pero que se haga descender esa igualdad á nuestras costumbres, ¡eso nunca! El hombre que no hace nada será siempre superior al que se destroza los dedos trabajando.

Iba á romper la armonía rehusando aquella fortuna pérfida, cuando, por invitacion de mi muger, cada uno de nuestros vecinos aceptó una lonja de jamon y una taza de té.

—Daniel—me dijo Jenny,—ya estamos en la mesa, da la bendicion.

—Querida mia, estoy tan conmovido que no acertaría á decir una palabra. Habla tú por mí.

—Dios mio—dijo Jenny—bendecid esta casa y todos los que en ella se encuentran. Bendecid sobre todo á los que de ella se alejan, y protegedlos. ¡Oh, Señor! No los considereis mas que como corazones puros y obedientes.

Cada uno respondió *Amen* con voz tan sincera que varió por completo el curso de mis ideas. Miré á mis amigos, á mis hijos, á Green, que con tanta sencillez hacía la fortuna de mi familia; á Enrique, á Susana y Alfredo, que se amaban con tan puro y tierno amor; en fin, á mi muger que solo pensaba en los demás, alma y vida de la casa, reina de aquella colmena cuyo enjambre se escapaba.

Y yo, zángano inútil, decía para mí que iba á permanecer solo en el hogar, sin la presencia de Susana y Enrique. Rose tenía nueve hijos, Green quince. Dios bendice las familias numerosas; cuando queremos ser mas sábios que Él, confunde nuestra falsa prudencia condenándonos á la soledad que nos hemos procurado néciamente.

Miré á mi muger, jóven y fresca todavía, y decía para mí.... No recuerdo lo que decía, cuando Zambo entró asustado y gritando:

—La campana, la campana; fuego....!

CAPITULO IIV.

EL INCENDIO.

Al grito de Zambo, el boticario corrió á la ventana, y volviéndose á Green, dijo:

—Teniente, nos llaman; el fuego es en la duodécima avenida.

—Sargento, estoy listo—dijo el tendero levantándose.—Doctor—añadió dándome una palmada en el hombro,—vamos, el carruage nos espera.

—Bueno—pensé al verlos salir acompañados de Alfredo y de Enrique;—véalos usted ya jugando á la guardia nacional. ¡La guardia nacional! Buen regalo que América nos envió por conducto del ciudadano Lafayette, y que nos ha servido á las mil maravillas. Corred á esa parada, amigos, y buen provecho os haga. Yo permanezco en casa.

Me puse á la ventana y ví que se elevaban al cielo enormes torbellinos de humo despidiendo chispas brillantes. El incendio crecía.

—Pronto, señor, pronto, se acerca el carruage,—me dijo de repente Marta.

Volvíme; delante tenía á Zambo con un hacha en la mano y un casco de cuero abollado en la cabeza; Marta tenía una blusa de paño negro y un cinturon de gimnasio en la mano: era mi uniforme, de bombero.

¡Bombero yo! Quise protestar contra aquel nuevo insulto de la suerte; pero Marta se había apoderado de mí, y en un abrir y cerrar de ojos quedé vestido, cinchado, encasquetado, armado é izado sobre la vaca de un ómnibus, dentro del cual iba una máquina de vapor. Dos magníficos caballos negros arrastraban á galope la bomba y los bomberos.

—No temais nada, Daniel—gritaba Marta;—vais á servir á Dios: el Todopoderoso os sacará de enmedio de las llamas, como sacó á sus servidores Sidrach, Misach y Abdenago.

Esta bendicion bíblica me estremeció, porque olía á chamusquina.

—Vaya una idea—esclamé—arriesgar uno el pellejo por desconocidos cuando se podría pagar un cuerpo de bomberos.

—¿Qué está usted diciendo, doctor?—interrumpió una voz chillona que me hizo reconocer en el *attorney* Fox á mi vecino Reynard.—Ciudadanos—añadió recitando algun antiguo discurso político,—si quereis ser libres sed vosotros mismos vuestra policía y vuestro ejército. Darse guardianes vale tanto como darse amos. Mi querido amigo—continuó en el tono mas natural del mundo,—¿dónde ha adquirido usted esas ideas del viejo mundo? ¿No es usted amigo de la libertad?

—La libertad antes que todo—me apresuré á responder avergonzado de mi ligereza.—Volar al socorro de sus conciudadanos es un deber y un placer para todos. Me enorgullezco de ser bombero.

—No tanto como Green, mi querido vecino—continuó el hombre de puntiaguda fisonomía;—ese sí que va alegre al fuego. Es muy listo—añadió hablándome al oido;—*devilish smart*—repitió cuatro veces, guiñándome un ojo.

Abrió su tabaquera, y tomó lentamente un polvo.

—Nuestro capitan, el bravo coronel Saint-John—dijo—se retira; Green es teniente y quiere ser capitan á fin de tener mas categoría. Es astuto, mas en vano oculta las cartas pues le veo el juego.

Antes de que Fox terminase sus insidiosas confidencias, habíamos llegado. No ví ningun agente de policía. Multitud de curiosos llenaban las aceras, y dejaban libre el centro de la calle. Mientras que el teniente reconocía el sitio principal del incendio y daba órdenes, yo me puse á dirigir las mangas con mi amable vecino.

Frente á nosotros ardía una casa; las llamas salían por las ventanas en torbellinos. De pronto en el primer piso se oyeron gritos desgarradores y pasó como una sombra una figura blanca. Una voz de muger pedía socorro. Green aplicó una escala al muro, subió y desapareció entre el humo.

—Es listo como un diablo—me dijo Fox, haciendo un gesto satánico, *debilish smart;*—el ambicioso representa su papel perfectamente.

—Por aquí los niños, por aquí—esclamó Rose ocupado en ahogar el incendio.

Levanté con trabajo, la pesada manga; pero no podía apartar la vista de la ventana por donde Green había entrado. El corazon me palpitaba, ahogándome la inquietud.

A los pocos segundos apareció Green con una muger en los brazos, y bajó enmedio de los hurras de la multitud.

Apenas llegó á tierra, la muger esclamó:

—Mi hija. ¿Dónde está mi hija?

La pobre madre temblaba de piés á cabeza, lloraba, dirigía sus brazos hácia la ventana ardiendo y quería arrojarse en la hoguera. En vano pro-

curamos detenerla; escapóse de nuestras manos, corrió hácia la casa, y rechazada por la llama, retrocedió exhalando gritos y arrancándose los cabellos.

Mirábamonos todos; las llamas zumbaban como la tempestad; el abrasado techo iba á desplomarse y la niña estaba perdida. En aquel momento no sé lo que pasó por mí. La vista de aquella pobre madre, las palabras de Marta, el ejemplo de Green, la idea de que era francés.... qué sé yo; lo cierto es, que una embriaguez inesplicable me dominó; corrí á la escalera, y antes de saber lo que hacía me encontré en lo alto de ella.

Rose quiso detenerme.

—Soy padre—esclamé—y no dejaré morir á esa niña.

Ya dentro de la habitacion, las llamas me rodearon. Ahogado por el calor y cegado por el humo, llamé sin que nadie me contestase. Comenzaba á desesperarme cuando una lengua de roja llama, me hizo ver una puerta cerrada frente á mí. Rompí la cerradura de un hachazo, entré en la habitacion, corrí á la cuna donde lloraba un niño, y apodereme de aquel tesoro en un instante. Mi alegría duró poco. Rodeado de humo, casi asfixiado, no encontraba la salidad. El corazon me palpitaba con violencia; estaba perdido.

—Por aquí, doctor, por aquí Daniel—gritó la voz de Rose.—Adelante con precaucion.

El consejo no podía llegar mas á tiempo. Apenas me habia vuelto, un vigoroso caño de agua dirigido por la hábil mano del boticario me inundó de piés á cabeza á riesgo de derribarme. Gracias á aquel golpe estratégico que rechazó las llamas y disipó el humo, ví la ventana, corrí á ella, y llegado á la escala me dejé escurrir á tierra, negro y humeando como un tizon metido en agua.

Un instante despues el techo se desplomó con estruendo. Marta tenía razon. Dios me había tratado como á Abdenago.

Inútil sería referir la alegría de la pobre madre. El mas feliz era yo que había salvado un niño. Mi locura me había costado cara. Tenia los cabellos chamuscados, una megilla tostada, y el brazo izquierdo quemado desde la muñeca al codo. Pero ¿qué era esto en comparacion de lo que habia ganado?

Una hora despues del acontecimiento volvimos á nuestro barrio, dejando á los que llegaron los últimos el cuidado de apagar los humeantes escombros. Subí de prisa y con la cabeza erguida al mismo carruage donde de tan mala gana habia ido al fuego. Fox estaba allí guiñando el ojo como si fuera tuerto.

—Green es muy listo—dijo—pero vos sois mas listo que él. ¡Hurra por el capitan Smith!—añadió frotándose las manos.

No le contesté porque un nuevo espectáculo llamaba mi atencion.

En las aceras y con órden admirable estaba apiñada una inmensa multitud. Casi todos los hombres tenían un papel en la mano y lo agitaban al vernos pasar.

—¡Hurra por el bravo teniente! ¡Hurra por Green!—gritaban.—¡Hurra por Smith! ¡Hurra por el heróico bombero!

—Esos son—decían señalándonos con el dedo. —Aquel es Green, este es Smith. ¡Hurra!

Agitaban los sombreros, flotaban en el aire los pañuelos, y las mugeres nos mostraban sus hijos que levantaban sus manecitas como para bendecirnos.

¿En virtud de qué misterio sabían todos mi nombre y mi accion? Lo ignoraba y no lo pregun-

taba; se acostumbra uno pronto á la gloria. La emocion me dominaba, y apenas si podía mirar á la muchedumbre con la calma de un héroe. Cuando llegué á mi casa, las lágrimas corrían por mis mejillas. El pueblo rodeaba á Jenny, á mi hija, á Marta que predicaba, á Zambo que bailaba como un niño. Me arrojé en sus brazos, á pesar de mi facha de limpia-chimeneas, pues creo que estaba tan negro como Zambo.

Antes de entrar, Jenny me indicó sonriendo la imprenta que teníamos en frente y que era la del periódico sedicioso *París Telegraphe*. Sobre la fachada había un gran cartel que podía leerse desde media legua y que decía así:

QUINTA EDICION.

PARIS TELEGRAPHE.

HORRIBLE INCENDIO.

¡¡¡EL BRAVO TENIENTE GREEN!!!

¡¡¡EL HERÓICO BOMBERO SMITH!!!

Frase sublime:

Soy padre y no dejaré morir á ese niño.

50.000 *ejemplares vendidos.*

PREPARASE LA SESTA EDICION.

Era aquel el templo donde se distribuía la gloria y había en él lo muy bastante para curar la vanidad.

¡Con cuánto placer corrí al cuarto del baño para meterme en agua! Parecíome entonces ad-

mirable la invencion que me permitía tener á todas horas agua caliente en mi habitacion. Zambo no quiso separarse de mí, pretendiendo que el *señó* tenía necesidad de sus servicios. Lo que queria el bravo mozo, era oirme hablar para darse importancia con los vecinos. Mi gloria era la suya, él era quien había penetrado en las llamas por medio de procurador. Cuando bajé al despacho del *París Telegraphe* continuaba lleno de compradores. La multitud se apiñaba bajo nuestras ventanas deseando verme. Con mi brazo en cabestrillo, mi mejilla estropeada y mis cabellos quemados, podía creerme un héroe.

Para que nada faltase á la alegría de aquel dia feliz, la música de los bomberos vino á darme una serenata, y Green, al frente de la compañía, me dirigió un discurso.

En este *speech*, bastante bien pensado, el tendero, con una modestia conmovedora, olvidó lo que había hecho para no acordarse mas que del valor que yo demostré, y en nombre de la compañía me rogó que aceptara el cargo de capitan.

—Compañeros, amigos—esclamé,—me confunden vuestras bondades; no quiera Dios que olvide el ejemplo del teniente Green y el oportuno socorro del bravo sargento Rose. Debo al primero el honor de una buena accion, al segundo la vida. Permitidme, pues, no olvidar esta déuda de gratitud, y considerar siempre como mis gefes al escelente Green y al generoso Rose. Quiero permanecer con vosotros, compañeros, simple bombero en un país libre. Me envanece vuestra amistad y vuestro heroismo, y no cambiaría nuestro modesto uniforme por el de un capitan general. ¡Viva América y la libertad!

Mi contestacion tuvo grande éxito, sobre todo el final, que no valía nada. Green se echó en mis

brazos, Rose hizo otro tanto, y Fox, llevándome aparte, me dijo en voz baja:

—Compañero, es usted listo. Usted pica muy alto, pero es igual, ya le adivino, y guiñó ambos ojos, lenguage misterioso, cuya significacion no pude comprender.

Green dió la señal, y comenzó la serenata. En el mismo instante ví subir un lienzo por la fachada de la imprenta del *París Telegraphe*, como bandera isada al palo mayor. En este lienzo trasparente, iluminado con luces de colores, se leía en caractéres de un pié de altura lo siguiente:

OCTAVA EDICION.

PARIS TELEGRAPHE.

HORRIBLE INCENDIO

¡¡El heróico bombero Smith, el nuevo Cincinatus!!

Cómo recompensa América la virtud.

100.000 *ejemplares vendidos.*

En prensa la novena edicion.

—¿Qué quiere decir eso?—esclamé.—Zambo, vé y tráeme un número de ese periódico. Presumo que trás de esos anuncios hay alguna broma de mal gusto.

En el periódico leí con gran sorpresa mia el discurso de Green y mi respuesta, que mientras los pronunciábamos habían sido copiados é impresos. Mi negativa á aceptar el cargo de capitan era lo que me había valido el título de Cincinatus. Jamás he sabido por qué, pero el nombre

sentaba bien en el anuncio.

Un hombre á quien se llama el nuevo Cincinatus debe valer algo.

Por bajo de mi *speech* y con el ridículo epígrafe de *Cómo recompensa América la virtud*, leíanse las dos cartas siguientes:

EL CISNE.

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Calle de las Acacias, núm. 10.

CAPITAL SOCIAL DIEZ MILLONES DE DUROS.

Los asegurados tienen parte en los beneficios.

CABALLERO:

El valor que habeis manifestado en el incendio de esta mañana, ha llamado la atencion al Consejo de la Compañía.

Está vacante una plaza de médico-consultor para el reconocimiento de heridos y accidentes que resulten de los incendios.

Esperamos que nos hareis el honor de aceptarla.

Los honorarios son 400 dnros.

El Director de Compañía,

X. X.

Al señor Director Daniel Smith, bombero de la sétima compañía.

LA PROVIDECIA.

HOSPIO DE NIÑOS

SOSTENIDO POR SUSCRICION PRIVADA

DE DIEZ DUROS POR AÑO.

Calle de los Nogales número 25.

CABALLERO:

El médico que ha pronunciado la hermosa frase: «Soy pa-

dre y no dejaré morir á esa niña.» es quien por su abnegacion y talento está llamado naturalmeute á cuidar á los niños.

La plaza de primer médico de nuestro hospital está vacante y esperamos que os dignareis aceptarla.

Servicio diario de seis á ocho.

Honordrios 2.000 duros.

Los administradores del Hospicio,

R. T.

Al señor doctor Daniel Smith, bombero de la sétima compañía.

—Zambo—pregunté,—¿me han traido alguna carta?

—No, señó; el cartero no ha venido todavía.

—Imposible, á menos que en este periódico no haya alguna mistificacion.

—Están llamando á la puerta, señó—dijo Zambo.—Oid, uno, dos, tres, el cartero; correo en seguida.

El negro me trajo cuarenta cartas. Varios enfermos me preguntaban la hora de mis consultas. Otros me rogaban que fuese á verles lo mas pronto posible. Cuatro cólegas me llamaban en consulta, seis farmacéuticos ofrecíanme asociacion; y en fin, lo mas estraño eran dos cartas cuidadosamente lacradas que anunciaban confidencialmente lo que el *París Telegraphe* había publicado ya con una indiscrecicn que en el fondo de mi corazon le perdonaba.

Era célebre! empezaba mi fortuna. Un dia, una hora de valor me daban un nombre y hacían mas por mí en América que veinte años de trabajos hicieron en el antiguo continente. Pero dije para mí, y esto me devolvió la humildad que me hacía ya gran falta:

—Sin ese periódico hablador, sin esa trompeta que ha lanzado mi nombre por todos los ám-

bitos del Nuevo Mundo, ¿hubiera yo tenido tan buena fortuna?

Entonces me ocurrió la idea de ir á dar gracias al periodista fuera quien fuese. Pero era tarde. La redaccion estaba cerrada. Dejé, pues, la visita para el dia siguiente.

Pasé la noche con mis antiguos amigos, mi muger y mis hijos. Me hicieron repetir hasta los menores detalles del horrible y glorioso suceso.

La conversacion hubiera durado toda la noche si Marta no hubiese puesto sobre la mesa una Biblia encuadernada en chagrin y cerrada con gruesos broches de metal.

—Lée—me dijo—y calma tu vanidad; no olvides la historia de Aman, hijo de Amadatha, de la raza de Agag, y acuérdate de que hay aquí un Mardoqueo que no doblará la rodilla ante tí.

—Tranquilízate, Marta—contesté riendo;—no hay á mi puerta una horca de cincuenta codos de altura, ni quiero yo ahorcar á nadie.

Jenny abrió la Biblia y nos leyó el tercer capítulo de Daniel, lo que encantó á la cúakera no menos que á Zambo, y me hizo pensar sériamente en la bondad de Dios respecto á mí. Muy entrada la noche nos separamos despues de un dia bien empleado.

CAPITULO VIII.

TRUTH, HUMBUG AND C.°

No bien desperté corrí á la ventana: quería gozar de mi naciente felicidad y contemplar una

vez mas todavía mi nombre proclamado por encima de los tejados. El cartel estaba en su lugar; todos los transeuntes fijaban en él los ojos; pero ¡oh vanidad de las vanidades! hé aquí lo que decía:

LLEGADA DEL PERSIA.

IMPORTANTES NOTICIAS DE EUROPA.

Lóndres.—Consolidados, 92 3[4.

Liverpool.—Algodones, alza de 20 por 100.

Cerdo salado (Cleveland), 4.000 bocoyes pedidos.

A LOS AGRICULTORES.—MAGNIFICA OCASION.

Cuatro hermosos jumentos de Italia, garañones de primer órden.

Dirigirse á los señores Ginocchio hermanos, 70, William Street.

—Pueblo de comerciantes—esclamé apretando los puños;—rasa grosera que confundes los negocios, los sentimientos, el algodon y las ideas, doy gracias á Dios de no pertenecerte. ¡Viva el país del ideal; viva la Francia que se entusiasma con una palabra sonora, la Francia que, á Dios gracias, no piensa jamás en sus intereses sino cuando es tarde! Nuestra locura vale mas que la sensatez de estos *yankees*; nuestra pobreza es mas noble que su riqueza. ¡Cuatro pollinos de Italia y el precio del cerdo, hé aquí las grandes noticias de Europa para estos egoistas! De Francia, de sus últimas modas, de los bailes de la córte, de la última novela, del último vaudeville, ni una palabra. ¡Ah, vándalos! ¡Os desprecio!

A pesar mi justa cólera, no quise dejar de dar gracias al periodista que había hablado de mí. Fuése quien fuese, no me convenía quedarle obligado.

Entré, pues, en una casa de pobre apariencia, que por toda señal tenía un rótulo de cobre en la pared que decía: PARIS TELEGRAPHE. *Truth, Humbug y compañia, propietarios directores.* Abrí una mampara y me encontré con un hombre de pequeña estatura vestido de negro y abrochado hasta la barba; era el señor Truth. Sentado delante de una gran mesa y teniendo en la mano unas enormes tigeras, cortaba largas tiras de papel de un periódico inglés, y las colocaba en una especie de caja que comunicaba con la imprenta. Era una redaccion barata.

—¿Qué se ofrece, caballero?—preguntó sin levantar la cabeza y sin interrumpir su trabajo.

—Caballero—le dige con una voz grave y pausada,—soy el doctor Daniel Smith, bombero de la sétima compañía, el mismo á quien tuvísteis la bondad de elogiar en vuestro número de ayer.

—Bien—dijo el periodista continuando su ocupacion;—¿y qué quiere usted?

—Pagar una deuda de gratitud, dando á usted las mas espresivas gracias.

Truth me miró sorprendido.

—Usted no me debe nada, doctor. Al publicar la noble accion de usted, he cumplido con mi deber. Además, su nombre me ha hecho ganar doscientos duros.

—Caballero Truth—le dije con acento digno, —no me importan los motivos que os impulsaron á obrar así; lo que sé es que me hicísteis un servicio y que os estoy muy reconocido.

Iba á salir, cuando el periodista levantó la cabeza, y fijando sobre mí sus grandes ojos negros con dolorosa espresion me detuvo.

—Doctor—dijo:—si absolutamente quereis pagarme una deuda imaginaria, hé aquí la ocasion. Decidme con toda verdad cuál es el mal que sufro

y cuánto tiempo me queda de vida.

Se levantó, puso la mano sobre su corazon, y se detuvo de repente: un asma violenta le oprimía. Le pulsé, escuché su respiracion, y me convencí por los síntomas que no era posible equivocarse.

—Doctor—me dijo,—os exijo la verdad. Cuando se tiene, como yo, la costumbre de decirla á todo el mundo, gusta uno de oirla tambien, necesito saber lo que pasa por mí.

—Teneis—le dije—una enfermedad de corazon, que está muy lejos de ser incurable. Si quereis curar radicalmente, necesitais un aire puro, una vida sosegada, el reposo del alma y del cuerpo, cosas que no disfrutais.

—Gracias, doctor—vuestra opinion es idéntica á la de mi médico. Es preciso renunciar á las fatigas de mi profesion; sea, mientras mas pronto mejor. Un yankee no mira nunca hácia atrás. Doctor, compradme mi periódico; os vendo mi parte en veinte mil duros, suma que ganareis en seis meses. ¿Cerramos el trato?

—¡Diantre!—¿estais loco? ¡Yo periodista! es un honor que nunca he deseado.

—Para un hombre de bien es la primera de las profesiones. ¿Hay nada mas digno que guiar á sus hermanos por el camino de la justicia y de la verdad?

La profesion de periodista de lejos no se estima, pero que de cerca, todo el mundo la codicia. Los periodistas son de la familia de los cómicos. Se les desdeña y se les envidia. Tienen talento, y rozándose con ellos se siente uno menos vulgar. No hay hermosa dama que no desee acercarse á las grandes coquetas. No hay hombre de Estado que, deje de adular á los folicularios, y aun se aliste modestamente entre ellos. A pesar mio, la propo-

sicion del señor Truth escitaba mi vanidad. ¡Un hombre como yo tiene tantas cosas que enseñar á esa masa ignorante y estúpida que se llama público!

—Dirigir un periódico—dije,—es cosa difícil para los que han nacido en esta profesion.

—Nada mas sencillo. Sentaos, permaneced aquí dos horas y os enseñaré el secreto del oficio. Todo se reduce á una sencilla regla de conducta: decir la verdad, nada mas que la verdad, toda la verdad.

Sentéme en un gran sillon de cuero amarillo, coloqué el baston entre mis piernas y apoyé en el puño mi brazo enfermo. Una vez instalado, dije al señor Truth:

—Mi querido Arístides, muy bella es vuestra divisa; pero hablando con franqueza, ¿es verdadera? Yo creía que en punto á periodismo la verdad era la escepcion.

—¿Dónde habeis visto eso, maquiavélico doctor? ¿Acaso en la vieja Europa? En todas partes donde la prensa es monopolizada por el gobierno, los periodistas tienen permiso para no decir nada durante seis dias á condicion de mentir oficialmente el sétimo; pero en un país de libertades, en un país en que cada cual puede pensar lo que quiere é imprimir lo que piensa, ¿de qué serviría mentir? Mentir es perder el crédito y arruinarse vergonzosamente. Nosotros podemos tener todos los vicios, escepto uno. Ved el *Times* inglés, es inconstante, injurioso, violento, pero embustero jamás. Cogido en flagrante delito de mentira, su propietario perdería una renta de cien mil duros. A tal coste nadie es vicioso.

Aquella virtud americana no me alucinaba; iba á dar una respuesta cuando ví un hocico de garduña asomar por el dintel de la puerta. Era

mi compañero de armas y vecino el *sollicitor* Fox, que se aproximaba sin hacer ruido y nos cogió afectuosamente la mano.

—Buenos dias, querido Truth—dijo al periodista.—Vengo de parte del banquero señor Little para hablaros de un asunto importante, con el cual el periódico puede ganar dos mil duros, ¡dos mil duros! repitió acentuando cada palabra.

—Bien—respondió friamente el periodista,—esto concierne á mi asociado.

Llamó, abrióse una pequeña puerta, y entró no sin trabajo, un hombre grueso que, tenía aspecto de elefante con trage de persona.

—Buenos dias, doctor Smith—dijo dando una risotada;—os reconozco en vuestro brazo en cabestrillo. ¿Qué os parece el anuncio de ayer, querido Cincinatus? Pues no tiene comparacion con el de hoy. Truth, se han vendido los borricos. Ginocchio nos escribe que guardemos el anuncio. Buenos dias, Fox, tan flaco os vais quedando que os había tomado por la sombra del doctor. ¿Qué os trae por aquí?

—Se trata—dijo Fox—de que la casa Little hace un pequeño empréstito mejicano: diez millones de duros para empezar. Las acciones son de doscientos duros cada una, y se emiten á ciento sesenta, reembolsables á la par por sorteo anual. Diez por ciento de interés, veinte por ciento de beneficio sobre el capital; es un buen negocio.

—Para Little—dijo Humbug riendo.—Y necesitais anuncios, ¿eh? *Mundus vult decipi, ergo decipiatur*. Tranquilizaos, Fox, os daremos un sitio en el periódico. Entre los ungüentos de Holloway y las píldoras de Morrison, vuestro empréstito mejicano estará en su lugar.

—Venía á ponerme de acuerdo con vos sobre el precio—dijo Fox.

—Dos cuartos por palabra; un duro cada cien palabras. Ya sabeis que aquí se anuncia á precio fijo.

—Dispensad, querido Humbug-replicó Fox guiñando el ojo:—no me habeis comprendido. Cuando hablaba de precio, no pensaba en la tarifa. Little desea que el proyecto de este empréstito, útil y patriótico, se inserte en las columnas del periódico á fin de que no tenga aire de anuncio. Pagaremos lo que sea preciso, ¿me entendeis?

—Ya me lo temía, Zorro viejo—respondió el hombre gordo, sin dejar de reir;—pero como decía el buen Plauto: *Stultitia est venatum ducere invitos canes* (es una tontería hacer cazar á los perros á pesar suyo). Os habeis levantado demasiado tarde, amigo Fox. En este país no se coge á los tontos con trampas tan groseras: eso es bueno para los inocentes del otro mundo. Además, puesto que no se trata de mis anuncios, dirigios á mi asociado. ¿Habeis comprendido lo que se nos dice, mi querido amigo?

—Perfectamente—respondió Truth con voz alterada.—El señor Little tiene necesidad de mi honor para colocar su empréstito y me pregunta á qué precio lo vendo.

—Mi querido Truth, tomais las cosas de un modo.....—dijo Fox con acento cariñoso.—Sois mas puritano que los peregrinos de Plimouth. No os pedimos nada que no nos hayan ofrecido otros periódicos. *El Lince*, *El Sol*, *La Tribuna*, recomendarán nuestro empréstito, al menos así lo espero, puesto que estamos en tratos.

—Entonces, si teneis periódicos—¿qué necesidad teneis de mí?

—Por una sencilla razon,—dijo Fox con voz melosa;—en la Bolsa no se tiene confianza sino en el *Paris Telegraphe*, y es natural que tratemos

de poneros de nuestra parte. Para conseguirlo, haremos todo género de sacrificios.

—Señor Fox—esclamó el periodista pálido de emocion,—¡salid!

—Servidor vuestro, señor Truth—dije el *solicitor* desapareciendo.

—Yo no lo soy vuestro—respondió mi cliente. —Mañana sabré lo que es ese empréstito y lo diré al público.

—Querido señor—le dije con la autoridad de mi profesion:—agravareis vuestra enfermedad, no desengañareis á nadie y en cambio os proporcionareis enemigos mortales.

—¡Enemigos! esa es nuestra gloria. Somos soldados, nuestro puesto está en el fuego.

Esto diciendo, se apretó el pecho con ambas manos y se tendió en una butaca.

—Doctor—esclamó Humbug—socorredle; ¿no veis que se ahoga? ¿Quién ha visto tomar tales incomodidades por esa canalla? Truth, perro egoista, haceis todo lo posible para mataros, para arruinar á vuestro antiguo amigo. Vamos, miradme.

Truth le alargó la mano sonriendo tristemente. A pesar mio, sentí piedad hácia aquel hombre que sacrificaba su vida por el mas quimérico y deplorable de los oficios.

CAPITULO IX.

LA VERDAD.

Pasada la crísis, y repuesto el enfermo, Hum-

bug apoyó ambos codos sobre la mesa, y con una entonacion que en vano intentó, fuera alegre, dijo:

—No resistais á vuestra verdadera inclinacion, mi querido Truth, haceos pastor. Los vicios son de buena pasta, y se dejan maltratar sin decir nada. Todos los domingos se les azota récia-mente sobre las espaldas del prójimo, y despues se almuerza y se come en paz; pero á esos bípedos que se creen hombres porque andan en dos piés, á esos lobos con sombrero de copa alta, á esos zorros con anteojos, á esos monos con corbata, á esos gansos con frac negro, no debe uno acercarse sino para reirse de su crueldad, de su avaricia de su cobardía y de su estupidez. Quien los tome por lo sério muere con el corazon destrozado.

—Os presentó mi sucesor—dijo Truth, cogiéndome de la mano,—mi querido Humbug, el doctor será un escelente asociado.

—¡El doctor!—esclamó Humbug.—¡Imposible! ¡Si tiene aspecto de cabra montés!

—¿Qué especie de animal—esclamé yo—es la que produce los periodistas?

—Para ser buen periodista—dijo Humbug con gravedad cómica,—se necesita cara de perro, olfato de perro, impudencia de perro, valor de perro y fidelidad de perro. Cara de perro, para intimidar á los tunantes; olfato de perro, para sentirlos venir desde lejos; impudencia de perro, para ladrar junto á ellos á pesar de sus amenazas; valor de perro, para arrojarse á su garganta, y fidelidad de perro, para partir, detenerse, volver, al primer aviso de la verdad.

—Señor director de anuncios—dije—no sospechaba por cierto que tuviéseis por la verdad amor tan vivo y desinteresado.

—¿Y por qué, sábio esculapio?—pregunto con

ironía.—¿Creeis acaso que no sé que dos y dos son cuatro? ¿Qué es lo que hace el precio de los anuncios? El número de los lectores. ¿Qué es lo que llama á los lectores? La opinion. Y engañando á la opinion, ¿qué se gana? La verdad es el alma dle periódico. Los anuncios no son mas que el miriañaque, ridícula envoltura que forman la mentir- y la vanidad.

—Señor—esclamé, dando vueltas á la tabaquera entre mis manos,—no es bueno decir toda la verdad. Hay verdades que turban y desgarran la sociedad.

—Sí, querido doctor, la verdad es revolucionaria.

—Por fin—esclamé—lo confesais.

—Sin duda alguna. Ved la Reforma, ¿á qué precio ha emancipado la conciencia?

—Eso es—dije golpeando con mi baston.

—Y el Evangelio—añadió Humbug,—¡qué derrumbamiento no produjo! Una civilizacion destruida, Júpiter destronado, los Césares despreciados y derribados. ¡Qué inmensa felicidad hubiera sido ahogar en la cuna esta verdad que mataba al mundo antiguo y producía uno nuevo! Y bien, ¿no decís nada? ¿Y la revolucion francesa?

—Caballero, respetemos las cosas sagradas. La resistencia de los privilegios es la que causa todo el daño. Confesad, que hay verdades que espantan.

—Sí, como la luz espanta á los ladrones.

—Las hay que son odiosas á los que las escuchan.

—Sí, cuando turban la embriaguez ó despiertan el remordimiento.

—Las hay peligrosas para los que las dicen.

—Sí, cuando se tiene corazon de esclavo ó de lacayo.

Volví la espalda á aquel procaz sofista que re-

movía la almohada sobre la que duerme en paz el mundo hace dos mil años. Dirigíme á Truth, que no parecía prestarnos atencion.

—¿En qué pensais, querido enfermo? ¿Os fatiga acaso nuestra conversacion?

—Doctor—respondió sonriendo,—perdonad la escentricidad de mi fantasía: pensaba en Pilatos, preguntando á Cristo: ¿qué es la verdad? y saliendo sin esperar la respuesta. ¡Qué!—añadió animándose:—¿no veis que entre nosotros los hombres, la verdad es la vida, y la mentira la muerte? Los paises prósperos, ilustrados, honrados, caritativos: ¿no son aquellos en que cada cual tiene el derecho de decir la verdad, sin escepcion de persona, sin respeto á las preocupaciones, á los privilegios y á los abusos? Los paises miserables, ignorantes, sin moralidad: ¿no son acaso aquellos en que bajo todas formas reina la mentira? Estudiad la grandeza de Inglaterra, el crecimiento de América, la naciente fortuna de la Australia. En ochenta años, ¿qué fuerzas han elevado los Estados-Unidos de tres á treinta y un millones de hombres? Desengañaos, es la verdad. Dejad á los políticos construir sistemas y combinar formas de gobierno: ved lo que son las instituciones vivas de los pueblos libres. Escuelas, asociaciones, tribunas, prensa: ¿qué significa todo esto, sino otros tantos instrumentos á fin de propagar la verdad y de conquistar en su favor todos los corazones? ¿Por qué? Porque la verdad no es más que la ley que gobierna al mundo moral; porque hay relaciones naturales entre los hombres como las hay entre las cosas. Reconocer y respetar estas relaciones, es reconocer y respetar la verdad.

—Querido señor Truth—Respondí un poco conmovido,—Humbug tiene razon, habeis nacido para predicador. Pero la esperiencia me ha en-

señado hace largo tiempo que la práctica es lo contrario de la teoría. ¡Cuántas verdades hay admirables de lejos que se desvanecen en la prueba!

—Veo, apreciable doctor, que no creeis en la teoría—esclamó Humbug,—cuando hablais, ¿sabeis lo que decís? Cuando dais un remedio á vuestros enfermos, ¿sabeis lo que haceis....? Si lo sabeis, haceis teorías á pesar vuestro; si no lo sabeis, ¿por qué razon estais tan orgulloso de no razonar?

Me repantigué en el sillon, y mirando á Humbug frente á frente, le dije:

—Caballero, escuchadme con seriedad, si sois capaz de hacer algo sério. Os diré una vez mas que en teoría amo la verdad tanto como podeis amarla vos, pero la prensa no es la verdad. A mí no me gusta la libertad salvaje que impera en este país: mucho he reflexionado sobre este asunto; y os diría, si os dignáseis comprenderme, cómo se puede organizar la prensa, abolir la libertad del mal y dejar solo la libertad del bien.

—Impedid á los perros que ladren y habremos encontrado la cuadratura del círculo.

—Yo supongo—continué—un gobierno ilustrado, moral, paternal, que solo piense en el bien de sus administrados.

—Esa es la teoría.

—No, señor: esta es la observacion. En el gobierno á que me refiero, hay ministros inteligentes....

—¿No habeis dicho—continuó el insoportable disputador—ministros ilustrados, morales, paternales, que no piensen sino en el bien de los pueblos?

—Sí, señor, y esos ministros tienen bajo sus órdenes millares de agentes....

—Todos ilustrados, morales, paternales, etc.;

en una palabra, una legion de ángeles.

—En nombre del cielo, Humbug, callaos—gritó Truth.—Dejadle concluir sus cuentos; me parece estar oyendo á un francés que crée razonar porque ensarta paradojas.

—Señor Truth—respondí,—es la razon y la esperiencia las que hablan por mi boca; escuchadme. En las manos de un gobierno centralizador é ilustrado, que lo sabe todo, que lo vé todo, que lo oye todo, que no tiene pasiones, es donde yo deposito la verdad, sin que esto sea decir que quiera darle el monopolio. Yo reduciría el número de los impresores hasta poder establecer una censura discreta y prudente, un sacerdocio conservador; despues limitaría el de los periódicos hasta dejar un corto número de tribunas, donde no se hablara sino con decencia y moderacion. Habría periodistas como hay clérigos, es decir, ministros de la verdad, que recibirían del gobierno su carácter y su símbolo. Si á pesar de la sábia direccion del Estado, algun gacetillero faltaba al respeto debido á la autoridad, entonces no acudiría al jurado que tiene la mano torpe; acudiría á la administracion, siempre paternal, que tendría la santa mision de aniquilar la mentira, deteniéndola y matándola antes que saliera á luz. La administracion, siempre prudente é ilustrada, sabe mejor que nadie lo que le conviene ó le mortifica, y abatiría la audacia y la ignorancia, como Hércules sofocaba las serpientes. Gracias á esta higiene ingeniosa, los periódicos serían un alimento inocente, una antorcha en las manos del poder, de la que no habría que temer ningun incendio. Se ahorrarían las preocupaciones útiles, los errores saludables; se acomodaría la verdad á las necesidades del Estado, á las fuerzas de la poblacion. Hé aquí mi teoría; ¿qué de-

cís de ella, señor Humbug?

—¡Pardiez!—gritó, aplastándome un hombro de un puñetazo, capaz de derribar á un buey.—Es una felicidad tener talento porque siempre se encuentra una tontería á punto. Estaba esperando ver cómo este socarron mistificaba á un viejo yankee como yo.

—Señor Humbug—le dije, llevándome la mano al hombro maltratado,—estos argumentos no me agradan. Aplastar no es responder.

—Doctor—añadió el periodista riendo.—Sois mas divertido de lo que pensais. Pero, adios: ha llegado la hora de hacer el periódico; el tiempo es oro y supongo que no querreis arruinarme.

Solo ya con el señor Truth le pregunté si no le llamaba la atencion lo que habia de profundo en el sistema que le habia espuesto; si podia poner en comparacion la turbulencia de la prensa americana con ese mecanismo que debia en poco tiempo refrenar el pueblo mas ardiente del mundo, dándole la costumbre de la moderacion y el gusto de una inocente libertad.

—Doctor—dijo con dulzura,—soy de la opinion de Humbug: reios si quereis de nuestra sencillez. Esa doctrina que nos presentais como nueva, hace mucho tiempo que la conozco. Es el dogma de la inquisicion; la verdad convertida en cosa oficial, *instrumentum regny*, y monopolizada por la Iglesia y el Estado. No os pagueis de palabras; gobiernos, ministros, funcionarios, ¿qué son todos sino hombres que no son mas infalibles ni mas sábios que nosotros? Hacerles depositarios de la verdad, es un sueño; la verdad es de todo el mundo, como el aire y el dia. ¿No veís, ademas, que dais á vuestro gobierno el poder necesario para obrar mal si se toma el cuidado de razonar mal? ¿Ganarán algo en esto los ciudada-

nos? En cuanto la cosa pública no les pertenezca, les quitais lo que hay de mas bello, mas noble y mas grande en la vida: el amor de la patria, la pasion de la libertad. Quitad la agitacion de la tribuna y de los periódicos, y la sociedad se convertirá en depósito de aguas estancadas. ¿Le aseguraríais al menos el bienestar material, único cebo para el vulgo? Todo lo contrario. La riqueza es fruto de la libertad; no hay seguridad, no hay hacienda, no hay comercio, sino en los paises donde hay libertad. Dejadnos la luz, el ruido, la vida, los periódicos. Acordaos que en Roma tambien se gritaba contra las charlatanerías de los tribunos; que Sila los hizo callar, y que desde entonces empezó una decadencia tal, que el mismo cristianismo no pudo detenerla.

—Permitidme—respondí admirado del giro que tomaba el debate:—no pretendo haber encontrado la piedra filosofal en política; pero confesad que el lenguage de vuestros periódicos es espantoso, y que no hay mayor mal que su desenfrenada licencia.

—Doctor, ya sabeis lo que dice el Evangelio: *En el fruto les conocereis*. Buscadme un pais en que haya mas luces, mas caridad, mas prosperidad material que en América.

—Yo no encuentro en toda ella mas que el escándalo. Los fundamentos mismos de la sociedad se hunden en esta arena movediza que llamais la democracia. ¿Qué es lo que respetais? ¿la religion? Pues bien: que un pastor falte á su deber, y veinte periodistas se reirán de él, como hizo el indigno hijo de Noé, en vez de ocultar á todas las miradas una debilidad cuya vergüenza afecta á la Iglesia.

—La vergüenza es para la Iglesia que cubre al culpable, no para la que rechaza lejos de sí un

miembro gangrenado.

—¿Respetais acaso la justicia? Pues ayer mismo vuestro periódico atacaba á un juez que, en un momento de mal humor, maltrató á no sé qué tunante.

—La justicia se ha hecho para el acusado, y no el acusado para la justicia.

—Que un subalterno se estralimite de sus atribuciones, que por descuido arrastre un inocente; inmediatamente diez periódicos le ladrarán alrededor acusándole de tiranía, y removerán todo el pais por defender la causa de un miserable, de un mendigo, de un ladron preso sin haber llenado las fórmulas legales.

—Y tendrían razon: la libertad del último de los miserables es la causa de todo el mundo. Tan pronto como se violan las fórmulas legales, tan pronto como se ataca injustamente á un ciudadano, todos están amenazados.

—¿No es necesario algunas veces velar la estátua de la ley para salvar el pais á despecho de una falsa legalidad?

—Doctor, profesais la doctrina de Pilatos. Él tampoco se detuvo en una falsa legalidad, y estimó mejor condenar á un inocente que arriesgar su puesto. Era un hombre hábil: no sé por qué el mundo ha sido tan severo con él.

—Y, ¿á dónde vais á parar?—continué cada vez mas sorprendido.—Doce ó quince periódicos, hé aquí los dueños de la opinion y de la república.

—¿Quince periódicos?—dijo Truth admirado. —Tenemos trescientos, y son pocos para un millon seiscientas mil almas. Boston tiene ciento para menos de doscientos mil habitantes. Verdad es que en Boston, la ciudad puritana, se entiende la libertad y la civilizacion de muy distinta

manera que en Paris.

—¡Trescientos periódicos!—esclamé en el colmo de la sorpresa.—¿Quién dirige y gobierna entonces la opinion? El primero que llega puede sin mision alguna erigirse en profeta y en legislador. Esto es un despotismo atroz.

—Amigo doctor—dijo Truth bajando la voz, —no comenceis de nuevo vuestras bromas. A Humbug le divierten, pero á mí me hacen daño. Donde todo el mundo puede hablar, nada significan las palabras mision, profeta ni advenedizo. ¿Quién ha imaginado jamás dirigir ni gobernar la opinion en un pueblo libre? No existe un yankee que no se dicte á sí mismo su regla de conducta y que no elija con pleno conocimiento de causa su partido y su bandera. La prensa es un eco que repite las ideas de todo el mundo y nada mas. Esos innumerables periódicos no tienen mas que un objeto: acumular los hechos, los informes y las ideas, multiplicar y esparcir la luz. Nuestra ambicion consiste en poner la verdad al alcance de todo el mundo. Ese pretendido despotismo de los periódicos solo existe en vuestra imaginacion. En América, donde existen 800 ó 900 periódicos, y donde todos los dias nacen algunos nuevos, el número de tiranos ha muerto la tiranía.

—Hé aquí un régimen que no había previsto Aristóteles; una democracia de papel. En este dichoso pais todo es gobierno, á escepcion del gobierno mismo. Vosotros los periodistas sois mas que la Iglesia, mas que la justicia, mas que el Estado. ¿Qué sois pues?

—Somos la sociedad.

—Pero si la sociedad, si el pueblo gobierna, ¿quién será el gobernado?

—Doctor—replicó el periodista sonriendo,—cuando andais por la calle, ¿quién os conduce?

Cuando gobernais vuestras pasiones (lo que no os sucede siempre) ¿quién es el gobernado? Hay para los pueblos como para los indivíduos una edad madura; pero nosotros, ciudadanos de un gran pais, y hace largo tiempo que salimos de la tutela y que despachamos por nosotros mismos nuestros negocios. ¿Qué significa la soberanía del pueblo que estampamos desde hace setenta años al frente de nuestras constituciones, sino una declaracion de mayoría?

—Las comparaciones nada prueban. Lo que es cierto respecto de un indivíduo, no lo es respecto de una nacion.

—Frases y solo frases, doctor. Una nacion es una coleccion de indivíduos. Lo que es cierto respecto de diez, de veinte, de mil personas, es igualmente cierto respecto de un millon. ¿En qué cifra empieza la incapacidad?

—No, no es cierto que una nacion sea una simple coleccion de indivíduos.

—Lo cual quiere decir que el total de una adicion, es cosa distinta que la suma de todas las unidades.

—¡Error!—esclamé harto de discutir con un talento tan obtuso.—Hay en esto una diferencia que salta á la vista. Para desembarazarse de los intereses particulares, ¿cuál es la palabra mágica que invocan todos los hombres de Estado? El interés general. Cuando se quieren anular derechos y pretensiones que mortifican al gobierno, ¿qué se alega? un interés superior, el interés social. La utilidad pública es la negacion de los derechos individuales: esta es al menos la manera de razonar y de obrar en todos los paises civilizados. Si bastase escuchar el voto de la mayoría y adivinar los intereses y las voluntades, decidme ¿qué sería la política sino oficio de tendero al al-

cance de cualquier hombre honrado que se presentara. ¿Os figurais acaso un César, un Richelieu, un Cromwell, un Luis XIV, escuchando la voz del campesino ó aceptando el voto de algunos millones de ciudadanos? ¿Qué llegarían á ser entonces las combinaciones, las guerras y las conquistas, todos esos golpes de efecto, todos esos golpes de la fortuna en que triunfan los héroes? Arrastrar una nacion á la victoria y á la gloria, hé aquí lo que los pueblos aman; los pueblos, que adoran á quien los pisotea. Dejad á esos pobres entregados á sí mismos, y se dedicarán á sus ocupaciones ordinarias. Los anales de la nacion tendrán solo dos líneas como la moral de los cuentos de hadas: *vivieron largo tiempo, fueron dichosos y tuvieron muchos hijos*. Con tan bello sistema, ¿qué sería de la historia? ¿Y para qué enseñar retórica á nuestros hijos?

Conocí que estaba elocuente. Truth, confundido, me miraba con aire singular.

—Doctor—me dijo,—no me gustan los sofismas. De todos esos juegos de imaginacion, ningunos me son tan odiosos como las paradojas de antaño. Washington ha mostrado al mundo lo que es ser un hombre honrado gobernando un pueblo libre; la prueba está hecha. Quien no comprenda esto; quien no oiga la voz de las generaciones nuevas; quien no siente que la industria, la paz y la libertad son las reinas del mundo moderno, solo es un soñador, un insensato. No marcha hacia la gloria, sino hácia el ridículo.

—Acabemos, señor mio—esclamé levantándome y llevando, á pesar mio, la mano hacia la empuñadura de mi ausente espada. Si hubiera vestido en aquel momento mi uniforme de cirujano de la guardia nacional, hubiese hecho callar aquel insolente, y haciéndole morder el polvo, le

hubiera demostrado sin réplica que América nada entiende de civilizacion, y que un francés jamás se equivoca.

CAPITULO X.

LA COCINA INFERNAL.

Mientras que Truth, sorprendido de mi arrebato, me dirigía miradas inquietas, Humbug, entró trayendo en la mano un puñado de pruebas que puso sobre la mesa.

—¡Alerta!—gritó con voz sonora;—empieza la tarea. Doctor, ayudadnos, el brazo derecho lo teneis bueno; tomad ese papel y preparemos algun cartel. Escribid: *Derrota de las tropas federales;* hé aquí todo lo que contiene nuestra primera página.

—¡Derrota!-esclamé:-¿Vais á anunciar al pais que ha sido derrotado? Poned: *Retirada estratégica, hábil combinacion.* Si no vuestra imprudencia vá á llevar á todas partes la alarma y el miedo.

Sois incorregible—replicó Truth.—Sabed que se debe al pais toda la verdad. ¿Creeis que un descalabro abate á los yankees? Una victoria acaso nos sería indiferente; una derrota redobla la energía, para enviar nuevos refuerzos de soldados y dinero.—¿Cuántos hombres muertos?

—Muertos 3.000-dijo Humbug;-heridos 6.000; prisioneros 2.400.

—Poned esas cifras—añadió Truht.—Doctor, no las olvideis en el cartel. Y entretanto, ¿qué ha

hecho el Congreso?

—En el Senado—dijo Humbug—una larga discusion sobre la esclavitud. El señor Sumner ha hecho abolir la servidumbre en el distrito federal de Colombia. Es el primer paso. Doctor, escribid: *Admirable discurso del elocuente senador de Massachusetts.* Ya está llena nuestra primera hoja. Veamos el suplemento.

—Cámara de representantes, nada de particular; tres llamamientos al órden y bastante tiempo perdido en contestaciones con el presidente.

—Lo de siempre—dijo Truth,—adelante. Aquí está el artículo de fondo; escribid, doctor: *Vuelta á la ley y á la libertad; el Habeas corpus restablecido.*

—¡Qué!—esclamé sorprendido,-¡en el momento de una derrota, cuando es preciso concentrar todos los poderes y gobernar *manu militari*, se restablece la libertad civil con todos sus peligros! En verdad os digo que no entendeis nada de política.

—El despotismo no es la fuerza—respondió Truth.—Mientras mas libre es un pueblo, se muestra mas dulce, obediente, y resignado á los sacrificios. Si quereis que os sostenga, confiad en él. Continuemos: *Robos de la marina denunciados á la nacion.* Escribid, doctor, y subrayad lo escrito para que en el cartel pongan letras grandes.

—Esto es muy religioso—esclamé.—Pensad en los intereses que lastimais, en las quejas que vais á provocar.

—Bueno, que se quejen los ladrones, los espero; tengo pruebas.

—¡Pruebas! y ¿quién os las ha dado?

—En todos los sitios donde hay una tribuna hay tambien quien hable. En un pueblo en que todo ciudadano tiene el derecho de acusar en nom-

bre del país, los ladrones se ocultarán, los robados gritan y se agitan. En Rusia veinte millones dados á la policía no impedirán que se roben algunos miles; en nuestro país, en que la policía es todo el mundo, no se roba un cuarto sin temblar y esponerse mucho. Suprimir el gran fraude no es la menor de las ventajas de la libertad. Pasemos á las noticias del esterior.

—Aquí están—dijo Humbug—las tres correspondencias de Inglaterra.

—¿Para qué tres correspondencias?—esclamé sorprendido de aquel lujo inútil.

—Hay tres partidos en Inglaterra, y nos hacen falta tres ecos para que no falte ninguno de los rumores.

—Primera correspondencia, color del viejo Pam (1); «Guerra á América; la justicia es una cosa muy buena, pero el algodon vale mas; quememos el mundo para calentar á Inglaterra.» Segunda correspondencia, color Derby: «El viejo Pam se burla del público; grita á las armas, construye fortificaciones y navíos acorazados, juega á los soldados y no quiere mas que dos cosas: guardar la paz y su puesto. Que se nos dé el ministerio y seremos tambien patriotas, pero costaremos menos » Tercera correspondencia, color Bright y Cobden: «John Bull, amigo mio, vuestro gobierno se burla de vos; halaga vuestra vanidad para sacaros el últimos cheling. Sed hombre, imitad á vuestro primo Jonathan (2); haced vosotros mismos vuestros negocios: el dia en que los pueblos no se dejen guiar por esos charlatanes ruino-

(1) "El viejo Pam" es el nombre familiar que los ingleses dan á su primer ministro lord Palmerston.

(2) Jonathan es el apodo del pueblo americano, como John Bull el del inglés.

sos que se llaman diplomáticos y grandes políticos, vivirán como hermanos, tendrán la paz y la vida á buen precio.»

La puerta se abrió con estrépito y entraron tres jóvenes elegantemente vestidas. La de mas edad, que no tenia veinticinco años, tomó la palabra con un tono á la vez modesto y seguro.

—Caballero-dijo á Humbug,-somos diputadas por las costureras de trajes, y os suplicamos que anuncieis que nos declaramos en huelga y que el lúnes próximo celebraremos un *meeting* para buscar el medio de librarnos de la opresion que sufrimos.

—Los satres son ricos—dijo Humbug.—Antes de rendirlos, vais á gastar vuestras economías. ¿Teneis un millon para sosteneros?

—Caballero—dijo la mas jóven con un aire obstinado,—con cien duros de anuncios conseguiremos nuestro objeto. Nosotras enseñaremos á los señores sastres y al mundo entero lo que pueden quinientas mugeres que se obstinan en no ceder. Es una leccion que aprovechará á los acaparadores y á los tiranos; una leccion que hará palidecer en sus tronos á los déspotas del viejo continente. Hacednos el obsequio de insertar en vuestro periódico el mensaje al público que nuestro comité ha acordado y redactado.

La amazona alargó al periodista un papel plegado en cuatro dobleses. Humbug leyó en alta voz este impertinente documento que reflejaba la perversidad femenina, en un país donde hasta las mugeres creen en la libertad.

Á LOS PARISIENSES DE MASSACHUSETTS

LAS COSTURERAS DE TRAJES.

Para vengar nuestros derechos desconocidos, para obtener justicia, nosotras las costureras de trajes de la villa de París

(Massachusetts), nos declaramos en huelga. En ocho dias nuestros tiranos habrán cedido ó nosotras no tendremos empleo. ¿Quién quiere darnos trabajo? Nosotras no queremos estar ociosas, pero estamos determinadas á no trabajar en provecho de gentes que pueden pagar mejor. ¿Quién tiene necesidad de nuestres servicios? Nosotras sabemos hacer sombreros, trajes, "pouddings," pasteles y tortas; sabemos coser, bordar, hacer calcetas, asar y hervir. Nosotras sabemos ordeñar las vacas, hacer manteca y quesos, engordar las gallinas y cuidar un jardin; sabemos fregar la cocina, barrer el recibimiento, hacer las camas, partir leña, encender fuego, lavar, plánchar, y además, adoramos á los niños. En una palabra, cada una de nosotras puede hacer una muger de arreglo completa. Para informarse de nuestra inteligencia y talento, dirigirse á nuestros antiguos amos. Hablad pronto, caballeros. ¿Quién quiere ojos negros, hermosas frentes, cabellos rizados, el encanto y la juventud de Hebe, la voz de un serafin, la sonrisa de un ángel? Ancianos "gentlemens" que teneis necesidad de una buena ama de llaves, hermosos jóvenes que buscais una muger activa y adicta, hablad, la subasta está abierta. Una, dos, tres, adjudicado. ¿Quién es el dichoso mortal?

Dirigirse al comité de las señoras costureras, calle de los Álamos, número 20.

—Muy bien, señoras—dijo Humbug;—esta tarde saldrá el anuncio y pondremos en el cartel: *Huelga de las costureras*, á fin de que nadie lo ignore.

Diciendo esto, despidió á las costureras, con la misma ceremonia que si se hubiera tratado de un prefecto.

—¿Es posible—esclamé—que en América las mugeres tengan el derecho de hacer lo que quieran? ¡Reuniones de costureras! ¡Coaliciones de lavanderas! ¡Huelgas de mugeres! La revolucion de los trajes es odiosa, la revolucion de las enaguas es ridícula.

—Lo que es ridículo—respondió Truth con su flema ordinaria—es que los vestidos quieran tiranizar á las enaguas.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

—Bien—repliqué,—poned en esas cabezas locas la embriaguez de la libertad, y vereis los resultados.

—Doctor, teneis hoy unas ideas muy lúgubres —dijo Truth.—A la menor sacudida que reciben vuestras antiguas preocupaciones, creeis que el mundo se va á hundir. Las mugeres, querido doctor, son la mitad del género humano, es una verdad profunda que Aristóteles ha demostrado; pero despues de dos mil años nadie ha comprendido al filósofo mas que los americanos. Necesitamos esposas, hijas y madres que amen la libertad con pasion, á fin de que los maridos, los padres y los hijos no pierdan jamás ese santo amor.

—Acabemos el periódico—dijo Humbug.—Hé aquí los mercados. Algodon, lana, carbon, hierro, harina, granos, cerdo, carnero, buey, cuero, azúcar, café, nada de particular. En las harinas, las *buenas marcas* se han vendido dos por ciento mas caro que las comunes.

—¿Qué marcas?—preguntó Truth, tomando el catálogo:—Colfax, Steven, Pennington; es preciso subrayar estos nombres para imprimirlos en gruesos caracteres. ¿Os reís, doctor? Pues sabed que no se trata de una cosa insignificante. La responsabilidad individual es la fuerza y la vida de las repúblicas. Reunir á la honradez, la reputacion y la fortuna; entregar los pillos á la infamia y á la ruina, es el secreto de la moral y del gobierno.

—¡Magníficas frases á propósito de un barril de harina!

—Ahora tendreis la aplicacion—dijo Humbug, esperad. Mercado de cerdos: veinte bocoyes averiados de las marcas de Thomas y de Williams. Subrayar estos dos nombres deshonrados, es arrojarlos del mercado.

—Pero no lo hareis—esclamé,—no teneis el

derecho de hacerlo. ¿No os basta ser el gobierno, sino que quereis ser tambien la policía?

—Así es—añadió Humbug;—somos la policía, y mas todavía, somos la conciencia pública. Nosotros damos el honor y la fortuna. Escandalizaos si eso os agrada, y gritad cuanto querais.

—Aquí está la Bolsa—dijo entrando un jóven.

—¿Nada de nuevo?—preguntó Humbug.

—Nada mas que el empréstito mejicano.

—¿Qué se dice de esa operacion, Eugenio?

—Fiasco completo, es un fraude del viejo Little.

—¡Cómo un fraude!—esclamé leyendo el programa de la Bolsa.—El empréstito ha subido un duro sobre el precio de emision.

—Little ha comprado con una mano lo que ha vendido con la otra—dijo Truth;—la broma es antigua, y entre nosotros no hace fortuna —Señor Rose—añadió dirigiéndose al recien venido,—escribid para mañana un artículo sobreese negocio; ved los agentes de cambio, y poned toda la verdad.

—Lo haré esta tarde, señor Truth; tengo mas datos de los que ellos pudieran darme.

—Caballero—dije á aquel jóven cuyo nombre me anunciaba era hijo del boticario,—los negocios deben ser muy difíciles con esta manera de desenmascararlos.

—Señor--respondió Eugenio admirado,--los negocios son tanto mas fáciles, cuanto que son mas conocidos. En la Bolsa la mentira es la ruina, la verdad es el éxito.

—Bueno--pensé yo:--todos dicen la misma necedad. En París, centro de la inteligencia, todo el mundo sabe que los negocios que agitan al público son aquellos que menos comprende. ¿Qué es lo que puede producir un negocio conocido? Cinco ó seis por ciento á lo mas, mientras que lo desconocido promete quince ó veinte por ciento: esto

es el secreto de los banqueros. En París se compra la esperanza, y esta es la poesía del juego y el encanto de la lotería. Devorar con el pensamiento la riqueza, satisfacer en sueños las pasiones, los caprichos, la ambicion, hé aquí el ideal.

—Amigo Humbug-dijo una voz chillona,-aquí tengo dos anuncitos que quisiera insertar en tu periódico: te ruego que me hagas una rebaja, porque los tiempos son malos.

El que así hablaba era un hombrecito, metido en un inmenso gaban, su fisonomía y su traje iban diciendo á todo el mundo, soy un cuákero.

—Son muy graciosos--dijo Humbug,--pero no los comprendo; y leyó lo que sigue:

QUINTA DE MONTMORENCY.

Peth Dolittle, propietario del hotel de la Rosa en Montmorency, tiene el honor de anunciar al público que durante el verano los enamorados que se alogen en su casa pagarán solo la mitad del precio.

—¿Por qué esta escepcion?--pregunté.

—Amigo--respondió el hombrecito,--nada es tan bello como el amor. Poned un jóven enfrente á dos ojos negros, y vereis que se siente, tan etéreo, que en una semana no se atreverá á tocar la comida. Es un robo, pues, hacer pagar el precio ordinario á esos ángeles del cielo que no examinan nunca la cuenta.

—Ese escrúpulo te honra--dijo el escelente Humbug mordiéndose los lábios.--Pasemos al segundo anuncio:

"Dinah D. L."--Te se suplica que no vnelvas. Tu madre goza de escelente salud. No se puede arreglar nada. Toda la familia se encuentra mucho mejor desde que la abandonaste.

—Este es un secreto de familia--dije sonriendo,--no hay que pedir la esplicacion.

—Al público, no se la doy, á tí sí, doctor Smith,

--esclamó el cuákero.--Se trata de una hermana de cabeza ligera que por su propio interés, por el de toda la familia y por la moralidad pública, hemos enviado á California de maestra de escuela. Es de temer que la desgraciada se haya detenido en el camino, y quiera volver á la casa de sus padres. Por eso le advertimos caritativamente y en palabras encubiertas que no hay lugar en nuestra casa para ella.

--Eso es muy caritativo, señor Seth--le dije.--Siento mucho no haber conocido antes de ahora á un hombre tan bondadoso.

--Pues te hubiera costado mucho trabajo conocerme--replicó Seth, bajando los ojos,--porque no me has visto nunca. En cuanto á mí es diferente; Marta me ha pintado á su amo y el terrible accidente de ayer con tanta fidelidad que á primera vista te he reconocido.

Un hombre de rostro encendido entró brúscamente en la habitacion, gritando:

--¡Gran noticia, señor Truth! ¡Gran noticia, señor Humbug: el alcalde de la ciudad acaba de ser condenado! Se le ha sorprendido en conversacion criminal con una actriz del Liceum, y se le ha obligado á pagar al marido diez mil duros de daños y perjuicios.

--Doctor--esclamó Humbug,--tomad la pluma y acabemos nuestro cartel. Tenemos un periódico bien lleno, la venta asegurada; veamos.

DERROTA DE LAS TROPAS FEDERALES.

Tres mil muertos: 6.000 heridos.

Admirable discurso del elocuente senador de Massachusetts

Vuelta á la pátria y á la libertad.

Robos de la marina denunciados á la nacion.

HUELGA DE LAS COSTURERAS.

Condena del alcalde de la ciudad.

—Vamos--continuó,--no es malo el dia; buena zurra llevan los tunantes.

CAPITULO XI.

—

DE LA MÁXIMA PROTECTORA.

La vida privada debe ser sagrada.

Reflexionando acerca del triste espectáculo que tenía ante los ojos, me repantigué en mi sillon. Anarquía destructora, espionaje general, conmocion universal, el gobierno en manos de todo el mundo; hé aquí esta prensa tan ponderada. Reglamentad un pueblo con semejante enemigo.

—Doctor,—dijo Truth con voz melosa,-ya sabeis como se confecciona un periódico; ¿consentís en ser mi sucesor?

—Jamás—respondí.—Lo que veo me asusta. Que se ataque á un ministro ó á los diputados, poco me importa, estoy acostumbrado á ello; en todos los tiempos los ministros han servido de blanco á los folicularios; el mas célebre periodista es el que derrota dos ó tres ministros. Pero la vida privada, caballero; debe ser respetada.

—¿Quién ha dicho eso?--preguntó Humbug con aire burlon.

—Señor Humbug—contesté,—lo ha dicho el señor Royer-Collard, un gran metafísico que no ha tenido jamás ideas suyas, pero que ha grabado en bronce las ideas de los demás.

La vida privada debe ser sagrada.

—Vuestro gran metafísico ha dicho una tontería—respondió Humbug.—¿Se puede dividir un hombre en dos? ¿Se puede ser un tunante en la vida privada y un Fabricius en la pública? ¿Qué es la vida privada? ¿Dónde empieza y dónde acaba? Gritar cuando se ve un perro rabioso, ¿es un ataque contra la vida privada ó contra la vida pública? Si nuestra marina ha sido saqueada por los contratistas, ¿se ataca á la vida privada denunciando al ladron? Si el honorable señor Little, quiere una vez mas desplumar á los tontos en provecho de su insaciable avaricia, decir que es un bribon, ¿es atacar su vida privada?

—Caballero—dije,—para convenceros una palabra bastará. Ahí teneis al alcalde de París, víctima de una debilidad. Acaso ha sucumbido arrastrado por alguna sirena de baja estofa; la falta que se le imputa no la ha cometido en su cualidad de magistrado. ¿A qué viene ese escándalo, contra un hombre cuya falta, despues de todo, no os importa?

— A qué viene?—dijo Truth con una frialdad digna de Robespierre;—á obligarle á presentar su dimision. ¿Quereis que en nuestras familias prediquemos el respeto al lazo conyugal y el horror al vicio, enfrente del adulterio entronizado en las casas consistoriales? El honor en la vida privada nos responde de la virtud en la vida pública. En otras partes, la política es una comedia donde cada cual lleva su disfraz, desempeña su papel; entre nosotros es preciso ser respetable para ser respetado.

—Aquí teneis una carta del alcalde,—dijo un empleado,—anunciando que presenta su dimision.

—Señor Truth—grité,—todavía es tiempo. Borrad de vuestro cartel esas líneas que constituyen una nueva mancha. ¿No hay mas que Ca-

tones en América? Puesto que tanto hablais del Evangelio, ¿no habeis leido la historia de la muger adúltera? En nombre del cielo, sed humano.

—No soy humano ni cruel—contestó Truth con frialdad.—No soy una persona, soy un periódico. El cartel quedará como está. Lo siento por el culpable; pero tengo una mision que cumplir, y no falto nunca con la verdad.

—Pero esa mision—esclamé—os la imponeis vos mismo.

—¿Es menos santa por eso?—replicó el periodista.—Comprended cuál es mi deber. En una sociedad ocupada esclusivamente de sus negocios, de sus intereses, y que, sin embargo, se gobierna á sí misma, ¿cómo se conserva la libertad? ¿cómo se engrandecen las ideas generosas? ¿cómo se consigue que el derecho sea respetado por todos, la virtud estimada y los servicios premiados? Gracias á la prensa, invencion mas admirable todavía que el vapor y la electricidad. Nosotros, los periodistas, somos el eco de la sociedad, trompeta atronadora que reproduce todos los sonidos, los difunde hasta el fin del imperio, y va á despertar la conciencia mas endurecida. El bien y el mal nos sirven igualmente; el bien, para hacer latir de júbilo todos los corazones; el mal, para sublevarlos de indignacion y de disgusto. Ayer habeis realizado un acto heróico. En Rusia, ¿quién lo hubiera sabido? En América, gracias á nosotros, treinta y seis millones de hombres van á repetir el nombre del doctor Smith; tres millones de jóvenes envidiarán vuestro ánimo y se comprometerán imitarlo. Esta es la obra de estos libelistas, para quienes teneis en tan poco aprecio. Hoy ocurre un escándalo, cometido por un magistrado. La justicia ha condenado al hombre, la prensa condena el crímen, y le hace odiar por toda la na-

cion. Mientras mayor es la caida, mas ejemplar es la leccion. Nuestra dureza mortificará á una familia, pero salvará de una debilidad análoga á millares de hombres enardecidos por la impunidad. Sed mas justo con nosotros, doctor. ¿Cuántos hombres de Estado serían capaces de desempeñar la profesion de periodista con las cualidades que exige, cuántos aceptarian resueltamente nuestros peligros y nuestra oscuridad?

—Bien, Truth—esclamó Humbug;—hablais como un libro, y como un libro que dice la verdad.

—Hay ambiciones ocultas—repliqué furioso contra Truth y contra mí mismo (las palabras de aquel sofista me habían escitado.)—Hay quien se crée virtuoso afectando severidad en el fondo, y sin saberlo, acaso le impulsa un sórdido interés y corre tras la fortuna.

—La fortuna—dijo Humbug—no se ha hecho para los periodistas. Amigo doctor, el mundo es un teatro donde figuran tres clases de personas: espectadores, actores y autores. Los espectadores sois vos, Green, Rose; lo son todas las buenas gentes que no tienen vicios ni virtudes. Los actores forman una compañía en que abundan los celos, y que se parece á todas las compañías de comedia. El ambicioso, el orador, el avaro, el cobarde, el tirano, el lacayo, desempeñan en él su papel con gran placer del público que aplaude frecuentemente, silba algunas veces y paga siempre. Estos primeros artistas necesitan buenos trajes, palacios y oro, mucho oro. Conocen los caprichos de la multitud y abusan de ellos. En cuanto á los autores, en cuanto al poeta que ha creado la frase del dia, escrito la melodía en boga ó inspirado la composicion poética, á ese se le arroja un pedazo de pan y se le desdeña. Gritad durante veinte años que la libertad es la salud

de los pueblos, y vuestra voz aislada será odiosa á los que mandan, importuna á los que sirven. Llega un dia en que el pueblo cansado quiere arrojar la carga que le agobia y el primer temerario que inscriba en su bandera la palabra que habeis estado repitiendo durante veinte años, será el elegido de la multitud. Este primer galan hará fortuna en una hora, é inmenso será su desprecio hácia el periodista oscuro que durante veinte años le ha preparado el triunfo. ¿Quereis un ejemplo? París vá á elegir su alcalde, pues estad seguro que no pensará en el único hombre que honraría este cargo; este hombre es Truth. El dia en que muera de pena, si yo no estoy aquí, no tendrá dos líneas de elogio en su propio periódico: así es como América recompensa la virtud cívica, y sin embargo, somos el primer pueblo del mundo. Juzgad ahora de nuestra ambicion.

—Humbug, querido amigo—dijo Truth:—¿creeis que no es nada la satisfaccion de ser amado y elogiado por vos?

Abrióse la puerta y por segunda vez ví alargarse el hocico de zorro del señor Fox.

—Señor Truth—dijo con entonacion melosa, —¿tendríais la bondad de anunciar en vuestro escelente periódico que el digno señor Little acaba de dar diez mil duros al hospicio de niños, cinco mil á los pobres de la ciudad, y cinco mil á la biblioteca municipal?

—El empréstito mejicano vá bien—dijo Humbug.—Little es un judío piadoso que paga el diezmo al señor....

—El empréstito mejicano ha sido abandonado —respondió Fox.—El señor Little se ha convencido de que las garantías que daba el gobierno mejicano no eran aceptables.

—¿Cuál es, pues, la causa de tan sospechosa

generosidad? Me temo que se trata de alguna temible especulacion.

—Siempre sospechando—interrumpí yo.—¿Y por qué.

—Yo soy un periodista viejo—respondió Humbug,—y creo en la virtud de los banqueros como en la sencillez de los cuákeros.

—Gran noticia en la bolsa—dijo al entrar el señor Eugenio Rose.

—Se ha retirado el empréstito mejicano—dijo Humbug:—ya lo sabemos.

—Pero lo que no sabeis es que el alcalde ha presentado su dimision, y que se cita al señor Little para reemplazarle.

—¿De veras?—dijo Fox;—no es posible. El señor Little no me ha dicho una palabra de ello, y dudo mucho que sus numerosos negocios le permitan aceptar puesto de tal importancia.

—¡Qué escelente Fox!—esclamó Humbug;—tiene la inocencia de un cordero. Ya vereis cómo el señor Little se impone ese gran sacrificio.

—Pero nosotros somos personas delicadas—dijo Truth,—y no le impondremos tan pesada carga; combatiremos su eleccion.

—¿Y por qué?—esclamó Fox.

—Eso—dijo Humbug—es el secreto de la comedia, y no se pregunta.

—Así, pues—replicó Fox,—siempre tropezaremos con vuestra oposicion, virtuosos puritanos, raza orgullosa é insociable; pero que me condene si no vengo algun dia á quemaros en la gazapera, inútiles moscones, que solo servís para fatigarnos los oidos con vuestros odiosos zumbidos.

—Amigo Fox—dijo Humbug,—no me tenteis la paciencia, ú os arrojo por la ventana.

Fox no esperó el cumplimiento de la amenaza; y yo por mi parte salí conmovido y turbado por

cuanto había oido.

La razon y la educacion me decían que la prensa es un arma apuntada contra el poder y la sociedad: los mas sábios ministros me han inculcado veinte veces esta importante verdad; pero me admiraba por otra parte lo que había de grande y generoso en la conducta de Truth, de bravo y decidido en el papel que Humbug desempeñaba. Tomar por su cuenta la causa de los hombres honrados contra todos los bribones que tanto abundan en el mundo; estar contínuamente á caza y persiguiendo sin tregua el robo, la injusticia, la mentira, significa, no obstante, alguna cosa.

—¡Bah!--dije para mí.--Lo mas juicioso sería suprimir los periódicos: diráse que es suprimir el remedio y no la enfermedad; pero cuando el mal no tiene remedio no hay mas que resignarse, y si se muere uno de él, se muere al menos sin quejarse.

A este punto llegaba de mis reflexiones, cuando en medio de la calle oí la voz de Susana. Aproximábase en un cabriolé que guiaba Marta. Marta era una muchacha prudente que se servía de la brida con preferencia al látigo; pero en la esquina de la calle Taitbout y de la de Helder. me equivoco, en la esquina de la sesta y de la octava avenida hay un pedrusco, supongo que puesto por algun veterinario, porque desde hace diez años no pasa dia sin que los caballos tropiecen en él. El de Marta estaba predestinado; al acercarse á mí, el pobre animal cayó de rodillas, y Marta salió por encima de la cabeza del caballo. Susana cayó en mis brazos, y del coche caimos los dos.

Me levanté furioso; Susana tenía la cara arañada, Marta chorreaba sangre.

—Estais herida, Marta—esclamé.

—No, señor, no es nada—dijo;—la diestra del Eterno me ha sostenido, solo ha sufrido la punta de la nariz.

Ambos nos pusimos á desenganchar y levantar el caballo.

—Pardiez—esclamé,—es una vergüenza que una administracion municipal sufra desde hace diez años semejante rompe-cabezas en la calle mas frecuentada de la ciudad, y furioso entré en la redaccion del periódico.

—¿Qué teneis, doctor?—dijo Humbug, siempre riendo;—habeis empezado ya la lucha electoral con Fox.

—Lo que me sucede—dije—es que no comprendo cómo continúa el empedrado en el estado en que se encuentra desde hace diez años; mi caballo acaba de caerse; mi hija está herida en el rostro; mi cocinera ha estado á punto de matarse; estoy furioso, quiero quejarme, pido justicia. Dadme una pluma y os escribiré una carta en que trataré la administracion como se merece.

—Hé aquí cuanto deseais y además un duro.

—Un duro, ¿para qué?

—Porque es lo que pagamos al que nos trae una noticia ó un *suelto*. No hagais muecas, doctor, guardadlo y ponedlo en un cuadro con la fecha. El os recordará que la prensa es la voz de todos, y que vos habeis comprendido esta gran verdad el dia en que habeis sufrido.

—Humbug—respondí,—estas palabras que arrojais al viento con vuestra ligereza habitual tienen mas importancia de la que creeis y no las olvidaré.

—Bravo—doctor,—sois un gran filósofo. Cuando se abran vuestros ojos gritareis: *Et lux facta est:* No importa; pronto conocereis otra verdad

no menos grande, y es que la libertad de la prensa aprovecha á los hombres honrados. Esto basta para comprender quienes son sus enemigos.

CAPITULO XII.

UNA CANDIDATURA EN AMÉRICA.

Estas discusiones habían conmovido mi espíritu. Ciertamente no tuve la debilidad de renegar de la fé política que me enseñaron los maestros en mi infancia, porque aborrezco los renegados. Antes que confesar que aquellos yankees no se equivocaban me hubiera dejado matar. Pero en el fondo de mi alma sentía haber perdido ya mi primera inocencia. Me había servido de la prensa, y no tenía valor para avergonzarme. Descontento de mí mismo, dormí con agitado sueño, y cuando desperté era todavía de noche. De pronto, en medio de la sombra y del silencio, oí en la calle una voz que me llamaba. Era la voz de mi hija; un padre no puede engañarse al oirla.

Ponerme la bata y acudir á la ventana fué obra de un segundo. Inclinéme para ver en la oscuridad, y mi cabeza tropezó con una cosa que crugió. Inmediatamente una luz espléndida cegó mi vista y alegres gritos saludaron mi aparicion. La calle estaba llena de gente. Un inmenso cartel cubría toda la fachada de mi casa, y mi cabeza, saliendo por entre una O colosal, presentaba á los transeuntes un espectáculo ridículo.

—Papá, permanece ahí—decía Susana saltando sobre sus ligeros piés y dando palmadas.—

Todo París leerá el cartel.

—*Green for ever* (viva Green)—repetían los yankees.—*A very hood trick* (es una buena jugada)—añadían riendo á carcajadas.

Vestíme apresuradamente y bajé á la calle. París no era mas que un inmenso cartel. Candidaturas de todos colores fijaban sobre las parades la relacion de sus servicios y sus virtudes. Mi casa estaba forrada de verde, y el nombre de Green se leía en letras de tres piés de altura, y en frente en la imprenta del periódico había un cartelon en el que se leía lo siguiente:

CIUDADANOS

DE LA PRIMERA CIUDAD DEL MUNDO.

Nada de banqueros,
Nada de abogados,
Nada de saltimbanquis,

NOMBRAD AL HIJO DE SUS OBRAS.

Al patriota generoso,
Al comerciante heróico,
Al buen padre de familia,
Al hijo de París.

ELEGID AL HONRADO Y VIRTUOSO GREEN.

Esta farsa democrática divertía á Susana. Junto á ella estaba Alfredo Rose con el venerable boticario y sus ocho hijos. Enrique bailaba de alegría como niño á quien encanta la algazara. Yo por mi parte gustaba poco de aquellas orgías populares, que pueden resumirse en las siguientes frases: *mucho ruido y pocas nueces.*

—Vecino—me dijo el farmacéutico,—la candidatura de nuestro capitan está en alza, y espero que nos ayudeis, la lucha es ardiente y no

triunfaremos sino á fuerza de palabras y de accion.

—Querido señor Rose—le contesté,—con su permiso yo permaneceré en mi casa, pues que ningun interés tengo en nada de esto. Soy un gran señor que pago cierto número de intendentes, sin cuidarse de elegirlos para que cuiden sus negocios, y lo que pasa entre mis asalariados, no me importa. ¿Qué es un alcalde de París? Un señor con un uniforme bordado, que casa á las solteronas y á las viudas inconsolables, y que dos veces en el año monta en carruage de gala para saludar al prefecto y comer en el Ayuntamiento. Pero ¿qué tengo yo que ver en todo eso, cuando mi único privilegio consiste en pagar un presupuesto que no voto? Nombre al alcalde quien quiera, yo soy médico y no me incomodo por nada.

La única respuesta del señor Rose fué cogerme el brazo y tomarme el pulso.

—Terrible doctor—me dijo,—vuestras eternas bromas me dan escalofrios, y os he creido con la cabeza trastornada. ¿Es necesario deciros á vos, ciudadano de un país libre, que hoy se ventilan nuestros mayores intereses? ¿No es acaso el alcalde el primer personage de la ciudad, el representante de nuestras ideas y de nuestros deseos? ¿No es él quien con auxilio de nuestros consejeros y con la soberana autoridad que le dá nuestro voto, lo arregla todo, policía, mercados, calles, escuelas? ¿Recibe órdenes de alguien? ¿No es nuestro brazo derecho, nuestro órgano, nuestro ministro responsable solo ante nosotros de sus actos? Y ¿quereis que miremos con indiferencia tal eleccion? Bastante poco me importa á mí, por cierto, lo que hacen en Washington los señores oradores del Oeste y del Sur; pero París es mi bien, es cosa de mi pertenencia, es la tumba de mi padre, es la

cuna de mis hijos, y yo amo todo en París, hasta su berrugas y sus manchas; amo sus calles viejas donde he jugado en mi infancia; amo sus nuevos boulevares, anchas arterias de la civilizacion; amo sus iglesias góticas que me hablan del pasado; amo sus estaciones de ferro-carriles y sus escuelas que me hablan del porvenir. Cuarenta generaciones han enriquecido para mí este rincon de la tierra. En él hay una herencia que he recibido de mis padres y que quiero trasmitir á mis hijos. No quiero que sin mi anuencia se toque una piedra ni una institucion de mi ciudad, de mi patria. Soy parisien; Paris es mio.

—Rose, amigo mio—esclamé;—sois el Ciceron de los boticarios, pero la elocuencia tiene el privilegio de disfrazar la verdad. No podeis tratar seriamente de confiar á uno de nosotros, á un simple ciudadano, la policía de un *pandemonium* como este. Aquí se necesita una mano firme é independiente que nos guie, á pesar nuestro.

—Papá-dijo Susana,-bien sabes que es el alcalde el que nombra á los *policemens*, puesto que tú mismo has hecho nombrar al que guarda nuestra calle.

—¿Y acaso tambien-añadí con cierta ironía-hareis votar los impuestos municipales á aquellos que los pagan?

—Sin duda alguna-dijo Rose;-¿Quién tiene derecho á votar un gasto sino aquel que lo paga?

—¡Bonito presupuesto tendreis! Es un buen modo de llamar los millones. Cuando vais á abrir calles nuevas ¿consultareis á los habitantes á fin de escitar contra vosotros el egoismo de los intereses particulares?

—¿A quien se ha de consultar?-preguntó el boticario.-Las calles se hacen para nosotros, segun creo, y el conjunto de los intereses privados

forma el interes general.

—¡Muy bien, divinamente!-esclamé riendo;-todos han bebido la leche de la misma burra. Pero, señor, ¡que sea preciso meter á porrazos en estas cabezas mazisas las grandes ideas de la civilizacion moderna! ¿Y las escuelas-añadí-son tambien los padres de familia los que votan el impuesto y fijan la cifra de sus gastos?

—Los gastos de las escuelas-dijo Alfredo, deseoso sin duda de que admirase su ingenio-todo el mundo los vota, porque la educacion es la deuda de todos, y cada cual se complace en contribuir á ella. Anteayer se ha fijado la cuota de 1862, que es de dos duros por habitante, sin contar lo que dá el Estado.

—¡Mil seiscientos millones de francos votados por un millon seiscientos mil habitantes que cuenta París para las escuelas de la gran ciudad!—esclamé.—Esto ni se ha visto ni se verá jamás.

—Papá-replicó vivamente Susana,-puesto que Alfredo lo dice, será verdad.

—Sea, queridos amigos--dije á mi vez;--es preciso aullar con los lobos. Si nuestros negocios son verdaderamente nuestros negocios; si París es nuestro y no del Estado; si votamos y gastamos nuestro dinero, todo lo cual es increible y contrario á la esperiencia y al buen sentido, cedo á la comun locura. Vamos, pues, á votar, y viva Green, alcalde de París....en Massachusetts.

—¡Viva Green!--gritó la multitud, dirigiéndose hácia el establecimiento del tendero.

—¡Papá!--dijo Susana,--abrázame antes de partir. Ya sabes--añadió en voz baja--que tu nombre está en la lista.

—¿En qué lista, hija mia?

—En la lista de los concejales. Un comité de electores te propone en el *París Telegraphe* co-

mo inspector de calles y caminos al lado del señor Humbug, á quien se quiere nombrar juez de paz. Mira, papá.

Y la jóven sacó el periódico del bolsillo de su delantal. ¡Qué país aquel en que una niña enamorada lée el periódico y se interesa en las elecciones!

Tomé el *París Telegraphe*; mi nombre estaba impreso en gruesos carácteres y acompañado de un elogio conveniente. Esto me hizo un efecto singular. Criticar el poder, haga lo que haga, lo comprendo porque soy parisien. Pero administrar y mandar, obrar en vez de gritar; salir de la oposicion para encontrarla delante de sí y reducirla al silencio á fuerza de celo, era para mí una perspectiva encantadora. La ambicion empieza á apoderarse de mí. Pensé que la víspera había estado duro con Humbug (un periódico es una influencia) y que acaso había hablado demasiado sériamente á Rose y á sus hijos, que todos juntos sumaban diez electores.

Abracé á Susana, me acerqué al boticario y entablé con él una conversacion sobre las admirables píldoras de mi invento, destinadas á hacer una revolucion en la práctica de la medicina y á labrar la fortuna del médico que las había inventado y del boticario que las vendiese. Un estracto de manzanilla concentrada es un remedio heróico que cura en ocho dias la enfermedad de las personas de talento, la dispepsia. Hace ya seis años que empecé á escribir la Memoria; pero cuando la ambicion se apodera de nosotros, adios la prudencia. La inspeccion de las calles me abría la carrera política; era candidato.

CAPITULO XIII.

CANVASSING.

¿Habeis estado enamorados alguna vez, queridos lectores? Pues entonces ya sabeis lo que es un candidato. A cincuenta pasos de distancia, reconocía á los electores que nunca había visto; encontraba en mi memoria la historia de multitud de gentes á quienes jamás había hablado. A derecha é izquierda repartía promesas y apretones de manos. Afable con los pequeños, modesto con los grandes, recorría todas las plazas y visitaba todas las calles.

Green, como puede suponerse, era un pobre candidato. Los electores que fijaron la vista en él no tuvieron buena mano; sin salir de la calle hubieran podido elegir mucho mejor. Un tendero carece de esa alta educacion que permite juzgar de los hombres y de las cosas. Nada de halagos á la multitud; nada de esas afectuosas mentiras que son los fuegos artificiales obligados de todas las elecciones.

Green se mostraba frio como un comerciante que hace un negocio y pesa cada compromiso. Cuando apretaba la mano á un elector no sabía decirle mas que estas palabras: *Haré todo lo que pueda, ó la posicion es difícil, ó elegid al señor Little si le juzgais mas capaz.* A las amistosas reconvenciones que yo le dirigía, contestaba con un tono glacial:

—Mi conciencia me prohibe ir mas allá; yo no puedo prometer lo que ignoro si podré cumplir.

¡Conciencia en un candidato! Era un escrúpulo de tendero. En Francia todos saben esto.

Hubiera muerto de fastidio en esta procesion electoral, si el jocoso Humbug no nos hubiera acompañado. Siempre dando el quien vive, y dispuesto á contestar, se le podia seguir la pista perfectamente por el eco de sus risas. El recibimiento que se nos hacía siempre no era agradable. En sus ódios como en sus amistades, el sajon demuestra siempre ruda franqueza; la sal americana no es la sal ática.

—¡Green candidato!—le decía un agiotista de Bolsa.—¿Os figurais que el ayuntamiento es un almacen de comestibles? Cuando oiga la campanilla, dirá: «Allá voy; ¿quereis café, chocolate?» Vaya al infierno él y todos los que le patrocinan.

—¡Al infierno!—contestó Humbug.—¿Y qué diremos á tu padre, el comerciante quebrado, si nos pregunta por tí? Que has seguido su ejemplo tres veces y te preparas á la cuarta.

—¡Green candidato!—esclamaba un comisionista de novedades.—¡Green, un tendero que no sabe distinguir un asno de un caballo!

—No tengas cuidado, hijo mio—dijo Humbug; —te reconocería entre mil.

—¡Hermosa respuesta y digna de un hombre que vive de su talento!

—Si no tuvieras mas capital que ese para vivir, hijo mio, no estarías tan grueso como yó—contestó Humbug en medio de las risas de la multitud.

Entramos en el hotel de la Union, cuyo dueño se nos había indicado como uno de los electores influyentes de la ciudad. Pero dentro de su casa, era su muger la influyente.

A la primera palabra de Humbug la irrascible matrona le dijo:

—¡Maldita sea la política!

—¡Maldita sea la hostelera!—contestó Humbug, haciendo un profundo saludo.

—José—gritó la dama,—insultan á tu muger, te ultrajan y callas como un muerto. Tienes sangre de gallina en las venas.

Al oir aquella voz, José se detuvo abriendo desmesuradamente los ojos. Su ancho rostro, su lábio caido y su abdómen no revelaban el guerrero ni mucho menos; pero á la vista de su muger, hizo de tripas corazon.

—Venga ese buen candidato—dijo con una voz que trató de hacer amenazadora;—tengo un ronzal para ponérselo.

—Muchas gracias, amigo mio—replicó Humbug en tono estremadamente dulce;—no consentiríamos que os priváseis de ese mueble de familia.

Al retirarnos de aquel antro de Polyfemo, la muger del fondista que estaba de centinela, detuvo á Humbug temblando de cólera.

—¿Sabeis quién soy?

—¿Quién que os conoce y no os admira?—replicó Humbug con fatuidad;—sois una encantadora jóven que no ha llegado todavía á la edad de la discrecion.

Despues saludó y salimos dejando á la digna patrona muda y petrificada.

Aquellas visitas no eran mas que una parte muy pequeña de los trabajos electorales. Había reuniones políticas donde se discutían los candidatos, y en ellas se daba la batalla y se decidía la victoria. Llegó el momento de separarnos: era preciso que cada cual trabajara por su lado. Se me designó para ir al *Lyceum*, entré en aquella inmensa sala donde bullía la multitud. Me reco-

nocieron y me llamaron; todos los ojos se fijaron en mí.

Ví á un hombre subido en un estrado que hablaba y gesticulaba con estremada vivacidad. Escuchábanse en silencio, y de vez en cuando se oían hurras ó murmullos, que así se aplaude ó se silba en América. El tribuno popular que manejaba á su gusto las pasiones de la multitud, era el abogado del banquero Little, Fox, el incomparable.

Maldije aquel loco; pero me ví obligado á reconocer que tenía cierto talento del que abusaba. Tan pronto sério como jocoso, sus elogios á sus adversarios, hacían recaer sobre ellos el ridículo. Al final hizo una rápida enumeracion de las riquezas que la banca proporciona á América. A la voz del abogado, brotaban caminos de hierro, canales, buques de vapor, formando el cortejo al banquero, mientras que con un gesto desdeñoso presentaba al tendero envuelto entre la melaza de su almacen ó abismado en contar sus sardinas y sus bacalaos.

—Amigos de la paz—decía,—¿nombrais gefe de la ciudad á ese fabricante de cerillas químicas, cuya mercadería se encuentra en todos los incendios? Amigos de la libertad, ¿elegireis á ese vendedor de merluzas, que alimenta los esclavos del Sur y que mañana quebrará, si sus clientes, libres por nuestro valor, dejan de consumirle su mercancía envenenada? En cuanto á mí, yankee de pura raza, amigo de la pátria, orgulloso de todas nuestras glorias, antes que dar mi voto á ese hombre, preferiría votar por.... por el que en su piedad universal nuestras mugeres llaman *un pobre ángel caido*.

Una tormenta de aplausos saludó al orador, que bajó del estrado entre felicitaciones. Este éxito no le bastó al traidor; vino derecho hácia

mí y presentándome la mano, que no me atreví á rehusar, me dijo:

—Ahora os toca á vos. *Lugar para todos*, es la divisa del yankee.

Me levanté inundado de frio sudor. Por todas partes se oía: *Escuchad, escuchad*, todas las miradas fijáronse en mí, el silencio que siguió, me hizo perder la cabeza; temblaba á compás con los latidos de mi corazon. ¡Qué no hubiera yo dado por tener la facundia de aquel miserable! Yo poseía ideas mas nobles que las suyas, pero el abogado tenía la costumbre de su profesion, y yo no había aprendido á hablar en público. Estaba vencido, sin combate.

Empezaba á sentirme dominado por la cólera y la vergüenza, cuando de repente mi hijo Enrique, que me vió palidecer, saltó sobre el estrado, y dió á entender que quería hablar. El cuerpo erguido, la cabeza levantada, saludó graciosamente con la mano derecha, y esperó que cesara el ruido.

—Es su hijo, es su hijo—decían por todas partes.—*Escuchad, escuchad.*

Todos miraban al niño con curiosidad, y en pocos momentos la asamblea quedó en silencio hasta el punto de oirse volar una mosca.

—Ciudadanos y amigos—dijo con una voz clara y vehemente:—no vengo á combatir á ese terrible Goliat que se llama banquero Little; porque no tengo de David mas que la juventud, y no poseo suficiente fuerza para medirme con un adversario tan ejercitado. Todo lo que yo intentaré será defender á mi padre y á mi partido. Estoy seguro que entre vosotros, nobles corazones, no habrá uno solo que no diga: ese jóven tiene razon.

—*Escuchad, escuchad*—gritaron de todos lados:

—El respetable abogado—no profesa la mayor estimacion, por lo visto, al comercio de artículos de primera necesidad, y esto me sorprende. En su peroracion ha hecho tal gasto de sal, que lo único que sentimos es no tenerlo por parroquiano. Que lo sea, y nosotros le proveeremos á bajo precio del azúcar que le falta. El azúcar atempera la bílis, y no tomándola se queda uno amarillo.

Yo no sé de dónde sacaba mi hijo esta elocuencia de baja estofa; pero observé que era del gusto de la multitud, que reía y aplaudía: las mugeres agitaban sus pañuelos, la asamblea era suya.

—Yo no hablaré mal de los banqueros,—los banqueros son como los dentistas: no conviene tenerlos por enemigos; porque ¿quién sabe si mañana tendremos necesidad de ellos? Pero en verdad, ¿son los banqueros los llamados á administrar los intereses de la ciudad? Yo recuerdo que mi abuela, santa muger de Connecticut, hija de peregrinos, me repetía frecuentemente lo que ella había oido decir á sus virtuosos antepasados, que el banquero sostiene al Estado como la cuerda al ahorcado, estrangulándole.

—¡Una silba para los banqueros!--gritó una voz estridente, la voz de algun deudor confundido entre la multitud.

—Mi abuela nos proponía enigmas para divertirnos las noches de invierno al calor del hogar. Si se encerraran en un saco decía ella--un banquero, un *sollicitor* y un sastre, y se sacara uno á la casualidad, ¿quién saldría de seguro?

—¡Un ladron!—repitieron mas de veinte personas.

Enrique se inclinó sobre la barandilla de la plataforma, llevó un dedo á sus lábios, y dijo á media voz:

—De esa palabra se servía mi abuela, pero hoy

se dice: saldrá un millonario afortunado.

—Tú irás lejos--esclamó una voz.

—Mostradme—continuó cada vez mas animado—una fortuna honradamente adquirida, buques enviados á la India, á Terranova, á las Molucas, y yo saludaré todo eso como saludo en la persona de Green veinte años de trabajo, de cálculos y de economía.... Pero de esas riquezas del azar, de esos millones ganados en el juego en un solo dia, no me hableis, es la fortuna de muchos colocada en el bolsillo de uno mas hábil. Fortuna sin trabajo, fortuna sin honor. (Aplausos.—*Escuchad, escuchad.)*

Por otra parte, queridos conciudadanos, ¿es la fortuna la que vais á recompensar? ¿No es el valor y los sentimientos generosos? ¿No es Green el valeroso capitan que ha penetrado en una casa incendiada para salvar vuestra muger y vuestra hija quizá? Este niño que mi padre sacó ayer de las llamas, ¿no ha sido adoptado por todos vosotros? ¡Oh, señoras, vosotras que sois nuestra conciencia; vosotras, estrellas de nuestras almas, madres, esposas, hijas, hermanas, hablad, hablad; señoras, ¿por quién se debe votar? (Aplausos.—*Escuchad, escuchad.)*

Yo quiero á los valientes que no temen entrar en el fuego, pero no me gustan los que viven eternamente en él. Que ese caballero, cuyo nombre no se cita, tenga todas las simpatías de nuestros adversarios, no me sorprende; es natural que el honorable señor Fox escogiera su representante en su familia ó entre sus amigos. Nosotros lo que necesitamos para nuestros asuntos comunales es un hombre honrado. Este no tiene para qué ocultar su nombre, es el hijo de sus obras, es el hijo de la ciudad, es Green.

—¡Viva Green!—¡Viva Smith!—gritó la mul-

titud ébria de emocion.

Triunfamos. En medio de aquella confusion, Enrique me buscaba con la vista; y ya iba á escapar á su naciente gloria, cuando un robusto cazador de Kentucky, uno de esos gigantes que se enorgullecen de ser mitad caballo y mitad cocodrilo, le levantó en alto y le hizo recorrer toda la sala. Los hombres le apretaban la mano, y las mugeres le abrazaban. Yo quería gritar: ¡Es mi hijo, soy su padre! pero por segunda vez se me quedó la voz en la garganta, y suspiré diciendo: ¡Que no sea yo mi hijo!

CAPITULO XIV.

VANITAS VANITATUM.

Cuando la multitud se hubo retirado, abracé á mis anchas al orador y juntos tomamos el camino de nuestra casa.

—¿Dónde has adquirido—le dije—esa facilidad en el decir y esa seguridad que nada turba? Improvisar, declamar, hermanar la accion con la palabra, es un arte perdido hace muchos siglos. ¿Dónde lo has aprendido?

—En el colegio; y tú lo sabes puesto que me has hecho recitar muchas veces mi *Enfield* (1).

---

(1) El Enfield's speaker es una coleccion de los mas bellos trozos de elocuencia y poesía en lengua inglesa. En los colegios de América sirve para enseñar á los niños á recitar con entusiasmo, ó mejor dicho, á declamar. La obra vá precedida de un tratado sobre

—Y todos tus compañeros, ¿tienen la misma verbosidad que tú?

—La misma; hablar y gesticular nos es tan necesario como leer y escribir. No hay ciudadano que deje de ser alguna cosa en la sociedad, en el municipio ó en el Estado. Todos tienen necesidad de dirigirse al público, y por eso se nos enseña en el colegio. En nuestras horas de recreo nos divertíamos en discutir, y yo por mi parte tengo ya hechos mas de cien discursos á mis futuros electores. Pero mi fuerte es la accion. «¡La accion, dice Demóstenes en mi *Enfield*, la accion, la accion.» Mírame, papá.

Y el orador empezó á pasearse declamando no sé qué discurso de lord Chatham contra la guerra de América. Andaba, se detenía, levantaba los ojos al cielo, juntaba las manos, avanzaba con los puños cerrados, poníase una mano sobre el corazon, y concluía por abrazarme dando risotadas; mientras que yo su padre, permanecía confundido ante aquella perversidad precoz, fruto de una educacion errada. Mi hijo no era un prodigio, no era mas que un yankee, demasiado hábilmente educado.

—Infeliz hijo—dije,—puesto que vas á la India, ¿de qué te servirá ese arte de histrion? Lo comprendería si al menos fueses abogado.

—Lo seré algun dia, papá. Déjame que gane diez mil duros en la India, y á mi vuelta seguiré la carrera y me asociaré á un letrado de fama.

—¿Y despues....?

—Despues me haré nombrar representante en el Estado de Massachusetts.

---

la mímica y los modales con figuras que revelan la posicion del cuerpo, de la cabeza y de los brazos para cada pasion ó idea que hay que espresar.

—¿Y despues?

—Despues seré diputado en el Congreso, mas tarde senador de la Union.

—¿Y despues?

—Despues seré ministro como el señor Seward, y si no lo logro, seré presidente como el señor Lincoln.

—Y despues sustituirás á Lucifer, porque tienes el orgullo de un demonio.

—Papá, todos mis camaradas hacen lo que yo. Nuestros maestros nos dicen que somos la esperanza de la patria, y que la república tenía necesidad de nosotros. Entrar en la carrera política no es ambicion, es deber. El ciudadano que vá mas lejos en ella es el que sirve mejor á su país.

—¡Oh! ¡los paganos! ¡los paganos!—esclamé. —Hénos aquí de nuevo en medio de los escándalos de Atenas y de Roma. El primer deber de un cristiano, caballerito, es ser humilde, es no mezclarse en los negocios de su país á menos que la autoridad no le obligue á ello.

—Papá, no es eso lo que se nos enseña en el púlpito. El domingo último se nos citaba un Papa que cuando no era mas que Obispo decía: *sed buenos cristianos y llegareis á ser buenos republicanos.* Se nos repite sin cesar que la moral de Cristo conduce á la democracia, es decir, á la igualdad y á la fraternidad. ¿Qué quiere decir, *Amaos los unos á los otros,* sino que el mas fuerte debe ayudar al mas débil?

—Pobre niño, víctima por la locura de tus maestros, mira—le dije,—mira á dónde vá á parar la democracia.

Delante de nosotros marchaba á pasos lentos un hombre metido en una caja de madera. Sobre este anuncio ambulante se leía en letras grandes lo siguiente:

EL LINCE,

PERIÓDICO DEMOCRÁTICO.

CIUDADANOS:

¡Guardaos de intrigantes y de nécios!

GREEN.....
SMITH.....
HUMBUG....

ó el ridículo trio desenmascarado.

—Dadme *El Lince*—dije al vendedor de periódicos.

—Ahí vá, señor, pero si quereis reiros, os aconsejo que compreis *El Sol* y *La Tribuna*; ya vereis que buenos latigazos le dan al trio.

Me bastaba *El Lince*. Abrí aquel periódico execrable. Green estaba hábilmente satirizado; á Humbug se le decían grandes verdades; pero ¡gran Dios! ¡cómo se me trataba! ¡qué mentiras! ¡qué injurias! ¡qué abominacion!

Estrujé aquel miserable libelo é iba á arrojarlo al lodo, cuando á la puerta de mi casa encontré el rostro alegre de Humbug.

—Triunfais, señor periodista—le dije,—poniéndole *El Lince* ante los ojos. Las elecciones son vuestras fiestas, son las saturnales de la calumnia.

—La calumnia—dijo Humbug—es como el sarampion, si sale fuera se cura, si queda dentro, mata.

—Solo con vuestra democracia es como pueden imprimirse tales infamias.

—Ya lo creo—respondió el sofista, feliz al coger al vuelo una nueva paradoja.—En las orgías del antiguo mundo no se imprime la calumnia; se

dice al oido. Este medio es mas pérfido y mas seguro. No se ataca á las personas de frente porque se defenderían; se las asesina por detrás. La calumnia, doctor, es la plaga y el castigo del despotismo; pero en un país libre es picadura de avispa, de la que no se acuerda uno al siguiente dia.

—Señor filósofo,—leed ese periódico que habla de vos.

—Razon para que no lo lea. Siempre el mismo tema con ocho ó diez sustantivos y epítetos rebuscados para variar el refran. Si teneis la audacia de no seguir como corderos á los intrigantes, si osais tener opinion propia y voluntad firme, sois *orgulloso soñador* y *ambicioso fanático*. Si decís la verdad á vuestros conciudadanos, y quereis instruirlos sobre las condiciones de la libertad, sois *infame aristócrata, servil adulador de la pérfida Albion*. En otros términos, abrir los ojos al pueblo, es arruinar la industria de los lazarillos de ciegos y dejar en la calle á honradas personas que no os lo perdonan. Si hablais francamente nombrando los abusos y á los que los cometen, sereis un *adulador de la multitud, un cobarde demagogo*. Si vuestra candidatura va mal, tendreis elogios irónicos; si triunfa, groserías é injurias. Esa es la eterna cancion de periódicos y periodistas que no se respetan. Es preciso ser indulgentes con las pequeñas miserias de la humanidad.

—Leed el artículo,—y veremos hasta donde llega vuestro estoicismo.

Cuando entramos en la sala, donde afortunadamente estábamos solos, Humbug, leyó la injuriosa diatriba.

—Green no tiene de qué quejarse—dijo riendo el periodista.—Por la manera ruda con que le tratan, se ve claro que sus acciones suben en la pla-

za. Las mias no van mal. Es bonito lo de *desvergonzado Falstaff*. Este *Sileno avinado, á quien no falta ni aun su asno cuando el doctor está allí*, pertenece á una mitología que honra la erudicion del escritor. Todo esto no es mas que el *telum imbelle sine ictu* de un partido que está dando las boqueadas.

—¿Por qué no se tapa la boca á esos miserables?

—Doctor, el único medio de evitar este escándalo que os espanta, sería poner una mordaza á todo el mundo. ¿Es esa la medicina que practicais? Me direis que estos infames están pagados para ejercer tan innoble oficio, que abusan de la libertad, que la prostituyen; os lo concedo. Pero este abuso nos conserva el uso de nuestros derechos. Porque haya gentes que se matan con su glotonería ó sus borracheras, ¿observareis el régimen de Sancho en la ínsula Barataria? Por temor de un incendio, ¿prohibiríais los fósforos? Por miedo á un asesino, ¿quitaríais uno de los primeros derechos de los pueblos libres, el derecho de tener armas? Toda libertad lleva consigo un abuso posible. Suprimir la libertad para prevenir los abusos, acusar al mismo Dios de que nada sabia cuando la Creacion.

—Si no podeis prevenir la calumnia—esclamé, —castigadla.

—Abiertos teneis los tribunales,—pero el desprecio es justicia mas pronta y segura. Además, ¿estais seguros de que nos han calumniado? Por mi parte, no me siento herido.

—No sé lo que teneis en las venas. Escuchad cómo un cobarde anónimo se atreve á tratar á un hombre de mi rango y de mi edad.

Y con voz que la cólera hacía trémula le leí el suelto que se refería á mí.

—¡Bravo!—dijo Humbug.—Doctor, estais conmovido. Es un bonito párrafo; las bromas son un poco pesadas, ciertamente; pero se nota en ellas bastante agudeza y talento, sin hablar del estilo que es el de moda. El que ha escrito este artículo no es un imbécil.

—Venid conmigo á la redaccion de *El Lince*, y vereis cómo un triple tonto abofetea á un hombre de talento.

—¿Estais loco? Si otro que yo os oyese, os obligaría á prestar una fianza de diez mil duros ó haría que os metiesen en la cárcel. En Massachusetts no hay mas venganza que la de la ley. En los pueblos civilizados se habla mucho y se discute con viveza; pero no se asesina á un rival, ni siquiera se bate uno con él.

—¡Salvajes!—esclamé—ni siquiera conocen el honor.

—El salvaje sois vos—replicó Humbug riendo. —A la verdad, doctor, ¿en qué puede servir á la causa de la justicia y de la razon matar á las gentes ó hacerse matar por ellas? Un desafío solo aprovecha al médico ó al sepulturero.

—¿Qué haceis vos, cuando os insulta un foliculario?

—Mi querido doctor—respondió aquel candidato sin vergüenza,—repito en voz baja ó en voz alta un proverbio turco, cuya profunda sabiduría os recomiendo: *Quien se detenga á tirar piedras á todos los perros que ladran detrás de él, no llegará jamás al término de su viaje.* Y esto dicho, voy á cuidar de mi eleccion y de la vuestra. Haced vos por vuestra parte otro tanto, y pronto olvidareis *El Lince* y su literatura. Adios.

CAPITULO XV.

UN RECUERDO DE LA PATRIA AUSENTE.

La llegada de mi muger y de mis hijos disipó algun tanto mi mal humor; las noticias eran buenas. Alfredo y Enrique habían recorrido todas las asambleas y recogido por todas partes aplausos y promesas. Jenny y Susana habían visitado á todas sus amigas. Doscientas señoras de las principales de la ciudad llevaban en el pecho mi fotografía en un medallon; la eleccion estaba asegurada.

La alegría de nuestra modesta comida acabó de cicatrizar mis heridas. Mi Jenny estaba mas contenta que en el bautizo de su primer hijo. He observado que las mugeres son naturalmente ambiciosas. Cuando el amor se une á esta ambicion legítima, la muger se convierte entonces, en nuestra verdadera mitad. Se ve, se piensa, se sueña á duo, y esta es la perfecta felicidad sobre la tierra, felicidad casi desconocida en Francia, donde la moda prohibe á las mugeres las ocupaciones sérias y las pasiones generosas; pero felicidad muy comun en los Estados-Unidos donde la opinion invita á las mugeres á figurar en su partido. Susana era todavía mas ardiente que su madre; era mi sangre y no hablaba mas que de mi eleccion.

Al anochecer hubo una nueva demostracion electoral. Todos los bomberos, con uniforme de gala y cada uno de ellos con una antorcha en la mano, desfilaron por debajo de nuestros balcones

con una música al frente. Los jóvenes de la ciudad, vestidos con uniformes y trajes variados, les acompañaban con largos palos de los que pendían faroles chinescos. En medio de la comitiva, llevaban un grande estandarte con un trasparente iluminado, en el que aparecían dos diablos negros, saliendo de las llamas con un bulto blanco cada uno en los brazos. El nombre de Green y de Smith, escrito debajo de las figuras, daba una significacion humana á esta escena infernal que era aplaudida en todos los sitios por donde pasaba. La muger y la niña que habíamos salvado iban en una carretela tirada por cuatro caballos blancos rodeada de faroles é inscripciones. Era una marcha triunfal, una procesion digna de los bellos dias de Eleusis. La oposicion estaba vencida y derrotada por la belleza de nuestras invenciones.

Al retirarme á mi habitacion, estaba preocupado con mi candidatura hasta el punto de no poder conciliar el sueño. Así, pues, encendí una pipa de escelente tabaco de Virginia, y sentándome junto al balcon intenté adormecer mis agitados sentidos.

La calle estaba desierta; todo dormía, todo callaba. El único ruido que turbaba el universal silencio era el ti-tac de un reloj de pared colocado á los piés de mi lecho. Arrullado por este monótono sonido, adormecido por el humo del tabaco, dejaba correr mi pensamiento cuando de repente el reloj se animó. Un chirrido de poleas, un gemido de ruedas y cadenas anunció que la hora iba á sonar. Me levanté para admirar aquella obra maestra de la relojería germánica, y á mi llegada un gallo de madera pintada colocado en lo alto del reloj batió sus alas y lanzó tres agudos gritos. Debajo del gallo se abrió brúscamente una puerta y me mostró á París, el Sena y el Hotel de Ville en 1830.

La Fayette, con peluca rubia, casaca azul y pantalon blanco, abrazaba á la vez un soldado de infantería, un gendarme y una bandera tricolor en la cual se leía con letras de oro: *libertad, órden público*. Once veces sonó el timbre, y once veces el bravo La Fayette irguió la cabeza y ondeó su bandera; despues la puerta se cerró, el gallo galo agitó sus alas, dió un grito mas fuerte que los anteriores y la vision desapareció.

Aquel recuerdo perdido, aquella divisa olvidada despues de tanto tiempo, despertaron los sueños dorados de mi juventud. ¡Cómo latía nuestro corazon en 1830! ¡Pobres ignorantes; no sabíamos entonces que la libertad, como todas las queridas, arruina y engaña á cuantos la aman! *Libertad, órden público,* palabras terribles: *¡Mane Thecel, Phares*, de los tiempos modernos! Hé aquí el enigma que cada quince años propone á Francia la esfinge de las revoluciones, dispuesta siempre á devorar al Edipo que no la ve venir. Un dia la libertad vence, el cielo se estremece de júbilo y de esperanza; pero bajo la máscara de aquella divinidad serena, la anarquía triunfa, arrastrando tras sí la guerra civil, atacando todos los derechos, amenazando todos los intereses y haciendo retroceder de horror á un pueblo espantado. Al dia siguiente es el órden el que se instala con el sable en la mano, atropellando todas las barreras, y por su propio peso cayendo al abismo donde cae todo poder que nadie aconseja y que nadie sostiene.

¿Cómo es que en los Estados-Unidos, donde la libertad fermenta en todos los corazones, donde nadie habla de órden público, la paz interior no se turba nunca? En esta democracia inquieta, sin policía y sin gendarmes, ¿por qué no hay sacudimientos ni revoluciones? La América no tiene, como nosotros, cien mil funcionarios formados en

batalla, una administracion admirable que lo ordena todo, lo prevee todo, lo dirige todo, lo reglamenta todo; la América no tiene enfrente de esta organizacion estrecha un pueblo dócil, atado, dirigido, reglamentado; y sin embargo, América está tranquila y prospera. La libertad, garantida en su pleno ejercicio por la ley, castigada en sus escesos por la justicia, este es el órden público para los americanos. En aquel pueblo primitivo no se ha separado de la libertad el órden público, no se le ha personificado, no se le ha rodeado de formidables parapetos y de cañones. Nada de administracion gerárquica, nada de policía preventiva, nada de ordenanzas, nada de funcionarios inviolables, nada de tribunales privilegiados, nada de este sábio mecanismo que en las naciones civilizadas rompe toda resistencia y aplasta á todo indivíduo. La ley omnipotente, el ciudadano dueño y responsable de sus acciones, el funcionario reducido al derecho comun, la administracion justiciable ante los tribunales, el juez único intérprete de la ley; hé aquí todo el sistema. Es de una ridícula sencillez. Nada mas que leyes y jueces en este embrion de gobierno, y sin embargo, en todas partes la paz, en todas partes la riqueza. Estraña irrision de la fortuna, que nuestros grandes políticos no han sabido esplicar todavía.

Haciendo estas profundas reflexiones quedéme dormido.

No sé cuánto tiempo llevaría de reposo, cuando me sentí brúscamente sacudido por una mano vigorosa.

Al lado de la cama se hallaba un sargento de gendarmes, cuya vista me alegró. ¡Un gendarme! estaba en Francia ¡habia vuelto á la pátria!

—Levantaos, levantaos, señor Lefebvre—gri-

tó el sargento.

Observé con atencion aquel amable mensajero: su fisonomía no me era desconocida. Sus ojos, su voz, su risa sardónica.... ¡oh! era el terrible espiritista Jonathan Dream, mi enemigo. Al reconocerlo, mi júbilo se cambió en terror.

—¿Quién sois? ¿qué quereis?—pregunté.—¿Con qué derecho entrais de noche en casa de un pacífico ciudadano?

—¡Silencio paisano!—contestó el gendarme.—No se discute con la autoridad, que no discute porque siempre tiene razon.

Despues de decir estas palabras, abrió pausadamente su cartera, y sacó un legajo de papel timbrado.

—Número uno—dijo.—Al señor Lefebvre, por tener la impudencia de criticar en un periódico la autoridad municipal, á propósito del empedrado de las calles, una advertencia, sin perjuicio de lo que haya lugar.

—En vez de advertirme la autoridad, obraría mejor cuidando de componer el empedrado.

—Silencio, paisano.—Como particular, no niego que el piso sea muy malo; acabo de levantar dos caballerías que se habían caido delante de vuestra casa; pero como gendarme, declaro vuestras palabras tan indiscretas como inoportunas. Si mi coronel me dijera: *Sargento, mañana no saldrá el sol y habrá oscuridad completa en pleno dia*, yo contestaría: *Está bien, mi coronel,* y llevaría al tribunal de policía á todo el que se atreviera á decir que veía claro. La consigna dice que el empedrado es bueno, ó que debe serlo; por consiguiente, obrarán con malicia culpable todos los que espresamente se rompan la cabeza por hacer ver lo contrario.

—Es decir—¿que no tengo derecho de criticar la

autoridad que no cumple su deber?

—Al contrario, paisano,—quejaos cuanto querais; la autoridad francesa quiere que se la censure; pero es preciso ser cortés con ella. Vos no le habeis pedido permiso para criticarla, habeis sido un grosero, amigo mio.

—¡Ah, valiente! yo os respeto mucho; pero observo que razonais. La autoridad está hecha para nosotros, supongo; nosotros no estamos hechos para la autoridad.

—Error, señor mio.—Los que obedecen están hechos para los que mandan; los que mandan no están hechos para los que obedecen.

—Pero nosotros somos la Francia, somos el país.

—El país—se compone de mariscales, generales, coroneles, capitanes, tenientes, prefectos, alcaldes, y otros uniformes bordados que yo respeto. El resto son los quintos y los contribuyentes que deben obedecer y callarse.

—*Sin murmurar*, ¿no es verdad? Conozco esa cancion. ¡Ah, si tuviéramos justicia!

—No tendríais administracion, paisano; seríais un Iroqués, como los ingleses y otros caníbales que hacen lo que quieren; no tendríais el honor de ser un hombre civilizado, un francés.

—Número dos—continuó.—Al señor Lefebvre, por haber tenido la audacia de pasear de puerta en puerta su triste figura, significacion del señor prefecto que le destituye de sus funciones gratuitas de miembro de la junta de beneficencia, sin perjuicio de lo que haya lugar.

—¡Toda candidatura es libre!

—Sin duda, pero con la debida autorizacion.

—Número tres.-Al susodicho Lefebvre, por haber distribuido ó hecho distribuir papeletas electorales que llevaban su nombre ó el de ciertos *qui-*

dams, igualmente desconocidos, citacion para comparecer ante los señores presidente y jueces del tribunal de policía correccional, á fin de responder al delito de distribucion de impresos no autorizados.

—¡Cómo! ¿no puedo distribuir á mis electores la papeleta que lleva mi nombre?

—Lo podeis todo, pero con permiso de la autoridad. Pues qué, ¿os habeis imaginado que la autoridad, protectora, y tutelar, dejaría á los tontos hacer alguna tontería que degenerara en oposicion?

—Número cuatro. Al dicho Lefebvre, por haberse reunido públicamente con una patulea de *quidams*, constituidos en llamada asamblea electoral, lo cual es un club ó sociedad secreta, citacion para comparecer ante el dicho tribunal para sufrir la condena, en virtud del art. 291 del Código penal, sin perjuicio de lo que haya lugar.

—Número cinco. Al dicho Lefebvre, por haber incitado á su hijo menor á pronunciar en el espresado club un discurso incendiario contra la respetable y discreta persona del señor Petit, candidato de la autoridad, citacion para comparecer ante el dicho tribunal, como autor, cómplice y además civilmente responsable del precitado delito, sin perjuicio de lo que haya lugar.

—¡Qué! ¿no tengo el derecho de reunir á mis electores, y ellos no tienen el derecho de saber lo que piensa su representante?

—Ellos tienen todos los derechos, paisano, pero siempre con autorizacion de la autoridad. ¡Bueno fuera que en un cuartel se dejase á los soldados constituirse en asamblea y gritar sin permiso!

—Pero nosotros no estamos en un cuartel.

—A palabras nécias, oidos sordos. A pesar de todo, paisano, quiero ser condescendiente con vos

hasta el punto de iluminar vuestra ignorancia profunda. Todo francés nace soldado, y está hecho para oir la palabra órden. Mientras mas se le castiga, mas contento se halla; que no se turbe la obediencia que constituye su alegría.

—Número seis. Al dicho Lefebvre, por haber cubierto ó dejado cubrir las paredes de carteles deligrosos y criminales; *ítem* por haber organizado ó dejado organizar una procesion revolucionapia, y preparado un motin inconveniente que hubiera estallado sin las precauciones y la vigilancia de la policía, citacion para comparecer ante el dicho tribunal.

—Gracias, sargento—esclamé;—soy víctima de un error. En Francia sin duda sería culpable; pero en América soy inocente. Lo que es un crímen en Francia es un derecho en los Estados-Unidos.

—Hacedme gracia de vuestras gracias—contestó el inflexible gendarme sacando de su bolsillo una cosa que parecían esposas.—Como particular, yo no tengo el corazon insensible; pero en este momento soy el órgano de la ley.

—Entonces la ley es una *gasconada*.

—Silencio, rebelde, bastante hemos hablado. Inocente ó no, te acuso de ser sospechoso y por precaucion te prendo.

Al decir esto, me apretó el brazo con tal fuerza, que exhalé un grito de dolor. Este grito me despertó: gracias á Dios, soñaba.

Para sacudir aquella abominable pesadilla, encendí el gas. ¡Horror! En el fondo del lecho advertí la sombra de un brazo amenazador, y el tricornio y el pompon que hace palidecer á los mas audaces.

Aquel brazo que me espantaba era el mio, y la sombra del tricornio la formaban algunos cabe-

llos despeinados. En fin, el terrible pompon era la borla de mi gorro de dormir.

Apagué la luz, y metiéndome de nuevo en la cama, me dormí.

CAPITULO VI.

LA ELECCION.—EL SABADO.

Llegó por fin el famoso sábado, 5 de abril, que debía convertir á un parisien de la Chausée de Antin en miembro de la administracion municipal de París, en Massachusetts. A las siete de la mañana, y con un tiempo espléndido, empezaron ciento veinte escrutinios en medio de la calma mas solemne. A la puerta de cada colegio electoral veíanse dos largas filas de electores, que con una paciencia y una decision puramente sajona esperaban el momento de ejercer su derecho soberano. Las cuestiones habían cesado, los enemigos de la víspera bromeaban apretándose las manos.

Al medio dia había terminado el escrutinio, siendo proclamada la eleccion. Green reunió 116.735 sufragios contra 78.622 dados á Little. Humbug obtuvo 146.327, mientras que el desgraciado Fox apenas le votaron 18.124 electores. En fin, á pesar de varias papeletas que calificaron de dudosas algunos escrutadores envidiosos, fuí nombrado por 199.999 sufragios.

Nunca había sido proclamado un inspector de calles por tan imponente mayoría; y si el efecto fué asombroso en Massachusetts, no lo fué menos en Inglaterra. Como el precio de los algodones

acababa de subir, el *Times* declaró que los yankees eran unos salvajes y que hacían las elecciones á pistoletazos, deduciendo que la democracia era ingobernable, el viejo Pam desarrolló este mismo tema en el Parlamento, y probó á los ingleses que eran el primer pueblo del mundo, y que por falta de una aristocracia hereditaria, Jonathan no valía lo que la suela de los zapatos de John Bull, verdad un poco dura que el honrado John Bull dirigió con su ordinaria modestia votando un aumento en el presupuesto.

El amable Truth fué quien me anunció mi nombramiento, diciéndome que sentía mucho no dar tan buena noticia al público, porque desde la víspera había vendido su periódico al señor Eugenio Rose, y se retiraba de la política.

—Haceis bien, descansad y por largo tiempo, que buena necesidad teneis de ello.

—Descansar no es palabra americana—me dijo con dulce sonrisa.—Jóven ó viejo, enfermo ó con buena salud, el yankee trabaja hasta la muerte. Tomo el consejo de Humbug, vuelvo á los estudios y á las afecciones de mi juventud. La iglesia congregacionista de la calle de las Acácias me ha ofrecido ser su pastor y he aceptado.

—Periodista ayer, pastor mañana: cambiais de profesion como de traje; ¿qué sereis dentro de seis meses?

—Lo que Dios quiera. Si Humbug estuviera aquí, él, que ha sido sucesivamente plantador en el Oeste, soldado en Méjico, abogado en Filadelfia, periodista en París, y que mañana será magistrado, os diría una de sus citas favoritas:

Homo sum, humani nihil á me alienum puto.

Esta es una de las grandes virtudes de nuestro país. En la Europa se nace y se muere siendo un personaje de comedia. Toda la vida soldado, juez,

comerciante, abogado ó fabricante: nunca hombre. Aquí importan poco las profesiones: son como la casaca se pone ó se quita, segun las ocasiones. En esto consiste la razon de esa igualdad que forma nuestra gloria y nuestra fuerza. Clay era un molinero de Kentucky; Douglas y Lincoln, leñadores del Illinois; el general Banks, un embalador de algodon; todos han llegado á ser hombres, porque han trabajado y sufrido. La aristocracia dará almas delicadas, refinadas, enfermizas; pero el imperio del mundo pertenece á los advenedizos. El porvenir es nuestro.

—Predicais, Truth, maravillosamente. Si tuviese la debilidad de escucharos, me haríais olvidar todo lo que mis maestros me enseñaron. Pero no importa; mañana iremos á oiros. Será original oir á un simple cristiano hablando á sus hermanos y esplicándoles el Evangelio en lenguaje vulgar.

En este momento vinieron á buscarme para tomar posesion de mi nuevo cargo.

Jenny, Susana, Alfredo y yo subimos á un hermoso carruaje con Marta, que sin duda tenía empeño en vigilar mi orgullo. Enrique se sentó al lado del cochero, y Zambo trepó detrás del carruaje. Dos vigorosos caballos, como no se ven mas que en América, nos llevaron á Montmorency, punto estremo de mi jurisdiccion. Preciso nos fué detenernos mas de una vez. Cada subordinado mio estaba en su puesto esperando al nuevo jefe, y yo aseguré á aquellas buenas gentes mi benevolencia, mientras que mi muger y mi hija prodigaban sus mas graciosas sonrisas. Habíamos nacido para ser príncipes.

La única cosa que me contrarió, fué encontrar barreras de trecho en trecho: en ellas reconocí á esta mezquina democracia que hace pagar el servicio á aquellos que lo aprovechan para que

sirva de alivio á los que no usan de él. Por lo demas, este impedimento favorecía la entrega de los magníficos ramos de flores que los empleados de las barreras ofrecían á Jenny y á Susana. El carruage estaba convertido en un verdadero jardin. Se nos arengó cual si fuéramos reyes. Aquellas buenas gentes, que de seguro ignoraban el hebreo, no dejaron de comparar á mi Susana con el lirio de los campos. Ruborizada de placer, parecía Jenny una rosa abierta. En cuanto á Marta, era un verdadero pimiento rojo. Respiraba como buey al terminar el surco. En cuanto á mí, muellemente tendido en un rincon del carruage, no me dejaba embriagar por aquellas ráfagas de naciente popularidad.

Al llegar á Montmorency, el cochero, sin haber recibido órdenes nuestras, nos condujo directamente al hotel de la Rosa, casa de Seth, el cuákero fondista. No debieron parecerle bien Alfredo y Susana, pues en vez de tratarnos como enamorados nos hizo pagásemos doble de lo que valía una comida bastante mala. Yo protesté; pero Seth era economista, y me pronunció un discurso para demostrarme que el vivir bien y barato constituye la miseria de los pueblos, mientras que la carestía es la prueba de civilizacion mas avanzada, reduciendo la oferta la poblacion, y aumentando la demanda la riqueza. Llegará un dia, me dijo, en que el último de los Rosthschild será el único que se encuentre en estado de pagar un huevo; este dia marcará el apogéo de la prosperidad universal. Por economizar tiempo y palabras pagué al fin.

Las cuatro de la tarde serían cuando nuestra caravana tomó la vuelta de París, y con gran sorpresa mia ví que cerraban con barras y cerrojos las puertas de la fonda, cual si hubiera un

duelo en la casa. Era un modo singular de festejar la proximidad del domingo; pero en este país todo se hace al revés que en los demas, y lo mejor que podía hacer era no admirarme nada. El amigo Seth vino á la ciudad con nosotros montado á caballo. A su lado, y sobre un jumento grís de larga cola, trotaba Marta, erguida, tiesa y magestuosa como un carabinero. Aquellos dos centinelas avanzados anunciaban á los paseantes nuestra marcha triunfal.

En la primera barrera encontré al pacífico cuákero disputando con el cobrador.

—Os digo—gritaba este último—que no pasareis antes de haberme pagado el derecho. Sois dos y me teneis que dar veinticuatro centavos y no doce.

—Amigo—contestó el fondista,—haces mal en enfadarte, eso no es propio de hombre razonable ni de cristiano. Mira tu tarifa y no me pidas mas de lo que la ley te permite exigir, pues de lo contrario serás reo del delito de concusion.

—Aquí está la tarifa—respondió el cobrador, —leedla vos mismo, insoportable charlatan. Ocho centavos por caballo y cuatro centavos por hombre. ¿Está claro?

—Muy claro—dijo el cuákero;—por consiguiente, tomo por testigo á estas respetables personas de haberte pagado tus doce centavos.

—¿Y esa muger?—dijo el cobrador indicando á Marta que trotaba delante.

—Esa muger—contestó Seth con su imperturbable gravedad—no es un hombre, y su borrico no es un caballo, por consiguiente no debo nada.

Y dicho esto partió á galope, dejando al peajero con la boca abierta.

—Espero—dije al cobrador—que denunciareis á ese impudente.

—No, señor inspector—respondió,—porque perderíamos. Tiene en su favor la letra de la tarifa.

—El espíritu de la ley le condena—repliqué;—su pretension es absurda.

—Entre nosotros, caballero—respondió el buen hombre,—la ley no tiene espíritu; no se conoce de ella mas que el testo. Dicen aquí que si el juez interpretase la ley, sería el legislador, y que el derecho y el honor de los ciudadanos no tendrían garantía.

—¡Qué ignorantes!—exclamé.—No se les ha enseñado el a, b, c de toda legislacion. Cuando hay duda en un asunto entre el fisco y un particular, ¿acaso la duda no aprovecha al fisco que representa el interés general?

—Jamás, señor—dijo el peajero;—siempre la decision es favorable al particular, y es necesario que el fisco tenga dos veces razon para ganar el pleito.

Al entrar en la ciudad creí que había cambiado durante mi ausencia. Las calles y las plazas estaban desiertas, y detrás de nosotros se estendían gruesas cadenas que interceptaban la circulacion. Los balcones presentaban estraño aspecto, habiendo en todos ellos botas alineadas en batalla y presentando las suelas á los transeuntes, si los hubiera habido. Mirando detenidamente dos de aquellas botas, advertí al fin dos piernas humanas, un cuerpo tendido, y por último, un cigarro, cuyo azulado humo subía al cielo. No podía esplicarme qué clase de delito se castigaba con tan cruel suplicio. Zambo, á quien traté de sondear, me dijo que era el placer á la moda. Todos los sábados por la tarde el yankee intenta procurarse un ataque de apoplegía, y algunas veces consigue su propósito. ¡Cuánto mas pruden-

tes no somos nosotros los franceses, que en nuestros teatros no nos esponemos mas que á un principio de asfixia!

Una vez en casa tuve deseo de acabar alegremente aquel dichoso dia, y rogué á Susana y Enrique que me cantaran mi duo favorito *La ci darem la mano*, de *Don Juan*. Susana me miró y palideció.

—¿Qué tienes, hija mia, estás enferma?

—Papá, es que me asusta tu peticion. ¿Quieres amotinar la ciudad bajo nuestros balcones? ¿Quieres que perdamos nuestra reputacion? ¿Olvidas que ha empezado el dia de fiesta y que nada debe turbar el reposo del Señor?

—¡Dios mio,—pensé,—acaso el traidor de Jonathan, al trasportarnos á América, nos habrá convertido en judíos! Perdona, hija mia—dije á Susana,—me había distraido. Los acontecimientos del dia me han hecho perder la memoria. Ve á buscar en la biblioteca mi gran *Hipócrates*, que no me pesará tranquilizar mi espíritu leyendo un poco de griego.

—¡Pobre padre—dijo,—cuán fatigado estás Mira mamá: ella no olvida que la tarde del sábado solo se lée la Biblia.

Dejé á las mugeres engolfadas en su piadosa lectura, y bajé al jardin.

La tarde estaba apacible y la brisa susurraba entre los árboles y el sol se ocultaba trás una nube de oro: todo convidaba á la meditacion. Estaba cansado, y me tendí entre el kiosco chino sobre el divan.

Oculto trás las persianas del kiosco, descansaba con los ojos maquinalmente fijos en Zambo, que en un rincon del jardin cogía asperon para limpiar los cuchillos. El pobre muchacho estaba muy ocupado en esta faena, cuando Marta salió

de la cocina como araña que cae sobre una mosca.

—Hijo de Cham—dijo arrancándole el martillo de la mano,—¿qué estás haciendo?

—Ya lo vé la señorita Marta, estoy rompiendo piedras.

—¡Desgraciado!—esclamó.—¡Lo que rompes es tu dia de fiesta!

Zambo huyó asustado, y pasó junto á mi retiro suspirando; mas viendo á la gata de la casa que cogía un raton.

—Mira lo que haces, Pacha—le dijo,—si coges ratones el sábado, Marta te ahorcará el lunes.

Aun reía de la estúpida figura del negro cuando dos personas vinieron á sentarse en un banco junto al kiosco, y tan cerca de mí, que no perdía una palabra de su conversacion. Reconocí al amable Seth que aprovechaba la soledad del sábado y de la tarde para predicar un sermon á Marta.

—Cara hermana—decía con grotesca gravedad,—hay tres cosas que me admiran grandemente. La primera que los niños sean bastante tontos para arrojar piedras á los árboles á fin de hacer caer los frutos; si los niños se estuvieran quietos, dia llegaria en que los frutos cayesen por sí mismos. La segunda consiste en que los hombres en general, y los americanos en particular, sean bastante locos y bastante malvados, para hacerse la guerra y matarse entre sí: si tuvieran paciencia, morirían naturalmente. La tercera es que los jóvenes pierdan el tiempo en correr trás de las jóvenes con quienes desean casarse: si permaneciesen en su casa, y en ella hicieran fortuna, las jóvenes correrían trás ellos. ¿Qué dices tú, Marta?

—Seth, yo digo que tienes la sabiduría del rey Salomon, pero que tambien tienes vanidad.

—Marta, tú tienes tanto talento como belleza.

—Seth—contestó Marta ruborizada,—tú no piensas lo que dices.

—Y tú Marta, no dices lo que piensas.

—¡Bravo!—dije para mí.—Tambien se ama en América. No había caido en este uso que puede hacerse del dia festivo. Veamos como el señor Seth vá á hacer su declaracion.

Despues de mil rodeos, el enamorado cuákero pronunció la palabra, que segun todas las apariencias, era esperada hacía largo tiempo.

—Marta—dijo exhalando un largo suspiro;—Marta, ¿me amas?

—Seth—respondió la buena cristiana,—no se nos ha ordenado que nos amemos los unos á los otros?

—Sí, Marta; ¿pero yo te pregunto si te inspiro ese sentimiento particular que el mundo llama amor?

—No sé que contestar—balbuceó la tímida paloma.-He procurado siempre amar del mismo modo á todos mis hermanos; pero si debo decir verdad, Seth, muchas veces he pensado que en este afecto general tomabas mucha mas parte de la que te correspondia.

Hecha la declaracion no se podía volver atrás; creí oir un sonoro beso que firmaba los desposorios, cuando de repente Marta dió un grito horrible y saltó sobre el banco. Un hermoso perro de Terranova se había arrojado bruscamente entre los enamorados. Levantéme y ví en la sombra los dientes blancos de Zambo: el tunante reía á carcajadas. Por vengarse de la cuákera había abierto la puerta de la casa y lanzado sobre Marta aquel inoportuno tercero que tanto le aterró.

Poco me gustaba el cuákero; pero no pude menos de admirar su firmeza y su dulzura. Lejos de temer al perro le llamó, y sacando del bolsillo

un terron de azúcar, lo ofreció al animal que se dejó mansamente seducir y acariciar.

Amigo—dijo el santo hombre, hablando al perro que le miraba meneando la cola,—has venido á perturbarme en el momento mas dulce de mi vida; otro cualquiera en mi lugar te hubiera golpeado y hubiera estado en su derecho; yo te mostraré la diferencia que hay entre un cuákero y los demas mortales, y mi venganza se limitará á darte un nombre odioso.

Esto dicho y acariciando al perro, Seth condujo políticamente al animal hasta la puerta, y cerrándola de repente gritó: *¡Perro rabioso! ¡Perro rabioso!*

En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron todas las botas de los balcones y millares de cabezas miraban y amenazaban al enemigo. Piedras, palos y muebles llovían como granizo sobre el animal, y antes de que llegase al estremo de la calle fué muerto de un tiro, dando al caer un aullido que resonó en el fondo de mi corazon.

Furioso cogí á Seth por los brazos y le eché á la calle.

—Miserable—le dije,—no sé como me detengo y no grito: *¡cuákero rabioso!* para hacerte matar como á ese pobre animal.

—Amigo Daniel—respondió el señor Seth recogiendo el sombrero,—ya nos volveremos á ver.

Y partió serenamente.

—Retiraos á vuestra habitacion—dije á Marta.—¿Qué hacías á esta hora en el jardin?

—Dios mio, señor—contestó sollozando,—no hacía ningun mal: buscaba un yerno para mi madre.

Ahogué la cólera. ¡Ah!—esclamé,—cuántas personas se llaman, y acaso se creen virtuosas, y son como ese hipócrita. Se les admira como

hombres honrados y como santos, porque no tocan á su enemigo, pero se desembarazan de él dándole un nombre odioso. ¡Calumnia! ¡Calumnia! Eres la forma del asesinato en los pueblos que se envanecen con su civilizacion.

Fatigado por mi solitaria elocuencia me acosté, no sin pensar en el triste dia que para el siguiente me prometían los primeros placeres de la festividad naciente.

CAPITULO XVII.

—

VIAGE EN BUSCA DE UNA IGLESIA.

Al dia siguiente me levanté al amanecer. Un hombre público debe dar ejemplo y me agradaba hacer admirar á los *yankees* el celo y la vigilancia de su nuevo edil. Mi paseo fué largo. En las calles reina la anarquía; cada cual vá donde quiere y como quiere: esto es un verdadero abuso, y no comprendo cómo no se hace una ley para obligar á las personas á andar á gusto del gobierno. A la nacion francesa, reina del órden y de las conveniencias, corresponde corregir esta última denuncia.

De regreso en mi casa ví á Zambo vestido de negro, como un *gentleman*, con chaleco, corbata, medias y guantes de color blanco. Parecía una urraca. Cuando me reconoció á lo lejos, corrió impaciente hácia mí agitando los brazos.

—Señó—esclamó:—todo el mundo está en los oficios; despache pronto, que le esperan.

Y me puso en las manos un libro encuader-

nado en chagrin y cerrado con broches de plata.

—¿Las señoras están en misa?—le pregunté.

—¡En misa!—dijo con admiracion—Mi señora es cristiana.

—Imbécil, ¿acaso los católicos son turcos?

—Señó, se dice que los papistas son como los paganos de Africa, tienen *vaudous*.

—¿Qué es un *vaudou?*

—Señó, es un dios pequeñito que se hace á sí mismo y que no es el verdadero Dios.

—Eres nécio-esclamé-hasta el punto de creer que los católicos adoran un ídolo.

—Señó—dijo abriendo desmesuradamente los ojos,—los papistas adoran á las estátuas: yo los he visto arrodillados delante de ellas.

—¿Y no has comprendido que á quien invocaban no era á aquellas piedras, sino á los santos cuya imágen representan?

—Señó—dijo Zambo,—si los papistas son cristianos tanto mejó; yo estoy contento.

—¿Por qué tanto mejor?

—Porque Jesucristo ha muerto por todos los que le invocan, y salvará á los papistas como á los otros cristianos.

—Amigo Zambo—le dije con supremo desden por tanta imbecilidad,—jamás serás teólogo, vé á tu iglesia, no te detengo. ¿Dónde están las señoras?

—Mi señora está en la iglesia episcopal con toda la alta sociedad de la poblacion. La señorita está en el templo de los presbiterianos.

—¿Con su hermano sin duda?

—No, señó, con el hijo del señó Rose. El señorito Enrique está en la iglesia de los bautistas.

—Muy bien—dije exhalando un suspiro;—y tú, Zambo, ¿vás sin duda á reunirte á Marta?

—No, no, señó. La señorita Marta es tunke-

riana, yo soy metodista. Nosotos los pobes negos á quienes los bancos echan de sus templos, somos toos de la misma religion.

—Comprendo; teneis una iglesia negra y un cristianismo de color. Ve, amigo mio, ruega á Cristo á tu manera. En medio de estas sectas enemigas que se arrancan los pedazos del Evangelio, el Señor reconocerá á los suyos.

Mientras que Zambo se alejaba apresuradamente, yo marchaba con lentitud y la cabeza baja. Mi casa, el consuelo de mis penas, era una torre de Babel. El marido católico, la muger anglicana, la hija presbiteriana, el hijo bautista, la criada cuákera, el criado metodista, cada cual con fé diferente y con esperanzas contrarias. ¡Qué confusion, que anarquía! Aquello era el infierno dentro de una casa. Y sin embargo, Jenny me amaba con pasion, nuestros hijos no eran dichosos sino junto á nosotros, y los criados me respetaban. No veía, pues, á mi alrededor mas que rostros felices y plácidos. Cada cual leía la Bíblia á su manera, cada cual tenía su símbolo particular, y sin embargo, nadie disputaba.

—No—pensé,—no sufriré este desórden moral. Hay aquí una paz mentida, estas flores ocultan el abismo. Quiero que en mi casa cada cual piense como yo ó se calle; necesito la uniformidad. No importa que yo no sea muy buen cristiano. Soy francés. ¡Viva la unidad!

Mientras hacía estas sábias reflexiones entré en la calle de las Acácias; daban las diez. Era esta una vía inmensa que ni en lo ancho ni en lo majestuosa cedía á la calle de Rivoli, con la diferencia de que de cien en cien pasos algun monumento griego, bizantino ó gótico dirigía orgullosamente al cielo su campanario ó su cruz. En un país donde cada cual tiene su religion, natural es

tropezar con una iglesia á cada paso. Me dirigí á una muger rogándola que me indicase el templo de los congregacionistas.

—Nada mas fácil, querido señor—respondió la vieja con amable sonrisa.—Está un poco lejos, pero con las señas que os daré llegareis á él sin equivocaros. No hagais caso de las iglesias que encontreis á vuestra izquierda; el templo de los congregacionistas está á vuestra derecha. Contad los campanarios. La primera iglesia es San Pablo, la capilla católica; la segunda, el convento de Ursulinas; la tercera, la iglesia episcopal; la cuarta, el convento de Capuchinos; la quinta pertenece á los bautistas; la sesta, á los holandeses reformados; la sétima, á los luteranos; la octava, á los negros metodistas; la novena es la sinagoga; la décima es el templo chino. ¿Le veis allá á lo lejos con su doble techo y sus campanillas? Una vez allí, no teneis mas que bajar y encontrareis primero los menonitas; despues de los menonitas, los alemanes reformados; despues los amigos ó cuákeros, despues los presbiterianos; despues los moravos, los blancos metodistas, los unitarios; despues de éstos los unionistas; despues de los unionistas los tunkerianos. Contad en seguida cuatro iglesias, la que se titula por escelencia iglesia de los *cristianos*, despues la iglesia libre, despues la de Swedenborg, y por último la de los universalistas. Son, pues, entre todas, veintitres templos ó capillas; el veinticuatro monumento, que cae casi á la mitad de la calle, es la iglesia congregacionista.

Despues de haberme recitado esta letanía sin detenerse á tomar aliento, la muger me hizo una reverencia y continuó su camino.

—Pardiez—pensé,—si el diablo perdiera su religion, la encontraría en esta calle. Hé aquí un

país en el cual el ministerio de cultos no estaría descansado. En Francia, donde el Estado no tiene mas que cuatro religiones, (no cuento la Argelia), la administracion tiene momentos de angustia; pero aquí, ¿cómo se reparte el presupuesto y se mantiene el respeto entre treinta religiones que cada cual tira de su lado y que sin duda se envidian y escomulgan cristianamente? ¡Viva España! Hé ahí un pueblo fiel á su tradicion, que ha conservado sus verdaderas creencias. Ese país es un estuche donde cada cosa tiene su caja y donde el cuerpo y el alma se ven uniformemente administrados. Gracias á la union de la Iglesia y del Estado, todo es allí fácil. Se tiene un obispo como un gobernador, un cura como un alcalde; funcionarios espirituales ó temporales, tienen su puesto determinado en los mismos escalafones y marchan á compás. Nacimiento, bautismo, educacion, comunion, quintas, confesion, impuestos, prensa, muerte, entierro, todo está reunido. La Iglesia es la autoridad; la autoridad es la Iglesia. Se escomulga á los desertores y á los periodistas y se envía á presidio á los heréticos. El pueblo, ese eterno niño, es conducido por la dulzura ó por la fuerza, y sin su conocimiento se le ha escogido un fin sin consultarle. Policía admirable que formaba la dicha de la cristiandad antes de que el abominable Lutero desencadenase de un mismo golpe la libertad religiosa y la libertad civil, doble epidemia de que no se curará ya la humanidad.

Al llegar al convento de las Ursulinas, entré en él. Volver á encontrar el culto de mi país era acercarme á Francia. La iglesia es otra pátria, de ella al menos el destierro no os separa.

La capilla, aunque pequeña, estaba ricamente decorada. En el fondo del santuario, y bajo un dosel de paño rojo bordado de encarnado, una Vír-

gen de mármol tenía al Niño de Jesús en sus brazos. Plantas raras, flores nuevas, racimos de lilas blancas rodeaban el altar cubierto de luces. Los ecos del órgano resonaban en el templo, el incienso se elevaba entre nubes, mientras que detrás de la reja, las religiosas y las educandas cantaban con voz dulce y lenta: *Inviolata, integra et casta es, María.* Caí de rodillas y lloré. No, no es una idolatría una religion que llega al corazon por medio de los sentidos.

Salí del convento, y algunos pasos mas allá entré en la iglesia episcopal. Era la misa católica menos bien dicha y menos bien cantada. A la hora del sermon subió un ministro á una ancha tribuna: tenía bajo el brazo un grueso legajo que colocó delante de sí y que hojeó lentamente. Cuando el predicador encontró el sermon que buscaba, púsose los anteojos, y en tono monótono comenzó la lectura en medio de la profunda atencion del auditorio.

A juzgar por el silencio que reinaba, el auditorio estaba edificado. Jenny tenía los ojos fijos en el lector, y no perdía una palabra. Hubiérase creido que entendía hasta las citas latinas, griegas y aun hebreas de que estaba sembrada aquella disertacion. Por mi parte salí de la iglesia despues del primer punto, pues me horripilan los discursos estériles. La mano que me sostiene y que sostiene tambien los mundos no la veo, me abandono á ella y la adoro. Al mostrarse á nosotros; Dios no nos dice que le comprendamos, sino que le amemos.

Al pasar frente á los metodistas, me acordé de Zambo y entré por curiosidad. La reunion era muy numerosa y animada. Las negras cubiertas de oro y de dijes, estendían sobre los bancos la inmensa balumba de sus miriñaques. Los negros

cantaban con buena entonacion alabando á Dios con todo el ardor de sus corazones amantes. El ministro, que era un negro de elevada estatura y de aspecto respetable, pronunció un sermon que me instruyó y conmovió. Ignoro dónde había recibido aquel negro la educacion teológica; decía ser un antiguo esclavo á quien la bondad de Dios había rescatado de la servidumbre. La vida le había enseñado lo que no se enseña en la escuela.

Al empezar hizo el elogio del metodismo, religion bendecida por el Señor, segun decía. Enumeró detenidamente los fieles y la riqueza de las iglesias. Cuatro millones de sectarios, doce mil pastores, diez y seis mil templos, setenta y tres millones de propiedades, era el fruto de un celo que no se dormía. A la vieja Europa, donde la iglesia está sujeta al Estado, opuso la jóven América que deja á los cristianos el cuidado de su culto como de su conciencia. Solo los metodistas del Norte han construido en el año de 1860, cuatrocientas cincuenta iglesias. Los pobres negros tratan mejor á su capellan que los reyes de Occidente.

Además, este ministro tan bien retribuido debe pagar á los negros que le han escogido una deuda que los limosneros de los príncipes no pagan siempre. Esta deuda es la de la verdad. Escuchad, pues—esclamó—lo que la verdad á deciros me obliga. El negro tiene el corazon sencillo y la mano liberal; esto es cristiano, pero algunas veces lleva su generosidad tan lejos que pone su alma en peligro. Me direis que jamás habeis oido semejante cosa. Hermanos mios, yo os diré cuál es esta liberalidad pérfida; es la misma que ejerceis aquí en el momento en que escuchais el sermon.

Si yo condeno la cólera ó la coquetería, la embriaguez ó la licencia, ¿considerará cada cual de

nosotros aplicable la leccion á su persona y en tal caso la aprovechará? «Bien—diría uno de esos hombres que se embriagan con aguardiente—reconozco ese retrato de bebedor: es Samuel, mi primo, de quien habla el ministro: toma, borracho, toma para tí la leccion.» «Bien—diría una de esas Medianitas que por engalanarse con un vestido nuevo impulsan á sus maridos á mentir y á engañar;—el ministro tiene razon al desenmascarar los vicios de mis vecinas. Toma, señorita Deborah; toma, señora Ichavoh; todo es para vosotras, coquetas; nada para mí.» Así, pues, hermanos mios, de mis palabras nada reservais para vosotros mismos: la primera tercera parte se la dais al prógimo, la segunda á vuestros enemigos, y la última á vuestro marido ó á vuestra muger. Hé aquí de qué modo la enseñanza del Señor se esteriliza; hé aquí cómo perdeis vuestra alma por esceso de generosidad. El mismo Cristo es generoso, pero de distinta manera. Es un avaro que todo lo toma para sí: nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras debilidades, nuestros sufrimientos. Así, pues, le vemos en la cruz con la cabeza baja, la respiracion anhelante como hombre que agoniza. ¡Cuándo, hermanos mios, cuándo le quitaremos nuestra parte de carga! ¡Cuándo aliviaremos á nuestro Redentor y á nuestro amigo Cristo, muerto por el esclavo y por el pecador!

Al oir este llamamiento, el auditorio se arrodilló y elevóse al cielo, en medio de lágrimas, un formidable *Alleluia*. El movimiento fué admirable, y me entristeció. Empecé á sospechar que el negro era un hombre como yo y acaso mejor cristiano; este pensamiento me asustó. ¡Zambo mi hermano! ¡Jesucristo muerto por la salvacion de aquellas cabezas de cabellos crespos! Era cosa que mi orgullo no podía sufrir.

—Si esto es verdad—pensaba yo al salir,—¡qué crímen tan grande es la esclavitud! Esta guerra civil que arruina al Sur, ¿no será el castigo con que Dios hiere á Cain?

CAPITULO XVIII.

UN CHINO.

Eran las once y media. Truth debía predicar á las doce en punto, y apreté el paso á fin de llegar á buena hora á la asamblea congregacionista. Pero no pude resistir al deseo de visitar el templo chino. En un país donde reina la anarquía religiosa, sentía yo una inmensa curiosidad de ver cómo los hijos de Confucio se habían adaptado al cristianismo.

Al entrar exhalé un grito de disgusto. Encontrábame en una pagoda búbdica. Enfrente de mí, en lo alto de un estrado y en una especie de nicho, se veía un horrible muñeco de madera pintado y dorado. Era Bubda con su vientre enorme, su cabeza calva, sus grandes orejas y sus ojos saltones. ¡Oh! soy muy liberal: hace treinta años que estoy suscrito al *Constitutionnel*, y no he cambiado de opinion sino cuando cambiaba el periódico. Como él, y sin saber por qué, ódio el jesuitismo, lo cual es la señal mas evidente de ánimo despreocupado; pero, señor, ¡servirse de la libertad para entronizar la idolatría! esto es demasiado. Acepto el luteranismo, el calvinismo, el judaismo; pero ir mas lejos, ya no es liberalismo, es paganismo.

En la pagoda no había mas que dos feísimos muchachos chinos, que parecían estar de guardia, uno á cada lado del estrado. A la manera de los que tuestan café, cada uno de ellos daba vuelta á un cilindro horizontal lleno de pedacitos de papel. Era un culto completamente nuevo para mí.

Al ruido de mis pasos salió de una celda vecina una especie de monje. Su trage raido, sus pies desnudos, su cabeza rapada, sus pequeños ojos, su tez amarilla y arrugada, le daban el aspecto de una vieja vestida de capuchino. Era un sacerdote de la iglesia china. Aproximóse, y sin hablar una palabra me alargó una taza de madera, en la cual eché una limosna para librarme de aquel mendigo.

—Gracias, hermano—me dijo en buen inglés. —Que el divino Fo premie tu caridad; que en la otra vida puedas librarte de renacer con la forma de una muger ó de un chacal.

Y dejándome sorprendido con esta singular bendicion, el sacerdote subió al altar, sacó de un pequeño armario algunos trozos de papel dorado, y los quemó bajo la nariz del ídolo.

—¿Qué haces?—le pregunté.

—Hermano mio—contestó,—acabo de cambiar tu moneda de diez centavos en lingotes de oro y de plata, y los he ofrecido al maestro de la verdad.

—Vuestros lingotes son de papel y no valen nada.

—¿Qué importa?—dijo el monje.—Fo se hace cargo de la intencion y no del metal.

—¡Ah, si nuestros ministros de hacienda fuesen chinos!—iba á esclamar; pero me contuve. Pregunté al monje lo que hacían aquellos muchachos moviendo los brazos sin cesar.

—Están orando por el mundo entero—respondió.—En cada uno de esos papelitos está es-

crita la sílaba sagrada (al decir esto se prosternó repitiendo muchas veces OM! OM! OM!) Cada uno de esos cilindros contiene un millar de estas santas palabras, y dá cincuenta vueltas por minuto, tres mil por hora, setenta y dos mil de una á otra postura del sol. Es decir, ciento cuarenta y cuatro millones de oraciones que cada domingo salen de este templo. Durante toda la semana, se hacen las oraciones con mucha facilidad, porque hago mover mis cilindros por el vapor; pero el domingo, en este país de infidelidad, hasta las máquinas guardan las fiestas, y no me queda otro recurso que los brazos de estos niños.

La credulidad de aquel idólatra me causó horror.

—¿Cómo os consienten en un país cristiano? —pregunté.—Si hubiese todavía fé en Israel, hace mucho tiempo que se os habría esterminado.

—¿Por qué no nos habían de consentir?— contestó con voz tranquila.—La libertad es como el sol, luce para todo el mundo. Los americanos envían misioneros á China. ¿Por qué los chinos no han de enviar misioneros á América? Yo maldigo la sangre vertida por cuestiones religiosas; mi religion tiene horror á la muerte, y no conoce otras armas que la paciencia y la dulzura; pero bendigo la libertad conquistada, y deseo que aproveche lo mismo á los chinos que á los americanos y á los franceses.

—¡Una pagoda en los Campos Elíseos!—esclamé.—Buen hombre, ¿estais loco? Nosotros no tenemos necesidad de chinos en París, nos bastan las caricaturas de porcelana.

—Me parece que los derechos son recíprocos. Si es bueno, si es justo abrir una capilla en Pekin, ¿por qué ha de ser injusto abrir una pagoda en París y predicar libremente la verdad?

—Bonzo estúpido—esclamé impulsado de santo celo,—¿Te atreves á hablar de verdad? ¿No ves que tu doctrina es una mentira? Si lo sabes eres un charlatan á quien es preciso castigar; si no lo sabes, el deber del Estado es cerrar tu boca para que en tu ignorancia no arrastres á otros. La libertad del error es la libertad del veneno; la verdad es la única que tiene derecho á hablar.

—Yo creía que en Francia y en Inglaterra había diversas iglesias cristianas y hasta sinagogas.

—Sin duda, y ademas en Francia, el Estado paga los cultos reconocidos; porque Francia, ténlo entendido, buen hombre, marcha á la cabeza de la civilizacion por la libertad religiosa, como por todas las demas libertades.

—¿El Estado—continuó el bonzo—reconoce tres ó cuatro verdades religiosas, que se combaten mútuamente? Para los cristianos, por ejemplo, Jesus es un Dios. ¿Qué es para los judíos?

—Amigo mio, tengo lástima de tu ignorancia. Si tú pudieras comprender lo que es la verdad oficial, sabrías que vive de contradicciones.

El bonzo abrió sus pequeños ojos y levantó la cabeza. Era evidente que las grandes concepciones de la Europa civilizada no cabían entrar en su cerebro.

—La verdad que protege el Estado—dije al infiel—nada tiene de comun con la verdad vulgar. Es una verdad ancha, que abraza todas las comuniones salidas de la Biblia. El judaismo, el cristianismo y hasta el mahometanismo son ramas de esta religion primitiva, tan antigua como el mundo, y que tiene en su favor el número, la moral y la civilizacion. Fuera de estas tres iglesias que se reparten el mundo, no hay mas que idolatría y barbarie. Convertiros á cañonazos es nuestro derecho y nuestro deber. La ver-

dad florece en arroyos de sangre derramados por la guerra; el Dios de los cristianos es el Dios de los ejércitos.

—Tú no eres yankee—esclamó el fanático, cuyos ojos brillaron de repente de una manera estraña.—Desde que has entrado te estoy observando. En la fisonomía del sajon hay algo del toro y del lobo; en la tuya, hay algo del mono y del perro. Tú tienes miedo á la libertad; hablas de lo que no sabes y solo pronuncias palabras y palabras. ¡Tú eres francés!

Luego continuó.

—¿Te atreves á enumerar las pruebas de la verdad? El número es nuestra prueba. ¿Cuántos católicos hay en el mundo? Ciento treinta millones. ¿Y cristianos? Trescientos millones á lo mas. Nosotros somos quinientos millones de bubdistas. ¿Hablas de antigüedad? Pues ten entendido que en tiempo de Alejandro, el bubdismo había tenido ya sus concilios, y que las inscripciones del rey Acoka, grabadas en las rocas de la India, recomendaban al universo la limosna y el sacrificio. ¿No sabes que el bubdismo es una reforma de la religion alterada por los brahaminas, y que los Vedas, los libros santos de nuestros antepasados, se remontan á los primeros dias del mundo? ¿Cuál es la religion que ha predicado la primera la pobreza voluntaria, el amor y la caridad? ¿Ignoras tú que Fo ha tenido quinientas cincuenta existencias y que en cada una de estas encarnaciones ha sido sacrificado? Ha sido carnero muerto por el tígre, paloma por el halcon, liebre por el cazador ambriento. ¿La historia religiosa de los cristianos es una série no interrumpida de querellas, de guerras y de matanzas. Hoy sois víctimas, mañana sois verdugos. Entre nosotros los bubdistas no hay mas que mártires. Hace dos

mil cuatrocientos años que se ha derramado mas de una vez nuestra sangre, se nos ha cazado en la India; nuestras manos han permanecido puras. Nosotros nada tenemos que borrar de nuestros anales. ¿Qué religion puede decir otro tanto? Vuestro Evangelio contiene una doctrina admirable, lo sé, y no juzgo de la fé de los cristianos por su conducta. Las palabras y los sufrimientos de Cristo me han conmovido hasta lo mas íntimo del corazon. Pero se me ha educado en otras ideas; me he consagrado hace veinte años á una vida de pobreza que me sostiene y me consuela. Como vosotros, los cristianos, he guardado la fé de mis padres. Como vosotros, yo no puedo acusar á mis mayores de mentira ni de error. Concluyamos con el reinado de la violencia; abramos camino á todas las creencias; dejemos á la razon que haga la obra que Dios le ha confiado. Abrid el mundo á la palabra; yo tengo fé en la libertad, porque tengo fé en la verdad.

—Tú no eres mas que un chino—le dije,—y alejándome con paso magestuoso dejé á aquel miserable confundido por mi superioridad.

CAPITULO XIX.

UN SERMON CONGREGACIONISTA.

Cuando llegué á la asamblea no había empezado todavía el oficio. Nada mas triste que un templo protestante. Bancos de madera, ensambladuras cubriendo las paredes, ni cuadros, ni flores, ni luces, pero sí algo y aun mucho de tristeza que

hiela los sentidos. Me equivoco había un adorno, un cartel en el cual estaba escrito en cifras enormes el número 129.

Había bastante gente en la iglesia; pero era una multitud muda. Nada de ruidos, nada de sillas arrastradas por el suelo, nada de esas reverencias á las hermosas damas que se alegran de hacer notar su piedad y sus trajes; reinaba el silencio de una selva.

Al entrar el ministro, se elevó de todos los bancos una armonía mas suave que el suspiro del viento en la enramada. Hombres, mujeres, niños, todos cantaban con toda su alma, con un ardor y un arranque infinitos. Por la primera vez comprendí que la forma natural de la plegaria es el canto. Sorprendido de mi silencio, mi vecino me indicó con el dedo la cifra misteriosa y me ofreció su libro de cánticos, en el cual estaba estampada la música. Cantábase el salmo 129, ó mas bien una imitacion cristiana de esa plegaria sublime que la iglesia católica ha adoptado para el oficio de difuntos. Para llamarlo por su nombre, era el *De profundis*, grito de esperanza y de amor, que la costumbre nos impide conocer su belleza.

Concluido el canto, Truth usó de la palabra. De Maistre tiene razon al definir al ministro protestante: *Un señor vestido de negro que dice cosas muy honestas*. Jamas hombre alguno podrá tener menos apariencia sacerdotal que mi pobre amigo. Ni en su traje se distinguía de los demas, ni tenía tribuna que le permitiese dominar al auditorio; hablaba de pié, y lo hacía con una familiaridad verdaderamente fraternal. Truth ignoraba todas las bellezas del arte de la predicacion; apenas movía la mano ni elevaba la voz; y sin embargo, había en sus sencillas palabras yo

no sé qué armonía que hacía vibrar todas las fibras del corazon. No era un orador: era un hombre y un cristiano. Siguiendo una frase vulgar, Truth hablaba *como todo el mundo*, es decir, como cada cual quisiera hablar y como nadie lo hace. Espresar familiarmente grandes pensamientos pertenece á las grandes almas.

Pudiera trascribir, poco mas ó menos, su discurso; pero quien es capaz de consignar el eco, la armonía de aquella voz conmovida? Las palabras se hielan sobre el papel; son flores mústias que pierden su color y su perfume.

Apenas hubo terminado de pronunciar las últimas palabras de su largo y magnífico discurso salí de la asamblea y corrí á una habitacion inmediata, donde recibí en mis brazos á Truth, casi desvanecido. Le tomé la mano y la tenía ardiendo.

—Desgraciado—le dije,—os estais matando.

—Amigo mio—murmuró reposando la cabeza sobre mi hombro,—cumplamos nuestro deber; lo demas es vanidad.

CAPITULO XX.

UN LUNCHEON DE MINISTROS.

De entre de la multitud que felicitaba al nuevo apóstol, saqué á Truth y le acompañé hasta su casa. Necesitaba descansar y le rogué que se acostara un momento. La señora Truth había preparado un formidable *luncheon* para obsequiar á los amigos de su marido, y había tenido la

amabilidad de contarme en el número de los convidados.

Jenny y Susana estaban allí encantadas del sermon que habían oido sin comprenderle tal vez. Es estraordinario el imperio que ejerce la palabra sobre las mujeres. Mas de una vez, me había preguntado si la mujer era naturalmente superior al hombre. Mientras que Adan dormía descuidadamente, Eva cedió á su deseo de aprender. Paréceme que de sus resultas, si nosotros hemos heredado la hombría de bien de nuestro primer padre, las hijas de Eva no han degenerado de su abuela. Creo con Moliere, que no es prudente instruir mucho á ese sexo malicioso. Manteniendo á las mujeres en honesta ignorancia, la damos todos los vicios, pero tambien toda la debilidad de la esclava y nuestro imperio queda asegurado. Pero si educamos esas almas ardientes, si las inflamamos con el amor de la verdad, ¿quien sabe si llegarian á sobreponerse á la estupidez y brutalidad de sus señores?

Nos sentamos á la mesa y confieso que me alegré. En mi ardor religioso había olvidado almorzar. La dueña de la casa me hizo el honor de colocarme á su izquierda y me sirvió con el té dos ó tres lonjas de jamon de Cincinnati, que devoré con ansia. Susana me dirijia espresivas miradas reconviniéndome. En esto reconocí á mi hija. En los Estados-Unidos como en Francia, los niños dan lecciones á sus padres.

Calmado mi apetito, entablé conversacion con mi vecina, buena y amable señora que adoraba á su marido. La salud de Truth me inspiraba temores, siendo seguro para mí que el púlpito le mataría mas pronto que el periódico. Para no inquietarla le dije que la oratoria era en general rudo trabajo, que mucho reposo para los tempe-

ramentos nerviosos y delicados. ¡Vano empeño! La señora Truth me habló de la grandeza de su nuevo estado.

—¡Esposa de un pastor!—me decia,—este es el sueño de todas las jóvenes. Solamente el ministerio realiza los sueños de la mujer; en este estado llega á ser, en toda la estension de la palabra, la compañera de su marido, su verdadera mitad. Iguales trabajos, iguales placeres, idénticos deberes.

—¿Acaso predicais vos tambien?—le pregunté.

—En la iglesia nó, el apóstol Pablo nos lo prohibe. ¿Pero es acaso solamente en el templo donde se anuncia la palabra de Dios? Instruir á las jóvenes, aconsejar á las casadas, visitar las paridas, llorar con las viudas, velar á las enfermas, son obras á que puedo asistir y en ocasiones suplir á mi marido. Joel—añadió levantando la voz,—¿verdad que soy vuestra vicaria y que teneis confianza en mí?

A este singular discurso, que, cosa estraña, á nadie sorprendió sino á mí, respondió Truth con una señal afirmativa y una dulce sonrisa. Es verdad que yo he habitado siempre un pais razonable. El baile y la cocina son para una francesa los dos polos de la ecsistencia. Salir de esto es el desórden, y lo que peor es, el ridículo.

—Sin embargo—continuó la señora Truth,—hay otra cosa mejor que el ministerio, la mision.

—¿Teneis mujeres misioneras?

—No, solamente los católicos tienen ese privilegio que les envidio. Nosotros no tenemos hermanas de caridad; pero tenemos esposas de misioneros. Esta es una posicion que siento no tener. No os asombre mi ambicion; soy hija de un ministro; mis dos hermanas casaron con misioneros. Una está en el Cabo, la otra en China y las dos

bendicen al Señor que les ha dado tan gloriosa carrera.

—Vuestros misioneros casados no tienen vida muy trabajosa. Llevar consigo la esposa, los hijos y el hogar, es casi no cambiar de patria. Unid á esto una instalacion cómoda y fija acompañada de buen sueldo....

—¿Lo creeis así?—me replicó mi vecina herida de mi ironía.—Ignoro si vale mas atravesar el mundo, sembrar la palabra de Cristo y dejar el gérmen á la gracia de Dios, ó encerrarse en un campo limitado con objeto de plantar y cultivar hasta la cosecha ese precioso grano. Pedro era casado, ¿y dejó por esto de ser elegido para príncipe de los apóstoles? En el Cabo donde mi hermana estableció una escuela y un taller para las negras, para preparar aquellos corazones á recibir el Evangelio, los Boers han quemado tres veces la mision; mi cuñado, que es médico, como la mayor parte de nuestros misioneros, perdió una mano al estraer á un pobre cafre una flecha envenenada. En China, los Tai-Pings han arrojado á mi hermana de provincia en provincia. En medio de las fiebres y en perpétua inquietud, ayuda á su marido en la predicacion del Evangelio. Mas esperimentada que Abraham, Dios le ha pedido dos veces la vida de sus hijos. Sin embargo, es feliz por haber sido elegida para servir al Señor, aun á un aprecio de su sangre mas pura.

Nada respondí. En la historia de Abraham hay cosas que me afectan mas que el episodio de Isaac.

Para desechar las reflexiones que me preocupaban me volví hácia mi vecino de la izquierda, verdadero tipo sajon: aquel hombre denotaba á su vez fuerza y energia. Noé Brown—así se llamaba—era el pastor á quien sucedia Truth. Apro-

veché la ocasion, y le pregunté qué era aquella iglesia congregacionista cuyo nombre me chocaba.

—¡Qué!—me dijo Brown, sorprendido.—¿No sabeis que es nuestra antigua iglesia puritana, la que nuestros padres, los peregrinos, trajeron con ellos en su primer buque el *Flor de Mayo?* Al romper con la abominacion de la Babilonia anglicana, nuestros abuelos quisieron cortar de raiz la heregia de la gerarquía. A ejemplo de los primeros cristianos, hicieron de cada reunion de fieles una iglesia ó congregacion independiente, república perfecta, gobernada por los ancianos y administrada por los pastores. De ese foco de independencia é igualdad salió nuestra comunidad. En esto está el secreto de nuestra vida y grandeza política. La América es una confederacion de iglesias y comunidades soberanas. Aquí, como en todas partes, la religion ha hecho al hombre y al ciudadano á su imágen; una iglesia libre ha engendrado una sociedad libre.

Esta paradoja, me admiró mucho. A creer á estos fanáticos, su catecismo gobernaría al mundo. Que aprenda Francia, patria de las luces y de la filosofía, y pronto conocerán á que se reduce la influencia de la religion sobre el estado y la sociedad. Uno es católico en la iglesia, y fuera de ella lo que le parece bien. Así traté de demostrarlo á mi predicador; pero era testarudo como sajon forrado en yankee. Cuantas mas pruebas amontoné para confundirle, mas se defendía.

—Mirar á los ingleses—esclamaba.—El que conoce su iglesia conoce su historia. Lores espirituales, asambleas dueñas de la fé, una carta inmutable en treinta y nueve artículos, un libro de preces establecidas por la autoridad de los obispos y del soberano, universidades y escuelas pri-

vilegiadas, propiedades enormes, patronatos considerables: este conjunto, ¿qué puede producir sino una sociedad aristocrática? Sin los disidentes, hace muchos siglos que Inglaterra estaría momificada como el antiguo Egipto.

—¿Y los franceses?

—El francés es católico, monárquico y soldado, mientras que el américano es protestante, republicano y ciudadano; tan imposible sería hacer de Francia una república como de América una monarquía. La diferencia de iglesias produce la diferencia de sociedades.

—¿Puedo saber á cual de esas sociedades dais la superioridad?

—Juzgad por vos mismo—respondió:—la una es sociedad de niños, la otra de hombres.

—Veo con placer que estamos de acuerdo.

—Lo celebro mucho—me contestó y se puso á beber tranquilamente su taza de té.

—¡Qué!—esclamé.—¿Juzgais acaso la Francia un pueblo de niños?

—En política—dijo—no hay la menor duda. ¡De qué época data su libertad! de 1789; la nuestra de 1260; somos mayores que ellos en ciento setenta años, tenemos tres veces su esperiencia y veinte su sabiduría.

—Es decir—repliqué con voz conmovida—que dais á América la palma de la civilizacion.

—Evitemos la confusion de palabras—me respondió con firmeza.—Civilizacion es una voz compleja, comprende tantos elementos diversos que cada pueblo podría á su vez pedir el primer puesto. ¿En qué consiste la civilizacion? ¿En la religion, la política, las costumbres, la industria, la ciencia, la literatura, el arte? Ya veis cuan complicado es el problema. El arte, por ejemplo, que los gentiles llamaron la flor de la civilizacion,

frecuentemente brota de un tallo podrido; así es que entre nosotros, los modernos, que vivimos de la imitacion de los antiguos, creería sin dificultad que el pueblo mas viejo es el mas artista. En Francia es mas refinado el gusto que en Inglaterra; pero un italiano es naturalmente mas hábil que un francés. En la industria están á igual nivel todas las naciones libres; la ciencia no tiene patria. En cuanto á la literatura, cada pueblo encuentra en la suya la espresion de su pensamiento; dejo á los críticos el pueril trabajo de clasificar á Dante, Moliere ó Shakspeare; pero la religion, la política y las costumbres forman un haz inseparable. En él está la savia del país y su porvenir, y en esto doy desde luego el primer puesto á mi iglesia y á mi pueblo; creo en la libertad, soy americano y puritano.

—Y mohicano tambien—pensé yo:—fácil es conocerlo, no sabes mentir ni aun por política.

Iba á confundir á aquel insoportable predicador, cuando, por fortuna suya, se levantó de la mesa. Antes del almuerzo me había presentado Truth al señor Naaman Walford como uno de los colonos de la Nueva Sion. Deseando ser bien recibido del señor Naaman, comencé por felicitarle de la escelente adquisicion que hacía su iglesia en la persona de mi amigo Truth.

—Perdonad—me dijo,—soy presbiteriano.

—¡Presbiteriano!—esclamé;—¿y venís á cumplimentar á un rival? Hermosa accion, porque, entre nosotros ese ministro á quien tendeis la mano, es un herege que condenais.

—¡Yo!—me dijo sorprendido,—no condeno á nadie; eso no es cristiano.

—Me esplico mal, querido señor Naaman: queria decir que, á ejemplo del Divino Pastor, que buscaba las ovejas descarriadas de Israel, no te-

meis vivir familiarmente con gentes cuyo error detestais.

—El señor Truth me ha edificado esta mañana—me respondió,—y no le creo en el error.

Entonces me asombré á mi vez; creí haber oido mal.

—Señor—dije al jóven ministro,—¿creeis que vuestra iglesia enseña la verdad?

—Sin duda; si no fuera así, no permanecería en ella.

—En ese caso hay dos verdades como hay dos iglesias: una verdad presbiteriana y otra verdad congregacionista. Tal vez habrá tambien una verdad anabaptista, metodista, luterana y hasta católica.

—Doctor—dijo Naaman,—cuando estais en el mar y quereis saber la hora, ¿qué haceis?

—Se la pregunto al sol, y el sol me la dice. ¿Pretendeis contestarme con un apólogo? A mi edad, es uno poco aficionado á los ejemplos y se prefieren las razones.

—Yo soy jóven, doctor. El sol os dice la hora. Cuando es medio dia en París, podeis decirme ¿qué hora es en Berlin?

—No, todo lo que sé es que un telégrama espedido en Berlin á las once, se recibe en París á las diez y media; es decir, que en apariencia, llega treinta minutos antes de partir. Pero poco importa esto; todo depende del meridiano.

—Es decir, que siendo uno mismo el sol, en ninguna parte es la misma hora; ¿en qué consiste esto?

—Os responderé, señor: consiste en que siendo uno mismo el sol, se le vé desde diferentes puntos.

—Una pregunta aun, doctor. ¿Cuál es la verdadera entre todas aquellas horas?

—¡Singular pregunta! la hora es verdadera para cada cual, supuesto que para cada cual se eleva ó parece elevarse el sol á un punto diferente.

—Doctor, veo que estamos de acuerdo en teología lo mismo que en astronomía.

—Señor Naaman, empiezo á comprenderros. Para vos la verdad es el sol que cada uno vemos segun el horizonte que nos encierra. Sin duda es medio dia para la iglesia presbiteriana, mientras que ya pasó esta hora para los anabaptistas, y no ha llegado para los metodistas. Es un modo muy ingenioso de conciliar el orgullo con la caridad.

—Habeis comprendido mi pensamiento, pero os engañais sobre mis sentimientos. Sí; creo que para cada iglesia, diré mas, para cada cristiano, hay un horizonte diferente. El nacimiento y la educacion nos dan el punto de partida, y á nosotros toca caminar hácia esa verdad que nos llama, á la que debemos acercarnos sin cesar á fuerza de estudio y de virtud. Sé bien que hay iglesias mejor iluminadas que otras por la luz divina; pero tampoco dudo que en la iglesia mas oscura no se pueda encontrar el mejor cristiano. Gran ventaja es estar cerca del sol, pero no es esta una razon para verle mejor. Ved por qué amo la iglesia presbiteriana, y por qué no condeno ninguna.

—Jóven amigo—dije á Naaman,—vuestras ilusiones son muy seductoras; pero las disipará el primer soplo de la razon. Si cada cristiano vé la verdad á su manera, no hay verdad y nos encontramos con el escepticismo de Montaigne. Vuestra teoría, tan cristiana en apariencia, nos conduce á la duda, y nos lleva á la incredulidad universal.

—Doctor, paréceme que haceis el proceso del espíritu humo, es decir, de la obra de Dios. De la debilidad y diversidad de nuestros ojos, no se puede deducir que no vemos. Esta sería la misma lógica y el mismo sofisma. En los estudios naturales no aprende cada uno mas que lo que puede apropiarse. ¿Hay en física alguna teoría que no sea discutible? ¿Y negareis por esto que existe una verdad física?

Os lo concedo, jóven; pero la verdad religiosa es de otro órden que la verdad natural.

—Doctor, cualquiera que sea el número y la variedad de los cuerpos que llenan el mundo, solamente tenemos nuestros ojos para verlos, y lo que no vemos, no existe para nosotros. Para descubrir las verdades sobrenaturales, nos ha dotado Dios de una facultad investigadora, inquieta y laboriosa que se llama razon. ¿Existirá en nosotros alguna otra potencia que sin esfuerzo individual reciba la verdad religiosa á la manera que un espejo refleja el objeto que se le pone delante? Si no existe esta facultad, es inevitable la diversidad de opiniones religiosas. Si, por el contrario, existe, debemos todos pensar lo mismo, como todos respiramos lo mismo, por una ley de la naturaleza. Pero no estamos en este caso. Dios ha dejado á cada uno la libertad de conocerle para dar á cada uno el derecho de amarle. Esa libertad que os asusta es nuestra mas hermosa dote.

—Naaman—esclamé,—sois el profeta de la anarquía. Disipais el sueño mas hermoso de la humanidad. *Una fé, una ley y un rey* era la divisa de la Edad Media, divisa que cada hombre lleva en el fondo del corazon. ¿Qué nos ofreceis en cambio? La confusion. ¿Qué iglesia es esa en que cada uno habla una lengua diferente y no en-

tiende la de su vecino?

—Caballero, amo tanto como vos la unidad. Cristo nos ha dicho que llegará un dia en que solo halla *un rebaño y un Pastor;* creo en la palabra de Cristo. Pero la unidad no es la uniformidad. Contemplad la naturaleza; ¡qué admirable conjunto! Y sin embargo, no hay un árbol, una planta, una flor, ¿qué digo? ni una hoja igual á otra. La ley de la naturaleza, ¿por qué no ha de ser la de la humanidad? Al lado de esta fecunda armonía, ¿qué es la estéril monotonía de una nota única? Mi unidad es la iglesia universal, esa iglesia que abraza á todas las almas fieles. Hermano mio es el que ama á Cristo. Agustin, Crisóstomo, Gerson, Melanchthon, Jeremías, Taylor, Bruyan, Fenelon, Law, Chaning, son soldados de ese ejército divino. ¿Qué me importa su regimiento? Su bandera es la mia, y esa bandera es la verdad.

—¡Bravo, Naaman!—dijo Truth poniendo la mano en el hombro del jóven ministro;—convertidme á ese pagano.

—¡Vos sois el pagano!—esclamé.—Creo que aquí no hay mas cristiano que yo, ó si lo preferís, católico, en el verdadero sentido de la palabra, quiero un símbolo único, que sea la ley de los espíritus; y para mantener esa ley de verdad, apelo al socorro del brazo secular.

—¡Cuando os lo decía yo, querido Naaman!—replicó sonriendo Truth.—Es uno de esos adoradores de la fuerza, que imaginan que la verdad se decreta como la ley.

—No soy tan ridículo—repliqué algo picado. —Amo la verdad, pero no soy ciego como los utopistas. Para ellos la libertad es una panacea universal que cura el mal y el error: la esperiencia me ha hecho ver lo contrario. El mundo no es

una academia de filósofos que discuten tranquilamente las tésis mas temerarias; el pueblo, hidra de cien cabezas, es una reunion de criaturas débiles, locas, ó criminales; para contenerlas y dirigirlas se necesita un freno. Ese freno es la religion. Si el poder no presta su auxilio á la causa de la iglesia, se acabó el cristianismo; la sociedad queda entregada al ateismo y á la anarquía. Ved aquí, señores, por qué creo en la santidad de la fuerza, puesta al servicio de la verdad. ¿Soy acaso un pagano, cuando á ejemplo de San Agustin, Bossuet y tantos otros escelentes cristianos, sin hablar de vuestro Calvino, pido que la sociedad preste su espada á la iglesia; ó en otros términos, que el Estado tenga una religion?

—Una religion de Estado—dijo de pronto Brown, alargando su cabeza de perro dogo.—¿Acaso el Estado tiene un alma para tener una religion?

—Caballero—respondí secretamente,—vos necesitareis un Estado ateo.

—Caballero—replicó mi verdugo;—tengo poca aficion á las grandes frases. ¿Qué es el Estado? En una monarquía, es el príncipe. ¿Treinta millones de cristianos tendrán la religion de Achab: cuando Achab tenga una religion? Entre nosotros, donde el poder alterna, cambiaremos de fé cada cuatro años. Esto es lo que llamo abismo; creer por órden superior, no es creer.

—Cuando hablo de Estado, entiendo la sociedad política.

—Bien, será la mayoría la que decida sobre el símbolo de fé. Se pondrá á discusion la Encarnacion ó la Trinidad, y se votará. ¡Qué comedia! ¡Cosa estraña! Desde que existe el mundo, no ha habido una sola verdad natural que no haya sido encontrada por un solo hombre; necesarias han

sido largas pruebas, algunas veces el martirio del inventor, para que esta verdad reuna algunos adeptos; pero en religion es otra cosa, la mayoría no se engaña jamás. ¡Magnífica infalibilidad!

—Señor Brown—le dije levantando la voz,—no respondeis á mi objecion. Si el Estado no tiene religion, la ley será atea.

—Siempre francés, caballero. El Estado es una abstraccion y un modo de designar el conjunto de los poderes públicos. Pero la sociedad es cosa viva, es la reunion de todos los ciudadanos que habitan la misma patria. Si estos hombres son cristianos, si su moral es cristiana, ¿cómo será la sancion que esos hombres den á la moral pública? O en otros términos, ¿cómo ha de ser atea la ley? *El buen árbol no puede producir malos frutos.*

—¡Imprudente!—esclamé;—¿Cómo podeis imaginar que si el Estado permite todas las creencias, no sufrirá el Evangelio?

—Teneis poca fé, caballero—dijo Brown, dirigiéndome una mirada terrible.—Olvidais que ha dicho Pablo: *Las armas de nuestra milicia no son carnales.* Mirad en vuestro derredor, y vereis que en ninguna parte está la religion tan mezclada á la vida como en América, y sin embargo, el Estado no la conoce.

—Pero, en fin, querido señor Brown, es imposible que el Estado pague todas las comuniones y que se haga tesorero del primer fanático que abra una iglesia.

—No quiero que pague á nadie—esclamó el rígido puritano.—¿Con qué derecho intervendría? ¿Tiene otro dinero que no sea el nuestro? ¿El judío pagará al cristiano para que le llame deicida? ¿Pagaré yo á los unitarios que me disputan la divinidad de Cristo? Al declarar el legislador que

la religion no es de su competencia, proclama el respeto de la conciencia. Suponed que protege diez comuniones distintas, diez creencias enemigas, ¿qué significará esa insolente lucha, sino que el Estado vé en la religion un instrumento político y que profesa igual indiferencia y desprecio á todas ellas?

—Muy bien; dejad á cada fiel el mantenimiento de un culto, todos serán ateos por economía.

—Os engañais, querido doctor—dijo Truth con amabilidad.—Los hechos hablan en contra vuestra. Tenemos cuarenta y ocho mil iglesias construidas todas por particulares, y cuyo valor se calcula en mas de cien millones de duros. Construimos doscientos templos nuevos por año. El sueldo medio de nuestros pastores es de quinientos duros, lo cual hace que se gasten en el culto veinticuatro millones de duros; buscad un país en que el Estado pague los cultos, y estoy seguro de que no encontrareis uno que gaste la mitad que nosotros. La razon es muy sencilla: nada es tan pródigo como la fé y la libertad.

—Muy bien—dije;—pero la cuestion de dinero no es el todo: queda la política. Dar al primer advenedizo el derecho de establecer una iglesia, es reconocer todas las asociaciones, es abrir ancho camino á la ambicion religiosa y al fanatismo, es decir, á lo mas ardiente y á lo mas pérfido que hay en el mundo. Suponed que una de esas iglesias se hace superior á las demás, y que se apodera de las almas, y ya teneis entonces un Estado en el Estado. Conocereis entonces, y será tarde, la falta cometida al abdicar una proteccion mas necesaria al gobierno que á la iglesia, proteccion que en el fondo no es otra cosa que la defensa de la soberanía.

—¡Ahí os esperaba!—esclamó el puritano en-

trando en la lucha á manera de jabalí.—Os conozco, señores políticos: hace mucho tiempo que Spinosa, el príncipe de los ateos, Hobbes el materialista, y Hume el escéptico, me revelaron vuestro secreto. Para desembarazaros de la religion, necesitais una iglesia oficial. No os inquieta la influencia política: la que temeis es la influencia moral. El cristianismo es por naturaleza inquieto, agresivo y conquistador. Necesita al hombre todo entero; sociedad y gobierno, todo lo quiere invadir y penetrar con su espíritu. Esto es lo que nos anima y lo que os asusta. Rechazais la libertad por la misma razon que nos la haceis desear. Nosotros creemos en el Evangelio; vosotros le teneis miedo.

—Temo á las asociaciones, y no al Evangelio.

—Sí, porque la asociacion es la única forma posible de la libertad. Necesitais un Estado cuya omnipotencia nadie turbe y que solo tenga delante indivíduos aislados y conciencias mudas. Nosotros, cristianos, colocamos la asociacion entre el Estado y el indivíduo, entre la fuerza y el egoismo. Para estender la Bíblia, para propagar la palabra divina, socorrer á los desgraciados, levantar á los que han caido, necesitamos centenares de asociaciones, millares de reuniones. Pero todas estas reuniones solo pueden existir con una condicion, que la iglesia, sea dueña absoluta en su esfera. La iglesia, con su libertad cubre y garantiza todas las asociaciones; y de esta manera la religion, lejos de ser un peligro para el Estado, es la vida de la sociedad. Ved aquí por qué necesitamos la libertad religiosa, la necesitamos porque Cristo nos la dió, la necesitamos porque es la madre de todas las libertades. El que no sabe esto no es cristiano ni ciudadano.

Iba á estrangular á aquel fanático cuando una

manita cogió la mia.

—Papá—me dijo Susana en voz baja,—pronto darán las dos.

—Sí, es hora de ir al bosque. ¿Está ahí el carruaje?

—Papá, hoy es es el dia del Señor y no se va en cuarruaje. Te llevo á la escuela dominical.

—Tienes razon—pensé yo.—Un parisien perdido en este país de libertad tiene gran necesidad de ir á la escuela.

Una vez en la calle y lejos de aquella atmósfera teológica, respiré.

—¡Uf!—dije bostezando.—¡Qué pesadas son esas gentes! Parecen bueyes uncidos á una noria dando vueltas en el mismo surco.

No sé qué locura iba á decir á Susana, cuando ví al Naaman que venía detrás de nosotros á paso de pastor que sigue á su rebaño. ¡Olvidaba que estaba en América y que mi señora hija era por el momento presbiteriana!

CAPITULO XXI.

LA ESCUELA DOMINICAL.

Caminaba lentamente al lado de mi Susana, cuando de pronto una mano me cogió al pasar, mientras me gritaban con sepulcral voz: *Esta noche te pedirán tu alma.* Al mismo tiempo me metieron un papel en el bolsillo de la levita. Volvíme y otra mano me cogió, diciéndome una voz: *Piensa en tu salvacion*, y me metieron otro papel en el otro bolsillo de la levita. Al ruido de las

voces acudieron tres hombres vestidos de negro, levantando el brazo, y cada uno de ellos aullando á mas no poder, me introdujo en el pecho un librito En seguida desapareció la vision.

—¿Qué quiere decir esto?—pregunté á Susana.

—Padre mio, es la sociedad de los tratados religiosos que trabaja en tu conversion.

—¡Gracias!—esclamé metiendo en el bolsillo los *Signos de la bestia*, las *Rosas de Saron* y la *Trompeta de Jericó*;—aquí enriquecen á uno del mismo modo que le roban en otras partes.

—Tranquilízate, papá—me dijo Susana;—dentro de poco nos servirán para hacer felices á algunos.

—Confesad—dije á Naaman—que abusais de la imprenta. Distribuir la Bíblia, pase, supuesto que es vuestra manía; pero ¿para qué puede aprovechar esa teología pueril que sembrais por las calles?

—Sois demasiado severo—respondió el ministro;—pensad que toda nuestra religion está en la Bíblia. Por el libre esfuerzo de la razon, cada uno debe sacar de la Escritura la regla de su fé y de su vida. Un protestante que no lee, es un cristiano que no obra. ¿Qué cosa mas sencilla que un proselitismo que sin cesar nos lleva á la Bíblia?

—Sí—dije sonriendo;—esa es la moral en accion.

—Algo mas que eso—replicó,—es la religion en accion, es la fé penetrando en el alma é inspirando toda la vida.

Creo que Naaman aprovechaba gustoso aquella ocasion para repetir algun antiguo sermon, cuando, felizmente, llegamos al templo presbiteriano. Era la sesta iglesia que visitaba en el dia: ¡justa espiacion de mi pasada tibieza!

Penetramos primeramente en la sala de lectu-

ra, vasta pieza contigua al templo. Un millar de niños y de jóvenes, divididos en grupos, estaban sentados en bancos circulares. De trecho en trecho, y de pié, veíanse los pastores y pastoras de aquel gracioso rebaño, los *amonestadores* segun los llaman. Al ver á Naaman, toda la asamblea se levantó; el órgano tocó una marcha guerrera, y en seguida todas aquellas jóvenes entonaron un cántico en coro con acompañamiento de trompetería.

¿Hay algun secreto encanto en la voz de los niños? No sé; pero me sentí conmovido por el canto de aquellos jóvenes soldados que con tanto valor se alistaban bajo la bandera del Evangelio.

—A los veinte años—pensé yo,—¿cuántos quedarán al rededor de esa bandera? No importa; siempre es bello el espectáculo que ofrece la juventud que tiene valor y fé.

Susana estaba á mi lado. Mi señora hija era *amonestadora*, no faltándole trabajo, porque tenía doble auditorio, y una parte se sublevaba.

—¿Dónde está Dinah?—preguntaba una voz infantil.—Dinah es mi maestra: á tí no te conozco.

Susana cogió en brazos la rebelde que luchaba llorando: díjole dos palabras al oido, y en seguida apareció la sonrisa en los lábios de la niña como el sol tras la lluvia.

—¿Me lo prometes?—murmuró la niña.

—Mañana—respondió Susana.—La niña rodeó con sus bracitos el cuello de su nueva maestra y la besó en ambas mejillas. Firmaba la paz, comenzó la leccion.

Esta versó sobre la historia de Israel en tiempo de los reyes. Por primera vez, lo confieso con vergüenza, conocí al profeta Eliseo. Este fué seguramente un cumplido caballero cuando no se enfadaba. A pesar de la belleza de su moral, no me

parece bien haber hecho devorar por los osos cuarenta y dos niños que se burlaban de su calva.

Dos episódios agradaron mucho á los niños. En primer lugar, la historia de Naaman, general del rey de Siria, implorando á Eliseo para que le curara la lepra. Naaman se volvía curado y convertido; pero convertido con reservas políticas que prueban una vez mas que no hay nada nuevo bajo el sol.

Debo decir que la tolerancia del profeta escandalizó á los niños. Naaman fué censurado unanimemente como un cobarde que transigía con su conciencia y su interés. Llegará un dia en que Remmon, Mammon ó Baal os tenderá una mano llena de dinero y honores á condicion de adorarle; feliz el que no se incline ante un ídolo, y guarde para Dios únicamente el sacrificio de su corazon.

Vino luego la historia de Giezi, criado de Eliseo, que se hacía pagar los milagros de su amo, y traficaba con la virtud de los demás. ¡Qué furor en el jóven auditorio, y qué alegría cuando Susana, ahuecando la voz para parecerse al profeta, pronunciaba el terrible anatema!

«*Has recibido ahora dinero y vestidos de los siervos y siervas.*»

«*Pero la lepra de Naaman te cubrirá á tí y á tu raza para siempre.*»

La educacion dada á la infancia por la juventud me encantó, y felicité por ella al ministro.

—Pero—añadí—supongo que os reservareis el catecismo. La doctrina correría riesgo de alterarse al pasar por esas bocas novicias.

—No—me respondió;—para la doctrina como para todo lo demás, nos entregamos á los amonestadores, por supuesto bajo nuestra vigilancia. A los diez y ocho años nadie es hereje; si algo se

puede temer es la demasiada adhesion á la letra.

—Sí; ¿pero si trabajan esas jóvenes cabezas?

—En ese caso—dijo el pastor,—aquí estamos para abrirles camino. Nuestra divisa es la de Pablo: *Donde está el espíritu del Señor, está la libertad.* En la juventud hay una crísis del espíritu de la misma manera que hay una crísis del cuerpo. Llega la hora en que es preciso luchar con la verdad, como Jacob con el Angel: solamente queda *convencido* el que ha sido *vencido* por el Evangelio. Queremos una fé razonada.

—Y razonadora, porque cada amonestador de esos debe salir de aquí con la manía de predicar.

—Tanto mejor, para nosotros todo hombre es sacerdote y toda muger sacerdotisa. ¿Por qué ha de haber en la sociedad religiosa menos fé que en la sociedad política? ¿Acaso el título de cristiano impone menos deberes que el de ciudadano?

Calléme; aquella manera de considerar la religion como el patrimonio comun de los fieles, contrariaba todas mis ideas. Me han enseñado que la iglesia es una monarquía y no una república. Como hombre prudente, he dejado siempre el cuidado de mi conciencia y de mi fé á la iglesia que me ha educado. No es á mí, sino á mi director, á quien pertenece el cuidado de mi salvacion.

La leccion tocaba á su término; Susana me desembarazó de todos mis libritos para dárselos á los niños; entonaron un bello cántico de despedida, y concluyó la fiesta con una distribucion universal de regalos y apretones de manos. Rango, fortuna, edad, trajes, todo se había olvidado durante dos horas. ¡Y pensar que un dia de cada siete, el dia del Señor, toda la juventud americana acude á estas fraternales reuniones á dar ó á recibir una leccion de igualdad! ¿qué enseñanza,

ni aun la de Bossuet, equivale á esta educacion mútua?

Salimos, y Alfredo que estaba allí me arrebató el brazo de Susana. No le envidié su felicidad; mis ideas tomaban otro giro. Decíame que ya era tiempo de que ejerciera Susana en la casa sus grandes cualidades de *amonestadora*. Veía ya en el porvenir todo un ejército de niños mas religiosos, mas enérgicos y mas felices que su abuelo. Y llegué á casa bastante pensativo.

El resto del dia lo pasamos hablando de todo lo que habíamos visto ú oido por la mañana, y ¡sabe Dios cuántas cosas se ven y oyen un domingo en América! ¿Qué son nuestros espectáculos ante estas fiestas del corazon y del alma? Nunca había pasado dia tan aprovechado, jamás me había parecido el tiempo mas rápido y mejor empleado.

La velada terminó, como de costumbre, con la lectura de la Bíblia. Marta trajo el libro negro que era ya un amigo para mí.

Habíamos quedado en el capítulo cuarto de Daniel. La vision de los cuatro animales apocalípticos que representan las cuatro grandes monarquías de la antigüedad no me impresionó mucho; tengo poca imaginacion para complacerme con estos sueños gigantescos.

Despues de esta pintura vienen los versículos en que anuncia el Mesías.

13. Miré en una vision de noche y ví cómo el Hijo del Hombre que venia sobre las nubes del cielo, avanzó hasta el Anciano de los dias y le fué presentado.

14. Y el Anciano de los dias le dió el poder, el honor y el imperio. Y todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas le servirán. Su poder es un poder eterno, y su imperio no será destruido jamás.

Al escuchar este pasaje me sentí como Daniel: «Quedé turbado en mis pensamientos, cambió

mi rostro y miré estas palabras en mi corazon.» ¿No había asistido aquella misma mañana á una representacion de este imperio que se estiende hace diez y nueve siglos? El cristianismo, por cuyos funerales tocan en las ciudades de Europa, le veía en América, mas fuerte y triunfante que nunca. ¡Treinta millones de hombres viviendo del Evangelio! ¡Qué enigma para un parisien que ha leido á Diderot y que imaginó que comprendía á Hégel!

De regreso á mi habitacion paseé largo rato, agitado por multitud de ideas que se combatían. Recuerdos de la infancia, estudios de la juventud, pensamientos de la edad madura, ideas nuevas, agolpábanse en mi cabeza produciendo el caos en ella. Parecíame que una voz misteriosa me hablaba.

—Bravo, Daniel—murmuraba aquella voz irónica,—ya te anonadas. Héte aquí místico, fanático y ridículo. ¡Oh, franceses, eternos camaleones! Chinos en Canton, beduinos en Argelia, puritanos en Massachusetts, cómicos en todas partes. ¿Cuándo llegareis á ser hombres? Vuelve á París, Daniel; en la barrera dejarás ese *cant* insípido y ese gran libro negro que las gentes de gusto respetan y no tocan. Un filósofo saluda políticamente el cristianismo, porque es preciso no reñir con nadie; ir mas allá es debilidad de mezquino espíritu. El dios del siglo diez y nueve es el antíguo Pan. Penetra en lo infinito, Daniel; adora á tu padre el abismo, este es el culto á la moda, el único que puede confesar la infalible razon de hoy.

—Nó—esclamé,—mis ojos están abiertos; he sacudido el penoso sueño que enerva nuestra alma. ¡Los niños me han enseñado esta mañana el sagrado lazo que une á la libertad y al Evangelio!

Si para nosotros todo concluye con el cuerpo, no no tenemos derechos ni deberes; somos un rebaño que es preciso apacentar y castigar hasta que la muerte le envíe á podrirse en la eterna fosa. Solamente es hombre y ciudadano el que puede adherirse á una justicia viviente, á una verdad que no muere. La prueba es, que el enfermo, el esclavo, el desgraciado, el criminal, no llegaron á ser sagrados hasta el dia en que Cristo los redimió con su sangre generosa. ¡Adios, Hegel y Spinosa! ¡Adios, palabras puestas en lugar de cosas! ¡Adios, materia divinizada! Ya he visto á dónde conducen esas doctrinas á los pueblos y á los hombres, no quiero los goces de la multitud, ni la resignacion estóica de los espíritus fuertes; necesito otra cosa que no sea embriaguez ó la desesperacion. ¡Quiero vivir! ¡Vivir, creer y obrar! Fuera de las ilusiones de la juventud y de las ambiciones de la edad madura, mi razon llama á Cristo y la esperiencia me lleva á sus piés. Despues de tantas decepciones, vuélveme la esperanza, ¡oh, Cristo! despues de tantas traiciones, vuélveme el amor, y luzca pronto el dichoso dia en que la vieja Europa, imitando á la jóven América, lance un grito único que llegue hasta el cielo, un grito salvador:

¡DIOS Y LIBERTAD!

CAPITULO XXII.

DISGUSTOS DE UN FUNCIONARIO AMERICANO.

Despues de una noche tranquila, levanteme muy temprano, ágil de espíritu, me senté en una

butaca fumando una pipa de maryland, y dándome como los alemanes, *una fiesta de pensamiento*, verdadero placer... cuando ya pasa uno de los treinta años.

Sentado á la ventana gozaba en ver despertar á la ciudad. Lecheras, carboneros, leñadores, tenderos, corrían por las calles y bajaban á la cueva por la escalera esterior, haciendo el servicio de las casas sin incomodar á los habitantes. Parecía que todo estaba calculado para no turbar el santuario donde descansaba el dueño de la casa. La morada de un francés es un cuarto de posada; entra en ella el que quiere; el *home* de un sajon es una fortaleza, defendida con minucioso cuidado contra importunos y curiosos.

Mientras miraba la calle, limpia y regada ya por mis dependientes, un cabriolet tirado por ligero caballo llegaba por aquel lado. Siempre me han gustado los caballos, así es que seguía con la vista el atrevido paso del troton americano, cuando de pronto cayó. Del fondo del cabriolet, salió un gran sombrero, pasó como una saeta sobre la cabeza del animal, y tras el sombrero, un hombrecillo envuelto en un ancho gaban. Era el amigo Seth, perseguido sin duda por los manes del perro que había hecho asesinar.

—Marta—esclamé, sacando la cabeza por la ventana;—Marta, agua y vinagre; corre que ya bajo.

Cuando llegué á la calle, el hombre se había levantado; palpóse todo el cuerpo para asegurarse de que no se había roto nada; bebió un vaso de agua, y se puso á desenganchar y levantar el caballo sin pronunciar palabra.

—Entrad en casa—dije á Seth;—os aprovechará descansar un poco; si necesitais algun socorro, aquí me teneis.

—Doctor Daniel—me respondió secamente,—no necesito vuestros servicios. Hasta la vista.

Y cogiendo el caballo de la brida, le llevó cojeando hácia la morada de Fox, el attorney.

Volví á mi observatorio, y cargué otra vez la pipa.

Tres golpes dados en la puerta me sacaron de mi distraccion. Era el vecino Fox que traía una cartera bajo el brazo. Su visita me sorprendió. Sabía que le había disgustado mucho su derrota electoral, y no era hombre para olvidar en dos dias su rencor.

—Buenos dias, señor inspector de calles y caminos—dijo al entrar.

El modo que tuvo de acentuar estas palabras me fué muy desagradable.

—Saludo al señor attorney—¿Puedo saber á qué debo el honor de su visita?

—Querido doctor—respondió con voz burlona, —sois un personaje. Hasta los adversarios se inclinan ante vuestro talento y fortuna. ¿Qué podrán decir ahora los envidiosos?

—No os comprendo, Fox. ¿Qué quereis decir?

—Nada—contestó guiñando un ojo;—nada sino que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio.

Despues de esta mal intencionada máxima, abrió su caja de rapé, y tomó lentamente un polvo. En seguida, cruzando las piernas, levantó hácia mí su puntiagudo hocico, y se puso á mirarme con impertinencia.

—Tened la bondad—le dije—de hablar claramente. ¿Qué os trae á mi casa?

—Una bagatela, una verdadera bagatela. Una cuentecilla de 500 duros.

—No os debo nada que yo sepa—respondí asombrado por aquella peticion.

—Sin duda, querido doctor; nada me debeis,

pero no sucede lo mismo con mi cliente.

Diciendo esto, abrió la cartera y sacó la siguiente nota:

Cuenta de los gastos é indemnizaciones debidos á Seth Doolyttle por el doctor Daniel Smith, inspector de calles y caminos, civilmente responsable de la mala conservacion de estos.

		Duros.
1.º	Varas rotas y un eje nuevo.	50
2.º	Herida del caballo en la paletilla, y depreciacion del animal, por el menor valor. . . .	150
3.º	Al susodicho señor Seth Doolyttle por una rodilla desollada, sombrero roto, pantalon desgarrado, arañazos en el rostro, etc., indemnizacion calculada en bajo precio por consideraciones al doctor.	200
4.º	Por sobresaltos, conmocion causada en el cerebro, pérdida de tiempo, etc., etc.	100
5.º	Cuidados diversos, consecuencias de la herida, y caida visitas de médico. consulta de abogado. etc., etc.	

—Caballero—dije á Fox arrojándole al rostro aquella cuenta,—no me gustan las bromas.

—Muy bien, preferís un juicio. Como vecino hubiese querido libraros de él; pero no quede por eso: aquí teneis la citacion.

—Un juicio!—esclamé encogiéndome de hombros.—¡Un juicio pedido por un cualquiera á un inspector de calles y caminos! ¡A un funcionario! ¡A un hombre público! ¡A un representante de la autoridad! ¡Qué locura! ¿Y el artículo 57 de la Constitucion del año VIII?

Cosa estraña y que me sorprendió á mí mismo; esta última frase la pronuncié en francés.

La citacion es para hoy—dijo Fox con una

sangre fría que me enfureció.-Espero que la aceptareis para no retener en vano á mi cliente en la ciudad.

—¿Os obstinais en pretender que soy responsable de los accidentes de la calle?

—¿Quién lo será sinó?—replicó el attorney.—¿No habeis solicitado y aceptado el cargo de inspector? ¿No sois el agente y servidor del pueblo que os ha elegido? Si hay negligencia, ¿de quién es la culpa? ¿Quién debe sufrir las consecuencias?

—No es esa la cuestion—repliqué con justo orgullo.—Yo no soy un empedrador, soy un oficial del Estado, un miembro de la autoridad que gobierna.

—Vos sois el vigilante de los empedradores—dijo Fox;—vigilante nombrado por los ciudadanos, y responsable ante los que os han nombrado. ¿Conoceis algun país en el mundo en donde los empleos sean en beneficio de los administradores y no de los administrados? Por mi parte, no conozco otro que la China con sus mandarines.

—Ignorante—esclamé;—leed la ley.

—Leedla vos mismo, está al frente de la citacion.

Leí el artículo, y bajé la cabeza; Fox tenía razon. Me había dejado coger en el lazo de mi ambicion. Aquel honor que halagaba á mi esposa, á mi hija y á mí mismo, era una carga llena de cuidados y peligros. En aquel detestable país manda el pueblo, el funcionario obedece.

Por atrasados que estén los yankees—pensé,—no son completamente bárbaros. En Francia, foco de la civilizacion, tenemos cuarenta mil leyes que se contradicen; haga lo que quiera la autoridad, siempre encuentra alguna que le da la razon. ¿Quién sabe si en los Estados-Unidos hay

tambien un *Boletin de las leyes*? Consultaré á un abogado.

—Bajemos—dije al attorney.—El tribunal estará abierto sin duda. ¡Agradable libertad la de un pueblo en el que la autoridad se inclina ante la decision de un juez de paz!

Llegados á la calle encontré al cuákero implacable aun. A una señal de Fox nos siguió en silencio. Marta se me acercó suspirando.

—En esta misma losa caimos dias pasados tu hija y yo—me dijo.

¡Poder de la palabra! Aquella frase sencilla bastó para trastornar mis ideas. Tengo una fé política á prueba de todas las locuras modernas; con la cabeza en el cadalso, sostendría que la autoridad no obra nunca mal; si se deja discutir, está perdida. Que un caballo se perniquiebre en una losa levantada, es una desgracia; pero ¡qué importa! Los caballos mueren y los principios nunca. El interés general es superior á estas miserias del interés particular. Este es el dogma conservador; sin embargo, cuatro dias antes la presencia de mi hija herida me había hecho olvidar mi símbolo. En mi cólera, tambien hubiera querido encontrar un funcionario, y, hubiera obrado como aquel miserable cuákero, esceptuando la cuenta de 500 duros. ¡Cuán débil es nuestro corazon y cuán infestados estamos del veneno republicano sin saberlo!

Humbug estaba en su despacho, y entramos sin que Marta se separara de mí.

—Buenos dias, doctor—esclamó Humbug.—Mucho me honra que visiteis mi modesto tribunal. Nunca es demasiada la enseñanza que se dé al hombre para respetar la justicia, hermana de la religion.

—Señor magistrado—le dije,—no es un amigo

sino un litigante el que aparece ante vuestro tribunal.

—¡Un juicio!—dijo frunciendo sus espesas cejas.—¿Habeis olvidado la sábia leccion de nuestros padres? Para pedir ó aceptar un juicio se necesitan seis cosas: buena causa, buen abogado, buen consejo, buenas pruebas, buen juez y buena suerte. Reunir todo esto es tan difícil que aconsejo á todos atenerse á lo del Evangelio: «*Si alguno quiere pleitear contra tí para quitarte el vestido, abandónale hasta la capa.*»

Mientras que Humbug firmaba algunos papeles, ví en un rincon á Seth y á Marta discutiendo con calor. Las palabras que llegaban hasta mí, no me permitían seguir la conversacion. Seth hablaba de *insulto*, de *buena ocasion*, de *entrada en familia*. Marta, suspirando y gesticulando, hablaba de *honradez*, de *Biblia*, de *matrimonio*. Era evidente que los dos se referían á un asunto.

—Es cosa de tomarlo ó dejarlo—dijo alejándose del cuákero y haciendo un gesto de impaciencia.

—Veremos, veremos—respondió Seth,—desde mucho mas lejos se vuelve.

Y con paso tranquilo se acercó á Fox, que trató de demostrarle cuan beneficioso es para un hombre prudente perder una muger y ganar un pleito.

El escribano anunció que ya era hora de audiencia.

—Entremos—dijo Humbug.—Doctor, os concedo el primer turno. Los juicios son como las muelas que duelen, es preciso desembarazarse de ellas lo mas pronto posible; una vez arrancadas, ya no se acuerda uno de nada.

—¿En qué consiste que hay tan poca gente

en la sala? Creía que en un país libre la justicia era asunto importante para los ciudadanos.

—Querido doctor, ¿veis esos tres taquígrafos que preparan su papel y lápices? Os diré como lord Mansfield: *El pais está ahí.* Tranquilizaos; antes de dos horas, todo París se ocupará de vuestro proceso. La publicidad de la justicia, es la publicidad de los periódicos. Suprimidla y sereis juzgado en secreto y ahorcado á puerta cerrada. Entre nosotros, pueblo de treinta millones de almas, el *forum* es el periódico. Gracias á él, la menor sensacion, el criminal mas oscuro tiene por juez, testigo y abogado el país entero. La prensa, amigo mio, creed á un antiguo periodista, es la única garantía de la justicia y de la libertad.

En estas palabras de Humbug, solo ví una cosa: el cuadro que iban á colocar en la calle para entretener á todo París con mi desgracia. Para escapar á este disgusto, tomé una resolucion desesperada.

—Perderé el juicio—pensé;—pero los burlones estarán de mi parte.

Iba á hablar, pero ya había leido Fox las acusaciones y comenzaba á sostenerlas.

—Existen—dijo señalándome,—ciertos hombres que, sin génio, sin talento, sin capacidad, pero dominados por la ambion, mendigan el sufragio popular y se imaginan que las funciones públicas solo sirven para satisfaccion de su pueril vanidad.

Este exordio me bastaba; no queria que se imprimiese mas.

—Permitid—le dije....

—No me interrumpais—gritó con voz chillona,—no me interrumpais.

—Perdonad, honorable attorney—repliqué,—

antes de defender, es preciso que exista el juicio, y aquí no lo hay.

—Señor juez—continué,—nombrado inspector desde hace cuatro dias, podría escusarme é imputar á mi predecesor una negligencia de que no soy culpable; pero no quiera Dios que un empleado público, un mandatario del pueblo se permita semejantes subterfugios. El cargo obliga y quiero ser el primero en manifestar respeto á la ley. Me reconozco responsable del accidente que deploro; inútil es, por lo tanto, atacar á un hombre que no piensa defenderse.

—Muy bien—esclamó el cuákero sin poderse contener.—Amigo Daniel, eres un funcionario, segun el espíritu de Dios: un Booz, un Samuel; dáme los quinientos duros ó garantía suficiente, y me declaro satisfecho.

—Un poco de paciencia—repliqué;—estoy dispuesto á pagar en el acto la indemnizacion legítima, que no quiero discutir tampoco. Me remito al juramento de mi adversario: el santo cuákero fijará por sí mismo el valor de los daños que le he causado.

—No acepto—esclamó Seth furioso,—prefiero pleitear. ¿Acaso presta juramentos un cuákero? Daniel, ¿no lées el Evangelio? Cristo ha dicho: «*No jureis en manera alguna por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque sirve de escabel á sus piés; ni por Jerusalen....*»

—Basta—dijo Humbug;—deja esa inútil cita. Solo te piden que digas en presencia de Dios, y como Cristo nos enseña, *sí ó nó*. Entra en tu conciencia, piensa en tu salvacion. Te pregunto la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

El cuákero rascóse la cabeza, y miró á su abogado con sentimiento. Fox permaneció mudo. Seth

se volvió, y viendo á Marta de pié y silenciosa á su lado, palideció y empezó á balbucear. Su conciencia, su interés y su amor luchaban terriblemente; y debo decirlo en honor del cuákero, no dominaba el interes.

—Hé aquí la cuenta, los hechos son esactos; pero se puede rebajar algo. Las varas no eran nuevas, pero se necesitará componerlas. Cinco duros no es demasiado, ¿verdad, Marta?

La jóven movió la cabeza como la estátua del comendador en la ópera *Don Juan*.

—Pongámos cinco duros—dijo el cuákero con tono sentimental.—El caballo se había desollado ya, pero se le ha vuelto á poner en vivo la llaga. Esto vale cinco duros, ¿verdad, Marta? Para mí—continuó—no pido nada; pero el pantalon se ha desgarrado, y he perdido el dia. Ponga diez duros, ¿verdad, Marta?

—¡Y el abogado!—gritó Fox.

—El abogado es un nécio que me ha dado un mal consejo. Cinco duros para pagar sus diez palabras inútiles, y es demasiado, ¿verdad, Marta?

Los ojos de Seth brillaron al ver sonreir á su amada por el fracaso de maese Fox.

—Hé aquí los veinte y cinco duros—dije á mi vez, satisfecho de haber salido del mal paso á tan poca costa.

—¡Ah, Marta!—esclamó el cuákero;—la conciencia es una ruina.

—¡Silencio, hijo de Belial!—dijo Marta;—bendice al cielo que me ha puesto á tu lado.

—¡Bravo, doctor!—me dijo Fox, inclinándose con respeto;—sois un astuto compadre. Es una felicidad para nosotros que no seais abogado.

—Os engañais-respondí riendo:-soy del oficio.

—¿Cómo?—dijo Humbug.

—Hace algunos años escribí una memoria de

medicina legal, acerca de las mujeres que suavizan indefinidamente el caracter de sus maridos por medio del láudano, discretamente administrado. Esto me valió un diploma de la universidad de Kharkoff; soy abogado y doctor en derecho entre los cosacos.

—Compañero—dijo Humbug,—hacedme el honor de sentaros á mi lado. Y vosotros, señores taquígrafos, no olvideis este maravilloso suceso. Un médico, doctor en derecho por la universidad de Kharkoff no se encuentra fácilmente en América. Estoy seguro de que en toda Europa no se ve otro fénix como el que poseemos en Paris... en Massachusetts. ¡Kharkoff! señores no lo olvideis, Karakoff!

CAPITULO XXIII.

LA AUDIENCIA DE UN JUEZ DE PAZ.

Sentado al lado de Humbug, y mientras despachaba algunos asuntos de poca importancia, me entretuve en mirar la sala y á los actores.

No había estrado para elevar al magistrado sobre los justiciables; una baranda de madera separaba al tribunal del público. Estaba Humbug detras de una ancha mesa, uno de cuyos lados ocupaba el escribano. Delante del juez había una especie de garita para el acusado y delante de éste una mesa para el demandante y los testigos. Lo que aumentaba la modestia del acto era que nadie llevaba trage especial. Humbug vestia levita negra, y tenía el sombrero puesto. Nada de togas,

uniformes ni pelucas. Este pueblo primitivo tiene tanta fé en la justicia que cree en ella sin ceremonias. Por todas partes se respira la rigidez puritana. Agregad que hay un sitio de honor para los taquígrafos. Estos representan al pueblo, vigilando á los magistrados y juzgando á la justicia. ¡Oh, democracia, estas son tus hazañas! Y sin embargo no hay pais donde más lejos se lleve el respeto á la ley y la confianza en el magistrado. Esta es una de tantas razones que prueban que el sajon ha nacido para la libertad, como el francés para la guerra y el aleman para la filosofía. Locura fué en nuestros padres suponer que este fuerte alimento conviniera á todos los estómagos. No adivinaron en su ignorancia, que hay razas *individualistas* y razas *centralistas* (¡dos magníficas palabras!) formadas unas para vivir solitarias en el espacio, como el milano; y las otras para vivir reunidas y ser esquiladas como las ovejas.

Terminados los asuntos civiles, se hizo entrar á un acusado en la garita. Era un jóven pálido, con largos cabellos, aire afeminado é impudente. Preguntado por Humbug dijo su nombre y domicilio, añadió que era sastre y que se declaraba *no culpable*. (1) Se sentó, pasándose la mano por los cabellos y mirando á los acusadores con desdeñosa sonrisa.

—Señor magistrado—dijo un *policemen*,—ved aquí uno de los rateros más diestros de la ciudad; le hemos detenido entre la multitud; en un cuarto de hora ha cortado seis bolsillos. Hemos cogido á este pillo y tenia ocultas en la levita es-

(1) "To plead guilty ó not guilty," es confesar el crímen ó declararse inocente. Esta es la única declaracion que exige la ley al acusado.

tas grandes tigeras, pero nada mas.

—No hay otros testigos ni otra prueba?—preguntó el juez.

—No, señor.

—En ese caso, dejad á este *gentleman*, y procurad ser avisado otra vez.

El ladron saludó á Humbug y se retiró con tranquilo paso, como hombre que no dudó que se reconociera su inocencia.

—¡Como!—dije á Humbug.—Dejais escapar á ese canalla?

—Sin duda; no habia cuerpo de delito.

—Pero la mala reputacion de ese miserable, esos bolsillos cortados, esas tigeras ¿no son pruebas?

—No—respondió Humbug;—no son mas que simples indicios. Probablemente ese hombre penetró entre la multitud para robar; pero la ley castiga el crímen y no la intencion. Si se condenara á las gentes por la intencion, ¿qué hombre de bien no se vería ahorcado diez veces en la vida? Y ademas, si dais al juez el derecho de leer en el alma del acusado, ¿qué sería la justicia humana sino una hipócrita arbitrariedad? No será el acto culpable el que constituya el delito, sino el capricho ó la preocupacion del magistrado.

—¡Dichoso país—esclamé—en donde la ley protege al ladron!

—Pero protege más al inocente—respondió Humbug.—Con vuestro sistema de inquisicion, ¿quién se libraría de los ódios particulares, ó de las venganzas políticas? Con vuestro derecho de interpretacion, ¿qué juez no estaría espuesto al error y al arrepentimiento? Themis es ciega, amigo mio; no ve, siente. Si quereis que obre, poned en su balanza el cuerpo del delito, algo material y pesado que haga bajar el platillo; porque las

presunciones, las intenciones no pesan.

En aquel momento entró en la audiencia una especie de hércules vestido de *policemen*, conduciendo á un hombrecillo que gesticulaba como un diablo en una pila de agua bendita. El gigante arrojó al enano en la garita; y arreglándose la levita, cuyo cuello había sido descosido, limpióse la cara llena de arañazos.

—Señor magistrado—dijo con entrecortada voz,—os traigo un rebelde.

—Perdonad—dije á Humbug,—¿no juzgareis desde luego un flagrante delito cometido fuera de la audiencia?

—¿Por qué nó?—dijo el juez sorprendido por mi pregunta.

—¿Y las formas?—esclamé.—Empezad por poner á ese hombre en prision; dejad que la policía empiece la sumaria; luego que formulen la acusacion; despues registrad esa informacion para no dar lugar á error ó pasion. Tomad quince dias, un mes, tres meses, si os place, el tiempo no es nada; pero guardar las formas porque son la garantía de la libertad.

—Tranquilizaos—doctor,—haremos la informacion en la audiencia, ante el público, con el país por testigo. Semejante luz disipa toda pasion y todo error.

—Señor juez—continuó el *policemen*,—ayer vine de mi provincia, y esta mañana estaba en mi puesto, cuando ese caballero llegó corriendo, rojo como una remolacha.—«*Policemen*—me grita,—al fin os encuentro. ¡Pronto, pronto, socorro!—¿Qué ocurre?—le pregunté—«Ocurre—contestó, lanzando suspiros—que se vá á cometer una muerte abominable si no acudís pronto. ¿Veis allá abajo aquella apretada muchedumbre? Allí hay un hombre que está matando á su muger con

un palo. Escuchad. ¡Gritan! ¡Asesino! Corred.

—Y quién es ese hombre?-le pregunté.

«—No es muy alto-me respondió;-pero es un salvage.»-Bien-dije.-Otros peores he visto.

—Abreviad-interrumpió Humbug.

—Concluyo: corrí y separé á la multitud que no se movía; allí había un hombre que golpeaba á su muger con un garrote.

—¿Y le prendísteis?

—No, señor juez-dijo el hércules rascándose la oreja y bajando la voz.-¡Eran.... eran unos Purichinelas!

—Continuad-dijo Humbug mordiéndose los lábios, mientras que el público y el mismo acusado reían á carcajadas.

Volví á mi puesto algo contrariado, naturalmente. Entonces llegaron todos los pilluelos de la ciudad con el señor á la cabeza y empezaron á gritar: «*Policemen*, ¡socorro! ¡Al asesino, al asesino! ¡Purichinela, mata á su muger!» Al oirles, dije, me han jugado una broma, la ley no lo prohibe; he sido burlado, pero silencio; es preciso pagar el noviciado. Empecé á pasear del modo ordinario, como si nada sucediera; pero ese señor, que, á lo que parece, le pagan para divertir á la ciudad, se colocó delante de mí con los brazos cruzados y dijo en voz alta: «¡Te conozco, tú eres un ladron y asesino!-¿Yo?-esclamé.-«Túme respondió.-Ciudadanos, á todos os tomo por testigos y por jueces. Decid: ¿no es verdad que ha matado un orangutan para robarle la cara?»

—Muy bien, caballero-dije,-á cada cual le llega la vez; eso es un insulto y la ley está de mi parte. Seguidme ante la justicia. Quiso huir y le cogí por un brazo; me responde con un puñetazo en el rostro; le levanto y le traigo sin destrozarle. ¡Esto es todo!

El acusado se levantó trabajosamente, declaró que no negaba los hechos y escusó su resistencia diciendo que no había creido cometer un delito bromeando como Purichinela.

—Os engañais, caballero-respondió Humbug con tono nasal.-Si conocieseis mejor vuestro digno modelo, sabríais que despues de cada una de sus hazañas, se le pone en prision en una caja cuidadosamente cerrada. Seré menos severo; solo os impondré diez duros de multa y otros diez por reparacion de perjuicios causados á ese honrado *policemen*. Dadle las gracias por su bondad; si hubiese apretado los dedos os hubiera estrangulado.

El hombrecillo sacó de una mugrienta cartera algunos billetes que presentó con disgusto al escribano, y salió saludado por las burlas de los espectadores que aplaudian al *policemen*. Por esta vez Goliath había vencido á David; verdad es que estaba la justicia de su parte.

Despues del caballero bufon desfilaron delante de nosotros los abonados de la policía correccional; mendigos, vagabundos, borrachos, quimeristas, jugadores y otros canallas; todas las miserias y todos los vicios. Al ver la manera rápida y segura con que instruía y juzgaba Humbug cada asunto, sobre todo, al ver cómo aceptaba sin quejarse el delincuente su previsto castigo, me reconciliaba con el procedimiento americano. La publicidad de la instruccion criminal podría muy bien ser uno de esos modernos descubrimientos que abrevian el tiempo. Oyendo á todos bajo la impresion del primer momento, poniendo frente á frente á los acusados, acusadores, testigos y abogados, el juez americano condensa en pocos momentos la verdad de los hechos que frecuentemente se evapora entre nosotros de

mil maneras. Administrar buena y pronta justicia sin quitar la libertad, es el problema que han resuelto los yankes.

Sin embargo, quedábanme algunos escrúpulos sobre un punto. Pregunté á Humbug si no le asustaba su poder. Tener en sus manos la fortuna, el honor y la libertad de tantos acusados, encontrarse solo para juzgar, teniendo terrible responsabilidad, ¿no seria mejor dividirla?

—No-respondió Humbug;-se opone á ello el interés de la justicia. Formar un tribunal con tres ó cuatro jueces, no es multiplicar la responsabilidad, sino dividirla; el acusado pierde en ello su mejor garantía. Solo y bajo el ojo del público, me parece que me mira Dios y conozco toda la santidad del deber que cumplo. Cuantos mas compañeros tuviera, menos obligado me creería. Si la sentencia es injusta, ¿á quién acusará la opinion?

—Sin embargo, ved el jurado.

—Es el ejemplo que iba á citaros-respondió.-En este país la mayoría es soberana; y en todas las cosas, el número hace la ley. Solo la justicia está fuera de esta condicion. La sentencia de once jurados no puede quitar al acusado la vida ni el honor; basta la abstencion de un solo hombre para suspender el efecto del veredicto. ¿De qué procede esto? De que este asunto es una cuestion moral y no un problema de aritmética; quizás la voz que absuelve tenga mas peso que las once que condenan. Así es que la ley pide unanimidad y no mayoría. Lo que necesita no es una responsabilidad dividida en doce partes, son doce responsabilidades. Ya veis que no hay en esto ni la apariencia de una escepcion; es la misma regla, pero reforzada; unidad de juez, plena y entera responsabilidad.

Este razonamiento me sorprendió; siempre había creido que la unanimidad del jurado era uno de esos viejos restos de la barbárie feudal, que nos divierten á espensas de Inglaterra y nos hacen conocer mejor nuestra superioridad. Humbug turbaba la entereza de mi fé. En vano recordaba las sábias palabras de Montaigne: «¡Qué suave y blanda almohada es la ignoranccia y la indiferencia para descansar una buena cabeza!» La duda es como la lluvía, ningun viagero escapa de ella. ¡Franceses! ¿quereis guardar ese legítimo orgullo esa justa satisfaccion que constituyen vuestra fuerza y vuestra justicia? ¡No perdais nunca de vista vuestras veletas!

Cierto rumor entre los espectadores, nos anunció la llegada de un importante personaje. Un hombre grueso se adelantó, con la cabeza erguida, medio cerrado los ojos, bufando á cada paso y sin mirar á nadie. Cuando llegúo á la mesa de los demandantes saludó á Humbug con familiar y protectora sonrisa. Era el banquero Little, ostentando en sus abultadas megillas la insolencia de sus veinte millones.

Detrás de él, dos *policemen* traían á un hombre muy alto, delgado, rostro enjuto, mirada ardiente, el aspecto, en fin, de un jugador que ha arriesgado su vida á una carta y la ha perdido. Dejóse caer en la silla de los acusados, y ocultose el rostro con ambas manos.

—Señor—dijo el banquero,—esta mañana se ha presentado en mi caja esta letra de dos mil duros, que deposito en vuestra mesa. Mi cajero, muchacho inteligente, no encontrando indicado el pago en el libro, tuvo la idea de presentarme la letra, á pesar de lo insignificante de la cantidad. El nombre del que la giraba, los endosos, la firma, todo era falso. Desde esta mañana se me

han presentado ya tres letras iguales, que cuidaron de no dejar. Este es un golpe combinado por algunos bribones. Habían calculado que sería nombrado alcalde, que hoy estaría ausente, y que mi cajero no rehusaría pagar letras firmadas por mí. He cogido al señor, y la justicia descubrirá sus cómplices.

—Acusado-dijo Humbug,-¿teneis algo que responder? Pensad que se escribirán todas vuestras palabras, y que nos serviremos de ellas en contra vuestra: reflexionad antes de contestar.

—En este momento no tengo nada que decir—murmuró el acusado.

—Estoy obligado á remitiros al tribunal superior por crímen de falsificador. ¿Podeis presentar dos fianzas de cinco mil duros cada una? Si no lo haceis, tendré que poneros en la cárcel.

—Trataré de encontrar fiadores—respondió.

—Muy bien. Subid á un carruaje acompañado de dos *policemen*, é id á ver vuestros amigos. Cuando regreseis iremos con vos á registrar vuestros libros, y en caso necesario tomaremos otras precauciones.

—¿Pensais dejar en libertad á ese falsificador? -pregunté á Humbug.-Tiene cómplices, les avisará, y podrán escaparse.

—La ley-respondió el juez-no establece la prision preventiva mas que para los crímenes que llevan la pena capital. En todo lo demás, se confía al juicio del magistrado. ¿Por qué quereis que quite á ese hombre los medios de defenderse? ¿Acaso para que comparezca ante el tribunal como una víctima, y que se fije el interés, no en el robado, sino en el ladron? Se necesitarán averiguaciones, exámen de peritos, declaraciones: ¿puede hacerse todo esto á ciegas y en ausencia del acusado? ¿Acaso no tiene éste el derecho de

discutir y examinar los cargos amontonados contra él? El sumario criminal no es una pena, sino la investigacion de la verdad.

—Con vuestra falsa humanidad-esclamé-desarmais la sociedad; no es así como entiendo yo la justicia.

—¿Cómo la entendeis, pues?—me preguntó Humbug.

—Permitidme una comparacion.-le respondí.-- En la sociedad, lo mismo que en una selva, hay animales feroces y aves de rapiña; estos son los enemigos á quienes la policía y la justicia cazan contínuamente. La policía los acosa y la justicia los espera al paso; el magistrado, cazador hábil, derriba y destruye esa raza maldita. Pedid al lobo fianza, ofreced un salvo-conducto al zorro, ya vereis á dónde van á parar los corderos y las gallinas.

—Querido amigo-dijo Humbug,-vuestras bromas son crueles.

Quœnam ista jocandi
Sœvitia.

Si hay lobos entre los hombres, y estoy lejos de negarlo, al menos tienen la misma piel que los corderos; antes de matar al malvado, es preciso conocerle. Este es un trabajo que exige mejor que yo el cazador. La justicia, bajo otro nombre, no es otra cosa que la sociedad, madre de todos los ciudadanos; hasta la condenacion, cree en la inocencia de todos sus hijos. Esta confianza maternal, no es una palabra vana; es un cariño activo que protege y sostiene al acusado, sin abandonarle ni un solo momento. Tal vez creeis que el jurado castiga el crímen; desengañaos. Nosotros formamos el sumario de un modo tan ámplio, libre y generoso, que, á decir verdad, el delincuente se condena á sí mismo y acepta la espiacion.

Observad nuestros procedimientos y vereis que lo que desarma al acusado es la misma suavidad de nuestro modo de obrar. El atacado se revela; el insultado ultraja; el orgullo y la cólera sostienen al malvado como al hombre de bien; pero justificarse cuando solo acusan los hechos, esponer sencillamente su conducta, dar cuenta de sus acciones, es privilegio de la inocencia. Nada asusta tanto al criminal como verse solo consigo mismo, teniendo por testigos y por jueces al presidente que le protege y al jurado que le escucha. Así es que frecuentemente concluye por confesar su falta, ó por encerrarse en un silencio que es una confesion. Lo que llamais debilidad en nuestras leyes, es su virtud y belleza.

—No comprendo vuestra quimérica filantropía -le respondí;-no se entiende y practica la justicia de ese modo....

—¡En Kharkoff, entre los cosacos!-interrumpió Humbug riendo-lo creo; aquellas gentes no son cristianas.

--Son cristianos como yo-repliqué;-pero.....

--Buenos dias, mi juez-gritó, mientras le encerraban en la garita, un hombre con el rostro amoratado, ojos que se le salían de las órbitas y voz asmática y ronca:-soy yo, Paddy, ya me conoceis.

--Dos veces detenido en cuatro dias, es demasiado-dijo Humbug.

—Escuchad, señor magistrado-contestó el preso, señalando á los *policemens*,-la culpa es de esos señores. No tienen compasion con los pobres. Ayer, domingo, salí á pasear tranquilamente, con una botella de ginebra en la mano, como buen cristiano que no quiere rabiar por no tener qué beber el sábado. Encontré á ese diablo allá abajo y le pregunté políticamente por el camino

del hospital.-«En la mano lo llevas»-me respondió.-Esto-dije, sacando el frasco-es el consuelo de mi vida.-«Es tu enemigo»-replicó.-Pues bien, *policemen*, es preciso amar á los enemigos. En seguida bebí á mi salud, y me encontré de manos á boca con Patrick O'Shea, un compatriota, un hijo de la verde Erin, un enemigo de los sajones. Los domingos no se encuentra á un amigo sin darse algunos puñetazos con él; pura broma, ¿no es cierto, señor juez? Aun no corría la sangre, cuando el *policemen* me coge del brazo.-«Tienes tres duros?»-me dijo.-No, llevo roto el bolsillo, mi muger no lo ha cosido.-«Si no tienes con qué pagar la multa-añadió,-¿por qué riñes?»

Respondíle:--*Policemen*, teneis razon; cada uno debe divertirse segun sus medios.-Dicho esto, me marchaba del brazo con mi amigo Patrick; pero éste empezó á contradecirme sobre las últimas elecciones, porque es demócrata.-«Tu juez-me dijo (hablaba de vos, señor magistrado)-no vale un cuarto, y el doctor es un brujo.

Le cerré la boca de un puñetazo; me contestó con otro; le echo la zancadilla y cae al suelo.—Te estrangulo si no confiesas—le dije.—Y le obligué á confesar,

—¿El qué?-preguntó Humbug con gravedad.

—¿El qué, señor juez? Que valiais más de un cuarto y que el doctor no era brujo.

—Paddy-dijo Humbug con gravedad, os agradecemos la buena opinion que teneis de nosotros; pero os costará diez duros haberos embriagado y reñido en la calle.

—¡Diez duros!-esclamó el borracho.-¿De dónde quereis que los saque?

—Si no los encontrais de aquí á mañana, os indultareis de la multa con cinco dias de cárcel.

—¿Y mi muger y mis hijos-murmuró Paddy.

—Ayer era cuando debíais pensar en ellos-respondió el juez;-hoy es tarde.

—Fariseos-esclamé,-al fin os cojo. Teneis dos pesos y dos medidas. Gracias á su dinero, el rico puede permitirse todos los vicios, y el pobre va á espiar en una prision el único crímen que no perdonais, la miseria. ¿Es eso equidad? Para el mismo delito, solo admito la misma pena; encerrad á todos los culpables, ó no encerrad á ninguno. ¡La justicia es la igualdad!

—¡Dichosos lógicos-dijo Humbug,-admirables guías de los pueblos! Poco os importa matar la libertad, con tal de llevarla en línea recta al abismo. El dia en que los verdugos rusos mataron á latigazos á los nobles y á las mujeres, supongo, doctor de Karkoff, que vuestro corazon se regocijaría y que gritaríais:-¡Gran victoria de la igualdad!

—No, no-dije á mi vez;-tengo horror al despotismo; quiero la igualdad que eleva y no la que rebaja; quiero que se trate á los siervos como á los nobles, y no á los nobles como á los siervos.

—Muy bien, amigo mio-replicó el juez;-pero aquí comienza la dificultad. Siempre habrá un punto en el que á menos de no imitar á Procusto, el mas perfecto de los lógicos, no llegareis jamás á la igualdad. Nuestras antiguas leyes sajonas, que encontrais duras y que para mí son justas y suaves, cuidan siempre de conservar la libertad. A escepcion de los crímenes atroces, se dirigen á la bolsa y no á la persona del culpable. Hay paises en donde el adulterio es un acto á la moda: la falta de fidelidad, un juego permitido; el duelo, una accion que honra hasta al malvado. Entre nosotros no se seduce á la esposa ni á la hija del vecino, y no se mata á las gentes para repa-

rar la injuria que se les ha hecho. ¿Por qué? Por la prosáica razon de que es preciso pagar quince ó veinte mil duros por cada una de estas graciosas locuras. Nadie quiere arruinarse por dar que hablar á la ciudad y tener que sufrir las burlas por añadidura.

Tal es la ley; una práctica diez veces secular ha consagrado su fuerza y su prudencia. ¿Pero qué se ha de hacer cuando el delincuente no posée nada? ¿Será cosa de dar al pobre un privilegio de impunidad? ¿Es preciso sacrificar la libertad por amor á la uniformidad? Nuestros mayores decidieron y nosotros guardamos la máxima: *El que no puede pagar con su bolsillo, que pague con su cuerpo! luat cum corio.* Entre nosotros, la multa es la regla, la prision la escepcion. ¿Por qué? Porque la libertad es el principio; á decir verdad, la prision no es otra cosa que el medio de ejecucion contra el deudor insolente. ¿Qué veis de injusto en esto?

—No veo la igualdad.

—Pues bien, estais ciego. Hay dos especies de igualdad: una, que no conviene á las sociedades humanas, es la igualdad material que no considera la edad, el rango, ni la fortuna. Las mismas penas, en condiciones desiguales, es la igualdad absoluta y la suprema injusticia. La otra igualdad es la que proporciona el castigo, no á la definicion del delito, sino al acto mismo y á la persona del culpable. Al rico multa pesada, al pobre multa ligera, y á falta de pago, algunos dias de prision. esta es una ley en que se salvará la justicia y la igualdad verdadera y al mismo tiempo la libertad.

—¡Paddy!—esclamé llamando al borracho que me miró asombrado.—Tomad los diez duros, pagad la multa, volved en paz á vuestra casa, y no

pegueis mas. Esta es mi respuesta—añadí volviéndome hácia Humbug;—así protesto de la iniquidad de vuestras leyes.

—Esa es la justificacion de su escelencia—respondió.—Si por amor á la igualdad hubiésemos establecido la prision como pena de la embriaguez. ¿qué socorro hubiéseis podido prestar á esa interesante víctima? Por el contrario; la multa tiene el gran mérito de que las almas sensibles pueden siempre corregir la dureza de las sentencias. Y á pesar de cuanto digan los legistas, cuando hay lucha entre la caridad y la justicia, bueno es que triunfe la caridad.

—Gracias, doctor—esclamó Paddy, estrujándome los dedos entre sus manos;—voy á beber á vuestra salud; el primero que se atreva á decir que sois brujo, le aplasto á fé de cristiano.

—Ahí teneis un hombre corregido—dijo Humbug.—Ahora, si no queda nada que hacer levantemos la audiencia.

Le acompañé á su gabinete, y encontramos en él al presidente del tribunal sumamente agitado.

—Os esperaba-dijo á Humbug;-estoy en grande apuro. El jurado se halla reunido, y el attorney general no puede asistir. Me ha escrito que está en cama, y no puede levantarse.

—Amigo mio, proporcionadme alguno que pueda reemplazar al fiscal.

—Tomad á mi querido Daniel—dijo el juez, dispuesto siempre á bromear.—Es abogado y doctor por la universidad de Kharkoff; un prodigio de gravedad é inflexibilidad, de legalidad y sentimentalismo. En él teneis reunidos á Coke, Mansfiel, Erskine, etc. etc.

—Venid pronto, caballero—dijo el presidente, cogiéndome del brazo;—me salvais la vida.

—Permitidme—le dije....

—No, no—interrumpió,—no escucho nada. Fuera la falsa modestia; sois doctor y basta.

Al mismo tiempo me cogió Humbug del otro brazo, y me arrastraron á la sala, me presentaron al jurado y me sentaron sin haber podido pronunciar una palabra. Humbug se colocó á mi lado, y sonriendo por mi desventura, me mostró en el banco de la defensa á Fox, estupefacto, que me miraba con los ojos medio cerrados.

La suerte me condenaba á representar otra comedia: *El fiscal por fuerza.*

CAPITULO XXIV.

UN ATTORNEY GENERAL.

Lector, si alguna vez has caido al agua y no sabias nadar, puedes formarte idea de mi triste situacion. Comprendía que no estaba en disposicion de pronunciar dos palabras seguidas; pero retirarme hubiera sido ridículo; resolví, pues, sacar fuerzas de flaqueza y sostener mi papel hasta el fin.

Saqué la cartera, arranqué algunas hojas en las que escribí de memoria algunas de esas hermosas frases que nada dicen, pero que producen grande efecto cuando se pronuncian con oportunidad en una improvisacion cuidadosamente preparada. Armado de este modo, esperé el combate con la firmeza del soldado dispuesto á cumplir con su deber.

El primer acusado era un gran criminal, que

había envenenado lentamente á su esposa, despues de haberla arrancado un testamento; el crímen era flagrante, y las pruebas convincentes hasta el punto de que el desgraciado no trató de defenderse.

—Me declaro culpable—murmuró con temblorosa voz, pálido rostro y estraviados ojos.—Deseo la muerte. Que me libren de la vida.

Profundo silencio reinó en la asamblea.

Me levanté magestuosamente, coloquéme los anteojos sobre la nariz, y teniendo las hojas de la cartera en la mano izquierda, mientras que movía cadenciosamente el brazo derecho, empecé con voz baja y lenta:

«SEÑOR PRESIDENTE. SEÑORES JURADOS:

«*Nemo auditur perire volens:* no se escucha al que quiere morir; esta es una de las grandes y saludables máximas que nos legaron la profunda sabiduría de nuestros venerables antepasados, sabiduría muy superior á la loca ciencia y á la orgullosa razon de las generaciones de hoy. *Nemo auditur perire volens,* esta máxima no ha sido inventada únicamente para proteger al culpable contra su propia desesperacion, sino para asegurar á la sociedad la justa satisfaccion de una venganza legítima.

«Sí, señores, cuando se comete un crímen execrable; cuando nuestra admirable ciudad rejuvenecida por el esplendor de las gloriosas construcciones que honran al prodigioso génio de nuestra hábil y sábia municipalidad; cuando nuestra ciudad, Roma moderna, mil veces mas bella y grande que la Roma de los Césares, se despierta aterrada por la imprevista noticia de uno de esos terribles atentados que revelan incalificable depravacion, emponzoñado fruto de una civilizacion

corrompida por las revoluciones y el periodismo; entonces, señores, la justicia, que vela siempre, debe cumplir una mision sagrada, mision tan difícil como grandiosa. A falta de fácil palabra, á falta de esa elocuencia magistral que distingue á tantos de mis ilustres cólegas, que no nombro por no ofender su estraordinaria modestia, magistrados que por lo menos se inspiran en su conciencia traen á este recinto su enérgica conviccion, su humilde y firme adhesion á la causa del órden, de las leyes y de la sociedad.

«Aquí, señores jurados, aquí se dá un grande y hermoso espectáculo; aquí empieza con todos sus detalles una tragedia dolorosa sin duda para las gentes honradas, pero necesaria para la espiacion del crímen para ejemplo del país entero. En este espantoso drama, la mala vida forma la esposicion, la avaricia el acto segundo, el veneno es el nudo, la instruccion, por su maravillosa habilidad, precipita las terribles peripecias y tocamos á un desenlace próximo y fatal. Este desenlace vengador está en vuestras manos, señores jurados; vuestro veredicto no es dudoso. Agobiado bajo el peso de su delito, vencido por la justicia, el culpable lo ha confesado todo, delante de vosotros está anonadado, devorado por los remordimientos. Su condenacion está escrita sobre su malvada frente, como escrita está en vuestros nobles corazones.

«Que no crea que su forzada confesion puede librarle de la vergüenza que merece. En vano vuelve su criminal cabeza, en vano aleja de sus impuros lábios el amargo cáliz que su execrable crímen le ha preparado; la ley santa é inflexible quiere que le beba hasta las heces. Su suplicio es el castigo del pecado y la leccion del porvenir.»

—Basta, por Dios,—me dijo Humbug.—*Res*

sacra miser (1).

—Dejadme—le contesté con un gesto de impaciencia.—La acusacion nada tiene que ver con la humanidad.

—A nosotros—continué animándome;—á nosotros ministros de la vindicta pública; á nosotros, representantes de la sociedad ultrajada; á nosotros incumbe el penoso y sagrado deber de hacer callar hasta las palpitaciones de nuestro corazon; á nosotros pertenece remover ese cieno y dominar invencibles repugnancias; á nosotros....

—Señor presidente—interrumpió el acusado,—¿hasta cuando sufrireis que el attorney general juegue conmigo como un gato con un raton? La ley dice que sois el abogado del acusado: ¿por qué dejais insultar mi desgracia? Estoy esperando la sentencia. ¿Es necesario prolongar mi suplicio?

—Tiene razon—dijo un jurado atrabiliario;—hemos venido aquí á hacer justica y no á oir un sermon.

Iba á hablar; pero el presidente me detuvo con un gesto, y cubriéndose, pronunció pura y sencillamente la condenacion del culpable á la pena de muerte. Ningun resúmen, nada de palabras meditadas, nada que aumentara la solemnidad de aquella escena palpitante de interés. Todo lo contrario, con familiaridad de mal gusto empezó á departir con el acusado.

—Condenado—le dijo,—nada podeis esperar ya de la misericordia de los hombres; solo debeis contar con la justicia de Dios. ¿Cuántos dias necesitais para arreglar vuestros negocios y disponer vuestra conciencia?

—Tres dias me bastarán—respondió; tengo

(1) El desgraciado es sagrado.

prisa por concluir.

—¡Pues bien!—replicó el presidente;—dentro de cinco dias, contados desde este momento, comparecereis ante el único juez que puede perdonaros.

El sentenciado saludó con respeto al presidente, y salió dirigiéndome una mirada que me desconcertó. ¿No había cumplido con mi deber? ¿Debe uno tener piedad hasta con los asesinos?

Se introdujo al segundo acusado; era un licenciado de presidio, que dos dias despues de haber salido se había hecho culpable de fractura, robo y tentativa de asesinato. Había escalado los balcones de una casa de Montmorency, y, amenazando á una criada que guardaba la casa, robó todo cuanto había en ella, incluso el coche y los caballos.

La fisonomía de este hombre bastaba para condenarle; era la efigie de la perversidad. Veíase un hombre para quien la sociedad no era mas que una enemiga, y que tenía tanto desprecio hácia la ley como ódio hácia los magistrados; en una palabra, una de esas bestias feroces que es preciso matar para que no nos devoren.

—Acusado—dijo el presidente,—¿os declarais culpable?

—La pregunta es oportuna—respondió el ladron con audacia.—Culpable ó no culpable, ni vos ni yo sabemos nada antes de haber oido á los testigos.

—Señores jurados—esclamé,—¿qué necesidad tenemos de escuchar nada despues de esa confesion implícita? Un inocente no dudaría un momento en declarar su inculpabilidad. Solo un malvado de profesion puede hablar con ese descaro. ¿No veis que ese miserable lleva el crímen escrito sobre su rostro impudente?

—Protesto contra esa teoría—gritó el defensor del acusado.

Aquella voz chillona me hizo estremecer. Una vez mas la fortuna ponía enfrente de mí á Fox, mi eterno enemigo.

—Sí—continuó,—protesto y protestaré siempre contra una doctrina que jamás se ha emitido en los tribunales de la libre América. No teneis el derecho de torturar las palabras de un acusado para sacar de ellas una condena. No teneis el derecho de interpretar su actitud, su ademan, el tono de su lenguage para deducir culpabilidad. Si fuera permitido invocar esos indicios engañosos que la pasion esplica á su vez, ¿quién escaparía á la elocuencia de los señores attorneys generales? ¿El acusado se calla? ¿El remordimiento le mata; el acusado protesta con calma? Es un impudente, y la impudencia es una confesion. ¿Se enfurece? Es un insolente que ultraja á la justicia; el insulto es una confesion. Debilidad, energía, humildad, orgullo, lágrimas, cólera, todo es confesion para los ánimos prevenidos, que solo ven las cosas por un lado. Señores, empezad por establecer los caractéres físicos de la virtud y del crímen. Cuando la ciencia haya realizado los sueños de Lavater, condenareis á las gentes por su cara; hasta entonces, dejad á los que leen la buena ventura, ese arte pérfido y peligroso. La justicia no conoce mas que los hechos, solo discute los hechos, solo sentencia sobre los hechos. En esto consiste su seguridad y grandeza. Que el señor attorney general guarde su talento para mejor ocasion; pasemos al exámen de testigos.

—Señor presidente—esclamé,—por respeto al tribunal he sufrido hasta el fin esas impertinentes palabras; un attorney general no puede recibir lecciones de un abogado, y pido....

—Calma, caballero—dijo el magistrado.—A la defensa se le permite todo, á escepcion de la injuria; las palabras del honorable abogado no están fuera de su lugar.

Al oir esto, caí sobre mi asiento como un Titan herido por el rayo. ¡El presidente, apóstol de las teorías que ponen la acusacion al nivel de la defensa; el presidente desertor de nuestras filas y haciéndose cómplice del abogado! ¡Esto era el último golpe! Si esto es lo que llaman justicia los yankees, no la comprendo. Recórrase la Europa civilizada, y no se verá cosa parecida.

—Muy bien—me dijo Humbug,—Hablais como un senador; solamente con un poco de celo exagerado. Moderaos, amigo mio, y hareis mas efecto.

No habían terminado mis sorpresas. Llamóse á los testigos, y creía que solo los examinaríamos el presidente y yo. ¡Vana esperanza! El presidente era una impasible estátua; delante de él, el acusado continuaba guardando silencio. Cuando quise interrogarle, un grito general me manifestó que, segun la ley yankee, solo para los canallas existe el favor. Al ver al magistrado y al presidente, ambos inmóviles y mudos, hubiérase dicho que, estraños á lo que pasaba en la audiencia, eran los jueces del campo. Los combatientes, ó mejor dicho, las víctimas, eran testigos, entregados á merced del abogado, interrogados, desmentidos, hostigados por un hombre sin carácter público, y que no tenía otra mision que la de defender la dudosa inocencia de un bribon envejecido en el crímen. En este trastorno de todas las ideas recibidas, se hubiese tomado al acusado por testigo, y á los testigos por acusados.

Una de las preguntas que hizo Fox me pareció tan impertinente, que me opuse á que res-

pondiera el testigo.

—¿Con qué derecho?—esclamó enfurecido Fox.

—Olvidais,—le dije—que no tengo que daros cuenta; soy el representante del Estado.

—¿Qué nueva quimera es esa?—replicó con su habitual insolencia.—En este recinto no hay Estado. Aquí solo hay lugar para la justicia, admirablemente representada por la imparcialidad del magistrado y la sabiduría del jurado. Vos sois abogado como yo, y nada mas. Yo represento al acusado y vos al acusador. No teneis un derecho que no me pertenezca; yo no tengo un privilegio que no podais reivindicar. De otro modo, la balanza de la justicia no estaría en el fiel, la acusacion pesaria mas que la defensa; y ¿qué sería de la libertad del ciudadano?

—Señor presidente—dije,—¿es esa alguna de las teorías que consagraron vuestros antepasados?

—Señor attorney general—respondió con triste acento,—me asombra vuestra pregunta. En un país libre, ¿puede dudarse sobre la igualdad de la acusacion y de la defensa?

Tuve que callarme y dejar á Fox que atormentara á su gusto á los testigos.

Entre ellos figuraba Seth, el cuákero, persona importante en Montmorency, por su condicion de posadero. Seth tenía ojeriza al abogado desde su derrota de la mañana, así es que le respondía con tanta malicia que me hizo sonreir, á pesar de mi mal humor.

—¿Conoces al acusado?-le preguntó Fox.

—Sí-dijo el cuákero;-le conozco por desgracia suya y mia.

—¿Te atreverias á afirmar bajo juramento que es un mal hombre?

—No he dicho que le hayan acusado nunca de

ser hombre honrado-respondió el amigo Seth con la mayor complacencia.

—¿Qué interés podía tener en robar un carruaje y caballos?

—Ninguno, que yo sepa-dijo el cuákero.-Hubiese hecho mejor en comprarlos y no pagarlos, imitando á los honorables *gentlemen*. Tal vez no tendría crédito.

Despues del posadero, le llegó el turno á la criada, gruesa, rubia, de aspecto cándido y jovial, pero que no carecía de malicia como buena hija de los campos.

—Pretendeis-dijo el abogado-reconocer al acusado; afirmais que os dirigió amenazas en lenguaje mas que inconveniente.

—Sí, caballero-murmuró ruborizándose.

—Hablad mas alto-dijo Fox: los señores jurados no os oyen.

—No puedo-respondió conmovida.

—Sí podeis; haced como yo: gritad.

—Vos es diferente-dijo ella,-ese es vuestro oficio; desde pequeñito, os han educado para eso.

—Asegurais-continuó Fox-que el acusado se sirvió de palabras abominables, tan abominables, señores jurados, que el pudor me impide repetirlas en público.

—Sí, señor-dijo la pobre jóven ruborizándose mas y mas.

—Muy bien; repetid esas palabras al público y al jurado.

—Señor-dijo la jóven irguiéndose,-si el pudor no os permite repetir esas palabras, no supondreis que me lo permita á mí.

—Muy bien-respondió Fox sin desconcertarse;-el jurado apreciará. Habeis dicho que el acusado hablaba como un desvergonzado. ¿Sabeis lo que es hablar como un desvergonzado?

—Lo sospecho-dijo, mirando de tal manera al abogado, que la asamblea se echó á reir y Fox abandonó á la testigo.

Terminado el exámen de estos, usé de la palabra; la cólera me hacía elocuente, lo conocía; así fué que me abandoné al placer de declamar. En una requisitoria que merecía ser taquigrafiada, hice la historia completa del bandido. Le cogí en la cuna para no soltarle hasta ponerle ante el tribunal, donde al fin iba á recibir el merecido castigo.

Mientras el auditorio estaba suspendido de mis elocuentes lábios, el acusado agobiado bajo el peso de mis censuras, sin poder resistir á los remordimientos de su corazon, se levantó interrumpiéndome:

—Presidente-esclamó con voz ronca:-si ha de durar mucho tiempo esto, ya tengo bastante, me confieso culpable. Prefiero cumplir mis cinco años de prision á escuchar á ese señor.

—¡Desgraciado!-dijo Fox;-en qué pensais? Retirad esas funestas palabras.

—No, no-respondió:-ese señor *me fastidia*; daría la cabeza por hacerle callar.

—Acusado-dijo el presidente:-reflexionad antes de hacer una declaracion que os pierde. Pensad que si repetís á sangre fría esa confesion, no podré hacer otra cosa que condenaros.

—Señor presidente—dijo: os doy las gracias: sois un digno magistrado; no aplasteis á un pobre gusano que se ve en la desgracia. ¿Qué quereis? No tengo suerte; si cayera de espaldas, me rompería la nariz. Despues de todo, he robado: que se cumpla la justicia.

Mi victoria era completa. Vencido por mi elocuencia mas que por sus remordimientos, el culpable confesaba su crímen. Para colmo de felici-

dad, Fox, cuya audaz lengua temia, no podia responderme. Tenía que ceder á la evidencia de los hechos.

Levantada la sesion, se me acercó un jurado y me estrechó la mano.

—Me encanta vuestro ingenioso descubrimiento—me dijo.—Procuraré imitaros en la primera ocasion y no ser menos afortunado que vos. Tomar á un hombre desde el nacimiento, coger en su gérmen el vicio, describir é interpretar su largo desarrollo, es el colmo de la habilidad. Creo que nadie puede salir intacto de esa revista histórica; con vuestro procedimiento, me atrevo á demostrar que Caton era un malvado y Sócrates un ateo.

—No he inventado nada—le dije con modestia;—me adulais.

—Nó—contestó;—nunca se ha raciocinado de tan sútil manera en este país. Es una lógica nueva que os honra mucho. Los yankees son hombres rudos que persiguen el crímen y no al hombre, mientras que para vos el hecho material no es nada y el hombre lo es todo. ¿Sois americano de orígen?—Os estraña esta brusca pregunta—continuó sin adivinar la causa de mi sorpresa.—Perdonad mi indiscrecion; mi madre era francesa y la debo ciertas ideas que jamás entraron en cabeza sajona. Estas ideas se acercan mucho á las vuestras.

Para mí, por ejemplo, el Estado lo es todo, y á pesar de la charlatanería de los moralistas, sostengo que no se puede poner en la balanza el interés de todo un pueblo y el pretendido derecho de un débil indivíduo. Soy socialista en el buen sentido de la palabra: el Estado antes que el indivíduo. Los yankees, por el contrario, imaginaciones obtusas y mezquinos talentos, trageron de

Inglaterra una preocupacion egoista y salvaje. Que un juez falte al respeto á una vieja gitana, que un fiscal general pierda la paciencia al acusar á un bribon ó tratando mal á un asesino, en seguida brota del suelo un sajon que grita hasta ensordecer, que se viola la gran Carta y que se ultraja á la humanidad. Diríase que es un pueblo de ladrones, y que cada uno teme comparecer al dia siguiente delante del tribunal, interes de su propia libertad. Gracias á la solidez de mis principios, no entiendo la justicia de ese modo. No es un santo el que comparece ante el tribunal y prefiero mandar tres inocentes á la horca á dejar impunes veinte malvados. Soy un hombre *convencido*, tomad mi mano.

Estrechándome la mano del modo mas afectuoso, se despidió de mí. ¡Cosa estraña! no me agradaban sus elogios; tenía miedo de mi triunfo.

CAPITULO XXV.

DINAH.

Al salir de la audiencia encontré al cuákero, que me felicitó por mi habilidad. Humbug no me dijo nada, y me hubiera agradado mas sus censuras, pues en aquel momento su cólera acaso fuera para mí un bien.

Fox me esperaba en la calle; sus facciones contraidas, demostraban una pasion que no podía reprimir.

—Debeis estar satisfecho-esclamó al verme.-Hé ahí una victoria que os honra, y creo no ser el último en haceros justicia. No faltará periódi-

co en América que glorifique la elocuencia y la doctrina del attorney general. Un Jeffries en América es un mónstruo que ni se ha visto ni se volverá á ver: es preciso, pues, apresurarse á admirarlo. Por lo demas-añadió furioso por mi silencio y apretando los dientes,-esto no estraña á nadie. No hay personas mas crueles que aquellas que tienen pesares domésticos.

—Pesares domésticos-dije encogiéndome de hombros;-ó habeis perdido la cabeza, señor Fox, ó no sabeis á quien hablais.

—¿De veras?-respondió con sarcasmo;-pues creia hablar con el feliz padre de la amabilísima Susana.

La mirada de este hombre me espantó y su diabólica sonrisa me heló hasta la médula de los huesos.

—Callaos-le dije;-os prohibo pronunciar un nombre que todo el mundo debe respetar.

—¡Bah!-contestó con desdeñosa sonrisa;-¡qué severidad tan inoportuna!

—¡Miserable!-esclamé;-esplícate ó te destrozo entre mis manos.

—Señores-dijo el abogado, procurando desasirse,-sed testigos de esta violencia. Señor Humbug, vos me hareis justicia.

—Sin duda alguna-contestó el magistrado;-pedidme indemnizacion de daños y perjuicios, y os concederé un duro; pero si el doctor reclama á su vez tres ó cuatro mil duros, no os perdonaré un centavo; pues será para mí un verdadero placer castigar la calumnia.

—¡La calumnia!-esclamó Fox, con rabia.-¿Dónde va todos los dias esa preciosa señorita, cuyo nombre no puede pronunciarse? ¡Es culpa mia si todas las mañanas cuando vengo al tribunal la veo entrar misteriosamente en una de las

casas menos respetables de la ciudad? La he visto entrar hace pocas horas y supongo que allí se encontrará todavía, porque, de ordinario, son largas sus visitas.

Caí en los brazos de Humbug.

¡Mi hija insultada! ¡Mi Susana difamada! El golpe era demasiado violento para un padre. No veia y temblaba todo mi cuerpo; el dolor y la cólera me ahogaban. Por fin lloré; lágrimas de rabia y de desesperacion que sin calmar mi pena, me permitian hablar.

—Caballero—dije á Fox,—la calle del Laurel está á dos pasos de aquí: vais á seguirme. Humbug, venid conmigo. No me abandoneis, señor Seth, y sobre todo no permitais que este hombre se escape; es preciso que la justicia se cumpla, y se cumplirá.

—Estad tranquilo, amigo Daniel—respondió el cuákero; los tres te acompañaremos—y acentuó las palabras *los tres*; miró al abogado de piés á cabeza, y revolviéndose las mangas empezó á dar vueltas á un baston que llevaba en la mano.

—Señores—dijo Fox con sonrisa sardónica, —estoy á vuestras órdenes; pero advertid que no provoco yo este paso que alguna persona podría sentir. Tiempo es de detenernos: yo no soy cruel; pero os prevengo que una vez dentro de esa casa, sean cualesquiera vuestras súplicas y vuestras lágrimas, no saldré sin la firme resolucion de decir cuanto he visto en ella.

—Vamos, caballero—dije,—vuestra piedad me es inútil.

Marché como hombre ébrio, apoyado en el brazo de Humbug.

—Hé aquí la casa—dijo Fox,—y hé ahí al propietario.

Levanté la cabeza: la casa era de mala apa-

riencia. Me parecía imposible que Susana estuviese en aquella cueva.

En la puerta estaba un hombre despechugado, con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, fumando una pipa y mirando á los transeuntes con la insolencia propia de un tunante desocupado. Al vernos se quitó el abollado sombrero y acercándose á mí, me cogió ambas manos, con una ternura que me horrorizó. Era Paddy medio ébrio y oliendo á vino y á tabaco.

—Buenos dias, mi salvador—esclamó;—os agradezco que vengais á ver un amigo. Entrad, señores, si no os asusta un vaso de aguardiente.

—Paddy—le interrumpí,—¿os pertenece esta casa?

—No, mi salvador—respondió riendo;—si este palacio fuera mio, hace tiempo que me lo hubiera bebido. Pertenece á mi muger. Es bonito, ¿verdad?

—¿Alquilais habitaciones amuebladas?—le dije mostrándole un cartel manuscrito.

—Las que gusteis, doctor.

—¿Quién habita en esta casa?—preguntó Humbug con tono severo.—¿Parroquianos de mi tribunal?

—Juez mio—dijo el borracho bostezando:—no es uno bastante rico para ser severo.

—Quién vive en el primer piso?—dijo el abogado con aire burlon.

—¿Qué te importa, charlatan?—respondió el borracho.—¿Eres tú quién pagas?

—Responded—dijo Humbug,—y no olvideis que estais delante del magistrado.

—Nada tengo que temer—dijo el irlandés muy conmovido.—Comprendereis, señor juez, que en una habitacion de tres duros por semana y pagados con anticipacion, no viven mas que personas

honradas. En el piso principal vive una señora—y añadió á media voz,—una linda dama, dulce, bien educada; la perla de la casa.

—¿A quién recibe?—añadió Humbug que me veía palidecer.

—Permitidme, señor magistrado, no estamos en el tribunal. América es un país libre, y cada cual hace en él lo que quiere, pagando. A las personas que entran por esta puerta no se las mira, y si se las mira no se las vé.

—No aparenteis ignorancia—dijo Fox,—y pensad que á alguno que valía mas que vos, he hecho encerrar en la cárcel. Hace una hora que he visto entrar en esta calle á una jóven rubia con vestido de seda negro y sombrero de paja, ¿dónde iba?

Paddy intimidado se acercó á mí para implorar mi socorro.

—Amigo mio—le dije,—hacedme el favor de contestar: yo recompensaré vuestra complacencia.

—Mi salvador—para vos no tengo secreto. Me habeis socorrido en momentos de apuro y soy irlandés; no tengo mas que decir.

—En nombre del cielo—murmuré dándole algunos duros,—hablad porque me haceis morir.

—Pues bien, señor—contestó,—todos los dias á la misma hora esa señorita rubia viene á casa de la señora del piso principal. Arriba está ahora.

—Creo que mi permanencia es inútil—dijo Fox con tono irónico.—El señor attorney general no tiene necesidad de mis servicios.

—Caballero—le contesté con gesto amenazador,—quiero confundir vuestras indignas sospechas.

Pero ¡ah! hablaba así por engañarme á mí mismo; no sabía qué creer y estaba desesperado.

Humbug me cogió por la la mano, y entré en

aquella caverna como hombre que corre ante la muerte.

La puerta del piso principal estaba abierta, y había en ella una especie de recibimiento, sin cortinas y sin muebles. Detúveme allí para cobrar aliento. Seth se aseguró de que el abogado nos seguía, y cerró la puerta sin hacer ruido.

No me encontraba en situacion de hablar; hice seña á mis compañeros de permanecer en su puesto, y me deslicé hasta la entrada de la segunda habitacion.

Frente á mí, y volviéndome la espalda, estaba sentada una muger. A sus piés, y sobre un taburete de paja, había una niña, y al lado de la niña, con la Bíblia en la mano, Susana leía un pasage piadoso, que era escuchado con atencion.

—¡Oh, mi Susana!—esclamó la desconocida, —despues de Dios, á tí es á quien debo la vida. Cuánto bien me hacen tus palabras. Tú al menos no me has abandonado.

—¿Y yo?—dijo la niña.—¿Me olvidas acaso?

—No, querída mia—contestó la jóven;—pero en la escuela del domingo solo tú has advertido mi ausencia; en mi familia, ¿quién se acuerda de mí?

La niña besó á su maestra, y las tres personas se abrazaron llorando.

¿Son contagiosas las lágrimas? ¿Era la emocion demasiado fuerte para mí? No lo sé; pero fuese de pena ó de placer, empecé á sollozar.

—¿Tú aquí, padre mio?—esclamó Susana.—¿Por qué casualidad?

—Querida hija mia—le dije estrechándola contra mí corazon,—los padres son curiosos, y hay dias en que desean saber dónde ván sus hijos.

—La curiosidad es un defecto muy feo—dijo Susana, amenazándome con el dedo.—Un padre bien educado diría á su hija:—¿Me permitís, se-

ñorita, que os acompañe?—Y entonces, sin hacerse rogar la señorita, cogería el brazo de su padre, como yo lo hago, y le conduciría ante esta pobre jóven, que tiene necesidad de apoyo.

—Caballero—dijo la desconocida cogiéndome las manos,—bendecidla, es mi ángel salvador.

Habíase levantado, y la sonrisa volvía á su pálido rostro, cuando de repente dió un grito terrible y volvió á caer en la butaca, temblando de piés á cabeza.—El cuákero estaba delante de ella con los brazos cruzados y aspecto furioso.

—Perdon, hermano mio—murmuraba la desgraciada;—ten piedad de mí.

—¿Es así cómo cumples tu palabra?—dijo Seth.—Tu madre te crée en camino para California; te ha bendecido al partir. ¿Será preciso que retire su bendicion?

—Seth—dijo la jóven cubierta de lágrimas,—he partido, pero me ha faltado el valor. Tenía necesidad de mi madre y de aquellos que me aman.

—Dí mejor que tenías necesidad de volverle á ver y de perderte.

—No, no—esclamó,—soy una jóven honrada. El no sabe que estoy aquí ni lo sabrá jamás. Yo no he visto mas que á mi buena Susana.

—¿Y qué quieres hacer?—replicó el cuákero con una dureza que me disgustó.—Ya sabes que en nuestra casa no hay pan para tí.

—Seth—contestó ella,—no me anonades. No seré una carga para vosotros. Susana me ha proporcionado un puesto de maestra de escuela en un barrio donde nadie me buscará. Viviré de mi trabajo. Lo único que te pido es permiso para ir una vez por semana á abrazar á mi madre y á ver nuestra casa.

En estas escenas de familia nada es tan mo-

lesto como la presencia de un estraño.

Me retiré con Humbug á la primera habitacion, donde ví en un rincon oscuro á Fox, contemplando un grabado negruzco. Era el retrato de *Monarca*, hijo de *Eclipse*, vencedor del *Derby* en 1812. Confundir á un malvado y gozar de su confusion era un placer de que no queria privarme.

—No creía que tuvieseis tanta pasion por el *turf*—le dije.

—Por piedad, doctor-esclamó,-dejadme salir.

Su rostro estaba tan demudado, que en verdad me dió compasion. No lo creía capaz de tales remordimientos.

Iba á entrar en la habitacion para pedir á Seth la llave de la puerta, cuando el cuákero salió, arrastrando tras de sí á su hermana desgreñada y rechazándola con desprecio. Susana se deshacía en llanto. Humbug procuró decir algunas palabras de conciliacion. Todos estábamos conmovidos. Fox solo permanecía inmóvil y mudo; hubiérase dicho que quería embutirse en la pared.

—Por última vez—esclamó el cuákero, procurando soltar las crispadas manos que se agarraban á su vestido,—te repito las palabras de tu madre: «No volverás á casa, sino del brazo de un marido.» Puesto que ese bello desconocido te ha dado palabra de matrimonio, hazle cumplir su promesa.

—Es un pleito—esclamé;-vamos, dichoso vengador de la inocencia; vamos, señor Fox, este es el momento de presentaros.

Si un rayo hubiese caido á mis piés, me hubiera aterrado menos que la esplosion que siguió á mi impertinente chanza. Apenas Dinah levantó los ojos hácia el abogado, púsose en pié como loca,

riendo y llorando al mismo tiempo.

—Gabriel—esclamó,—mi Gabriel. Él es, hermano mio, él es.

No comprendía la tempestad que acababa de desencadenar, pero el cuákero era mas inteligente. Mientras que Dinah abrazaba á su Gabriel, Seth se aproximaba á Fox palideciendo visiblemente.

—Amigo—le dijo con tono amenazador,—serénate; espero tu esplicacion.

Entre las ternezas de la hermana y las amenazas del hermano, el abogado ofrecía un aspecto tan lamentable, que me sentí regocijado. El hombre es un animal malo, que necesita nada menos que el Evangelio para amar á sus enemigos.

Humbug era mejor cristiano que yo.

—Señores—dijo con voz grave,—creo que ha llegado mi vez. En asunto tan delicado corresponde al magistrado pronunciar la última palabra.

Mi querido Fox, no dudo de vuestras buenas intenciones; si se os pidiera parecer en estas circunstancias, responderíais que un proceso de ruptura de promesa, tendría para un abogado malas consecuencias; no sería solo la pérdida de su fortuna, sino tambien la de su clientela, y acaso se viera obligado á cambiar de país. ¿No opinais así?

—Sí murmuró Fox, suspirando.

—¿Añadiré—continuó el escelente Humbug, echando la cuerda al ahogado,—que á un hombre como vos no pueden inquietarle estas consideraciones por graves que sean? Bástale haber dado su palabra para cumplirla. ¿Verdad?

—Sí—dijo el abogado suspirando.—Siempre he amado á Dinah; lo que me detenían eran las dificultades....

—Que no existen ya—interrumpió Humbug.-

Hénos aquí todos de acuerdo, y este asunto va á terminar como las buenas comedias. Entre amores y lágrimas se pasan los primeros actos, y el matrimonio sirve de desenlace al argumento.

Fox abrazó á Dinah de bastante mala gana, y alargó la mano al cuákero. Dinah, ruborizada corrió hácia Susana.

—Cara amiga—le dijo,—á tí debo mi dicha.

—Todo esto es muy bueno—dijo Seth, que no se entusiasmaba jamás;—pero puesto que estamos reunidos y tenemos aquí al juez de paz, nada impide que estendamos el acta de matrimonio inmediatamente.

—Con mucho gusto—contestó Humbug.—Señorita Susana, sereis mi secretario.

Dicho y hecho. Yo creía que tales uniones no son buenas mas que en el teatro, donde se deshacen entre bastidores; pero en América se vive tan de prisa, que se ha conservado esta antigua costumbre. Puestos los enamorados de acuerdo, se prescinde de los parientes y hasta del escribano. Dos *sí* pronunciados ante el juez de paz, os casan para toda la eternidad. La voluntad lo es todo; las formalidades nada. ¡Con cuánta satisfaccion salí de aquella casa donde había entrado tan angustiado con mi Susana, llevando de la mano á su pequeña protegida! Humbug y Seth formaban la retaguardia, y entre unos y otros iban los nuevos desposados: Dinah sonriendo como la aurora; Fox con la cabeza baja.

Era preciso preparar á la madre de Dinah para la vuelta de su hija; y que Fox anunciase á sus amigos su matrimonio y dispusiese su casa. Mientras llegaba la hora, Dinah debía permanecer con Susana, quedando yo encargado del papel de padre y de tutor.

Se concedió á Fox un resto de libertad de que

ya no podía abusar, y todos los demás vinieron conmigo.

En mi casa hubo gran fiesta, y nunca se comió mas alegremente. Marta abría mas boca que un horno, y suspiraba como un volcan, admirando y sirviendo á su cuñada. Susana y Alfredo tenían siempre algo que decirse al oido. Seth devoraba cuanto ponían sobre la mesa con la satisfaccion de un hombre que ha terminado un asunto de la mayor importancia. Humbug, que á pesar de su enorme abdómen comía poco y no bebía mas que agua, se desquitaba de su sobriedad recitándome los mas alegres versos de Horacio.

Yo, por mi parte, gozaba interiormente al contemplar la alegría y la felicidad de mis hijos; pero nadie podría esplicar la alegría y la animacion de mi Jenny. No podía estar quieta en ninguna parte. Iba y venía, llenaba todos los platos de *roast-beef*, patatas, jamon, queso, frutas y pastelillos, llenaba todas las copas de *scotch-ale*, madera y vino del Rhin, tenia una palabra amable para cada hombre y una caricia para cada muger. Un matrimonio equivalía para ella haber ganado el premio gordo á la lotería.

CAPITULO XXVI.

—

LA CARIDAD.

Al siguiente dia, á la hora de almorzar, me sentí muy animado. Dinah á mi derecha, Susana á mi izquierda, me daban el aspecto de un patriarca en medio de sus hijos.

Mi muger no hacía las cosas á medias. Si yo había adoptado á Dinah, Jenny había tomado bajo su proteccion á Fox. Era natural, y el abogado tenía tambien su cubierto en la mesa, junto á su amada. Entró con un ramo de flores en la mano y abrazó á su desposada con aire vencedor. Cuando la cólera contraía el rostro del abogado no estaba hermoso ni mucho menos; pero cuando tierno y galante era todavía mas horrible: parecía una serpiente enamorada. Dinah no lo creía así sin duda, y en vano le dirigía yo las palabras mas amables; no tenía ojos ni atencion mas que para su vecino de la derecha. Raquel no había causado tanta admiracion á Jacob, cuando en el desierto quitó las piedras del pozo para abrevar el ganado de Laban. Las mugeres tienen en el mas alto grado el instinto de la propiedad, y de todas las propiedades las que mas les llega al alma es un marido. Pero en tanto que la francesa es una ninfa cazadora que, una vez apoderada de la caza, no se cuida de mas, la americana se dedica á su marido con la adhesion y los celos del aldeano francés que se casa con la tierra que labra. Es su bien, su cosa; el hombre no es mas que un pájaro en la jáula, un esclavo doméstico; pero un pájaro que se acaricia, un esclavo á quien se preveen todos los deseos. Los americanos abusan de tal manera de su independencia fuera, que al entrar en su casa parece que se desprenden de la voluntad. Ese pueblo tiene el espíritu al revés; no hace nada como nosotros.

Fox quería llevarse á Dinah para comprar los regalos de boda. Susana se opuso.

—Señor abogado—le dijo,—lo siento; pero Dinah me pertenece. Le hemos encontrado una colocacion por seis meses como maestra de escuela; hoy empieza á desempeñar su cargo y no puede

faltar á su palabra. Dentro de algunos dias me será fácil reemplazarla, y os la dejaré toda una semana; pero hoy no puede ser. Papá—añadió,—contamos contigo para nuestra instalacion.

—Querida hija, tú olvidas que yo tambien tomo hoy posesion de mi cargo en el hospicio de la Providencia; ya no puedo retardarlo mas. Ese proceso de ayer....

—No le hace—dijo Susana;—vé á visitar á tus enfermos. Nuestra escuela está en la calle Federal, muy cerca de la de Nogales; te esperamos allí al medio dia.

Llegado al hospicio, pregunté por el director; era una muger, la maestra de Susana, la célebre señora Hope, doctora en medicina y profesora de higiene. ¡Todavía uno de esos contrasentidos que solo se encuentran en los Estados-Unidos! Era una matrona respetable, que me recibió como á un colega, y empezó en seguida la visita conmigo.

El hospicio era un modelo; en ningun país he visto una distribucion tan perfecta. Vastas salas, con un pequeño número de lechos anchamente espaciados; nada de cortinas, mucho aire, luz regular, mucho silencio, limpieza estremada, nada de esos olores nauseabundos que hacen de un hospital un objeto repugnante, y frecuentemente una estancia envenenada. Por la primera vez de mi vida encontré reunidas en un establecimiento de esta clase todas las condiciones que reclaman la higiene y la caridad.

Al llamamiento de la señora Hope acudió un escuadron de mugeres jóvenes, cuyos vestidos negros, delantales remangados y gorros blancos, les daban aspecto de hermanas de la caridad. Eran las internas del hospicio, las futuras doctoras con miriñaque de la América. Asistieron á mi clínica con la mayor atencion, y me admiraron con cla-

ridad de sus esplicaciones cuando me referían el estado del enfermo. Además cautivaron mi atencion por el cuidado con que escuchaban mis palabras y prescripciones; pero tenía demasiado buen sentido para tomar en sério aquel ensayo quimérico. Al salir de una de las salas pregunté á la señora Hope, qué resultados obtenía de esta singular educacion.

—Creo—me contestó,—que llegaremos á una gran reforma. Esas jóvenes han estado dos años en el hospicio de la Maternidad, y el año próximo pasarán á la clínica de las mugeres. Haremos de ellas verdaderos médicos.

—¡Bravo!—esclamé.—Será encantador para nosotros los viejos, vernos cuidados por Hipócrates de diez y ocho años con miriñaques.

—No—contestó la señora Hope.—Nosotras no tenemos nada que hacer con los hombres; pero el cuidado de los niños y las enfermedades de las mugeres nos pertenecen. Os dejaremos la cirugía y los casos estraordinarios. Todo lo que una madre ó una muger no pueda confiaros sin repugnancia, lo tomaremos nosotras, y os arrojaremos de un dominio que habeis usurpado. Introduciremos el pudor en la medicina. Los perjudicados gritarán al principio, pero nosotras tenemos de nuestra parte las mugeres, los padres y los maridos, y conseguiremos nuestro objeto. ¿No sois de nuestra opinion?

¿Qué responder á un fanático, sobre todo cuando ese fanático es una muger, es decir, un sér débil por naturaleza, y que además adolece de una terquedad orgánica? Dí por terminada la discusion y continué mi visita. Las enfermedades no eran graves y los enfermos estaban tan tierna y sábiamente cuidados que poco necesité ordenar. Solo tuve que hacer una operacion de poca im-

portancia: abrir en el cuello de un niño un tumor de mal carácter, y en mal sitio. La ligereza de la mano, la gracia y la elegancia de la ejecucion, son la gloria de nuestra escuela de París. Octuve, pues, un gran éxito con mis jóvenes discípulas, y mi vendaje con sus pliegues ingeniosos fué dibujado y el dibujo colocado como modelo en la sala de operaciones. En verdad, al ver tanta inteligencia, tanta buena voluntad, tanta atencion, hubo momentos en que me sentí inclinado á admitir que las mugeres son buenas para algo mas que para dar tisana á los niños. *Esto no va del todo mal*, hubiera dicho Montaigne; *¡pero qué! no llevan pantalones.*

Hice tan á tiempo esta sábia reflexion, y lo digo en honor mio, que permanecí fiel á la antigua religion de la Facultad. Paso por las novedades en política, que despues de todo son inocentes; pero en lo demás ¡viva la tradicion! La prueba de que la tradicion es saludable, es que tiene en su favor la mayoría, y que se persigue á los innovadores. Yo encontraba encantadoras aquellas jóvenes heréticas, pero la heregía era abominable y me mantuve en mis creencias.

Concluida la visita me trasladé al consejo de administracion. La señora Hope me acompañó y tomó asiento entre nosotros sin que su presencia molestara á nadie. Entre los *trustees* ó administradores encontré personas conocidas: Rose el boticario, el bravo coronel Saint-John, el amable Humbug y Noé Brown, el insoportable puritano.

La directora fué la primera que habló y espuso en buenos términos la insuficiencia de la casa y la necesidad de comprar un jardin de la vecindad, á fin de hacer una iglesia para el uso de los convalecientes. Cuando concluyó se me pidió mi opinion.

—Apruebo esa escelente idea, y estoy convencido de que si se dirige, recomendándola á la administracion, una Memoria sencilla y bien escrita, se obtendrá de aquí á diez dias esta mejora urgente.

—¿De qué administracion hablais?—preguntó el coronel que presidía por derecho de antigüedad.

—Hablo de la administracion general de los hospicios.

—¿Qué mónstruo es ese?—esclamó Humbug riendo.—Brown, hé aquí un nuevo nombre para el *Leviathan*

—Dejaos de bromas—dije á Humbug;—supongo que este hospicio, como todos los demas, depende de una gran administracion protectora y centralizadora. ¿Es el Estado, el municipio ó una corporacion la que organiza y vigila la caridad? Sea quien quiera, es evidente que depende de alguien.

—Hé ahí una evidencia—dijo Brown—que es lo contrario de la verdad. Gracias á Dios no dependemos de nadie. Aquí estamos reunidos para aliviar la miseria, ponemos nuestra buena voluntad, nuestro tiempo y nuestro dinero; sometemos nuestros estatutos al Estado, que hace de nosotros una corporacion; y despues de esto, ¿quién tiene el derecho á mezclarse en nuestros asuntos? ¿Es la caridad una carga política ó municipal? Yo soy cristiano, socorro á los pobres á mi manera. ¿Acaso se gana el cielo por medio de procurador?

—Permitidme—le dije,—nadie os impide dar vuestro dinero; no hay tiranía que haya llevado jamás su crueldad á ese estremo. Pero el derecho de fundar un hospital es otra cosa. Si se deja á cualquiera, llegaremos al desórden. En seguida se fundarían hospicios homeopáticos, y ¿quién sabe?

—¿Hospicios homeopáticos?—dijo Rose.—Tres hay en la ciudad y se vá á fundar el cuarto. ¿Qué mal hay en eso?

—Rose, amigo mio—esclamé,—¿sois vos un boticario ortodoxo, el que dice semejante monstruosidad?

—Querido doctor—respondió Rose,—nosotros no sabemos ni aun en religion lo que es una ortodoxia oficial: dejamos á cada cual el derecho de buscar á Dios, siguiendo las inspiraciones de su conciencia, y no podemos ser mas rigurosos para la salud del cuerpo que para la salud del alma. Por otra parte, amigo mio, somos augures; sabemos á qué atenernos sobre la medicina oficial y las píldoras ortodoxas.

—Sea—repliqué.—Procurad la libertad del charlatanismo y del envenamiento; nada me sorprende ya en esta república, que debía poner por lema en su bandera la divisa de la abadía de Theleme: *Haz lo que quieras*. Os hablaré en nombre de la utilidad y del buen sentido. Con vuestro sistema de *dejar hacer*, ¿cuántos hospicios teneis?

—Mas de ciento—dijo la señora Hope.

Esta cifra me sorprendió; yo no creía en la fecundidad de la caridad anárquica.

—¡Cien hospicios!—esclamé.—Señores, partiendo de la base de esta cifra formidable que hace honor á los cristianos de París, en Massachusetts, preguntad á las gentes prácticas lo que esta concurrencia debe fatalmente producir. Dobles empleos, pérdidas de dinero; aquí superabundancia; allí ausencia completa de recursos; prodigalidad y pobreza. Suponed, por el contrario, que una vasta administracion reuniese esos cabos sueltos y concentrase esas fuerzas desparramadas; colocad en lo alto de la pirámide un hombre

vigilante, activo, económico; pronto reinaría el órden mas completo, y con el órden todos los beneficios de la unidad. Gerarquía de médicos, clínicas regulares, enseñanza disciplinada, caja central, farmacia central, panadería, carnicería, lechería, lavadero central, en una palabra, un verdadero imperio; el imperio de la caridad, con su gefe, sus ministros y sus dependientes. Esto no es un sueño; es una verdad en los países que marchan al frente de la civilizacion. Gracias á la maravillosa potencia de la centralizacion, yo afirmo que con un pequeño número de grandes hospicios y una organizacion vigorosa, me será mas fácil doblar el número de vuestras camas de enfermos sin gastar un duro mas.

—Estoy convencido—dijo Humbug.—Con su talisman, el doctor es capaz de rehacer el mundo y concluir con todos los desórdenes de la libertad. Pido que por el mismo sistema se le entreguen todas las fábricas de hilados, las fundiciones, los arsenales y toda la industria fabril. Con oficinas centrales y una gerarquía de ingenieros, no dudo que doblará la produccion, disminuyendo todos los gastos.

—Sois insoportable—dije.—¿Me tomais por un comunista? ¿Acaso no sé yo que en la industria esa anidad es una quimera?

—¿Por qué?—insistió.—La centralizacion en la industria, ¿no produce forzosamente la economía de las fuerzas, la regularidad de la produccion, la gerarquía y la disciplina del trabajo?

—Sin duda—contesté;—pero ese es el lado pequeño de la cuestion. Esa uniformidad mecánica destruye la ley moral de la produccion. ¿De qué serviría esa regularidad ficticia, cerrando el ojo del amo, matando el esfuerzo individual, la libre competencia? Lo que os propongo, por

el contrario....

—Es esactamente lo mismo—interrumpió Humbug con vivacidad.—Interés privado, esfuerzo individual, libre concurrencia, todos esos móviles que aprecias tan bien, son igualmente los móviles de la caridad, añadiendo la adhesion, la buena voluntad que no vive sino con la libertad. Si el Estado ó el municipio se encargara de socorrer á los pobres, si ese enorme mecanismo me desembarazara de la primera de las virtudes, pagaría de mala gana un débil impuesto. Pero dejad á mi cargo el cuidado de la miseria y el placer de repartir las limosnas, y vereis cómo doy hasta mi último duro. Cuando termino mis quehaceres y me encuentro triste y fatigado, vengo aquí, y olvido mis disgustos. Preguntad á esos señores lo que les cuesta la caridad voluntaria. Creo que á lo sumo será la décima parte de sus utilidades: pues si el Estado pidiera la vigésima parte para esos hospicios, todos clamarían contra la tiranía. Que hay dinero prodigado y fuerzas perdidas, lo confieso; pero los resultados son los que deben verse, y yo afirmo con datos precisos, que la caridad individual es tres ó cuatro veces mas fecunda que la caridad organizada. Vuestro sistema, querido doctor, pone constantemente entre la voluntad y el acto un obstáculo que todo lo hiela. Bajo el punto de vista político, el Estado tiene un gran interés en dejarnos la práctica de la mas amable y social de las virtudes; bajo el punto de vista económico, hace un escelente negocio; multiplica los socorros y los estudios, y sirve á la vez á la ciencia y á la humanidad.

—Señores—dijo el coronel,—me parece que nos apartamos mucho de la cuestion. Se nos piden veinte mil duros para mejorar nuestro hos-

picio. No podemos hacer mas que una cosa: suscribámonos y dirijamos una carta de suscricion á nuestros asociados. Yo, que no tengo hijos, doy el ejemplo y me suscribo por mil duros.

La lista pasó de mano en mano: cuando llegó á mí, hice lo que Rose, suscribirme por cincuenta duros.

—Permitidme la última observacion—dije.—Creo que compramos por diez mil duros un jardin de poca estension; ¿no os parece caro?

—Es el doble del valor verdadero—respondió la señora Hope;—pero el propietario no quiere venderlo menos.

—¡Vaya un propietario—esclamé—que antepone su conveniencia y su egoismo al interés de los pobres! Señores, es preciso espropiar; no fomentemos con nuestra debilidad una odiosa especulacion.

—Doctor Smith—dijo Brown—eso es comunismo puro.

—¡Pues qué!—esclamé;—el interés particular ¿no debe ceder ante el interés general?

—Sin duda—contestó el puritano;—pero nada es mas peligroso que las máximas irreflexivas. La propiedad no es un interés, es un derecho. El interés general es una palabra elástica y vaga que puede cubrir las pretensiones mas injustas como las mas legítimas. Antes de invocar el interés general, empecemos por definirlo.

—Nuestras leyes tienen decidida la cuestion —dijo Humbug.—No hay para nosotros mas que cuatro causas de espropiacion: un camino, una calle, un ferro-carril y un canal. Pero aunque seamos por escelencia un pueblo municipal, y la ciudad sea soberana en lo que la concierne, la propiedad es cosa tan sagrada, que antes de tocarla ha de intervenir la legislatura del Estado.

La cámara únicamente puede aprobar el trazado, y autorizar la espropiacion mediante la indemnizacion prévia. Para todo lo demas, escuela, hospicio, casa-ayuntamiento, iglesia, la ley garantiza el derecho particular contra un interés que no es mas que el de una corporacion ó de un barrio. Doctor, ¿dónde iríamos á parar con vuestro sistema? Se me desposeería de la herencia de mi padre, se me quitarían mis recuerdos, se reirían de mis afecciones, se turbaría la mas santa de las propiedades. Y todo, ¿por qué? Por construir un teatro ó una taberna. Eso no puede ser.

—¡Qué!—esclamé.—En una república donde el pueblo es el que manda, ¿osais defender las viejas máximas feudales?

—Caballero—dijo Brown,—veo que no entendeis una jota de libertad. Mientras mas democrático es un país, mas necesario es que el indivíduo sea poderoso y su propiedad sagrada. Somos un pueblo de soberanos; todo lo que se debilite el indivíduo, nos conduce á la demagogia, es decir, al desórden y á la ruina; todo lo que se fortifique al indivíduo, nos une á la democracia, reina de la razon y del Evangelio. Una nacion libre, es una nacion en que cada ciudadano es dueño absoluto de su conciencia, de su persona y de sus bienes: el dia en que en vez de hablar de nuestros derechos individuales hablemos del interés general, habrá muerto la obra de Washington: seremos muchedumbre y tendremos amo.

—Señores—dijo el coronel que se interesaba poco en nuestros debates,—se levanta la sesion. Dispensadme, se dice que hay malas noticias de la guerra, y voy á saber la verdad.

Me alegré concluir la discusion con el puritano, cuyo áspero lenguage me agradaba, pero por

mi desgracia había formado sin duda el proyecto de convertirme.

—Doctor—me dijo,—tengo un favor que pediros. Acabamos de fundar en este barrio un instituto de obreros. Habrá una biblioteca, un museo de modelos, dos salas de dibujos, cátedras públicas, gabinete de lectura, en una palabra, todo lo que constituye un club de esta especie. Los mismos obreros sufragan los gastos; pero los primeros dispendios para montar el establecimiento son considerables; la bolsa de nuestros trabajadores no es suficiente, y necesitamos diez mil duros lo menos. Para obtenerlos, vamos á dar lecturas públicas y pagadas. Everett, el clásico, nos ha prometido su concurso, lo mismo que el elocuente Sumner. Contamos tambien con el filósofo Emerson y el poeta Longfellow. Por mi parte daré una leccion, en que demostraré que, rehabilitando el trabajo y levantando al obrero, el Evangelio ha creado á la vez la riqueza y la libertad moderna. Vos no rehusareis vuestro concurso. Dos lecturas sobre la higiene de los recien nacidos por el sábio médico del hospicio de la Providencia, nos traerán todas las madres y nos valdrán lo menos cuatrocientos duros.

—¿Teneis autorizacion del gobierno?—le pregunté.

—En verdad, doctor, ireis derecho á la gloria. Al cuidar á los niños parece que os habeis convertido en uno de ellos. No podeis caminar sin andaderas. ¿Qué autorizacion hemos de necesitar para ilustrar á los hombres y hacer bien?

—¡Qué!—esclamé.—¿Podeis dar lecciones públicas y hablar de política á los obreros sin que el gobierno se mezcle en ello?

—Seguramente—dijo;—si nosotros olvidamos nuestros deberes, ahí está la ley y la jus-

ticia, con eso basta.

—No, eso no basta. El Estado no puede abandonar al primero que llega el derecho de hablar á los hombres. Esa semi-instruccion inspira al pueblo una ambicion desastrosa, y se pone en peligro el país y hasta la religion.

—Una media luz vale tanto como el oscurantismo,—dijo Brown.—Por otra parte, para encontrar la luz es preciso buscarla. Para nosotros, demócratas y cristianos, no hay mas que una cuestion de vida ó de muerte. Lo que mata las repúblicas es la ignorancia; ilustrad al pueblo si temeis el despotismo. Lo que mata la religion es la fé que no razona; ilustrad al pueblo si temeis el descreimiento. Necesitamos la luz por todas partes. ¿Creeis que nosotros los pastores somos charlatanes que vivimos del error y de la credulidad?

—Calmaos—contesté,—y no llevemos la cuestion fuera de su terreno. Convendreis conmigo en que dando á los obreros un punto de reunion, fundais un club en que serán los dueños.

—Sin duda, puesto que estarán en su casa.

—¿Y no creeis que á la primera querella que tengan con sus amos, ese club será el centro de una coalicion?

—Si los obreros quieren coaligarse, ¿quién puede impedírselo? Los que venden su trabajo tienen los mismos derechos que los que lo compran.

—Pero, señor—esclamé indignado,-estais predicando la anarquía.

—Caballero—me dijo con su brutalidad ordinaria,—hablais una lengua que no es la de América. La anarquía es la coaccion de la libertad de los demás, no la defensa de la propia libertad. Creedme, la cultura del alma es la salud de las

democracias cristianas. Dejad á los obreros que lean, se instruyan y discutan. Educadlos en el verdadero y admirable sentido de la palabra; elevadlos hasta vos, elevaos con ellos, y no tendreis que temer ni coaliciones, ni comunismo. Esas enfermedades las engendra la ignorancia, y á nosotros, doctor, corresponde curarlas. *Sursum corda*, hé aquí mi divisa.

—La acepto con mucho gusto—dije dominado por la conviccion de aquel inspirado.—Contad conmigo.

Quedé solo con Humbug y le pregunté si me acompañaba á la instalacion de Dinah.

—No trataba de faltar, doctor Paradoja—me dijo con una picaresca sonrisa;—me divertís mucho con vuestras magníficas teorías. Mientras mas os oigo, mucho mejor aprecio la grandeza de nuestras instituciones.

—Gracias por el cumplimiento—le contesté.—Es decir, que mis elogios de la centralizacion os hacen el efecto de una demostracion de la libertad *per absurdum*.

—Os veo venir—me dijo,—fanático de la unidad latina, piadoso adorador de Francia. Yo tambien amo á los franceses; pero dispénseme ese pueblo ingenioso, hace sesenta y dos años tiene un problema y no lo resuelve. Poner la libertad en una constitucion y el despotismo en la admitracion, es querer andar con los piés y los brazos amarrados; todo el talento del mundo no lo conseguiría.

—Es cierto. Pero veamos, hombre práctico, ¿qué les falta á los franceses para elevarse hasta la civilizacion de los yankees?

—Una sola cosa. En todos sus sistemas han olvidado la pieza esencial. Sus políticos se parecen á Sam el distraido.

—¿Quién es Sam el distraído?

—Era el cosario de mi pueblo—dijo Humbug. —Un muchacho muy malicioso, atrevido hasta la temeridad, económico hasta la avaricia, exacto hasta la minuciosidad, la gloria y el honor de Conneticut. Solo tenía un defecto, la falta de memoria. Un dia que había distribuido mas de cincuenta encargos á lo largo del camino, se retiraba á su casa inquieto y agitado.—«Olvido alguna cosa—decía,—pero no sé lo que se me olvida.»— Por fin llegó á su casa, y sus hijos le salieron al encuentro gritando:—«Buenos dias, papá: ¿dónde está mamá?»—«¡Dios mio!—esclamó Sam dándose una palmada en la frente;—eso es lo que me faltaba: he olvidado á mi muger.» Así son los franceses. Tomad al azar una de tantas constituciones como se han fabricado; en ella encontrareis el Estado y su derecho, el indivíduo y sus derechos; pero falta....

—¿Qué?—esclamé.

—La sociedad-contestó Humbug.-Nunca ocurrió al legislador francés la idea de que la sociedad, es decir, la asociacion bajo todas sus formas, la libre accion de los indivíduos reunidos tuviese un lugar en la vida política de la nacion. Nosotros los americanos, les damos el mas ancho espacio: el ayuntamiento, la iglesia, el hospicio, la escuela, la educacion superior, las ciencias, la literatura. Cada asociacion es para nosotros como una familia engrandecida, y elevándose de grado en grado, todas estas asociaciones parten del indivíduo para llegar al Estado. La América no es verdaderamente mas que una reunion de familias que resuelven por sí mismas sus negocios. ¿Hay algo en Francia que se parezca á esto? Allí no hay mas que una cosa: la administracion, inmenso pólipo que estiende sus ramificaciones por

todas partes, se coge á todo, lo toma todo, lo ahoga todo.

El país está dividido en dos partes: en la una está el poder con todos los recursos de una centralizacion formidable; en la otra, una multitud que obedece mas ó menos voluntariamente. El resultado son las revoluciones que se desencadenan y tambien su eterno aborto. Unas veces se debilita la autoridad, se la reduce á la impotencia, se cree engrandecer la libertad y no se llega mas que á la anarquía; otras se comete el esceso opuesto, se estrechan todas las ligaduras, se cree servir al órden y se llega á la arbitrariedad.

—¿Y cómo remediarlo, mi querido amigo? ¿Quién sabe si el carácter nacional es acaso la causa de ese mal que deploramos?

—No creo que haya pueblos nacidos para la servidumbre, sin esceptuar á los negros. No veo por lo demás que Francia haya hecho nunca mal uso de la asociacion. Gracias á la administracion que sobrenada despues de todas las revoluciones, y que se enriquece en cada naufragio, se ha negado siempre á los franceses esta tranquila libertad que regula todas las demás. Reyes durante una hora, se les ha negado desde el dia siguiente hasta la facultad de obrar y de hablar. En tales condiciones no se puede decir que la esperiencia está hecha. La soberanía no es la libertad. Con la primera, un pueblo conquista frecuentemente el derecho de perderse; con la segunda, vive, se engrandece y tiene en sus manos su fortuna y su honor. Cuando los franceses hayan ensayado gobernarse á sí mismos se les podrá condenar. Hasta entonces nadie tiene derecho á acusarles. El que haga comprender á los franceses que la centralizacion les hace siervos y que la asociacion únicamente puede emanciparlos, habrá arranca-

do para siempre el gérmen de las revoluciones y plantado por fin en esa tierra generosa el árbol que no se secará jamás. Quien tal consiga podrá seguramente gritar como Arquímedes *Eureka.*

—¡Bravo, Humbug!—esclamé;—eso se llama elocuencia. Pero, amigo mio, si fuéseis á contar tales fábulas á Francia, os silbarian como á un iluso, caso de que no os encerrasen con los sediciosos, con gran aplauso de la Atenas moderna.

—No me llamaria la atencion.—dijo; los atenienses de otros tiempos tenian un filósofo proclamado el más sábio de los hombres, y por eso se apresuraron á hacerle morir. Un ciudadano no se detiene ante obstáculos tan miserables; defiende la verdad con invencible tenacidad.

—¡Pueblo singular!—murmuré.—Entre estos tenderos, las convicciones son pasiones; mientras que entre nosotros, los franceses, pueblo héroico y teatral, son las pasiones y los intereses los que... Guardé para mí el resto de la reflexion.

CAPITULO XXVII.

LA ESCUELA.

Sin dejar de hablar llegamos á la calle Federal. Delante de nosotros, sobre un cerro que dominaba la ciudad y la campiña, se alzaba un edificio de grandioso aspecto, un torreon cuadrado, flanqueado por dos alas. A estar en un país civilizado, hubiese dicho: «Este es el cuartel de la gendarmería, ó el palacio de la prefectura;» pero en un pueblo donde no hay policía ni gobierno, era

el palacio del A B C D, la escuela. Puede juzgarse una nacion por sus monumentos.

—Y bien, doctor—me dijo Humbug,—¿cómo encontrais nuestro palacio de la juventud?

—Bastante bello en el esterior—le contesté,—pero muy descuidado. Veo en aquella puerta dos muchachos de quince años y dos muchachas de la misma edad que entran juntos; eso no es conveniente. En toda escuela bien organizada se separan los dos sexos.

—¿Dos entradas para los jóvenes que van á estudiar á la misma sala?—dijo Humbug.—¿Para qué?

—¡En la misma sala!—esclamé.—¿Es posible? Ese es el colmo de la inmoralidad.

—No veo otra inmoralidad que la de vuestra imaginacion—replicó riendo Humbug.—Nuestros jóvenes, querido doctor, son honestos; entre nosotros solo se encuentran

Vírgenes lectas puerosque castos.

—En ese caso, amigo mio, los yankees son ángeles, machos y hembras.

—Los yankees—replicó el juez—son hombres que se toman el trabajo de reflexionar y raciocinar.

—¿Y la Europa—esclamé yo,—con sus veinte siglos de esperiencia no es mas que una vieja caduca que no sabe lo que dice ni lo que hace?

—Querido doctor, los ingleses empezaron por burlarse de nosotros; hoy nos imitan. Antes de diez años no habrá en Inglaterra una sola escuela en la que no estén reunidos los dos sexos. En cuanto á los demás pueblos de Europa, su educacion ha sido clerical por tanto tiempo, que necesitarán mas de un dia para despojarse de sus preocupaciones. Nosotros no educamos monjes ni soldados, preparamos hombres para la vida co-

mun. ¿Por qué no ha de ser la escuela imágen de la familia y de la sociedad?

—¡Sois unos imprudentes! ¡jugais con fuego!

—Somos padres de familia; sabemos por esperiencia que para dulcificar el corazon, formar el carácter é inspirar ideas generosas, nada vale tanto como esa primera comunidad de trabajo y estudio.

—Separar los sexos, enseñarles desde la primera edad, que son un peligro unos para otros, turbar y escitar sus imaginaciones, y despues en el momento mas difícil, arrojar de pronto al mundo hombres ardientes y temerarios, y mugeres inquietas, tímidas y sin defensa, es el último grado de la locura. Vuestra educacion claustral es un dique que retiene y engrosa las pasiones; nuestra educacion comun acostumbra á nuestros niños á amarse como hermanos y á respetarse mútuamente.

—¿Es posible—esclamé—que no os salten á los ojos los peligros de vuestro sistema.

—Preguntad á nuestros maestros-respondió;-no encontrareis uno que no esté orgulloso de nuestras escuelas mistas. Esta invencion es el honor de América. En ninguna parte es tan grande la instruccion, ni mayor la moralidad que en nuestra querida escuela. La emulacion entre los dos sexos es un verdadero estímulo. Las jóvenes ganan en esa escuela tanto en carácter y energía, como los jóvenes en sentimiento. Ellas aprenden á conocernos, y entre nosotros, querido Daniel, no somos peligrosos sino mientras no se nos conoce. Respetadas las jóvenes se respetan á sí mismas; libres conquistan el puesto que les pertenece, y por ejemplo, en los juegos, su natural prudencia las separa de sus compañeros. En cuanto á los jóvenes, estos adquieren en nuestras escuelas esa

delicadeza de sentimientos, esa política caballeresca que solo puede dar el trato de las mugeres. ¿Hay algo mas feroz y brutal que el escolar inglés, abandonado á sí mismo y á la tiranía de sus compañeros mayores? ¿Habeis leido *Tom Brown*? eso avergüenza á la civilizacion. Mejor querria vivir entre las pieles-rojas que entre los escolares de Eton ó de Rugby. Entre nosotros, por el contrario, todos los jóvenes crecen juntos; á los diez y seis y á los veinte años son tan sencillas sus relaciones y tan fraternales como cuando se sentaban en los mismos bancos. Mas de un matrimonio se verifica entre antiguos compañeros de escuela, porque la amistad y estimacion produce el amor y le sobrevive. La Europa, vuestro ídolo, ¿ha imaginado algo tan cristiano y tan perfecto?

—Eso es un sueño.

—Entrad, incrédulo. Vereis que ese sueño es una realidad.

—Una palabra aun—le dige.—Dónde encontrais hombres capaces de educar esas falanges celestes? ¿Cuál es el maestro que puede á la vez animar la timidez de las jóvenes y dulcificar la turbulencia de los jóvenes?

—Entrad—respondió Humbug,—vereis en sus tareas á Dinah, vuestra protegida, y tal vez á vuestra querida Susana.

—Estais loco—esclamé, golpeando el suelo con el baston:—¿confiais á una muger de veinte años hombres que ya tienen barbas? ¡Buen general para semejante ejército!

—Otra preocupacion del viejo mundo, querido doctor. En un jóven que ama á su madre y á su hermana, nada hay tan natural como respetar á la muger; por el contrario, no lo seria obedecer á un maestro que amenaza y castiga. La fuerza hace poca mella en el corazon del jóven; pero no

tiene defensa contra la dulzura y el cariño. En este punto desmiente tambien la esperiencia á la antigua sabiduría, que no es otra cosa que un viejo error. Nosotros tenemos maestros que no ceden á nadie; pero nuestros instructores mas entendidos fracasan frecuentemente allí mismo donde una jóven yankee hace maravillas. La niñez pertenece á la muger; es una ley natural que tenemos el mérito de conocer y aplicar.

—Amen—respondí encogiéndome de hombros; —vamos á admirar á esos tímidos corderos y á esas dóciles ovejas, guiados por una pastora tan tímida como su rebaño.

De mal humor entré en la espaciosa sala, y confesaré que apenas puse el pié en el santuario quedé encantado.

Encontrábame en una grande habitacion en la que entraba el aire por anchas ventanas; las paredes sumamente limpias, estaban cubiertas de trecho en trecho con cuadros de historia natural, ó de figuras de física y de geometría. Cada niño tenía un pupitre, aislado por cuatro pasadizos que se cruzaban en derredor de él. Sentado delante de aquella mesita, que brillaba como espejo, solo, sin vecino, el escolar es su propio maestro; si es distraido, si no trabaja, tanto peor para él. El profesor, colocado sobre una plataforma vigila aquellas largas filas de pupitres. Vigilancia poco necesaria en un pueblo ambicioso, en el que cada cual quiere instruirse para llegar á la fortuna y al poder. Los vicios de los americanos les sirven mas que á nosotros nuestras virtudes.

Dinah estaba en una pieza inmediata. La maestra de la sala grande era Susana. En aquel momento mi señora hija esplicaba geometría á siete ú ocho zagalones, que debo hacerles justi-

cia, escuchaban como buenos niños á su amable profesora.

—Venid, querido padre—dijo Susana, muy contenta,—tomad ese lápiz, demostradnos las propiedades del cuadrado de la hipotenusa.

Difícil me hubiera sido hacer una demostracion.

Dejé, pues, á Susana que trazara en la pizarra el triángulo rectángulo A B C, elevar sobre cada lado un cuadrado, etc., etc., y escapé para que mi hija no tuviese que avergonzarse de la ignorancia paternal.

En una de las salitas (había ocho lo menos) Dinah preguntaba sobre los rios y riachuelos de Francia á niños de nueve á diez años. Su memoria y conocimientos me asombraron. Si á mí, que soy francés. me hubiesen preguntado sobre los rios de América, no hubiese podido ofrecer en cambio mas que el Mississipí, el Hudson y el Potomac, únicas corrientes de que había oido hablar en la escuela. Es verdad que la América no nos toca de cerca, mientras que la Francia, reina de las ciencias y las artes, debe interesar prodigiosamente á los americanos. ¡Esta es la admiracion de los bárbaros hácia la civilizacion!

Despues de la geografía vino la lectura en alta voz y la declamacion. Un hombrecito de nueve años se levantó, y sin timidez ni descaro, nos recitó uno de los pasages mas poéticos del *Hiawatha*, de Longfellow. Aunque el jóven hablaba en tono nasal, vicio comun en América, nos recitó aquel trozo con bastante precision y verdadero sentimiento; hay actores célebres que nunca se han elevado tanto.

Despues de la poesía llegó su vez á la elocuencia. Un niño, de espresivos ojos, se levantó, y con

animada voz, entonó un himno á la gloria de América.

—Querido amigo—dije á Humbug:—entre todas las virtudes que enseñais á vuestros santitos, ¿contais la modestia?

—Un poco de indulgencia, doctor—respondió con embarazo.—Al educar á los niños no es malo exaltar algo el patriotismo. Este es el medio para que despues no se sobreponga el egoismo. Confieso, en último caso, que la vanidad es nuestro lado débil; nuestros prodigiosos adelantos nos enloquecen y nos hacen cometer mas de una falta. Pero que nos arroje la primera piedra el que no haya pecado. Es cosa convenida, que por derecho de nacimiento, John Bull es el rey de los mares; y estoy seguro de que en Francia se repite en todos los tonos á la juventud que los franceses son el primer pueblo de la tierra, y que el mundo solo tiene ojos para admirarles.

—¡Qué diferencia!—esclamé.—¡Francia es Francia!

—Y América es América—replicó riendo.—Todos los cristianos están imbuidos de igual locura; no hay necedad á que no se pueda arrastrar á un pueblo, gritándole con aplomo: ¡Ingleses, robad esa provincia, sois ingleses! ¡Franceses, batíos con razon ó sin ella, sois franceses! ¡Americanos, sed insolentes con Europa, sois americanos! El orgullo nacional es el capote que se echa al toro nacional, cuando se le quiere hacer humillar la cabeza.

En aquel momento sonó el reloj: era la hora de recreo. Pasé á los jardines y encontré á Naaman, jefe de nueva milicia. Trescientos ó cuatrocientos niños estaban formados en columna; los varones á un lado y las niñas á otro. Abrieron una vidriera que daba al patio, colocaron un

piano en ella, y Susana y Dinah se pusieron á tocar á cuatro manos la marcha de Oberon. En seguida abrierónse en órden las columnas, saltando, corriendo, parándose á compás, y enlazando la cadena con admirable precision. Era aquello una mezcla de baile y gimnasia agradable á la vista: movimientos nobles, atrevidos y graciosos á la vez. ¿No era así como ejercitaban los griegos á la juventud? Por primera vez comprendí por qué contaba Platon la danza y la música entre los deberes de los ciudadanos. Estaba encantado, y á no ser por un resto de vergüenza y mi barba grís, hubiese tomado parte en aquel baile militar. ¿Por qué no había de danzar con los niños? Los espartanos lo hacían.

—Amigo—dije á Naaman,—esto es encantador; mi corazon se rejuvenece con este espectáculo; pero sacadme de una duda. ¿Dónde estoy? ¿A dónde me han traido? Esta elegante casa, estas mesas de refinado lujo, estos libros tan bien encuadernados, todo esto pertenece sin duda á alguna escuela particular, en la que solo se recibe á los niños ricos. ¿Quién es el director de este hermoso establecimiento?

—Siempre bromista, doctor—dijo el jóven.—Estais en la escuela primaria de la duodécima circunscripcion, tercer barrio. Tenemos ochenta casas de esta clase en nuestra buena ciudad de París, y os aseguro que no bastan.

—Muy bien; pero ¿cómo pueden sufragar los hijos de los pobres los gastos de esta costosa enseñanza?

—¿De dónde venís?—esclamó Naaman.—¿No sabeis que la educacion es gratuita? ¿No habeis mirado nunca vuestro recibo de contribuciones? Nosotros somos hijos de aquellos puritanos que, apenas desembarcados sobre la árida roca de Ply-

mouth, abrieron escuelas para combatir á Satán, que es el verdadero nombre de la ignorancia. Lo diabólico en nosotros es la carne; lo divino, es el espíritu. La escuela es nuestra pasion y nuestra debilidad, por eso es el artículo mas pesado de nuestro presupuesto, lo mismo que la guerra ó la marina en los pueblos civilizados. Aquí, en nuestro Massachusetts, el gasto de las escuelas viene á ser la cuarta parte de los gastos generales; en el pequeño Estado del Maine forma la tercera parte; lo que vendría á ser en Francia un presupuesto de cuatrocientos ó quinientos millones.

—¡Gran Dios!—pensé yo;—si estos hombres no son locos, ¿qué somos nosotros?—Decidme, señor Naaman, ¿quién vota estos gastos y cómo se administran vuestras escuelas?

—El voto es comunal; el conjunto de habitantes forma la cifra del impuesto; tal vez sea el único que aumenta siempre con aplauso de los que le pagan. En este asunto no hay partidos en América; todas las comuniones, todas las opiniones rivalizan para hacer de nuestras escuelas los establecimientos mas ricos y mejor dotados del país.

—Y naturalmente-dije-cada comunion querrá dominar en ellas.

—No; ninguna influencia de iglesia penetra estos muros. Las lecciones comienzan con la oracion dominical y lectura de la Biblia; pero no la acompaña ninguna reflexion. La enseñanza es cristiana por el espíritu de nuestros maestros; no es católica ni protestante. Aquí damos á los niños medios de investigar la verdad, les armamos contra la ignorancia, les preparamos á combatir en buena lid; la enseñanza dogmática está reservada á la iglesia y á las escuelas dominicales. De esta manera evitamos turbar las conciencias, y acostumbramos á los niños á considerarse como her-

manos en Cristo.

—¿Pero quién os responde de los maestros?

—La junta de educacion, junta libremente elegida por todos los ciudadanos de la misma municipalidad, y que sobre ella tiene la junta central del Estado. En estas asambleas están reunidos los hombres eminentes del país. Es un honor ser nombrado para vigilar la educacion.

—¿Es posible?

—¿Qué hay de asombroso en esto? ¿Creeis que en un país como el nuestro estamos en el caso de preguntarnos qué es lo que forma la prosperidad y grandeza de las naciones? En una república, en un Estado donde el pueblo es soberano, es preciso vencer la ignorancia ó ser muerto por ella; no hay medio. Para educar un pueblo que cree en la verdad y la ama, nuestros políticos solo han encontrado un medio: ilustrarle, hacer del último ciudadano un hombre bastante instruido para que no le engañen, y bastante prudente para poderse gobernar por sí mismo.

—¿Y habeis resuelto el problema?

—Sí; el problema quedó resuelto el dia en que tuvimos buenas escuelas y completamente gratuitas. Cuando la comunidad lo da todo, hasta los libros, el papel y las plumas, ¿quién sería bastante loco ó bastante malvado para no aprovechar la munificencia nacional y para condenar á sus hijos á la ignorancia y á la miseria?

—Creo que la educacion será obligatoria.

—Hemos rechazado toda obligacion. No porque hayamos dudado de nuestro derecho, sino porque no hemos querido unir á un beneficio una idea odiosa. La multa y la prision harían odiar nuestras escuelas; dejamos estas durezas para los gobiernos que dan mas valor á la obediencia que al amor de los ciudadanos. Nuestras escuelas,

abiertas á todos los niños hasta la edad de diez y seis años, seducen y atraen hasta los mas rebeldes. En Nueva-Inglaterra no encontrareis un ciudadano, nacido en el país, que no haya recibido nuestra instruccion.

—¡Bravo! hé ahí lo que mas honra á los cristianos de América.

—La política tiene tanta influencia en esto como la religion—replicó;—hemos conseguido un resultado que sorprende á los modernos. Por la perfeccion de las escuelas, hemos establecido, sin saberlo, la educacion comun, tan apreciada en la antigüedad. Nuestra enseñanza es bastante elevada para preparar al hijo del rico á entrar en el colegio; bastante sencilla para no asustar al hijo del pobre, y bastante sólida para ponerle en estado de mantener su puesto en la sociedad sin tener que avergonzarse por su ignorancia. Aquí viene toda la juventud á aprender á leer, escribir, aritmética, geometría y dibujo; añadimos nociones de geografía, de historia, de física y de química, y no tememos hablar á estos niños de moral y de política. Les esplicamos la constitucion de su país, porque son ciudadanos. Gracias á la riqueza y solidez de nuestras lecciones, el hijo del millonario viene á instruirse al lado del hijo del obrero irlandés. Allá abajo veo á una hija de Green que juega con las de una pobre frutera de la calle de los Nogales. Aquí es donde reina la verdadera igualdad, la igualdad superior, la igualdad que eleva; aquí es donde se fomenta el patriotismo y el amor á la libertad. Formar una generacion es formar un pueblo; esta es nuestra divisa, esto es lo que hace á nuestras escuelas un lugar querido y sagrado para todos.

—Todo eso es bueno; pero perdonad mi último escrúpulo. Cuando habeis instruido á los hijos

del pueblo, ¿no temeis haberles inspirado una ambicion funesta? ¿No arrojais á la sociedad hombres descontentos de su suerte, no les habeis dado deseos y necesidades superiores á su condicion?

—Esa es una antigua objecion que hace mucho tiempo no tiene eco en América. Si abandonáramos ciertos jóvenes al salir de este recinto, serían fundados vuestros temores; pero pensad que nuestra sociedad y nuestro gobierno son escuelas que no se cierran jamás. Por una parte, todos nuestros hombres ilustrados se honran y tienen gusto en instruir á los ciudadanos. Ved nuestras paredes cubiertas de anuncios; no hay noche en que no se dé alguna lectura política, literaria ó científica. La luz nos inunda, es preciso ser dos veces ciego para permanecer ignorante. Añadid á esto la vida política, que remueve todas las ideas y fecundiza las almas. Poned en primer lugar la prensa, es decir, la palabra pública que no enmudece jamás. No hay una iglesia, asociaciones, cuerpo ó indivíduo, que no tenga su periódico, hasta los niños le tienen; el *Child's Paper*, fundado hace cuatro años, cuenta ya trescientos mil lectores, de los que el mayor no pasa de quince años. ¿Quién resistiría á esta marea ascendente? ¿Quién no sería arrastrado por esta oleada de la civilizacion que impulsa á la humanidad hácia un porvenir mejor?

—¿Es decir, que sois un pueblo de sábios?

—No—contestó sonriendo.—La erudicion como las artes son el lujo de las naciones antiguas, y no le poseemos aun. Somos recien venidos y tal vez necesitaremos mas de un siglo antes de tener esos ócios que permiten una altura desinteresada; pero me atreveré á decir que somos el pueblo menos ignorante que alumbra el sol. Mirad en derredor vuestro; aquí no hay campesinos, sino

labradores; aquí no hay operarios, sino artesanos. Cuando sale de su taller, el obrero se pone una levita y va á escuchar una lectura sobre Washington ó sobre los nuevos descubrimientos de Livigstone, en Africa. Su vecino, el joyero, irá á trabajar á una escuela de dibujo ó seguirá un curso de química. A pesar de sus ennegrecidas manos, los dos son *gentlemen*; aman los placeres del espíritu tanto como podeis amarlos vos mismo. Id al Oeste, entrad en cualquier *log-house* (1) perdido en el fondo de los bosques; os recibirá la muger del campesino y la vereis amasando pan ó batiendo leche. Esperad la noche, y esa misma muger se pondrá al piano, hablará con vos de política, de moral y quizá de metafísica. La lectura del *Cocinero perfecto*, no la impide apreciar á Emerson y gustar de Canning. No damos á todos la riqueza material, aunque el bienestar no sea mas fácil de adquirir en América que en cualquier otro país; pero ofrecemos á todos esa riqueza que no teme el óxido ni los ladrones; ponemos al alcance del mas pobre esos goces intelectuales que en toda edad y condicion son fuerza y consuelo. Haciendo esto, creemos cumplir la palabra del divino Maestro, y llevar los hombres hácia Dios, cultivando su talento y su corazon.

Miraba á este jóven con una emocion que no podía dominar. Jamás había visto brillar sobre rostro humano tanto entusiasmo y tanta fé. Para Naaman la ciencia y la religion eran el doble nombre de la verdad.

—Amigo—esclamé,—me habeis vencido. Héme aquí como San Pablo en el camino de Damasco, cegado por la luz y oyendo la voz que me gri-

(1) Especie de casa construida con troncos; primera morada del campesino americano.

ta: *Es duro dar coces contra el aguijon.* Me rindo, mis ojos se abren; veo y admiro la grandeza de este país. ¡Qué vida tan intensa! El corazon, el pensamiento, todo está en accion, sin impedimento, sin barrera. El hombre es dueño de sus destinos, y tiene su felicidad y su virtud entre sus manos. Aquí no hay mentira oficial; solo la verdad reina. Aquí no hay preocupaciones ni trabas, resonando por todas partes el grito de un pueblo ébrio de esperanza. Adelante, adelante hácia un mundo en que será curada la miseria y abatida la fuerza, hácia un mundo en que reinará el espíritu. Me enorgullece ser ciudadano de este bello país. ¡Viva la libertad! ¡Vivan los Estados-Unidos! ¡Viva la gran república!

Cubrió mi voz un redoble de tambor seguido de los ecos sonoros de una charanga. Dos zuavos entraron en la escuela. El uno corrió hácia Susana, y la cogió tiernamente la mano: era Alfredo; el otro me abrazó: era mi hijo Enrique.

—Padre—me dijo,—los del Sur han atravesado el Potomac; Washington está amenazada: se están movilizando nuestras milicias, y se llama á los voluntarios: esta tarde partimos. Venid pronto, mi madre os espera.

CAPITULO XXVIII.

LA PARTIDA DE LOS VOLUNTARIOS.

Seguido de mis hijos salí de aquel apacible retiro, en el que al fin había descubierto el secreto de la grandeza americana. La ciudad había cam-

biado de aspecto. En todas las ventanas el estandarte federal ondeaba, dando al viento sus bandas rojas y azules y sus treinta y cuatro estrellas como muda manifestacion en favor de la Union. De trecho en trecho, un inmenso cartel anunciaba el desastre del ejército federal y llamaba á los ciudadanos al socorro de la patria en peligro. Batallones armados pasaban por las calles al son de trompetas y tambores. Las iglesias estaban llenas de voluntarios que invocaban al Dios de sus padres antes de marchar al combate. Por todas partes se mezclaban los cantos de guerra á los himnos religiosos; padres, madres, hermanas, acompañaban á los jóvenes milicianos animándoles. Estrechábanse las manos, lloraban, se abrazaban y levantaban los brazos al cielo. ¡Aquello era el fervor de una cruzada!

Como parisien he vivido y crecido entre las conmociones de la guera civil, cuyos recuerdos me entristecen; pero allí, en aquel entusiasmo que impulsaba á todo un pueblo á las armas, había algo tan noble y grande, que me sentía exaltado. No me asustaban los peligros que afrontaban Enrique y Alfredo; una voz secreta me impulsaba á partir con ellos. ¿No tenía yo tambien un hogar y una familia que defender? La América, en donde poseía aquellos bienes tan queridos, ¿no era mi patria?

En mi puerta encontré un regimiento de zuavos, formado por los voluntarios del barrio. Habían montado en un caballo blanco al viejo coronel Saint-John. Al lado del coronel, Rose, con insignias de capitan, marchaba acompañado por sus ocho hijos y cuatro hermosos jóvenes, hijos de Green. Fox, convertido en teniente, estaba en medio de un grupo perorando, gesticulando y no respirando mas que sangre y fuego. Su plan-

ta no armonizaba bien con el uniforme; pero hablaba con tanto fuego, que le encontré aspecto marcial. Había en él algo mas que un soldado de profesion: era un ciudadano decidido á morir por su país.

—Vecino—me dijo Rose,—contamos con vos; los viejos debemos dar ejemplo. Necesitamos un cirujano para nuestro regimiento, y os hemos nombrado por unanimidad; solo nos falta vuestro consentimiento.

—Y lo teneis—esclamé;—sí, amigos mios, parto con vosotros; allí estaremos para velar por estos jóvenes, y en caso necesario haremos fuego con ellos. ¡Viva la Union! ¡Viva la patria!

Todas las filas repitieron este grito, al que se mezcló el de ¡viva Daniel! ¡viva el mayor! Sentíme conmovido por las aclamaciones de aquella valiente juventud, y entré en casa con la frente levantada y los ojos brillantes. En mi alma se despertaba una vida nueva: ¡Era feliz!

Jenny se arrojó á mis brazos llorando, pero no trató de debilitar mi valor. Parecíale natural que el padre acompañara á sus hijos, y que únicamente quedaran en casa las mugeres. Susana no se mostraba menos resuelta; por su palidez podía comprenderse que estaba profundamente conmovida; sus lábios rogaban y sus ojos miraban al cielo; pero no dijo una palabra que pudiera turbar á Alfredo.

Pocas horas bastaron para que me procurara un uniforme de cirujano; Rose me regaló un escelente estuche; compré un rowolver, un sable y un caballo, y á las tres estaba ya dispuesto; aquella misma noche partimos.

Hasta entonces no había reflexionado; el ardor francées me había arrebatado. Pero en el momento de abandonar aquella casa en la que ha-

bía pasado dias tan felices, esperimenté no sé qué tristeza; parecíame que no volvería mas. Y si volvía, ¿traería conmigo á mi Enrique y á aquel Alfredo á quien empezaba á amar como á un hijo?

Desechaba estos tristes pensamientos que volvían incesantemente al asalto, cuando entró el viejo coronel. Su presencia me hizo mucho bien; era uno de esos valientes soldados, pródigos de su sangre y avaro de la de otros; no podíamos tener gefe mas honrado y seguro.

—Coronel—le dije despues de recibir sus felicitaciones,—hénos solos; puedo hablaros con franqueza; ¿qué valor dais, decidme, á estas recientes levas? Cosa hermosa es el entusiasmo; pero, ¿qué supone al lado del ejercicio y la disciplina? A pesar del valor de esos jóvenes, los batallones que forman se desorganizan á la primera descarga.

—Paciencia, mayor—respondió el veterano. —Soy menos severo que vos, y sin embargo, he hecho la guerra durante toda mi vida. Dos meses pasados detrás de los fuertes de Washington trasformarán esos voluntarios en soldados. Mucho es sin duda la disciplina; pero este es un oficio al alcance del mas ignorante. Lo que no se dá es el corazon, la fé y el amor á la patria. Este es el supremo resorte, digan lo que quieran los que arrastran sable. Para manejar la bayoneta se necesita un brazo hábil y vigoroso; pero el alma es la que dá fuerza al brazo. Algunos años de guerra y sufrimiento bastan para formar la educacion de un pueblo, y para poner á los enemigos en igual estado. Solo queda entonces la energía moral; esta es la que sobrevive; por eso los mejores ejércitos son los de ciudadanos.

—Escuchadme, coronel; creía que nada valía tanto como los soldados viejos.

—Es un error—dijo Saint-John.—Para una

revista ó parada, es posible; en la guerra es otra cosa. Buenos cuadros, soldados jóvenes y generales viejos, esto es lo que se necesita. Para marchar, obedecer, arrostrar el peligro, ir á la muerte sonriendo, no hay nadie como los jóvenes. En la vieja Europa se tienen otras ideas; allí reina aun la preocupacion y fanatismo por la fuerza bruta. Aquí nos ha ilustrado la civilizacion. Indudablemente la victoria pertenecerá siempre al general que, en el momento decisivo, arroje sobre un punto dado mayor número de batallones. Pero en condiciones iguales, un soldado jóven y patriota, vale mas que un mercenario envejecido en el oficio. Ved la guerra de Crimea; es indudable que los veteranos rusos é ingleses se batieron bien; pero, ¿á quién pertenece la corona sino á los reclutas franceses, heróicos jóvenes que acababan de soltar el arado, campesinos la víspera y ciudadanos al dia siguiente? Ved ahí nuestro modelo.

—No teneis generales—le dije;—vuestro país es una tierra pacífica que, hasta hoy, ha producido mas labradores y comerciantes que Césares.

—Descuidad; tendreis generales y mas de los que querais. La guerra es como la caza, un oficio en el que algunos sobresalen desde el primer dia. Alguno que hoy es herrero, mecánico, abogado ó médico, mañana sobre el terreno se despertará general. El hombre tiene instintos cazadores y sanguinarios que comprime la paz, pero que no llega á estinguir. Viene la guerra, y aparecen los héroes.

—Verdaderamente, coronel—le dije,—hablais de la guerra con poco respeto.

El sonido de las cornetas nos anunció la hora de despedida. Bajé llevando de la mano á Enrique y Alfredo; Jenny nos abrazó á los tres con el valor de una esposa y madre cristiana; Susana, si-

lenciosa y agitada, nos dió á cada uno una Bíblia que no debíamos abandonar; y Marta, que había preparado un sermon profético, á la primera palabra lanzó un sollozo terrible, y cogiendo á Enrique en los brazos, cual si fuera un niño, le inundó de lágrimas y besos. La estreché la mano y me abrazó; medio estrangulado pude montar á caballo.

En el mismo momento llegó Zambo con un equipo ridículo: cinturon encarnado y azul, sombrero con plumas, y un sable que arrastraba por las losas.

—Amo—gritó,—lléveme, soy un valiente. Si tengo la piel negra, mi sangre es roja. Si no me matan antes de la victoria, les surraré á todos.

Con trabajo pude desembarazarme del pobre mozo. Hícele las reflexiones mas prudentes para demostrarle que su valor era ridículo. ¡Palabras inútiles! Zambo tenía el ángulo facial demasiado agudo para comprender los grandes descubrimientos de nuestros génios. El pobre diablo se creía hombre, cristiano, ciudadano, ¡y tenía negra la piel! Ya era tiempo de terminar aquella triste comedia; se habian formado las filas, los tambores redoblaban y partimos.

Mientras estuve cerca de casa, no me atreví á mirarla; tenía los ojos arrasados de lágrimas, y no quería que rodasen por mis mejillas; pero en la esquina de la calle volví la cabeza: las tres mugeres agitaban sus pañuelos, siguiéndonos con la vista. Mi corazon palpitaba con fuerza.

—¡Oh, Dios mio!—esclamé;—á tí confió cuanto amo.—Por primera vez lloraba, oraba y me sentia consolado.

A las cuatro estábamos formados en batalla en la plaza de la Alcaldía. Green nos pasó revista y nos habló de la patria con una emo-

cion que llegaba á la elocuencia.

Nuestras aclamaciones cubrieron su voz y en seguida volvimos á guardar silencio. Tal vez era yo el único del regimiento que estaba agitado. ¡Cosa estraña! se me hacía tarde para entrar en fuego. En un momento de reposo, pasé por delante de mis compañeros, riendo, hablando, gesticulando y teniendo una palabra para cada soldado; bromeaba con los que estaban conmovidos, animaba á los que procuraban sonreir y prometía á todos mi socorro en el momento del peligro; sentía ya la fiebre del combate.

Humbug, que se me había reunido en la plaza, me miraba con asombro.

—¡Qué hombre tan particular sois, doctor!—me dijo suspirando.—Admiro vuestro buen humor y vuestra alegría. Antes tímido ciudadano y ahora atrevido soldado. ¿Sois irlandés? ¿Teneis en las venas la sangre

Non paventis funera Galliæ?

Nosotros los sajones llevamos al campo de batalla

Devota morti pectora liberæ;

pero no tenemos esa gracia, esa alegría, ni esa bravura. Al veros, parece que el combate es una fiesta y el peligro un placer. Infundís deseos de morir al que mas miedo tenga á la muerte.

Un redoble de tambores cubrió mi respuesta. Humbug me abrazó tiernamente y me dijo en latin que era la mitad de su alma; un momento despues me había separado de mi viejo amigo, y para siempre.

La noche era hermosa; la luna, brillando desde muy temprano, iluminaba á lo lejos las praderas esmaltadas de álamos y sáuces; en el horizonte corrían las argentinas aguas de un rio; había cierto encanto en dejarse llevar por el caballo y abandonarse á la meditacion en medio de aquella

hermosa campiña. Hacía algun tiempo que me abandonaba al placer de soñar con los ojos abiertos, cuando dos ginetes se colocaron á mis lados. Levanté la cabeza, y con gran sorpresa ví al sombrío Brown y al amable Truth.

—¿Qué haceis aquí?—esclamé.—¿Qué quiere decir ese gran sombrero, esa manta cruzada y ese sable al costado? Ese traje no es de soldado ni de pastor.

—Doctor—dijo el puritano,—la guerra es una enfermedad cruel; el alma peligra tanto en ella como el cuerpo; vos cuidais al uno, nosotros á la otra.

—Mucho me agrada teneros por compañero—le respondí;—pero la tarea es ruda. Un cirujano se acostumbra á ella; la ternura es mal desconocido en él; para que no tiemble la mano es necesario que calle el corazon; pero vos, Truth, ¿cómo resistireis á los gritos de los heridos, á la desesperacion de los moribundos?

—Es un deber—dijo:—Dios me dará fuerzas mientras juzgue útiles ó necesarios mi servicios. Pertenezco al Señor.

La jornada no fué larga: á las ocho nos detuvimos. El coronel había querido enseñarnos á marchar; la leccion no era inútil, el regimiento parecía un rebaño de carneros espantados. Sin embargo, el valiente Saint-John felicitó á todos los novicios, les acostumbró á mirarle como padre y á tener confianza en él.

—Mayor—me dijo,—no os riais. Antes de un mes valdremos tanto como los prusianos. Cuando un hombre se cree soldado, lo es ya por mitad; ya vereis lo que es un ejército de ciudadanos.

Establecimos el vivac en medio de los campos. Encendidas las hogueras y atados los caballos á estacas, cenamos con apetito con las provisiones

que cada uno llevaba. Para los reclutas aquella cena al aire libre era una verdadera fiesta; la guerra no les había hecho aun echar de menos el bienestar del hogar.

Terminada la cena, que no fué larga, los soldados, en vez de reir y gritar, se sentaron en silencio sobre las mantas para escuchar á los ministros. Nuestro estado mayor formó círculo; Truth se colocó en el centro, y abriendo la Biblia leyó con voz inspirada el himno que canta David cuando le libró Dios de manos de sus enemigos.

Mientras Truth recitaba aquella poesía, miré en mi derredor. Todos los oficiales escuchaban rogando; sus ojos brillaban de entusiasmo y fé. Las últimas llamas de las hogueras, próximas á estinguirse, iluminaban sus rostros, dándoles no sé qué misterioso brillo. Creíame en pleno siglo diez y seis y trasportado á un campo de Cabezas-Redondas. ¡Y este es el pueblo, pensaba yo; este es el pueblo al que vuestros periódicos de París niegan todo patriotismo y religion! No; la tiranía militar no se establecerá jamás sobre esta tierra generosa; este suelo fecundado por los puritanos, solo puede producir libertad.

Terminada la lectura estreché la mano á Truth, y aprovechando mi privilegio, recorrí todas las compañías buscando á mi hijo y á Alfredo. Encontréles acostados en el suelo, envueltos en sus mantas y hablando en voz baja. ¿De qué hablaban? Ya lo sabía.

—Hijos—les dije,—el soldado no debe desperdiciar sus fuerzas; y la primera condicion es dormir. Dejadme espacio entre los dos y soñad con los ojos cerrados.

Dicho esto, abracé tiernamente á mis dos hijos, me envolví cuidadosamente en la manta, me

calé el capuchon y me dormí tan tranquilo como si estuviera en mi casa.

CAPITULO XXIX.

VIAJE DE RECREO.

En mi apacible sueño, tuve una vision. Un hombre, ó mejor dicho, un fantasma, de ojo burlon, arrugada frente, estaba sentado sobre mí y me sofocaba. Reconocí á Jonathan Deam.

—Y bien, doctor—me dijo con voz cascada;—ya no dudareis del magnetismo y sus milagros; en ocho dias os habeis convertido en yankee.

—Sí, sí—murmuré,—y estoy orgulloso de ello. Tengo una esposa é hijos segun mi corazon; tengo una pátria que amar, una libertad que servir y defender; soy dueño de mi vida, creo en el Evangelio, soy feliz; si esto es un sueño, no me despertéis por piedad.

—¡Bravo!—esclamó la voz; estoy vengado. Ahora en marcha para Francia; ¡á París!

Sentí una mano que levantaba mi manta y se deslizaba bajo el capuchon. Quise gritar, pero fué inútil; estaba magnetizado. Un brazo invisible me cogió por el único mechon de cabellos de mi calva frente y me arrastró por los aires con espantosa rapidez.

Aun no me había repuesto del susto, cuando me encontré volando como un pájaro y dando vueltas sobre mi casa. El traidor que me había quitado la palabra y que continuaba teniéndome suspendido, me hizo bajar hasta la ventana de la

habitacion de trabajo. En aquella estancia ví reunidas alrededor de un velador á mi Jenny, mi Susana y Marta; el pobre Zambo estaba sentado en el suelo y sollozaba en un rincon. Susana leía con voz entrecortada el Evangelio; Jenny y Marta rasgaban lienzos y hacían hilas.

Mi corazon las llamó y las bendijo. Jenny levantó en seguida la cabeza.

—Susana,—dijo temblando,—me parece que oigo á tu padre; estoy segura de que en este momento piensa en nosotras.

—Es estraño, mamá—respondió Susana;-tengo el mismo presentimiento.

—Efecto del magnetismo—murmuró Jonathan riendo de siniestro modo. ¿Qué decís de este esperimento, sábio doctor?

—¡Dios mio!—dijo Jenny levantándose.—Vos que me habeis dado á Daniel, y que me habeis dicho que le ame, protegedle; yo os lo ruego. Apartad de él y de mis hijos los peligros y la muerte. Pero ante todo, Señor, cúmplase vuestra voluntad, y bendito sea vuestro nombre.

—Amen—dijo Susana.—Amen—díjo Marta;—y las tres empezaron á llorar, mientras Zambo se metía un pañuelo en la boca para ahogar sus sollozos.

Por segunda vez fuí lanzado en el espacio y arrastrado por irresistible fuerza. En un instante desapareció á mis ojos la gran ciudad con sus vacilantes luces; despues de la ciudad se desvanecieron los campos, los prados, los bosques, la tierra; solo oía el soplo del viento y los gemidos de las aguas. Veía en el fondo de un abismo las olas que temblaban á la pálida luz de la luna; estaba diez mil piés sobre el Océano.

—Hablemos ahora—dijo el hechicero, que volaba sobre mí como águila que lleva una paloma

entre las garras.—Doctor Lefebvre, os devuelvo la palabra; tendría mucho gusto en gozar de vuestra amable conversacion.

—¡Mónstruo!—esclamé;—¿por cuánto tiempo he de ser tu víctima.

—Amigo mio—respondió,—sois impolítico criticando á un hombre á quien solamente habeis visto dos veces; me bastaría abrir los dedos para precipitaros en las olas, y no creo que la gendarmería francesa, á pesar de su vigilancia, pudiera socorreros aquí. Procurad por lo tanto ser gracioso y divertidme. Estoy cansado, he perdido mucho fluido, y me es difícil andar mas de cien leguas por hora; no llegaremos á París hasta mañana al amanecer. Nos queda una noche entera, el tiempo es bueno, el camino agradable, seamos amigos y hablemos.

Estando en las nubes, ¿de qué se puede hablar sino de metafísica?

—Señor Jonathan—dije con voz mas respetuosa,—¿creeis en Dios?

—Dios—esclamó con tono de profesor y como si repitiera una leccion.—Dios es una palabra vieja; es la personalizacion de la idealidad.

—Hablad en francés—esclamé.

—Sea—dijo;—Dios es la idealizacion en la personalidad.

—Si ese es vuestro francés, señor hechicero, habladme en griego por piedad.

—Pues bien—dijo con gracioso tono.—Dios es la categoría del ideal y no otra cosa.

—No comprendo—le dije.

—Porque no sabeis aleman—respondió.—La filosofía es una lengua mística que nos viene del otro lado del Rhin. He visto muchos sábios que la han hablado por espacio de veinte años sin comprenderla, y que no por esto han sido me-

nos aplaudidos.

—Esplicadme vuestro sistima—repliqué con forzada dulzura.—Sois un grande hombre, un génio, tendría mucho gusto en instruirme en vuestra escuela.

—Soy discípulo de Spinosa; pero he avanzado mas que mi maestro. En el mundo no hay materia ni espíritu; solamente un conjunto de fuerzas organizadas que se dividen hasta lo infinito. La vida y la muerte son fenómenos sin importancia; el indivíduo desaparece, la especie queda: esto es lo esencial. Poco importa que se desgaste la rueda, si continúa girando. Este es mi sistema; con él se acepta todo.

—Y no se esplica nada—esclamé.—¿Quién ha creado esas fuerzas?

—Desatino, doctor—respondió el hechicero.—Crear sería turbar el órden universal y fatal de las cosas; jamás ha habido creacion. Suponer un principio, es suponer una voluntad; esto destruiría todo el sistema.

—Creía yo que se acomodaban los sistemas á los hechos observados.

—Eso es bueno para los físicos. Nosotros, por el contrario, acomodamos los hechos al sistima; somos filósofos.

—Eso es muy ingenioso—le respondí,—pero sacadme de una duda; creía que el hombre no era muy antiguo sobre la tierra.

—Ese es mi parecer; hace doce ó quince mil años, á lo mas, que apareció el hombre; pero eso no es una creacion. La naturaleza.

—¿Qué es la naturaleza, señor Dream?

—Uno de los nombres de la fuerza universal.

—¿Qué es la fuerza universal?

—Un nombre de la naturaleza.

—Gracias por esa esplicacion filosófica.

—La naturaleza—continuó,—esperimenta en ciertas épocas un aumento de energía, una especie de fiebre, y entonces retoca, y en caso necesario, trasforma ciertas especies. De este modo apareció el hombre sobre la tierra; segun todas las apariencias, es un mono ó un perro degenerado.

—¿Y la palabra, y la conciencia?

—Eso es poca cosa. Alguna mas finura en la composicion de la laringe, ha hecho de un grito bestial un lenguage articulado. No hay conciencia posible sin un aparato nervioso; por lo tanto, la conciencia es asunto de los nervios.

—¿Luego el hombre solo es el primero y peor de los animales?

—Nó, porque gracias á su aparato nervioso, tiene ideas generales, y esto es lo que hace del hombre una especie aparte. Es el único animal á quien se distrae y engaña con palabras. El hombre vé ciertos hechos que se reproducen en regulares séries y les dá el nombre de verdades; imagina una verdad universal que comprende y sostiene á todas las verdades particulares; vé cosas bellas, é imagina una belleza que es el modelo y el tipo de todas las otras. Este es el ideal que le seduce y consuela; á esto es á lo que las buenas gentes llaman Dios.

—Muy bien—dije;—comienzo á entrever lo que es la categoría del ideal. El alma es un espejo que reproduce lo que no existe; ó si lo preferís, el hombre se vé á sí mismo en ese espejo de aumento, y delante de su imágen se arrodilla.

—No está mal para un novicio.

—¿Luego no hay nada superior al hombre en el universo?

—Lógica consecuente.

—Si nunca hubieran existido en la tierra los

hombres, no hubiese habido idea de Dios, y por lo tanto Dios no existiría.

—Perfectamente, os haceis filósofo.

—Nó, ciertamente nó—esclamé;—no sé si mi modo de ver depende de mi estraña posicion; pero me parece que toda esa metafísica está como yo, suspendida en el aire por un cabello. A la altura en que me encuentro se juzgan las cosas de otro modo, y no se contenta uno con vanas palabras; las leyes físicas, es decir, un órden inteligente, una creacion constante y contínua, me revelan y me gritan que una voluntad siempre activa y siempre presente sostiene el universo y le impide disolverse. No veo á la naturaleza en ninguna parte y siento á Dios en todas ellas.

—¡Bravo, tres veces bravo!

—¿No era vuestro sistima el que esponíais?—pregunté asombrado.

—Este sistema es mio, porque lo he robado; pero no creo en él. Ayer, al pasar por Tubinga, á donde iba á visitar á uno de mis amigos, honrado teólogo, que sueña siempre, ví á un gran metafísico que, á fuerza de escribir, se había dormido sobre Hégel. A la vez le quité la pipa, los anteojos y su sistema; cuando despierte, no tendrá mas que sus ojos para ver y su razon para reflexionar.

—¡Pobre hombre!—esclamé;—¿qué hará con esos instrumentos que nunca ha utilizado?

—¡Bah!—dijo el hechicero,—no conoceis á los filósofos alemanes. Son gusanos de seda que viven en los libros: del primer libraco viejo que cogen, sacan un hilo con el que tejen un buen sistema á prueba de luz y de ruido. Mi hombre se desquitará formando otro capullo. La verdad no es nada, la lógica es todo. ¡Hégel ha muerto! ¡viva Schopenhauer! En esta dinastía de soñadores,

siempre hay rey.

—Vuestras bromas son crueles—le dije.—No se suspende á un hombre á diez mil piés de altura para burlarse de él.

—Caballero—dijo con acento duro,—vuestras preguntas son impertinentes. ¿Cómo os atreveis á preguntar á un espiritista si cree en Dios? Nosotros solo sabemos lo que es el alma, tenemos en la mano la prueba de su inmortalidad.

—¿Y qué es el alma?

—Una fuerza magnética. Esta nómada creada por Dios y dotada de conciencia se forma ella misma una envoltura, como el grano de trigo arrojado á la tierra se forma raices, tallo y espigas. Cuando envejece el cuerpo, el alma siempre jóven y activa, arroja su decrépita envoltura y va á un mundo mejor á buscar nueva forma para su inmortal energía. Remontar la escala infinita de la creacion, acercarnos siempre á Dios sin alcanzarle jamás, tal es nuestro glorioso destino. La muerte es solo el paso á una vida mas intensa. Nada se aniquila aquí bajo, ni un solo átomo de polvo; ¿cómo se había de aniquilar la conciencia? ¿Puede ser Dios un artista caprichoso que destruya las obras maestras de su grandeza y bondad?

—Esas palabras son hermosas y llegan á mi corazon; pero dadme la prueba, esa prueba que la humanidad espera hace seis mil años.

—Nada mas fácil; vamos hácia Sirio que brilla allá arriba sobre nuestra cabeza, vereis una de las estaciones que habitareis algun dia. No hace mucho tiempo que visité á Washington.

El ofrecimiento era capaz de tentar á un curioso; pero el maldito hechicero se había burlado tantas veces de mí, que desconfiaba de su mágia. Temiendo las molestias de otro viaje, rehusé é hice mal; era una ocasion que tal vez no

volveré á encontrar.

—¿Llegaremos pronto?

—Hé ahí una pregunta poco amable. Mirad abajo, ¿no veis una lucecita en el mar? Es el fanal del *Arabia* que salía de Boston el dia que os llevé á América; está á la mitad del camino de Europa; nos quedan seiscientas leguas que recorrer ó seis horas de camino.

Suspiré y callé.

—Querido amigo. Si no gustais de discusion, y la metafísica os ataca los nervios, hablemos de política.

—¿Qué pensais de la esclavitud?—esclamé;—¿qué pensais de esa guerra fratricida que desgarra á los Estados-Unidos?

—Esa es una cuestion eminentemente pacífica; pero es mas delicada de lo que pensais. No son las leyes las que hacen que un hombre mande ú obedezca.

—¿Pues quién es?

—El fluido magnético—respondió con insoportable flema.—Lo que los filósofos llaman voluntad, energía, poder, no es otra cosa que el fluido que constituye nuestra alma. Cada uno posee cantidad diversa y desigual. La muger, por ejemplo, es un sér mas magnético que el hombre; así veis que en la mayor parte de las familias, á pesar de lo que diga el Código, quien obedece es el marido. Los niños, á quienes somete tambien la ley á sus padres, son tiranos domésticos que imponen sus caprichos á toda la casa y hacen de su madre una esclava. ¿Por qué? Porque son mas ricos en magnetismo. Los viejos, por el contrario, tienen enfriada la sangre y no tienen influencia sobre el que se les acerca. Los enamorados....

—Basta—dije bostezando;—no hablemos de medicina, hablemos de política.

—Paciencia. Si se prueba que los negros tienen menos fluido que los blancos, la cuestion está resuelta, la esclavitud es legítima.

—Señor, vuestras paradojas me fatigan.

—¡Paradojas!—esclamó.—No perteneceis á vuestra época, doctor rancio; leed á vuestros grandes historiadores y á vuestros políticos eminentes; estudiad la cuestion de las razas y vereis que hoy la moral no es otra cosa que fisiología.

Soy naturalmente pacífico, pero colóquese cualquiera en mi puesto y comprenderá que podía faltarme la paciencia. Suspendido de los cabellos durante seis horas, llevado sin saber á dónde, por no sé quién, esto era ya demasiado para que, por añadidura, tuviesen en política otra opinion que la mia.

—Caballero—dije secamente á mi enemigo,—dad otro giro á vuestro buen humor. No puedo dejaros, pero os declaro que en adelante no os oiré.

—¿Y cómo lo hareis?

—Una palabra mas—esclamé;—será un insulto de que me dareis satisfaccion.

—Un duelo en estas alturas—dijo el hechicero—sería original; pensaré en ello; entre tanto, me oireis de buena ó mala gana, y os desafío á que os separeis de mí.

—¡No sabeis—dije apretando los dientes,—no sabeis de lo que es capaz un francés!

—Le creo capaz de todas las locuras—respondió Jonathan,—escepto de las imposibles.

—¡Imposible!—esclamé;—esa palabra no es francesa.

Mas rápido que el relámpago saqué de la cartera unas tijeras y corté el mechon de cabellos que me ponía en manos de aquel miserable.

En el acto caí, girando de derecha á izquierda como una cometa que rompe el hilo. En el primer

momento, entregado por completo al placer de la reconquistada libertad, no me cuidé de aquel descenso rápido; recobré la reflexion cuando oí el silbido de las ráfagas y el mugido de las olas. Ya era tarde; el mar se abría para recibirme en sus abismos, y menos afortunado que Jonás, caí en las olas, anhelante y helado. No perdí el valor y empecé á nadar con desesperacion. Recorrer quinientas leguas de aquel modo tan primitivo, era demasiado; pero, ¿no podía encontrar algun vapor en el gran camino del Océano? El horrible fantasma, bajó sobre mí como una golondrina que coge una mosca de la superficie del agua.

—Doctor—me dijo,—creo que este baño os habrá refrescado la sangre; reanudemos la discusion donde la dejamos.

—Antes morir que escuchar tus detestables sofismas—esclamé,—y cerrando la mano, le asesté un puñetazo tan terrible, que me crugieron todos los huesos de la mano. Lancé un grito de dolor y....

CAPITULO XXX.

—

EL MAS CORTO DEL LIBRO Y EL MAS INTERESANTE PARA EL LECTOR.

..... desperté en mi cama.

CAPITULO XXXI.

ALGUNOS INCONVENIENTES DE UN VIAJE A AMÉRICA.

Al salir de aquel peligro, necesité algun tiempo para recobrar mis sentidos. ¿Dónde me hallaba?

Llamé, y Jenny entró de puntillas, y me dijo en voz baja.—Amigo mio, te ruego que guardes silencio; el doctor Olybrius lo ha recomendado.

—¿Quién es el doctor Olybrius? ¿El que escribió un estenso libro sobre *La cuaresma considerada bajo el punto de vista de la higiene y de la navegacion?* ¿Qué hay de comun entre mí y ese pedante de sacristía?

—Escúchame, Daniel—dijo mi esposa con voz conmovida;—escúchame sin interrumpirme; va en ello tu salud y tal vez tu vida.

—Ayer hizo ocho dias que entraste en casa en un estado deplorable. Habías consultado á no sé qué charlatan; y si hemos de creer al doctor, ese hombre te hizo tomar una pocion de ópio ó de haschisch. Toda la semana has estado en completo letargo ó en espantoso delirio. Has tenido terribles visiones, que mas de una vez nos han hecho temer por tu razon. Hoy recobras el conocimiento, el doctor Olybrius lo había predicho; pero ha añadido que tu salud exigía los mayores cuidados; que, segun todas las apariencias, necesitarias algun tiempo para desechar las visiones y acostumbrarte de nuevo á la vida real, y que en semejante crísis eran de absoluta necesidad el silencio y el reposo.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

Al oir esta esplicacion, miré á mi vez con asombro á mi esposa. ¿Qué queria decir aquella fábula recitada con tanto aplomo? Tenía la conviccion de haber estado en América. Jamás cabeza francesa hubiese imaginado lo que había visto yo; ademas, el delirio es incoherente y nunca deja recuerdos. Pero si Jenny había permanecido en Francia mientras vivía yo en Massachusets, ¿quién era aquella Jenny, americana, que tan tiernamente estrechaba mi corazon? ¿Habría sido bígamo sin saberlo? ¿Habría dos Susanas y dos Enriques, el uno en París de Francia y el otro en París de América? ¡Qué confusion, qué caos!

—¡Maldito Jonatham!—murmuré.—¡El diablo te lleve y al espiritismo contigo! ¡Héme aquí en un buen apuro!

De pronto se me reveló la verdad y sentí haber dado oidos á mi muger aun por un momento. ¿No me había dicho Jonatham que únicamente yo conservaría la memoria y que mi familia sería yankee de nacimiento? Todo se esplicaba del modo mas natural; Jenny era juguete de una ilusion. Si alguien soñaba en mi casa, era mi esposa.

Esta reflexion me devolvió el valor y la dignidad.

—Querida—dije á Jenny,—no te fies de las apariencias. Olybrius es un nécio; yo no he estado nunca enfermo. La prueba es que no dá mi pulso mas de sesenta y cinco latidos, que me muero de hambre, y que, con tu permiso, voy á levantarme y á almorzar.

La única contestacion de mi muger fué echar á llorar: este es un modo de raciocinar que Aristóteles hizo mal en olvidar; pues entra por mucho en las cuestiones caseras; un marido fastidiado está medio vencido.

—Amigo mio-esclamó Jenny,-espera al doctor.

—Le esperaré de pié, y no en ayunas—respondí.—Soy médico y os doy mi palabra de honor de que me encuentro muy bien; si no basta mi aserto que suba mi vecino Rose, que tambien es doctor y os tranquilizará.

Llamado inmediatamente, entró Rose con un aire tan torpe y tan solemne que me reí en sus barbas.

—Buenos dias, antiguo amigo mio—dije tendiéndole la mano.

—Me honrais con llamarme, señor doctor—respondió sentándose en un gran sillon.

—Hacedme el favor de tomarme el pulso y de decir si estoy ó nó en perfecta salud.

Cogióme el brazo, contó gravemente las pulsaciones de la alteria, y volviéndose hácia Jenny, le dijo disimulando su admiracion:

—Si me es lícito manifestar mi opinon, diré que el pulso es regular y un poco débil como el de un hombre que no ha comido. La crísis ha pasado, si es que la ha habido, lo cual no afirmaré. Creo—añadió estirándose,—que un pollo fiambre y algunos vasos de viejo vino de Borgoña, están naturalmente indicados.

Salió Jenny para mandar preparar mi comida. Levantándose entonces, se apróximó á mí, con el dedo puesto en la boca:

—Prometed, doctor—me dijo en voz baja,—que en adelante no jugareis mas con los opiáceos.

—*Tu quoque*—esclamé.—Señor mio, nada tiene que ver el ópio en todo esto. He sido magnetizado.

—Vaya, doctor—dijo,—vos, un hombre sensato y despreocupado, vos creeis en el magnetismo, cuando la Academia se niega á adoptarlo.

—Era preciso ceder á la evidencia—respondí suspirando.—Soy víctima de esta deplorable in-

vencion. Se me ha trasportado á América.

Rose retrocedió pálido y admirado.

—Callaos en nombre del cielo—dijo;—callaos. ¡Si otro que yo os oyese...!

Se detuvo, púsose un dedo sobre la frente, levantó la cabeza y me miró con aire compasivo.

—¿Qué?—esclamé.—¿Acaso creeis que esté demente?

—De ningun modo, yo sé á qué atenerme.

—Señor Rose—respondí,—sentaos y hablemos. Ahora vereis como jamás he tenido la cabeza mas sana. ¿Cómo están vuestros nueve hijos?

—Muy bien—dijo;—muchas gracias. Todos están casados ya, hasta mi Benjamin.

—Alfredo, ¿es verdad?

—Sí—dijo sonriendo;—un bello jóven de veinticuatro años.

—¿Qué hacen todos vuestros hijos? Contádmelo, vecino.

—El mayor es el único que me ha dado pesadumbres. Podía haber tenido un buen empleo en la renta de tabacos, pero es un caballo desbocado y no hay quien le sujete. Mis otros hijos, que yo mismo he educado, me han dado solo motivos de satisfaccion. Tienen una instruccion literaria, y gracias á protecciones hábilmente empleadas, á todos les he proporcionado destino en la administracion pública, ya en aduanas, ya en otras direcciones de hacienda.

—¿Qué—esclamé,—vos, Rose, un patriota, habeis hecho á vuestros hijos empleados, cuando podíais abrirles una carrerra independiente y convertirlos en ciudadanos?

—Doctor—respondió el boticario,—he seguido el consejo y el ejemplo de los hombres de talento. Si el servicio del Estado no es posicion brillante, es al menos segura.

—Y para llegar á ello habeis necesitado solicitar, alargar la mano.

—Sí—dijo riendo;—hemos tenido que hacer algunas bajezas. A todo el mundo he implorado, á todo el mundo he adulado; pero he logrado mi objeto, que es lo esencial.

—Sois un sábio, señor Rose.

—Simplemente un hombre de buen sentido—replicó con orgullosa modestia.—Ved, por ejemplo, mi Alfredo; ha hecho muy buenos estudios, y en el gran concurso obtuvo el premio del discurso francés. Si le hubiera dejado, sería hoy un abogado; bonita carrera, pero larga, difícil, laboriosa, y que á nada conduce en la actualidad; mientras que con su talento, su buena figura y un poco don de gentes, solo necesita dos ó tres ocasiones de buena suerte para ser subprefecto dentro de diez años, prefecto dentro de quince y acaso senador.

—¡Ah, Dios mio!—esclamé.—¿Oís ese ruido en la calle?

Rose corrió hácia el balcon.

—No es nada—dijo;—un caballo que se ha caido, apeándose el ginete por las orejas.

—Bueno: héme aquí obligado á pagar una indemnizacion de quinientos duros.

—¿Qué teneis, querido amigo?—preguntó el boticario admirado de mi espanto. ¿Qué os puede importar que un desconocido se rompa la cabeza en la calle? Esa es una desgracia de que no se puede acusar á nadie.

—¿Pero al menos eso incumbirá á la administracion?—dije recobrándome y pensando que ya no estaba en América.

—La administracion no es jamás responsable. Ella cuida de nosotros á nuestra costa y riesgo.

—¿Pero habrá un inspector?

—Es claro; pero ese inspector depende del prefecto, que á su vez depende del gobierno, el cual no depende mas que de Dios y de su espada. Como decía mi difunto padre, hay tres casos fortuitos y sin remedio: naufragio, incendio y mandato del príncipe. Hoy, contra el naufragio y el incendio están las compañías de seguros; contra el mandato del príncipe, tenemos solo lo que tenían nuestros abuelos, la santa resignacion.

—¡No es así como pasan las cosas en....

Rose me miró; mordíme los lábios y callé.

—Por lo demas—continuó el boticario,—pronto estareis libre de este detestable empedrado que hace diez años causa la desesperacion de los cocheros; el mes próximo se espropiará vuestra casa.

—¿Cómo? ¿Se me espropia?

—¿No lo sabíais? Hace ocho dias que se empezó el espediente.

—Me opongo á ello, y reclamaré.

—Reclamar, ¿y para qué?—dijo Rose con aire paternal.—Ya sabeis, vecino, la historia del cántaro de barro y del cántaro de hierro. No hagais calaveradas; es inútil y á veces perjudicial: tratad con la administracion, que os dará por vuestra casa un precio razonable. ¿Qué mas podeis desear?

—Yo no quiero que se me arroje de la casa de mis padres; acudiré á los periódicos.

—¿Los periódicos?—dijo el boticario;—quisiera que los suprimieran todos. ¿Para qué sirven desde hace diez años? En otras épocas, por ejemplo, durante el último reinado, decían verdades á los ministros, y esto era divertido: hoy no sé qué enfermedad se les ha entrado; están mudos como estátuas. No traen mas que anuncios. Se pagan cincuenta francos al año para recibir á do-

micilio los prospectos de todos los negocios de moralidad dudosa, cuyas perfecciones se refieren á veinte reales la línea. Yo, que el gobierno, obligaría á los periódicos á decir la verdad, y si no, con el *Moniteur* tendría bastante y aun de sobra.

—¿Y sois liberal?

—Liberal y fracmason hasta la muerte—dijo levantando la diestra con grotesca seriedad.—Desde hace cuarenta años no he variado mi credo político. ¡Viva nuestra inmortal revolucion y el imperio que ha llevado hasta Moscou los gloriosos principios del 89! ¡Abajo los aristócratas y los emigrados! ¡Abajo los jesuitas, que son la causa de todas nuestras desgracias! No soy enemigo de la religion: el pueblo necesita de ella; pero quiero curas patriotas y buenos ciudadanos. Odio á la pérfida Albion; maldigo al autócrata ruso; quiero que Francia liberte á todos los oprimidos, polacos, húngaros, válacos, servios, griegos, maronitas, italianos y negros. Por lo demas, amo la paz y las artes, y creo que nunca se hará lo bastante por nuestra primera escena nacional, el teatro de la Comedia francesa, donde he aplaudido á Talma en *Sylla* cuando decia:

«He gobernado sin miedo y abdicado sin temor.»

Quiero un gobierno robusto y patriótico, que escuche á las personas honradas y que haga callar á los abogados y á los charlatanes; quiero un ejército que pueda hacer temblar á Europa, una marina que desafíe á Inglaterra, canales por todas partes, por todas partes caminos de hierro; quiero que el gobierno dé trabajo y pan á cada obrero, y con todo esto quiero un presupuesto de gastos pequeño y rebaja de impuestos. No quiero que el Estado engorde con el sudor del pueblo. Hé aquí mi símbolo y el de todos los buenos franceses.

—¿Y la libertad?—le pregunté.—¡No la veo en vuestro programa!

—Os engañais-me replicó.-¿No os he dicho ya que queria un gobierno enérgico, una administracion que hollase todas las resistencias individuales? El dia en que el poder, comprendiendo sus verdaderos intereses, nos obligue á ser libres, tendremos la libertad y se la impondremos al universo.

—¿Qué entendeis por libertad?—le pregunté.

—Vecino—dijo,—esa es una pregunta que prueba que no teneis sana la cabeza. Hay una multitud de hombres que gritan ¡libertad, libertad! sin comprender el lazo que les tiende el fanatismo y la aristocracia. Yo no quiero esas falsas libertades, que son solo privilegio de la riqueza, de la supersticion. Patriota y amigo de las luces no quiero una libertad religiosa que solo aprovecharía á los clericales. Es preciso tener á raya á los clérigos para que el pueblo sea libre. No quiero la libertad de asociacion que serviría á los capuchinos; no quiero que en nombre de la caridad se corrompa al pobre con limosnas políticas, y que se le dé un pan envenenado. No quiero una libertad de enseñanza que entregaria nuestros hijos á los jesuitas. No quiero una libertad de departamento que constituiría el federalismo provincial. No quiero una libertad municipal que resucitaría el despotismo del señor y del cura, y nos convertiría en siervos y villanos. Vale mucho mas la mano del Estado que esos derechos anárquicos de que abusarían los bulliciosos, los aristócratas, los fanáticos y los mojigatos. Estoy por el pueblo. ¡Viva la igualdad!

Miré con terror á aquel honrado beocio. ¡Y pensar, decía para mí, que antes de mi viaje á América yo me encontraba en este grado de im-

becilidad! Yo tambien fijaba mi patriotismo en la igualdad de la servidumbre; yo tambien hacía consistir la libertad pública en la destruccion de todas las libertades individuales, como si despues de su desaparicion quedase otra cosa que el brutal mecanismo de la administracion. ¡Jonathan! ¡Jonathan! Maldito brujo. ¿Por qué has hecho de mí un estranjero en mi pátria, ó por qué no trasportas todos los franceses á América durante ocho dias?

—Y bien, vecino—dijo el boticario sorprendido de mi silencio.—¿Qué pensais de mis principios? ¿Soy un hombre del siglo? ¿Soy un patriota y un francés de buena raza? ¿No son estas las doctrinas que siempre habeis defendido?

—Es cierto—dije; pero al enumerar todas las libertades á que tenemos miedo, no veo cuáles son las que nos restan.

—¡Bah!—me contestó;—os burlais. ¿No es nada acaso la libertad de la venta del pan, y no lo es todo el sufragio universal? En la hora de la votacion es cuando se conoce á los hombres que no adulan al poder. Desde hace cuarenta años, séame permitido hacerme esta justicia, jamás he votado mas que con la oposicion. Pueden quebrarme pero no doblarme.

—Entre tanto os dejareis espropiar sin decir palabra.

—Aquí, para entre nosotros, esto me incomoda—replicó el boticario;—pero qué quereis, yo no soy mas que un indivíduo. Como ciudadano desafío á los tiranos, pero como vecino no quiero quedar mal con la administracion de quien necesito todos los dias. Además, los principios quedan en pié; el interés privado debe ceder al interés general. Pensad que si os hicieran caso, vuestra casa sobresaldría dos centímetros lo menos de la

alineacion general. ¿Quiénes serían los primeros en sufrir por este defecto de simetría? Nosotros los parisienses ¿no nacemos todos con el compás en la vista? Nadie pasaría sin que le chocase esta enormidad, y se protestaría contra los empleados que tienen á su cargo las contrucciones.

—Sí—dije;—los derechos no son nada. La línea recta lo es todo.

—Caballero—contestó el boticario,—no hableis mal de la línea recta, pues me daríais mala idea de vuestras luces y de vuestro gusto.

—Y ¿sois tan apasionado de ese camino el mas corto entre un punto y otro, que sacrificais sin pesar vuestra industria?

—Sí; escuchad, vecino, voy á haceros una confianza, que estoy seguro os encantará, como ha encantado á todos mis amigos.

—Escucho como hombre que desea ser convencido.

—Ya veis—dijo—lo que se hace en París. Viejas casas, viejos recuerdos, todos esos restos de un pasado bárbaro, caen diariamente bajo la piqueta demoledora y son reemplazados por calles rectas y palacios nacidos ayer. Esto es magnífico; hasta el parisien lo encuentra bueno. Antes de diez años, París será una ciudad completamente nueva: el teatro, el albergue y el café del mundo entero. Pues bien, participando de las mismas ideas, he concebido un proyecto atrevido y hermoso á la vez: traer la Francia entera á París. La provincia está muerta; ya no hay auberneses, ni gascones, ni saboyanos; tampoco hay franceses; todos somos parisienses.

La obra es grande—continuó;—se trata de fortificar y de concentrar la unidad nacional, que deja todavía mucho que desear; pero el medio de realizarlo es de los mas sencillos. Prolongo el

boulevar de Sebastopol por un lado hasta Bayona, por otro hasta Dunkerque; alargo tambien la calle de Rivoli de una punta hasta Brest, de la otra hasta Niza. Marchando, lo derribo todo, á fin de que no se perjudique en lo mas mínimo la línea recta. ¡Qué perspectiva! ¡Qué horizonte! ¡Pues añadid que el gasto es casi nada! Las espropiaciones no costarán caras y el mayor valor de los terrenos será enorme, puesto que todo se convertirá en París y las ciudades de Francia no serán mas que barrios de nuestra capital.

En medio de la via coloco un camino de hierro; los lados los forman las casas con soportales á fin de que el transeunte peaton no sufra la lluvia ó el sol. Pongo teatros de trecho en trecho y cafés por todas partes. París se convierte de esta manera en el paseo del género humano. Pero no es eso todo. Llamo las artes en mi auxilio para dar belleza á mis construcciones. A la estremidad de ese boulevard de doscientas leguas, hácia Bayona, erijo una estátua de ciento veinte piés, la Gloria; en la otra estremidad, hácia Dunkerque, la Victoria. Al final de la calle de Rivoli, hácia Brest, un grupo de guerreros; abajo hácia Niza, ninfas ofreciendo laureles. En el centro, es decir, hácia Bourges, establezco un Walhalla, un panteon gigantesco. Una columna, ó mas bien una pila inmensa, formada de cañones, elevará hasta las nubes una especie de Minerva con lanza, casco y coraza. Esta será la Francia, reina de la civilizacion, de las artes y de la paz. Alrededor de la columna dispongo un vasto pórtico, coronado de granadas y de obuses que estallan; en el esterior coloco las estátuas de todas nuestras glorias nacionales: Duguesclin, Dunois, Condé, Turena, Hoche, Kléber, Massena, Murat, etc., etc.; por encima pongo estátuas simbólicas de veinticinco

piés de alto cada una. A un lado la Guerra protegiendo la Industria y las Artes; á otro la Conquista llevando al estranjero la Libertad; en medio la Fortuna y la belleza coronando al Valor. Esto será noble, esto será grandioso. Tendremos uno de esos monumentos patrióticos que inmortalizan un siglo, y elevan el espíritu de veinte generaciones. ¡La inmensidad en la uniformidad! ¡Qué ideal!

—Los griegos—contesté—hacían consistir la belleza en la proporcion y la variedad.

—Los franceses no somos griegos—repuso;—somos romanos. Nada nos gusta tanto como la enormidad de la simetría. La belleza es lo gigantesco.

Suspiré, incliné la cabeza y no respondí.

—Y bien doctor, ¿qué pensais de mi proyecto?

—Pienso—le dije encogiéndome de hombros—que vengo de un país donde se ocupan en educar los hombres, en vez de remover piedras y construir monumentos. ¡Fórticos, columnas, arcos de triunfo, estátuas llenando el horizonte de hermosas perspectivas! Hay algo mas bello y mas grande; hay alguna cosa viviente que estiende por la calle mas estrecha no sé qué luz dichosa, y que hace de la mas modesta casucha un palacio: la libertad.

—Bueno—dijo en el tono de un autor irritado; —volveis á vuestros sombríos pensamientos. Veo que soy indiscreto y me retiro.

Le dejé salir. ¿Qué había de decir á aquel viejo loco? Oí que hablaba á mi muger en el salon, y pude advertir el nombre de Olybrius y las palabras:—Apresuraos, todavía es tiempo.—¿Qué significaban aquellas palabras? No hice caso, é hice mal. Es preciso desconfiar siempre de los nécios.

CAPITULO XXXII.

UNA FAMILIA PARISIEN.

Levantéme al fin y me vestí, pero no sin echar de menos muchas veces mi casita de América. No tenía el baño donde reposar mis fatigados miembros, ni fuego en mi habitacion, ni agua caliente: los franceses no han comprendido aun que la primera de las libertades domésticas es tenerlo todo á mano y no necesitar de nadie. Me veía obligado á tirar de la campanilla á cada momento, y cuando llamaba aparecía un lacayo solemne y tieso, que me miraba desde lo alto de su corbata blanca y me servía con majestuosa lástima. ¿Dónde estabas, pobre Zambo? Tú eras torpe y ridículo, pero me querias.

Una vez afeitado, me miré al espejo y esperimenté cierto placer al encontrar mi cara de otras veces, no porque fuera hermosa, sino porque estaba acostumbrado á ella; nada hay tan molesto como buscarse bajo estraña máscara. Encontré en el comedor á mi familia y á mi hija, que me esperaban con mal disimulada inquietud. Jenny bordaba un tapiz; Susana festoneaba y me dirigía de tiempo en tiempo tristes miradas. Sentéme á la mesa y almorcé con buen apetito. Ocho dias de cama y de agua clara me hacían devorar con delicia un almuerzo francés rociado con vino viejo de Burdeos. Volvía á encontrar la pátria, y se dilataba mi corazon; tenía ideas poéticas, cosa que no me sucedió nunca en Massachusetts.—¡Oh,

pátria mia! te amo como el enamorado á su beldad, regañándola siempre y deseándola todas las bellezas y virtudes. ¡Oh, querida Francia! tienes mas de un defecto de educacion; pero la naturaleza te ha tratado como niña mimada. Nada iguala al esplendor de tu cielo, á la riqueza de tus cosechas, á la belleza de tus frutos, al color de tus vinos. Cuando la fiebre de las revoluciones no los enloquece, tus hijos son atentos, amables é ingeniosos; tus hijas son mas ladinas que sus maridos. ¿Qué te falta, pues, para ser la nacion mas feliz y noble del mundo? ¡Nada mas que esa libertad de que te burlas y que no conoces!

—¿En qué piensas, querida Susana?—dije á mi hija cuyo silencio me llamaba la atencion, porque de ordinario se movia como un pájaro.

—En nada, papá.

—¿De veras? Pues yo creo saber que la señorita se inquieta por su amigo mas antiguo.

—No digo que no, papá.

—¡Pues bien! hija mia, es preciso desechar esos malos pensamientos. Me encuentro tan bien, que me he ocupado de tu felicidad. ¿Cuándo te casas, hija mia?

Jenny se levantó como impulsada por un resorte. Susana se ruborizó hasta en lo blanco de los ojos.

—¡Basta de niñerías!-esclamé.-Susana, pronto tendrás veinte años; no eres una de esas nécias que al nombre de marido bajan los ojos mirándose la punta de la nariz. Si tu corazon ha hablado, dímelo, tengo plena confianza en tí, hija mia, y acepto desde luego el yerno que me hayas elegido.

—Susana—dijo mi esposa con voz conmovida, —ve á mi habitacion y búscame estambre para el bordado.

Diciendo esto, la hizo una señal de inteligen-

cia, que, traducida al lenguaje vulgar, quería decir: «déjanos.»

En cuanto salió Susana, estalló Jenny.

—Daniel—dijo,—¿qué te ha hecho esa niña?

—¡Qué! ¿no puedo preguntar á mi hija si ama á alguien?

—Mi hija—replicó Jenny-no ama á nadie, caballero. Es una muger honrada que hará lo que hizo su madre; esperará el dia de su matrimonio para amar al esposo que le elijan sus padres.

—¿El dia de su matrimonio?—esclamé.—Es algo tarde. Si el amor no entra el primer dia, encontrará cerrada la puerta al siguiente. Es peligroso dejar la felicidad á eleccion de los padres. El deber es una gran cosa, pero no reemplaza á la primera y santa ternura del corazon que se da libremente.

—No sé de dónde sacas tus doctrinas—dijo Jenny con seco tono;—debias respetar lo bastante tu casa para no traer á ella semejantes paradojas.

—Pero, querida amiga, en todos los paises del mundo las jóvenes eligen sus maridos. Mira lo que pasa en América.

—¿Somos iroqueses nosotros?—dijo mi esposa interrumpiéndome.

—Mira lo que sucede en Inglaterra, en Alemania y hasta en España: en esos paises se casan las mugeres con el que aman, y no veo que las familas sean menos felices que en París.

—No tienes sentido comun, Daniel.

—Es decir, señora, que uno de los dos está ciego por las preocupaciones, y raciocina al revés.

—Sí, caballero; con la diferencia de que solo vos sois de esa opinion, y que en Francia todo el mundo piensa como yo.

—¡Ah!—murmuré;—hé aquí al tirano, al señor *todo el mundo*, que vuelvo á encontrar en mi casa. ¡Cuánto mejor era mi esposa en América!

Era inútil discutir, y el disputar me es odioso; por lo tanto recurrí á un remedio de que carecía Sócrates: encendí la pipa y me entregué á mis reflexiones.

No duró mucho la paz. Enrique entró en la habitacion y vino á abrazarme tímidamente. Miré á mi hijo y me costó algun trabajo reconocerle. No era ya un atrevido voluntario dispuesto siempre á partir para la India ó para la guerra; era un lindo hombrecito con rostro de muñeca. Llevaba la raya en medio de la cabeza como las mugeres, camisa bordada, cuello tieso y una cinta escocesa que le servía de corbata; hubiérase dicho que era una muchacha con gaban; todo su cuerpo tenía un no sé qué de gracioso, de delicado é indolente.

—¿De dónde vienes, querido?—le preguntó su madre.

—De casa de mi peluquero, mamá.

¡De su peluquero! ¿Necesitaba peluquero mi hijo? No pude menos de mirarle con curiosidad.

—¿Has estado en el picadero hoy?—continuó Jenny.

—Sí, mamá, y en la sala de armas.

—Muy bien—dije;—me gustan esos ejercicios viriles. Es preciso que un jóven sepa montar á caballo, nadar, luchar, esgrimir la espada y disparar con tino la pistola; es preciso que el hombre civilizado combata sin cesar la dulzura de una vida que le enerva; pero, querido Enrique, no basta eso, necesitas tomar un estado. Tienes diez y seis años, eres un hombre. ¿Qué vas á hacer?

—¡Pobre amor!—esclamó Jenny;—déjale gozar de sus hermosos dias; todavía no es bachiller.

—Tengo tiempo, papá—dijo Enrique bostezando.—El año que viene me pondrás un pasante.

—¿Para qué?—le pregunté.

—Todo el mundo toma pasantes—dijo Jenny encogiéndose de hombros.—Mira al hijo del señor Petit, el banquero. No sabía nada, era un idiota. En tres meses un hombre del oficio, le ha metido toda una enciclopedia en la cabeza, y el chico ha asombrado hasta á sus examinadores.

—Y tres meses despues era tan ignorante como el primer dia.

—¿Qué importa?—dijo Jenny; era bachiller, ese título lleva á todas partes.

—Sé, pues, bachiller, hijo mio, y no esperes al año venidero; quiero que á los diez y siete años tengas una profesion.

—¡Todavía falta que estudie derecho!—dijo mi esposa.

—Sí, unos cuantos años perdidos en la universidad; el tiempo mas bello de la vida néciamente disipado en el ócio ó en tristes placeres. No quiero que suceda eso. Que Enrique tenga primero un estado y en seguida que estudie sériamente derecho. Habla, hijo mio, ¿Qué profesion eliges?

—La que quieras, papá—respondió abrazando á su madre. Jenny le sonreia y parecía decirle: «Paciencia, hijo mio, tu padre no tiene sentido comun.»

—¿No tienes preferencia, no tienes vocacion? —pregunté á Enrique.

—No, papá, es asunto que te pertenece. Con tal de que permanezca en París, que monte á caballo y me divierta con mis amigos, todo me es igual.

—Querido niño, ¡cuánto nos quiere!—dijo Jenny alisándole el cabello.

—¡Divertirte!—esclamé;—¿quién te ha enseñado esos principios? Amigo mio, no venimos al mundo para divertirnos. El trabajo es la ley de Dios, es el freno de las pasiones, la gloria y la felicidad de la vida. En América no hay un hombre de tu edad que no se baste á sí mismo y que no tenga el sentimiento de su deber y de su dignidad.

—Daniel—dijo Jenny con visible impaciencia, —¿por qué atormentas á este niño, que solo desea complacernos? Espera un poco y él hará como todo el mundo.

—Es decir, que no hará nada.

—Tendrá un empleo.

—Eso es lo que decía yo—repliqué indignado por aquella debilidad maternal. Un empleo, ¡hé ahí la gran palabra; mi hijo será empleado!

—Todo el mundo lo es hoy—dijo mi esposa.— Enséñame un hijo de familia que haga otra cosa. ¿Por qué nos hemos de singularizar?

—¡Qué!—dije á Enrique,—¿no querrias mejor labrarte por tí mismo la fortuna y deberlo todo á tu trabajo y talento? ¿No vale nada la independencia? ¿No quieres ser abogado, médico, industrial, comerciante?

—¿Por qué no le propones ser especiero?—dijo Jenny con un desden que me ofendió.

—¡Muy bien, señora! Pesar azúcar por sí mismo es cosa vergonzosa; pero firmar la nómina para que pague el gobierno, es noble y glorioso. Y para llegar á conseguirlo es necesario rogar, solicitar, renunciar á sus opiniones y adular á personas á quienes no estrecharía uno la mano.

—Todo el mundo hace lo mismo—dijo Jenny.— ¿Te crees mas sábio ó mas virtuoso que todo el mundo?

—¡Oh, preocupacion, preocupacion!—esclamé.

—Paul-Luis, tienes razon: ¡somos un pueblo de lacayos!

Estaba furioso, y recorría á grandes pasos la habitacion dando puñetazos en la mesa; Enrique bajaba la cabeza y callaba; Jenny, pálida y con los lábios comprimidos, me seguía con la vista.

—Daniel—me dijo,—te ruego que termines esta ridícula escena; olvidas que no tengo fuerza para resistir semejantes emociones; cuando estés tranquilo, espero que escucharás la razon. En este momento no sabes lo que dices.

—Señora—le dije,—paréceme que delante de un hijo no están bien esas palabras que no son las del respeto que se me debe.

—Amigo mio—me dijo,—estás malo.

—¡Basta!—grité;—esa lástima es la última impertinencia. Yo te daré á conocer lo que es un gefe de familia. A pesar de tus preocupaciones y desesperacion, haré que mi hija se case por amor, y obligaré á mi hijo á elegir estado á su gusto, y un estado independiente.

—Daniel,—estás loco—dijo Jenny, cruzando las manos.

—Estoy en mi juicio, señora, y advierto que soy el dueño de la casa.

—Está loco—esclamó mi esposa rompiendo en llanto, y se arrojó al cuello de Enrique, que empezó á llorar.

En aquel momento abrieron de par en par la puerta, y una voz anunció al doctor Olybrius.

CAPITULO XXXIII.

EL DOCTOR OLYBRIUS.

Aun me parece que le veo. Calva frente, con mechones de cabellos rojos que flotaban á derecha é izquierda, anteojos con armadura de oro, sonrisa de beatitud, triple barba perdida en las profundidades de una corbata inmensa, levita verde con una cinta con los colores del arco iris; todo anunciaba en él al necio que ha hecho fortuna. Detras de él venian como alguaciles el abogado Reynard, que, con sus ojos de garduña, parecía buscar siempre un agujero donde meterse, y el obeso coronel San Juan, apoyado en su muleta y arrastrando su vientre y su gota. ¿Para qué me buscaba aquel grotesco cortejo? Pronto lo iba á saber á mi costa.

—Buenos dias, bella señora—dijo Olybrius, cogiendo la mano á mi esposa y posando en ella los lábios;—¿habeis descansado algo de vuestras fatigas y emociones? Cuidaos; el corazon es el órgano débil en las mujeres; no os dejeis asesinar por vuestra sensibilidad.

—Buenos dias, doctor—añadió con tono amable, tendiéndome una mano que no me atreví á rehusar;—me alegro mucho veros de pié. Por esta razon me presento como amigo y no como médico. Lo he dicho á estos señores, que, como vecinos, venian á saber de vos, y que no se atrevian á entrar conmigo.

—Buenos dias, señor Lefebvre—dijo el coro-

nel.—¡Caramba! hemos estado mal de veras. Pero la máquina es buena, y tengo el placer de veros mejor ¡voto a...!

Reynard no juró; pero con el tono mas melífluo me dirigió un cumplimiento tan ambiguo, que me hirió sin saber por qué.

—¿Cómo estais?—me dijo Olybrius,

—Muy bien—respondí.

—Tanto peor—dijo:-eso no es natural, y prueba que el veneno no ha desaparecido por completo aun. Despues de ocho dias de estragos causados por el ópio, debíais estar medio muerto, sin pulso y sin voz.

—Es de hierro—dijo el coronel.—¡Caramba! Hubiera sido todo un granadero de á caballo.

—Querido cólega—dije á Olybrius,—vuestro diagnóstico os ha engañado. Mi caso es tan estraordinario, que en vuestro lugar cualquier otro sábio hubiera perdido su latin. No he sido envenenado con ópio; he sido magnetizado y trasportado á América, de donde he vuelto esta noche.

—¡Diablo!—esclamó el coronel,—eso ya es demasiado; he mandado un regimiento de gascones que no tenian rivales en las bromas ni en la guerra; pero os doy la palma.

—Querido cólega—dijo Olybrius con voz agridulce,—sé lo que digo. Los hechos son claros, y nada convence como ellos. Que imagineis haber estado en América no me asombra, eso es efecto del ópio; pero como os he cuidado por espacio de ocho dias y ocho noches, os puedo asegurar que habeis permanecido en carne y hueso en vuestra cama y que no habeis salido de Paris.

—Caballero, vengo de un país en el que la verdad reina sin rival. He contraido horror á las mentiras oficiosas y oficiales; creed lo que gusteis; yo solo puedo decir una cosa: en carne ó en es-

píritu, que no lo sé, he estado ocho dias en América.

—Efecto del ópio—dijo Olybrius sacando su caja de rapé y saboreando un polvo.—El cerebro no se ha despejado y subsiste la ilusion. Querido cólega, es preciso que vuestra razon raciocine; de otro modo los lóbulos cerebrales serán teatro de grave y persistente desórden. Ya sabeis que el primer remedio en estos casos es desterrar la idea fija y creer las cosas bajo la palabra del médico. No habeis es-ta-do en A-mé-ri-ca—añadió,—marcando cada sílaba con imperioso tono.

—Caballero-le dije,-me permitireis conservar mi opinion.

—Daniel—esclamó mi desconsolada esposa,—¡en nombre del cielo no insistas; te pierdes!

—¡Dios mio! Querida amiga, ¡con qué acento me dices eso! paréceme oir á la pobre Raquel en el papel de *Roxane*:

¡Escuchád, Bayaceto! siento que os amo,
Os perdeis, guardaos de dejarme salir.

Por toda repuesta levantó Jenny los brazos al cielo, y cogiendo de la mano á Enrique, salió de la habitacion ocultándose el rostro con el pañuelo.

—¡Caramba!—esclamó el coronel;—afligís á vuestra esposa. ¡Qué diablo! se puede mentir para ser galante con las señoras. ¡No sois francés, voto á...!

—¡Querido vecino—dijo el abogado, hablando á media voz, como si empezara una defensa,—raciocinemos. Si habeis estado en América, habreis visto ese país en detalle y le conocereis á fondo; si habeis soñado, solo tendreis sobre él ideas incompletas, confusas, y, perdonad la palabra, quiméricas. Permitidme dirigiros algu-

nas preguntas que os traerán á la vida real y que os permitirán convenceros por vos mismo de la falsedad ó verdad de vuestras impresiones.

—Hablad, caballero, os escucho.

—Durante vuestra estancia en América, ¿habeis visto á las gentes dispararse pistoletazos en las calles? ¿han ahorcado á dos ó tres personas por dia en virtud de esa ley de la linterna, de esa *Lynch law*, cuyo nombre y tal vez la idea nos han tomado los americanos?

—Caballero—le respondí,—dejad á los periódicos esos cuentos. Los americanos son cien veces mas pacíficos y civilizados que nosotros. Desconocen hasta el duelo.

—¡Caramba!—esclamó el coronel;—eso es demasiado, ¿Existe algun país donde no se baten? ¿No hay mas que monjas del Sagrado Corazon en ese convento?

—¡Efecto del ópio!—dijo Olybrius;—todo se vé por el lado mejor.

—Decid por el peor—replicó el coronel.—¡Caramba!—si estuviese en aquella barraca, abofetearía á todos para ver si tienen razon.

—¿Existe algun gobierno en América—dijo el abogado,—ó habeis encontrado por casualidad vestigios de él?

—Caballero—dije,—existe el gobierno mejor: el que menos administra: el que deja á los ciudadanos mas libertad para gobernarse á sí mismos.

—¡Efecto del ópio!—repitió Olybrius.—Todo el mundo sabe que la América está en completa anarquía.

—Caballero—dije con impaciencia,—tomaos el trabajo de ir á los Estados-Unidos; allí encontrareis un gobierno central, treinta y cuatro estados particulares, treinta y cinco senados y treinta y cinco cámaras de representantes. Supongo

que los salvajes no habrán imaginado esas combinaciones.

—¡Caramba!—dijo el coronel;—¡treinta y cinco nidos de abogados y de parlanchines! Si fuese posible semejante locura, haría un viaje á propósito para tirar las treinta y cinco cámaras por la ventana. Preparen, apunten, todos los pájaros vuelan, y entonces ¡voto á una legion de demonios! no hay gobierno que no se ponga de mal humor.

—¿Hay ministros?—continuó el abogado con su voz menos aguda.

—Sin duda.

—¿Un ministro de cultos, por ejemplo?

—No, las iglesias son sociedades independientes. Cada cual puede abrir un templo sin tener que temer á nadie mas que á la ley.

—Imposible—dijo el abogado.—Eso sería entregar la sociedad á las intrigas de los sacerdotes y á todos los ódios de religion. Cada dia habría una Saint-Barthelemy.

—Señor mio—le contesté,—la cosa será acaso imposible, pero existe, y añado que en ningun país hay mas tolerancia y caridad.

—Efecto del ópio—dijo Olybrius.

—Y no solamente la iglesia es libre—continué yo animándome,—sino que tambien lo son la escuela y el hospicio. Todo el mundo puede enseñar, todo el mundo puede remediar la miseria, sin necesidad de tender la mano al gobierno y de dirigirse á la policía como si se tratase de dirigirse á un lugar sospechoso.

—Eso es un sueño—dijo el abogado.—Eso es materialmente imposible.

—Efecto del ópio—añadió Olybrius.

—Doctor Olybrius—esclamé,—si alguno tiene en estos momentos una idea fija, paréceme que no soy yo.

—No tengo ninguna idea, doctor Daniel—contestó,—y estos respetables señores son testigos; básteme hacer constar que hasta ahora no habeis dicho ni una palabra que tenga sentido comun.

—¿Hay consejo de Estado en América?—preguntó el abogado, que tenía toda la tenacidad de un juez de instruccion.

—No, señor, la justicia basta para todo: la administracion le está sometida.

—¡Qué quimera!—dijo Raynard:—no viviría un pueblo seis meses sin esta admirable separacion de poderes, que forma la gloria de nuestra inmortal Constituyente. Suponed que la salud del Estado exige que se os prenda sin formacion de causa; ¿qué harían en aquel país?

—¿Qué harían?—respondí;—una cosa muy sencilla: se cogería al audaz que se sobreponía á las leyes y se le condenaría á algunos miles de duros de daños y perjuicios.

—En tal caso, ¿qué sería de los prefectos? No habría quien aceptase este cargo.

—Allí no hay prefectos.

—¡No hay prefectos!—esclamó riendo.—¡No hay prefectos! ¿Qué quereis entonces que hagan los ciudadanos, si nada se hace con ellos?

—¡Dios mio!—dije;—arreglarán por sí mismos sus asuntos. ¿No habeis pensado nunca en esto, señor hombre de Estado?

—No-contestó secamente;-yo no pienso nunca en cosas imposibles. ¿Quién dirige allá los ánimos y enseña á pensar á los ciudadanos?

—Seguramente nadie.

—¿No hay acaso una direccion de la prensa?

—No, señor. Allí cada cual dice é imprime lo que quiere, con la única garantía de la justicia y de las leyes. Los periódicos se consideran allí

como un beneficio; se les favorece y se les multiplica por todas partes. No hay depósito, no hay derecho de timbre; nada, en fin, que impida esparcirse la luz; nada que estorbe á la libertad.

—¡Demonio!—dijo el coronel;—hé ahí un país en que la gendarmería debe estar ocupada.

—Allí no hay gendarmes—señor coronel.

—¡No hay gendarmes!—esclamó;—pues ya sé á qué atenerme y no pregunto mas. Si no sois loco de atar, vecino mio, pido que se demuela á Charenton. Jamás he visto ninguno de vuestro calibre. ¡Qué no hay gendarmes! ¿Por qué no lo habeis dicho todo de una vez? Sin ejército, sin infantería, sin caballería, sin artillería, sin generales, sin coroneles, sin capitanes, será una sociedad salvaje como nunca se ha visto.

—Coronel—le dije,—durante setenta años América no ha tenido ejército; hace la paz y el restablecimiento de la Union, y pasará de nuevo sin él.

—Basta, jóven—dijo, frunciendo el ceño.—Respetad mis bigotes blancos. Tengo buen génio; pero jamás he consentido que nadie me embrome ni la mitad de lo que me estais embromando hace un cuarto de hora.

—Efecto del ópio—dijo Olybrius.—¿Cómo se podría vivir sin gendarmes y sin ejército? Sería entonces permitido reunirse en la calle ó en otra parte á cualquier hora del dia para hablar de política, criticar al gobierno, armarse, ¿qué sé yo?

—En efecto, caballero—respondió,—todo eso se hace, y la paz no se turba. Los ciudadanos libres y habituados á la libertad saben guiarse por sí mismos. Caso de necesidad allí está la ley. Basta un comisario de policía ó un juez para mantener el órden ó restablecerlo.

—Es bastante—dijo Reynard, dirigiendo una

ojeada á Olybrius.—Doctor, estoy convencido.

—Y la medicina—preguntó el solemne imbécil dando vueltas á su caja de rapé entre sus dedos,—¿cómo se practica en ese país?

—Esa es una de las cosas que mas me han llamado la atencion tambien: la practican las mugeres con buen éxito.

—¡Caramba!—esclamó el coronel;—¡que no haya yo tenido un médico con faldas cuando permanecí tres meses tendido boca arriba en Constantina con una bala en la pantorrilla! Todos los doctores del mundo los hubiera yo dado por una doctora.

—Y—añadí yo,—no es la única profesion que las mugeres ejercen: se han apoderado de la enseñanza, y son las que educan á la jóven América.

—¡Bonitos reclutas saldrán de sus manos!—dijo el coronel.—Hé ahí unas escuelas en que se debe enseñar á darse puñetazos, primer aprendizage de la guerra y de la civilizacion. ¿Qué es lo que sale de esas tiendas de civilizacion? Escribanos y horteras.

—De ella salen setecientos mil voluntarios que se baten como héroes.

—¡Por vida de...!—dijo el coronel;—no me repitais lo que dicen los periódicos. Hace dos años que el mio habla todas las mañanas que corren unos trás de otros sin alcanzarse jamás. ¡Ah! Si yo estuviera allí nada mas que con mi 14 de ligeros, ¡cómo pegaría yo á cualquiera que fuese segun lo deseara el gobierno! Estoy ya de América hasta la punta de los cabellos, y deseo que estalle la revolucion en cualquier otro país para cambiar un poco y divertirme.

—¿Supongo, coronel, que defendereis la esclavitud?

—Los negrillos me importan un bledo; pero á vuestros americanos les execro. Son un atajo de vagabundos y de demócratas que dán el peor ejemplo á Europa, siendo una mancha en la civilizacion. Así, pues, deseo que el Norte se trague al Sur y que se estrangule al tragarlo. Hé ahí una política, en favor de la cual no soy yo solo el que opino.

—Señor—me dijo Olybrius levantándose con magestad,—permitidme resumir en pocas palabras nuestra conversacion. Las contestaciones de estos caballeros, vuestros amigos, vuestros vecinos, estas contestaciones, llenas de buen sentido y de verdad, han debido convenceros de que vuestro cerebro no se encuentra en estado normal. Una sociedad, sin administracion, sin ejército, sin gendarmes, con la libertad salvaje de orar, de pensar, de hablar, de obrar cada cual á su gusto constituye una de esas horribles pesadillas que solo el ópio puede engendrar. Vuestro sistema no duraría un cuarto de hora, porque niega todos los principios y todas las condiciones de esta civilizacion, que forma la unidad de nuestra gran nacion. Al constituir una administracion gerárquica y centralizada, la sabiduría de nuestros padres ha elevado á Francia desde hace largo tiempo al primer rango, enseñando á los franceses que la libertad es la obediencia. Esto es lo que forma nuestra gloria y nuestra fuerza; no lo olvideis, querido cólega, y volved en vos. Estas ideas anárquicas que turban vuestro cerebro, y que jamás han entrado en cabeza francesa, os probarán lo bastante que estais enfermo, y tanto mas enfermo, cuanto que no lo sentís. Es, pues, urgente que os cuideis, y añado, que solo hay un tratamiento que pueda devolveros la posesion de vuestro entendimiento y la calma que

habeis perdido.

—¿Por qué no decís claramente que estoy loco y que es preciso encerrarme?

Olybrius suspiró, tomó un polvo de rapé entre el índice y el pulgar, lo aspiró lentamente y me miró con aire contrito.

—Pobre amigo—dijo,—estais gravemente atacado; pero yo os curaré, yo os salvaré á pesar vuestro.

Sentí la cólera me llenara mi corazon, y apenas podía contenerme.

—Caballero—le dije,—concluyamos esta comedia; hace mucho tiempo que dura y estoy cansado.

Olybrius se puso rojo como la amapola.

—Caballero—dijo ahuecando la voz,—decís eso en un tono tan singular....

—No os incomodeis, querido doctor, porque os esponeis á un ataque de apoplegía.

—Doctor Daniel—dijo rechinando los dientes, —yo no sufro impertinencias. ¿Sabeis á quién hablais, señorito?

—Sí, señoron, á un nécio.

—Caballero—dijo,—no olvideis que está ante vos un hombre condecorado por todos los soberanos de Europa.

—Hablemos despacio—esclamé;—se encuaderna en tafilete encarnado un volúmen de tonterías y se entrega á la embajada, hecho lo cual es uno nombrado comendador ó caballero del Hipopótamo ó del Cocodrilo. En cuanto á las cruces, son la limosna que los príncipes arrojan á los mendigos de la literatura.

—¿Sabeis, caballero—dijo Olybrius arrojando espuma de rabia,—sabeis que á los treinta y dos años he sido nombrado miembro de la Academia de medicina por unanimidad?

—¡Pardiez!—repliqué;—tengo entonces mas razon de la que creía. Si tuviérais talento, hubiérais tenido enemigos, quedando de seguro á la puerta de la Academia hasta los cincuenta años, no siendo entonces recibido sino por una débil mayoría. Los nécios no ofuscan á nadie, y por tanto entran en la Academia como en un molino.

Me había escedido un poco y lo sentía. El coronel reía á mandíbulas batientes, pero Reynard me miraba de un modo estraño, y Olybrius echaba chispas. Ví llegado el momento en que los papeles iban á cambiar siendo el enfermo quien iba á recetar al médico. El abogado tenía, sin duda, oro potable en los lábios, pues dos palabras que dijo al oido de Olybrius, devolvieron á este imbécil toda su serenidad, y una sonrisa diabólica se dibujó en los pliegues de su rostro. Se acercó al coronel, le tocó en el hombro, y lo condujo á un rincon, seguido de su fiel consejero Reynard.

Esta manera de obrar, este conciliábulo tenido en mi casa sin contar conmigo, me pareció estraño. Paseábame á largos pasos dispuesto á dar un escándalo, cuando salió Olybrius sin saludarme. Reynard, por el contrario, me hizo una profunda reverencia. El coronel se acercó á mí con aire satisfecho. Sus ojos centelleaban.

—¿Sabeis—me dijo frotándose la manos,—que habeis puesto como nuevo á vuestro cólega?

—¿Me he equivocado?—respondí.

—No digo eso—replicó San Juan:—por el contrario, he tenido un gran placer. Detesto á esos bichos que se hacen cubrir de condecoraciones sin haber arriesgado nunca mas que el pellejo de otro; pero hablando entre nosotros, no vá contento! Es natural. Dice que le habeis insultado, y exige que le deis esplicaciones.

—¿Yo?—esclamé.

—Estad tranquilo—dijo el coronel;—le he dicho lo que era conveniente, es razonable, y he arreglado la cuestion.

—Muy bien.

—Os batireis.

—¿Nos batiremos?—dije con grande admiracion.

—¿Y cuando?

—En seguida. *El llanto sobre el difunto.* No hay nada tan peligroso como dejar enfriar estas cosas. Por tener que esperar veinticuatro horas he desperdiciado diez ocasiones. Mi carruage está abajo: podemos partir. Tengo unas escelentes pistolas que os gustarán. A treinta pasos le rompí una oreja á un caballerito que me miraba de soslayo, pretestando que tenía los ojos vizcos. Vamos, amigo; los momentos son preciosos. En marcha.

—Dentro de un instante seré con vos—respondí.

—¿Vais á abrazar á vuestra muger y á vuestros hijos? Mal sistema; se conmueve uno y tiembla la mano. Nada de despedidas trágicas. Bebed conmigo un vaso de madera y fumad dos cigarros; esto es lo que vigoriza la moral y dá nérvio al antebrazo.

No tenía necesidad alguna de animar mi valor; la cólera me arrebataba. Entré en el salon; Jenny, pálida y muda, estaba en él con sus hijos abrazados; todo lo habían oido.

—¿Te vas con el doctor?—me preguntó Jenny con voz desfallecida.

—Sí, querida amiga, y es probable que esté ausente algunos dias.

—¿Vuelves pronto?—dijo y se detuvo como aterrada.

—Sí—respondí,—volveré pronto, si Dios quiere; dejadme abrazaros á todos antes de partir.

Adios, mi querido Enrique, acuérdate de mis consejos. Procura adquirir convicciones razonadas y un carácter enérgico; solo así llega uno á ser hombre. Toma un estado independiente y no esperes la fortuna mas que de tí mismo. No inclines la cabeza ante nadie; jamás tengas que ruborizarte ante Dios y no te inquiete el porvenir. La dicha no está en las cosas de la tierra sino en la paz de una conciencia tranquila. La verdadera grandeza es la del hombre honrado que se educa en medio del trabajo y de la virtud. Adios, sé cristiano y ciudadano. Acuérdate que para dominar el egoismo que nos devora hay dos fuerzas invencibles: el amor á Dios y el amor á la libertad. Adios, Susana mia; escoge tú misma tu marido. No atiendas á la posicion ni al dinero, sino al corazon. Esta es la única riqueza que nada tiene que temer del tiempo ni del azar. Escoge, sobre todo, un hombre que estimes y que piense como tú, para que puedas enorgullecerte del padre de tus hijos. El amor desaparece; la confianza y el respeto quedan en el hogar doméstico y llegan á ser en la vejez cosa mas dulce y santa que el amor. Cuando tengas hijos deja que su alma se ensanche; no les enseñes la cruel sabiduría de esta sociedad, que lo reduce todo al interés; déjales que enseñen como su abuelo, aunque deban sufrir como él; los mas desgraciados aquí bajo no son los que lloran.

—Adios, mi querida Jenny, perdóname si te he disgustado y permíteme el último consejo. Vosotras las francesas teneis demasiado talento y delicadeza; es preciso mas sencillez para ser dichoso. ¿Para qué estar siempre en la calle? El mundo no puede ofrecernos mas que agitacion y

pesares. Acuérdate de lo que ha dicho San Pablo: «El hombre no ha sido creado para la muger, pero la muger ha sido creada para el hombre.» Casaos con vuestro hogar; poned todo vuestro placer en hacer la voluntad de un marido; sed las reinas de estas colmenas en que Dios os ha colocado. En eso consiste esa felicidad que buscais tan lejos, y que os espera en vano en vuestras casas desiertas. ¡Ah, Jenny mia! ¡que no estuviéramos en América, que es donde reside el amor y la felicidad!

Mi muger estaba muy agitada, lloraba; pero á estas últimas palabras se retiró de mis brazos, y se estremeció cuando yo la abracé. Enrique recibió mis caricias con frialdad. Unicamente Susana se colgó de mi cuello y me inundó de lágrimas.

Una vez todavía les apreté sobre el pecho y partí para no volver. Descender la escalera y entrar en el coche en que el coronel me esperaba con sus pistolas, fué obra de un instante. Pregunté á San Juan dónde íbamos.

—No lo sé—dijo;—seguimos el coche del doctor Olybrius; creo que nos lleva á Saint-Mandé, á algun jardin particular. Desde que se han desfigurado Vincennes y el bosque de Boulogne para hacer parques ingleses, no tiene uno sitio donde batirse á placer. Necesitamos un palenque cerrado en París; para el viejo honor francés es una vergüenza que no se haya hecho.

El coronel hablaba por los codos. Le ofrecí un cigarro y me acomodé lo mejor que pude en un rincon del carruaje, siguiendo la moda francesa, que consiste en reflexionar, cuando ya no es tiempo de hacerlo. A mi edad, y por semejante causa, aquel duelo era una locura, á la que me había dejado arrastrar por un bruto y por un nécio. Es-

taba decido á no contestar al fuego de Olybrius; pero eso no me justificaba á mis ojos. ¡Qué! ¡No había tenido fuerza de voluntad suficiente para resistir á una preocupacion! ¿Por qué entonces mis ideas y mis remordimientos me llevaban á América? Veía aquellas dulces y leales fisonomías, aquellos buenos y sinceros amigos que me habían elevado hasta ellos. Truth, Humbug, Naaman, Green, Brown mismo, me sonreian, y con ellos toda esa familia americana que formaba la alegría de mi corazon, sin olvidar á Marta ni á Zambo. ¡Qué diferencia entre los dos paises! El París donde yo estaba me parecía una ciudad estranjera; las calles de mi infancia habían desaparecido y mis recuerdos con ellas. Mis vecinos me parecían ignorantes, vanidosos, egoistas; sus actos, su lenguaje, todo era de convencion; nada de verdad, nada de franqueza. Durante ocho dias, en Massachusetts, respirando el aire de la libertad, había vivido mas que en cincuenta años en París. Mis ojos se habían abierto á la luz; mi pátria estaba en Francia, donde se me amaba, donde yo vivia; mi alma se escapaba al otro lado del Océano.

Entregado por completo á estos sueños no volví en mí sino al descender del coche. Estábamos en el patio de una gran casa de ventanas enrejadas, que parecía un convento, un colegio ó una prision. En el fondo había un jardin, que Reynard me designó como el lugar del combate, y me invitó á entrar mientras él arreglaba con el coronel y dos amigos las condiciones del duelo.

Entré sin desconfianza; de repente se cerró una reja detrás de mí; me volví, y cuatro hombres vigorosos me cogieron por los brazos y las piernas. Resistí y grité; pero se sofocó mi voz y fuí conducido á una sala baja, donde se me arrojó

sobre un sillon. Despues, todo se puso á dar vueltas delante de mí con una increible velocidad; una masa de agua me cayó sobre la cabeza y me desmayé.

CAPITULO XXXIV.

UN LOCO.

Saint-Mandé, casa del Doctor Olybrius, 20 de Abril de 1862.

Hay tres clases de personas que la ley desdeña y abandona á la administracion: las jóvenes, los locos y los periodistas. Pero cualquiera que sea su delito (hablo de los periodistas), cualquiera que sea su falta, creo que esos miserables no son indignos de justicia y de compasion. Si son culpables, ¿por qué no se les juzga? Si son desgraciados, ¿por qué tratarlos como culpables? Esta es una cuestion que recomiendo á los filántropos. Es bueno recoger los niños chinos; es bueno salvar del fuego á las viudas de Malabar que siguen á sus esposos hasta la muerte (el ejemplo es contagioso); pero no sería malo defender la humanidad en Francia y dar las garantías del derecho comun á pobres criaturas, víctimas de la educacion, del nacimiento ó de la sociedad. Todavía un sueño que es preciso guardar para mí, como las gárgolas y las sangrías.

Mi suerte está fijada: he jugado contra la preocupacion y he perdido. Un nécio, que se llama médico, me ha declarado loco; mis buenos amigos han confirmado con júbilo el decreto de la igno-

rancia. Héme aquí encerrado para siempre. ¿Puede estinguirse en mi cerebro esta llama que lo ilumina? ¿Puedo renegar de la verdad? No. He conocido la libertad; he gustado con la punta de los lábios esa miel que enerva; he logrado entrever el eterno ideal, ¡y soy un loco! ¡No quiero curarme!

Los franceses tienen todavía mas talento del que se atribuyen. Aprisionar á las gentes que piensan, que razonan y que hablan, es un acto de mayoría, cuyo éxito es infalible. Donde está la fuerza allí está la opinion. ¡Andad, dichosos carneros! Pastad en silencio. Decid al tiempo de balar que sois los reyes del mundo, y no temais que vuestros pastores os nieguen ese inocente placer. Divertios, gozad de la vida, no teneis nada que temer: los insensatos se hallan bajo cerrojos porque turbarian vuestra quietud. Nunca es el hombre mas sábio que cuando mas se rie.

Mi muger no viene á verme: ¡es tan sensible! la compasion la mataria. ¡No sé nada de mis hijos! ¡Pobre Enrique! Si hereda mi mal, ¿cómo haría fortuna? ¡Ah! Susana mia, te amo demasiado para hacerte llorar. Las lágrimas de una hija es la única prueba que puede hacer vacilar á un mártir.

Mis vecinos no me han olvidado. Rose me escribe que mi desventura no le ha sorprendido, porque reconocía en ella la mano de los jesuitas: mi muger iba con demasiada frecuencia á misa, y éste era un dato del vasto complot tramado por los reverendos padres, que él creía descubrir. Los jesuitas son los que colocan el Norte al Sur, los que revuelven la Europa, los que preparan la caida del sultan; todas las revoluciones son obra suya. Ellos son la causa de todas las miserias, repetía Rose, que creía haber descubierto en su

periódico ese misterio de horror y de iniquidad. Rose es un hombre sensato, puesto que se pasea; yo soy un loco, puesto que estoy encerrado.

Hé aquí una carta del coronel. El bravo San Juan presenta sus escusas por haber ayudado á mi arresto sin saberlo. Quiso, segun dice, cortar las orejas de Olybrius, pero el bergante rehusó la operacion. Añade que si estoy disgustado de su comportamiento, está dispuesto á darme una satisfaccion, y me propone un duelo. El contrato no es igual, y no puedo aceptar esta amable proposicion. San Juan me habla despues de política. Ve la guerra estallando por todas partes en la primavera, y su alegría es inmensa. Es un soldado y está convencido que los hombres han nacido para matarse los unos á los otros. Si las madres con angustias y trabajos infinitos educan á sus hijos hasta los veinte años, es para enviarlos al matadero. ¡El coronel es libre; es un hombre razonable; yo soy un loco!

Leamos un periódico: yo no soy mas que un espectador que desde su localidad mira la comedia y los actores de su tiempo. Usemos del único derecho que me queda; silbemos.

«Acaba de aparecer una nueva obra del señor Reynard, nuestro gran orador, nuestro célebre publicista. Este libro, que abrirá al autor las puertas de la Academia de ciencias morales y políticas, se titula *La Unidad*. El señor Reynard demuestra palmariamente que todos los sufrimientos y todas las revoluciones de la Francia tienen una causa única: la debilidad de la centralizacion. Hoy que los caminos de hierro y los telégrafos han suprimido las distancias, la Francia, el país modelo, puede encontrar al fin una constitucion que se permita realizar sus grandes destinos. El autor reune el poder espiritual y el

poder temporal en la misma mano, admirable secreto para concluir con esas disensiones que desgarran el mundo hace quince siglos; suprime los consejos municipales, los consejos generales, las cámaras, la prensa, y todos esos medios de oposicion, escusables quizá en una época crítica, en unos tiempos de luchas de transicion, pero que no tienen razon de ser en un siglo orgánico como el nuestro y con la primera raza centralista del globo. Un solo hombre, un Papa civilizador, colocado en el corazon del Estado, teniendo en su gabinete los nudos de la red telegráfica, gobernará toda la Francia por su infalible é irresistible voluntad. Organo de la soberanía popular, será la democracia personificada, la nacion hecha hombre. Entonces nadie podrá detener el progreso; cesarán todas las divisiones, y las cabezas anárquicas rodarán por el suelo cortadas de un solo golpe.

«Cuando se entra en los detalles es imposible sustraerse á la seduccion que causa la sencillez de este sistema; la sencillez, que es el sello de todas las grandes invenciones. No habrá en Francia mas que un alma y una idea. El país entero será un grande é ingenioso mecanismo conducido y arreglado por un solo motor. ¿Quién podría turbar esta grande armonía formada por notas unísonas? Un mismo despacho repetido en los cuarenta mil pueblos, trasformará á cuarenta millones de ciudadanos de la noche á la mañana. «Trabajad,» dirá el telégrafo, y en seguida habrá trabajo para todo el mundo. «Sed instruidos,» y de repente cesará la ignorancia. «Sed virtuosos,» y se cerrará la Bolsa. «Sed dichosos,» y nuestra felicidad quedará hecha.

«Parece increible que la humanidad haya podido vivir tanto tiempo sin realizar este maravi-

lloso descubrimiento que inmortalizará el nombre el señor Reynard. ¡Pero qué! el vapor es de ayer y el telégrafo eléctrico es de hoy. Nuestros reyes, por otra parte, han sido el sentimiento de esta verdad, que un hombre de génio pone en plena luz. Sin inquietarnos jamás del derecho ni de la justicia, nuestros grandes soberanos han vencido siempre las resistencias que encontraban. Por eso la historia admira á Francisco I, á Richelieu, á Luis XIV y á los Napoleones; Saint-Simon llegó á entrever esta hermosa reforma; pero la gloria de ser el profeta pertenece toda entera al ilustre y profundo Reynard. No hay un francés que no le envidie su descubrimiento y su éxito.»

¡Eso es! El señor Reynard se pasea y va donde quiere; se le admira y se le envidia. Es un filósofo y un gran hombre; yo soy un loco.

¿Qué veo? ¡el nombre de mi verdugo! ¿qué habrá hecho este intrigante? Leamos:

«Ayer ha recibido la Academia de Medicina una comunicacion del más alto interés. Una de nuestras celebridades médicas, el doctor alienista Olybrius, ha leido una Memoria sobre el talento, el génio y la locura. Ha demostrado que, por efecto del nudo simpático que une en nosotros las funciones del cerebro con las del estómago, es éste último órgano el que, como último resorte, produce y domina todas las fuerzas nerviosas que las gentes llaman *facultades*. El talento es una neurosis, el génio una gastritis crónica, y la locura una gastritis aguda. Apoyando su sistema, el doctor cita un ejemplo, de los mas curiosos. En este momento tiene entre manos un caso de los mas preciosos para la esperiencia. Es un cierto doctor L..., que en su locura se figura que ha sido trasportado súbitamente á América, donde permaneció una semana. Hay en el delirio de este

pobre hombre una mezcla de alucinaciones, de recuerdos y de ideas, que el doctor Olybrius sigue y observa con el mayor cuidado. La enfermedad es aguda en el mas alto grado; el sábio Olybrius no desespera de reducirla al estado de crónica y de trasformarla á fuerza de sangrías y de gárgolas, y por medio de una alimentacion hábilmente regulada. Si lo consigue el problema está resuelto. De un loco á medio curarse hará un hombre de génio. Tan pronto como concluya la esperiencia, el sábio alineista someterá el éxito á la Academia. Escusado nos parece encomiar las consecuencias de esta prodigiosa invencion. La Francia necesita grandes hombres; y, conseguido el resultado, podrá surtir de talentos sublimes á todo el mundo. En Charenton solamente hay tres mil enfermos que, con un buen régimen, y en menos de seis meses, podrán ser trasformados en poetas, en músicos, en artistas de toda especie. Habrá por centenares los Mozarts y los Rafaeles ignorados.

«Esta lectura, sembrada de frases picantes y palabras ingeniosas, fué escuchada en medio de un profundo silencio frecuentemente interrumpido por los aplausos. No es posible tener mas talento que el doctor Olybrius; al oirle, temíamos por su salud; pero, al verlo, nos hemos tranquilizado por la solidez de sus músculos y el vigor de sus pulmones.»

¡Nécio, nécio, nécio, pero no tanto como los que te escuchan! Eres un sábio, un académico, un filósofo; yo que te silbo soy un loco.

No; no volveré á esa sociedad vanidosa que tiene miedo de la verdad y que se deja cojer como las alondras, deslumbrándolas. Si el vulgo me rechaza, yo le destierro de mi tranquila morada; la soledad me dá la libertad. Aquí quiero vivir y morir, con-

solado por el Evangelio, rodeado de estos viejos amigos, que son siempre fieles y que no mienten: Sócrates, Demóstenes, Ciceron, Dante, Cervantes, Luis de Leon, Milton. Vosotros tambien, poetas, oradores, ciudadanos, fuisteis desdeñados, malditos, perseguidos, aprisionados, asesinados. Locos y sediciosos durante vuestra vida, habeis llegado á ser sábios y patriotas despues de vuestra muerte. El mundo solo erige altares á las víctimas que ha sacrificado. La historia de la humanidad es la historia de los mártires.

¿Por qué no habrá llegado mi hora? Si no soy un gran hombre, al menos he sostenido una gran causa. ¿Quién sabe si mi país, disgustado de los tontos que le enervan, no me perdonará mi idiotismo y mi aspereza? *Lo que es amargo al gusto es dulce al corazon*—dice un proverbio que puede aplicarse perfectamente á la verdad. Esta es sana como el olor de las yerbas y de los bosques; como el viento que pasa por las neveras y los mares: el que ha vivido en este aire vivo y puro se sofoca en los barrancos y cenagales.

Espero contra toda esperanza; estoy loco. Si yo fuera sábio, haria como los cuerdos; me resignaría y gritaria con la multitud. Yo no quiero esas alegrías que entristecen; prefiero mi prision y mis sueños.

Todas las mañanas en el silencio de mi pobre celda, una vision me consuela; veo á lo lejos unas cimas que blanquean; es la aurora que se levanta, la aurora de un dia que yo no veré. Pero ¿qué importa? ¿Qué punto luminoso es ese que se distingue en el horizonte y parece que persigue á las sombras que huyen? Es la nueva Jerusalen, la ciudad del porvenir. Allí todo ha cambiado; los últimos vestigios del Estado pagano han desaparecido; el indivíduo manda y es rey. Respeta-

do de todos, como él respeta á todos, el hombre es el único dueño de sus acciones, único responsable de su vida; nada tiene que temer de las leyes. La iglesia ha reconquistado su independencia evangélica; ha roto esa cadena adúltera que para desgracia del mundo le impuso Constantino. Vuelta á su divino esposo, es el freno, el consuelo y la esperanza de todas las almas. El Evangelio es la Constitucion de la libertad. Estendida por todas partes, la educacion abre los corazones á la verdad; la caridad, obra de todos, da carrera á ese instinto de union, á esa necesidad de accion comun que hace la grandeza de las sociedades. La provincia ha tomado su antiguo vigor; el amor de la pequeña patria dobla y fortifica el amor de la grande. El municipio ha roto los lazos que le encadenaban; vive, funciona, llama y conserva á sus hijos detras de sí. El *Times* no es ya el órgano de la Francia; la prensa es libre; cada uno dice lo que piensa, y piensa lo que dice. Encerrado en sus límites, el Estado no es mas que la espada del país en el esterior, y la ley en el interior: ni más ni menos. ¡Verdad! ¡Justicia! brillais en un cielo nuevo como ástros pacíficos. Ante vosotras se eclipsan las antorchas de la vieja Europa, la arbitrariedad, la intriga y la mentira. La Francia, feliz y orgullosa, vive en la abundancia; es el ejemplo y la envidia de las naciones. ¡Allí sí que es hermoso vivir! ¡allí sí que es dulce morir!

Este es mi sueño que arroja en mi prision no sé qué claridad serena que me calienta el corazon. ¡Qué hermoso será ese dia en que caidos los antifaces, los locos aparezcan sábios y los sábios locos! Entonces, hacia el año 2000, los peregrinos piadosos, tan inmensos como las hormigas, visitarán la celda donde, nuevo Daniel, anuncie el porvenir. Entonces tambien algunos curiosos, al-

gunos eruditos que trabajan siempre en no hacer nada, buscarán bajo los escombros del pasado lo que pudieran ser ciertas variedades de los franceses del siglo XIX, variedades desaparecidas para siempre como el doguito, eterno pesar de los porteros. Entonces se buscarán vestigios de los jesuitas, y se harán estudios sobre el inventor de las razas centralistas, el adorador del Dios-Estado. El padre de familia, al recorrer las áulas del museo de historia natural, señalará con el dedo á sus hijos admirados una gigantesca redoma, donde embalsamado en vinagre, con sus cruces y sus diplomas, reposará el último de los Olybrius.

Amen, *amen*, AMEN, AMEN.

CAPITULO XXXV.

—

UN SABIO.

El Doctor Olybrius á la Señora Lefebvre.

22 de Abril de 1862.

Querida señora:

Nuestro pobre amigo ha sufrido mucho. Está un poco mejor; bebe, come, duerme; no desea otra cosa, esto es lo esencial.

La crísis ha sido terrible; desde que hemos querido curarle se ha vuelto furioso. Es uno de los síntomas mas característicos de esta funesta enfermedad. El francés es naturalmente dulce, afable y dispuesto siempre á hacer lo que sus

maestros, sus amigos ó su mujer le ordenan. Ved la historia de nuestra gloriosa revolucion. Para salvar la Francia é inocularle el amor de la legalidad, de la justicia y de la fraternidad, la Convencion puso fuera de ley á todos los franceses. Les arruino, persiguió, deportó, ametralló, fusiló y guillotinó. ¿Hay uno solo que haya resistido? ¿Hay hoy nada mas justamente popular que aquella inmortal asamblea? Pero hé aquí que la locura empieza á invadirle y el franés se hace voluntarioso y mezquino. Si se le detiene, resiste; si se le encierra, se subleva; no piensa ni habla mas que de libertad. Tal es la degradacion intelectual y moral que lleva consigo una violenta neurosis en los temperamentos debilitados.

A este estado ha llegado nuestro pobre amigo. Por fortuna, yo le vigilo. Dos sangrias abundantes, tres purgas enérgicas y gárgolas heladas le han devuelto la calma de que tenía gran necesidad. La enfermedad creo que sale del período agudo; al hacerse crónica, dará resultados sorprendentes, y en ellos fundo la esperanza de mi reputacion.

En este momento está tranquilo y se ocupa en emborronar papel, prueba demasiado cierta de que está todavía lejos de la curacion. Os envio esos papelotes que lleban el título de PARIS EN AMÉRICA; no he querido quitarle ni aun las injurias que me dirige y que caen á mis pies sin hacerme daño. Caballero de veintisiete órdenes, miembro de treinta y tres academias estrangeras y de ochenta y dos sociedades de provincias, mi nombre no tiene nada que temer del tiempo ni de la envidia. La Francia ha venerado siempre á los Olybrius. Guardaos, sin embargo, de estender ó imprimir esas locuras; nada es mas contagioso que la quimera. El cerebro del hombre es débil;

la neurosis es una enfermedad de que es preciso desconfiar mucho. Conservad esos papeles; os servirán para obtener de los tribunales una interdiccion demasiado necesaria. Creo que ningun francés razonable, que conozca su siglo y su país, pueda leer dos páginas de esas locuras sin declarar que su autor está loco y es necesario encerrarle.

Ahora, hablemos de vos, señora; permitidme tocar un punto delicado. Sensible como sois, necesitais un gran régimen; ved el mundo, procurad rodearos de gentes, y buscad distracciones; la quietud os sería mortal, os ordeno las diversiones y el placer. Entrad en la vida, acostumbraos á una independencia y á una soledad que todos vuestros amigos procurarán dulcificar. No alimenteis vanas esperanzas, porque traen consigo emociones que debilitarán vuestra salud, ya muy quebrantada. El pobre doctor no volverá jamás á su casa. Cualquiera que sea la forma que tome la enfermedad, se convertirá en una locura literaria parecida al génio, y será siempre prudente y necesario tener sugeto á un hombre tan peligroso para su familia como para la sociedad. Podeis creerme, querida señora; la ciencia es infalible, y un Olybrius no se equivoca nunca. Locura de amor se cura cuando el paciente es jóven; si es viejo, muere; locura de ambicion cede á la edad y al desprecio de los hombres; locura de libertad no se cura jamás.

Me pongo á vuestros piés, señora, etc., etc.

FIN.

LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

(CONTINUACION.)

300 D. Saturnino Latorre.
301 « José Gutierrez.
302 « Horacio Bel y Roman.
303 « Antonio Guerrero.
304 « Julian Gomez.
305 « Daguerre Dospital.
306 « Federico Rodway.
307 « Manuel Garrido y Herrero.
308 « Antonio Benitez de Lugo.
309 « Narciso de Ingunza.
310 « Lorenzo Manteca de la Cueva.
311 « José de la Portilla.
312 « Antonio Jimenez.
313 « Isaias White.
314 « Leandro Catalina.
315 « Luis del Rio.
316 « Juan de Montes.
317 « Rafael García y Cottes.
318 « Antonio Benedicto.
319 « Francisco Diaz Quintero.

320 « Juan Amayra.
321 « Rogelio Moreno.
322 « Ramiro Franco.
323 « Leoncio Barrauh.
324 « Mac-Leod.
325 « Antonio Sanchez.
326 « Juan Rossi.
327 « Francisco de Aponte.
328 « Francisco Rossi.
329 « Cárlos José Sentiel.
330 « Santiago Dasch.
331 « Alejandro Roxls.
332 « Juan Betuich.
333 « Ramon Pons.
334 « Manuel de la Vega.
335 « Manuel de Lacambra.
336 « Miguel de Arbonies.
337 « José Salvador de Salvador.
338 « Andrés Cortés.
339 « Manuel Gomez Imez.
340 « Manuel de Monti.
341 « Tomás Pereyra y Somosa.
342 « Emilio Boyer.
343 « Laureano Conchas.
344 « Cristóbal Ramirez.
345 « Leopoldo Gandarias.
346 « Manuel de Iraola.
347 « Juan Arcenegui.
348 « Gaetano Piazza.
349 « Miguel del Rey.
350 « Diego Benjumea.
351 « Ricardo Arellano.
352 « Joaquin del Valle.
353 « Prudencio Martinez.
354 « Francisco Sanchez.
355 « Juan Morales de las Rios.

(Se continuará.)

GRAN BAZAR DE LA UNION

Ó EL PROVEEDOR DE LAS FAMILIAS.

Calle Mayor núm. 1.°, *antes casa de Cordero*,

MADRID.

Este grandioso establecimiento, que no tiene rival ni parecido en España, es desde su inauguracion el mas favorecido por todas las clases de la sociedad que acuden á surtirse de los mil artículos que encierra, disfrutando así de ventajas en los precios, que ninguna otra casa de España puede ofrecer.

Los inmensos surtidos que en él existen, la formalidad que reina en las ventas, la seguridad de los precios fijos establecidos para todos, son garantías para el comprador y circunstancias que todos reconocen como importantes para que este magnífico establecimiento continúe granjeándose la preferencia de todos los amantes de lo bueno y barato. A esas ventajas debe atribuirse la importancia de sus operaciones y la seguridad de que nadie quedará descontento de las compras que haga, y así solamente se comprende que esta casa sea la única hoy que diariamente reciba nuevos surtidos del estranjero.

La venta empieza á las nueve de la mañana y concluye á las diez de la noche.

Precio fijo. ENTRADA LIBRE. *Precio fijo.*

Calle Mayor, núm. 1.°, planta baja.

HOTEL SUIZO.

CALLE DEL PARAISO.—CÓRDOBA.

En este nuevo establecimiento hallarán los señores viajeros, habitaciones desde treinta reales en adelante; así como tambien elegantes departamentos para familias con todas las comodidades que puedan desear.

Café, pastelería y confitería.

CAMISERÍA PARISIEN,

DE

PEDRO J. ESCRIBANO,

Carrera de San Gerónimo número 8.

Gran surtido de camisería y artículos de novedad de París y Lóndres.

ESPECIALIDAD EN CHALEQUERÍA

Y NOVEDADES

PARA TRAJES DE HOMBRE.

Calle de la Montera número 10, *Madrid.*

CAMISERIA, GUANTERIA

Y FÁBRICA DE CORBATAS,

Montada al estilo de París,

DE ELIAS FERNANDEZ DE TEJADA Y HERMANO,

CALLE DEL ARENAL NÚM. 7.

MADRID.

Perfeccion en el corte y confeccion de las camisas.

Guantes fabricados en Madrid y en Valladolid.

Trousseaux ó equipos para bodas, pañuelos de Batista lisos y bordados.

Layettes ó canastillas para recien nacidos, corbatas, cuellos y puños.

Lencería de todas clases.—Pecheras de París lisas y bordadas.

FALLOLA HERMANOS.

PUERTA DEL SOL, MADRID.

GRAND HOTEL DE PARÍS.

Casa en Sevilla, Cádiz, Córdoba,

FONDA SUIZA.

3.000
- AN
- SEV
- LU 1

LA ESTRELLA ORIENTAL.

Bronces, bisutería, muebles, lámparas, porcelana, cristal.

Especialidad en objetos de alta novedad.

FRUTOS GOMEZ MARIN.

Carrera de San Gerónimo número 4, Madrid.

Sucursal, calle Mayor número 2, almacen de juguetes y objetos de capricho.

GRAN BAZAR.

ESPECIALIDAD

EN UNIFORMES CIVILES Y MILITARES.

De Andrés Solero, sastre.

PRECIADOS, 4, TIENDA, MADRID.

Géneros del reino y estrangeros.

Preservativos contra las pulmonías.

Único depósito de plastones higiénicos para el pecho y gran fábrica de gorras de todas las clases del Estado.

OBRAS PUBLICADAS.

MEDINA Ó ESCENAS DE LA VIDA ARABE: dos tomos.
CURSOS FAMILIARES DE LITERATURA, por Lamartine: dos tomos.
PARIS EN AMERICA, por Laboulaye: un tomo.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

EN SEVILLA.

Un año ó sean 12 tomos. . . .	Rvn.	48
Seis meses.	»	27
Tres meses.	»	15
Un tomo suelto..	»	5

FUERA DE SEVILLA.

Un año.	»	60
Seis meses.	»	32
Tres meses.	»	18
Un tomo suelto..	»	6

EN EL ESTRANGERO.

Un año.	»	72

Las personas que deseen suscribirse á esta biblioteca, pueden hacerlo remitiendo en carta certificada el importe de su suscricion á los Editores, calle de Jimios, núm. 26, Sevilla; ó á Don Félix Perié, calle del Gobernador núm. 14, principal izquierda, Madrid.

Queda abierta la suscricion en las principales librerías del reino.